

Hermosura de Dios



33
IDAD A
CCIÓN G

Meremberg

Mermosura

de Dios

BT153

.B4

N5

c.1

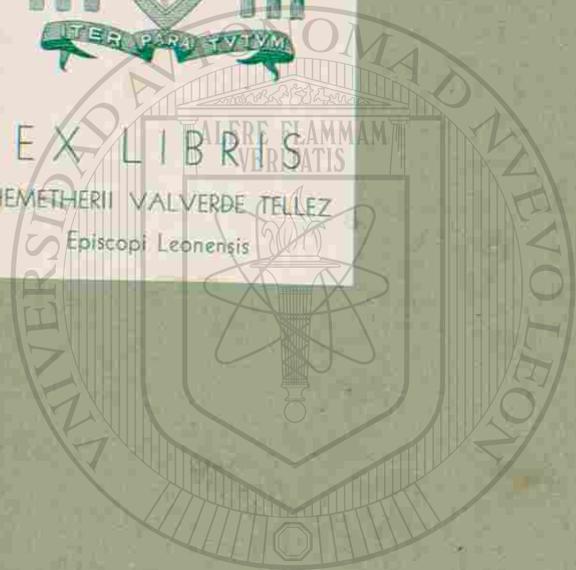
010142



1080021862

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

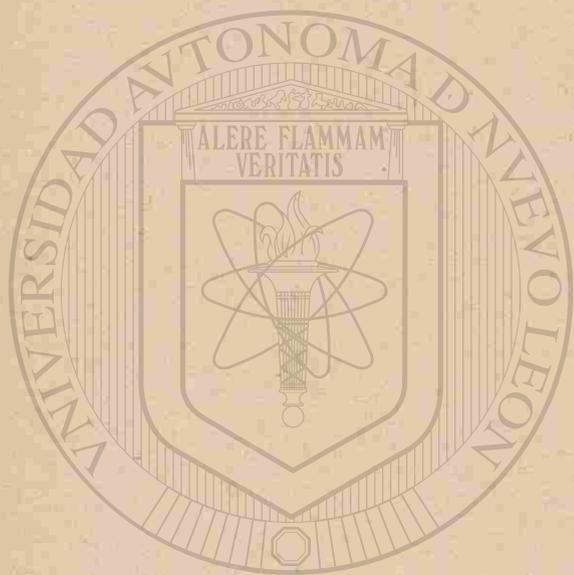


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DE LA

HERMOSURA DE DIOS

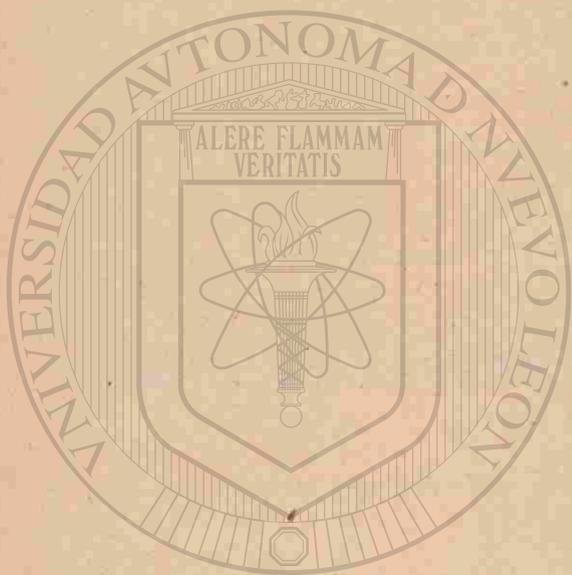
Y SU AMABILIDAD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

DE LA
HERMOSURA DE DIOS
Y SU AMABILIDAD

POR LAS

INFINITAS PERFECCIONES DEL SER DIVINO

COMPUESTO POR EL

V. P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Con las licencias necesarias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

Plaza de Santo Domingo, 11

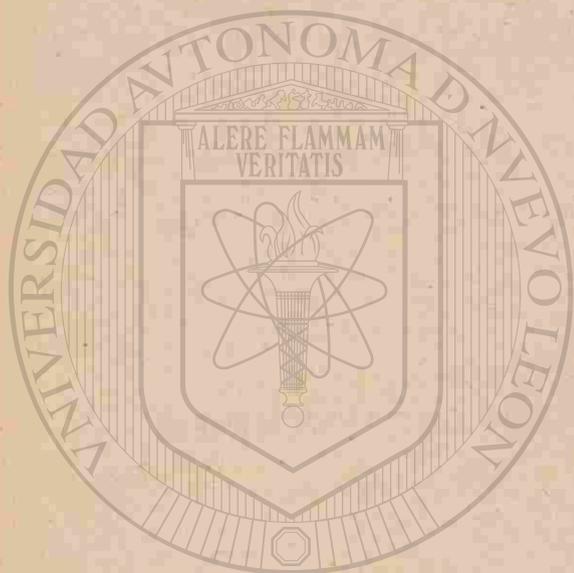
1904

46490

BT153

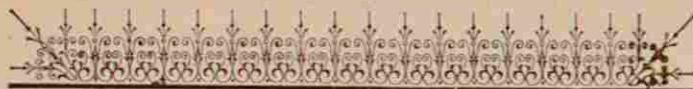
- B4

NS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54, Madrid.



A LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA LEONOR MARÍA DE GUZMÁN

CONDESA DE MONTERREY

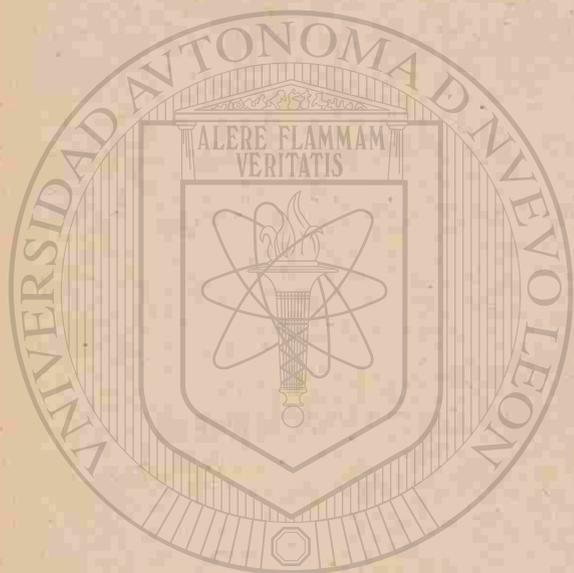
NUNCA me persuadí cuánta verdad sea lo que alega Séneca de Aristóteles: que no se podía hablar de Dios sin empacho, hasta que lo he experimentado en este libro que de su divina Hermosura he compuesto. Porque el atrevimiento que tuve en comenzarle una vez, lo he pagado muchas con el arrepentimiento y confusión que he padecido, por haber salido tan inferior el suceso á mi esperanza; presunción la puedo llamar. Pensé decir algo donde había infinito que decir, y estoy corrido que en tan dilatado campo haya andado tan poco; que si bien era forzoso que me faltaran discursos y sentimientos para explicar aun moderadamente algo de su grandeza, esperé que para tan poco como era lo que entendía no me habian de faltar palabras; pero no sé qué se ha sido, que todo me ha faltado, necesítandome á mendigar ó usurpar lo ajeno, hurtando piadosamente á los Doctores santos sus sentencias, á los escolásticos sus discursos y á los místicos sus palabras. Quiero con mi confesión prevenir cualquier calumnia, declarando hay en este libro muchas cosas ajenas, y serán cuantas no fueren malas. Por ventura, no sólo el ingenio, pero la lengua la

010142

BT153

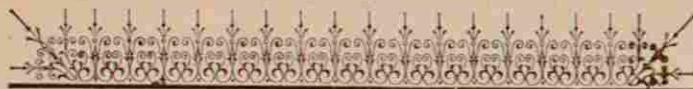
- B4

NS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54, Madrid.



A LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA LEONOR MARÍA DE GUZMÁN

CONDESA DE MONTERREY

NUNCA me persuadí cuánta verdad sea lo que alega Séneca de Aristóteles: que no se podía hablar de Dios sin empacho, hasta que lo he experimentado en este libro que de su divina Hermosura he compuesto. Porque el atrevimiento que tuve en comenzarle una vez, lo he pagado muchas con el arrepentimiento y confusión que he padecido, por haber salido tan inferior el suceso á mi esperanza; presunción la puedo llamar. Pensé decir algo donde había infinito que decir, y estoy corrido que en tan dilatado campo haya andado tan poco; que si bien era forzoso que me faltaran discursos y sentimientos para explicar aun moderadamente algo de su grandeza, esperé que para tan poco como era lo que entendía no me habian de faltar palabras; pero no sé qué se ha sido, que todo me ha faltado, necesítandome á mendigar ó usurpar lo ajeno, hurtando piadosamente á los Doctores santos sus sentencias, á los escolásticos sus discursos y á los místicos sus palabras. Quiero con mi confesión prevenir cualquier calumnia, declarando hay en este libro muchas cosas ajenas, y serán cuantas no fueren malas. Por ventura, no sólo el ingenio, pero la lengua la

010142

mano y la pluma se me embarazarían con la admiración y reverencia de tan grande argumento. Por lo menos hallé por experiencia que tan soberana materia no es para explicada, sino para venerada. Gran verdad es lo que tantas veces repiten los Santos, que el Sér Divino es inefable; ni fuésin causa lo poco que San Dionisio Areopagita dijo de Dios en su *Mística Teología*, donde más le quiso dar á conocer, pues no pasa todo el libro de tres ó cuatro hojas, habiéndose dilatado bastantemente en sus *Hierarquías*, con libros competentes, aunque el sujeto dellos era tanto menor y más estéril, cuanto menos es lo criado que el Criador. El Santo, por lo que alcanzó de Dios, debió con mucho acuerdo de abreviar argumento tan inmenso, remitiendo el conocimiento divino al devoto sentimiento del afecto, no á la sutil agudeza del discurso. Yo, con lo poco que alcanzo, por necesidad he quedado corto. No quisiera fuese castigo de mi atrevimiento que, habiendo dilatado otros asuntos en mis obras, aunque cortos al parecer, con largos discursos, en este argumento haya sido tan poco fecundo: si no es que sea la causa, que como otras materias son capaces de nuestro entendimiento, lo son también de sus discursos; mas la Divinidad (como incomprendible de nuestra razón) no se proporciona tampoco con ella nuestro caudal y discurso. De cualquier manera confieso, que de ningún libro de los que he publicado he salido más descontento, aunque ninguno pensé escribir con más satisfacción; y así me hizo dudar de su impresión después de acabado, hasta que pareceres ajenos me animaron á ella, aunque no han bastado á sosegar mi escrúpulo, ni á quitar el empacho que tengo en publicarlo, que no es sin mortificación de mi poca humildad, que también me tuvo perplejo en la persona de quien confiaría su protección: mas presto me resolví que había de ser con quien menos empacho tuviese, y la que más disi-

mulara mis faltas. Desto sólo quiero hacer cargo á V. E., que la primera que me vino al pensamiento fué su persona, á quien sólo podía ofrecer obra tan imperfecta con la llaneza y confianza que me ocasiona la merced que me hace. Dijo bien un filósofo, que no era señal de benevolencia la bondad de las dádivas, sino la de los ánimos; no la grandeza de los dones, sino la llaneza confiada del que los da. Y la que yo uso con V. E. es tanta, que no quiero me deba el ofrecerla este don, sino el no haberle ofrecido á otro; fiando sólo de V. E. mi confusión y empacho, pues no la dedico este libro por el mejor, como debiera, sino por el de menos satisfacción mía. No niego sino que también me ha alentado el argumento por entender no dejará de ser gustoso á V. E., pues oirá con gusto hablar del sumo Bien, aunque tan mal y tan cortamente como yo lo he hecho. El afecto bueno la hará parecer bien aun lo mal dicho, por tocar en alguna alabanza de quien tan digno es de toda. No digo esto por excusarme en el ofrecimiento de cosa tan inferior á mi deseo, sino para dar algún color de más respeto al de mi confianza, la cual tampoco quiero sea tan desbarazada que no pida perdón. Y porque me le dé vucencia la ofrezco juntamente mis oraciones, para que llegue á ver con claridad lo que yo con mis borrones he obscurecido. Entre tanto, será consuelo para mí decir á vucencia lo que San Pedro Damiano dijo á otra excelentísima condesa de gran piedad en un libro que la dedicó, prometiéndola que sabría en el cielo la grandeza divina que no se podía declarar en la tierra: "Allí, dice ¹, falta la ignorancia, falta la imposibilidad: porque en la sabiduría, á la cual están unidos los Santos, saben todas las cosas, y en el Omnipotente las pueden. Allí veremos, descubierta

¹ Pet. Dam., opusc. 56, de instit. monialis ad Blancam Comitissam., cap. xv.

la cara, cómo el Padre engendra inefablemente al Hijo, y cómo procede el Espíritu Santo de entrambos. Allí veremos, cómo Aquel que no falta de ningún lugar, no por partes, sino todo, está donde quiera; y cómo puede ser que atienda á cada uno como si estuviera desocupado de todos los demás; y cómo atiende á todos, como si no cuidara de cada particular: cómo Aquel que en los Cielos se ensalza, sustenta los fundamentos del abismo, y cómo el que penetra lo más íntimo del mundo, rodea también las superficies. Acabo esta carta pidiendo á Nuestro Señor que mientras llega aquel día en que le veamos, caiga á V. E. la bendición que echa San Anselmo en el fin de otra: "Dios Omnipotente así ame á V. E., y amándola la ampare, que nada se haga por V. E., ó de V. E., que no le sea agradable,"¹.

De V. E. menor Capellán,

JUAN EUSEBIO NIEREMBERG,

¹ Ansel., lib. I, ep. 50.



LIBRO PRIMERO

DE LA

HERMOSURA DE DIOS

Y SU AMABILIDAD

POR LAS INFINITAS PERFECCIONES DEL SÉR DIVINO

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo Dios es incomprendible, y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.

I

HUMILLADO el corazón, atónita el alma y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, tomo la pluma para tratar del infinito Sér, soberana Hermosura y tremenda Majestad de Dios, argumento tan incomprendible que faltan palabras á la lengua para los sentimientos del alma, y faltan sentimientos al alma para la substancia de la verdad. Aquel inmenso piélago de esencia, aquel profundo abismo de bondad, aquel golfo de infinidad, aquel mar de perfecciones, aquella idea de hermosuras, aquella profundidad de bienes está tan lejos de poder explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar á conocerle; sólo puede nuestro entendimiento admirarle, pero

la cara, cómo el Padre engendra inefablemente al Hijo, y cómo procede el Espíritu Santo de entrambos. Allí veremos, cómo Aquel que no falta de ningún lugar, no por partes, sino todo, está donde quiera; y cómo puede ser que atienda á cada uno como si estuviera desocupado de todos los demás; y cómo atiende á todos, como si no cuidara de cada particular: cómo Aquel que en los Cielos se ensalza, sustenta los fundamentos del abismo, y cómo el que penetra lo más íntimo del mundo, rodea también las superficies. Acabo esta carta pidiendo á Nuestro Señor que mientras llega aquel día en que le veamos, caiga á V. E. la bendición que echa San Anselmo en el fin de otra: "Dios Omnipotente así ame á V. E., y amándola la ampare, que nada se haga por V. E., ó de V. E., que no le sea agradable,"¹.

De V. E. menor Capellán,

JUAN EUSEBIO NIEREMBERG,

¹ Ansel., lib. I, ep. 50.



LIBRO PRIMERO

DE LA

HERMOSURA DE DIOS

Y SU AMABILIDAD

POR LAS INFINITAS PERFECCIONES DEL SÉR DIVINO

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo Dios es incomprendible, y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.

I

HUMILLADO el corazón, atónita el alma y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, tomo la pluma para tratar del infinito Sér, soberana Hermosura y tremenda Majestad de Dios, argumento tan incomprendible que faltan palabras á la lengua para los sentimientos del alma, y faltan sentimientos al alma para la substancia de la verdad. Aquel inmenso piélago de esencia, aquel profundo abismo de bondad, aquel golfo de infinidad, aquel mar de perfecciones, aquella idea de hermosuras, aquella profundidad de bienes está tan lejos de poder explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar á conocerle; sólo puede nuestro entendimiento admirarle, pero

no comprenderle. Así como los ojos no pueden detenerse en mirar al sol sin cegarse, por lo cual les es su claridad incomprendible, con infinitas más ventajas excede la luz divina á la vista de nuestra alma. En significación de lo cual se apareció el Señor á San Juan teniendo por rostro el sol cuando más ardiente y claro está, porque su incomprendible luz y hermosura vence la vista de todo entendimiento¹. Por esto dijo Aristóteles que nunca habíamos de estar con más empacho y vergüenza que cuando hablamos de Dios, pues del que es inmenso no podemos decir cosa grande, ni del incomprendible sentirla; todo es pequeño, todo nada para su infinitud². Un topo, pues carece de ojos y está sepultado en las entrañas de la tierra, ¿qué puede sentir de la claridad del sol? ¿Ni un sordo podrá alabar el canto de las sirenas? ¿Ni un mudo enseñar los acentos? Es tan inexplicable el ser y perfección divina, que al mismo Dios, que sólo se comprende, parece le faltaron palabras para declararse y, aunque no le falte concepto de sí, no halló vocablos con que pudiésemos nosotros hacerle de su grandeza. Cuando quiso declarar á Moisés quién era, no acabó la sentencia, sino, dejando la oración suspensa, dijo solamente: «Yo soy el que soy», sin acabar de decir quién era, pues no hay renombres que lo pudieran significar; porque ¿cómo puede una palabra declarar al que es más que todas las cosas? Por cierto, ni todas las palabras ni las lenguas del mundo explicarán al que es sobre todo el mundo. Y así con mucha razón calla el Señor el decir lo que es, porque es lo bueno de todo y sobre todas las cosas buenas. «Yo soy el que soy», dice sin pasar adelante, dejando en blanco lo demás para que añada el afecto de sus siervos cuanto bueno pensaren; porque Dios es el que es, la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bon-

1 Apoc., 1.

2 Arist. apud Senec., lib. 7 nat. quaest., c. 33.

dad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor. Y aunque es todo lo bueno, no dice nada de lo que es, porque es sobre eso mismo bueno, como advierte San Dionisio, sobre la beldad de toda hermosura, sobre la claridad de la luz, sobre lo amable de la bondad, sobre la cumbre de la altura, sobre lo cuerdo de la sabiduría, sobre la eficacia de todo poder y sobre la dulcedumbre de toda suavidad; por esto es sobre todo concepto, sobre todo sentido y conocimiento. Y así dijo bien San Cipriano¹: «Uno es el Gobernador del mundo, que todas las cosas cuantas hay manda con su palabra, dispone con razón, perficiona con su virtud, el cual ni se puede ver, porque es más claro que la vista; ni comprender, porque es más puro que el tacto; ni estimarse, porque es mayor que el sentido. Y así, solamente le estimamos dignamente cuando le decimos inestimable».

II

No cabe el concepto divino en la capacidad de naturaleza criada. Bien dijo Platón que «tan dificultoso era hallar al Criador del universo, como después de hallado es imposible hablar dignamente de Él»². Esto es lo que avergonzó á Aristóteles para que no tratase de la naturaleza divina, y forzó á otros grandes filósofos á confesar su ignorancia; porque, como dice San Crisóstomo: «De la manera que uno que se arroja á navegar un mar innavegable, cuando no puede pasarle todo, es fuerza que se vuelva atrás por el camino que fué, así también los filósofos y oradores antiguos que pretendieron averiguar cuál fuese la naturaleza divina, dándose su ingenio por vencido y faltándoles palabras de la

1 Cyprian., lib. quod idola non sunt dii.

2 In Timæo.

boca, últimamente confesaron que no podían apear cómo fuese, sino sólo que Dios era incomprendible¹. Simónides temió responder al rey Hieron cuando le preguntó quién era Dios, y así pidió un día de plazo para darle la respuesta, luego añadió otros dos, luego cuatro días, después una semana, pidiendo siempre doblado espacio mientras más pensaba en la grandeza divina; y así respondió á aquel Príncipe, que estaba maravillado de tantas largas: «Por eso, Rey, voy doblando los términos, porque, al paso que más considero al Sér divino, menos, hallo cómo declararle y me parece más obscuro». Esto significó la nube tenebrosa que cubrió al monte Oreb cuando bajó allí el Señor, y la multitud de cortinas que ceñían el Tabernáculo, y el velo que se extendía por delante del *Sancta Sanctorum*. Por lo mismo llamó Orfeo á Dios *Noche y Día*; porque, aunque es tan claro en sí, es obscuro para nuestro concepto, ó, como explican los platónicos, es día para amarse y noche para entenderse. Y así se dice que Dios es luz inaccesible que habita en medio de calígines y tinieblas, porque todo cuanto puede alcanzar de su inmensa naturaleza el caudal humano es ignorancia y obscuridad respecto de aquel infinito Sér, que está tan lejos de explicarse que ni aun puede concebirse. Prudentemente los egipcios tenían por símbolo y nota de Dios á la cigüeña porque carece de lengua, para significar el alto silencio con que se ha de venerar tan grande Sér y la imposibilidad de poder explicarle. El profeta Isaías, cuando más se le descubrió de Dios, confesó que no sabía hablar y que era como niño, así por no poder hacer concepto cabal de su grandeza como por no saber decir lo que había alcanzado de ella, con ser de los más elocuentes y retóricos oradores del mundo. También, después de una sombra de la naturaleza divina que se ma-

1 Chrysosthom., 28, operis. imperfecti.

nifestó á Moisés, confesó este sabio legislador los impedimentos que tenía para hablar, y con ser sólo un borrón de lo que era Dios lo que vió en la zarza, «escondió su rostro porque no se atrevía á mirar al Señor»¹. Lo mismo hizo el profeta Elías, que á la presencia de Dios cubrió con su capa el rostro. Pero ¿qué mucho que los hombres se confundan y estremezcan á los rayos (aunque tan lejos y oscuros) de la Divinidad, si vió el profeta Isaías á los más altos serafines que, confusos y avergonzados, cubrían con las alas sus rostros delante del Señor², dándose por vencidos de no poder comprender ellos en sí ni declarar á otros lo que era inefable, incomprendible é inmenso? No hay conceptos ni palabras que puedan declarar lo que es sobre toda elocuencia y entendimiento y esencia. Bien conoció esto el santo fray Gil, compañero de San Francisco. Visitándole una vez dos frailes de Santo Domingo, dijo uno que había dicho de Dios grandes cosas el evangelista San Juan. Replicó el siervo del Señor: «Antes, por cierto, nada dijo de Dios». Reprendióle el huésped: «Padre, mire lo que dice, porque San Agustín afirma que, si San Juan hablara más alto, ninguno de los mortales lo alcanzara; y así no diga que no escribió cosa de Dios, pues escribió cosas tan altas». Mas el santo fray Gil, perseverando y afirmándose en su primera proposición, les respondió: «Otra vez digo, y lo torno á decir, que San Juan ninguna cosa dice de Dios». Escandalizados con esto los dos frailes, se fueron; mas tornándolos á llamar fray Gil les mostró un monte altísimo y les dijo: «Si hubiese un montón de mijo tan grande como este monte, y en el pie de él estuviese un pajarito que se sustentase de allí, ¿al cabo de cuánto tiempo se echaría de ver algún menoscabo de tan grande cantidad?» Repondiéronle los Padres Dominicos que ni en mil años vieran nada. Repli-

1 Exod., 3, 6.

2 III Reg., 19.

cóles entonces el santo varón: Pues sabed, Padres, que es tan inmenso Dios y tan infinito el monte de su grandeza, que San Juan, como un pequeño pajarito, nada dice respecto de su inmensidad». Con esto, muy edificados los dos Padres predicadores, se echaron á sus pies y le pidieron perdón, confesando que había tenido razón en lo que dijo, porque no se puede decir que declaró algo de la grandeza de un grande gigante quien dijese que era mayor que una hormiga, ni exageraría la grandeza del mundo quien afirmase que era mayor que un granito de mostaza. Pues todo cuanto se puede decir de la grandeza de Dios, menos es respecto de ella que un grano de arena respecto de todo el cielo.

III

¡Oh gran Dios! Confieso tu Sér infinito y, sobre todo, el caudal criado, cuya majestad, aún no conocida, pasma al alma; confieso que no os puedo comprender, pero deseo alabaros. No es atrevimiento tratar de vuestra grandeza, sino gozo de vuestras infinitas perfecciones, que, aunque no caben en nuestro entendimiento, llevan tras sí nuestra voluntad. Tal sois, Señor, que, aun no bien entendido, merecéis sobre todo ser amado. Una sombra de vuestra hermosura basta para empleo de nuestros corazones. No es menester comprenderos para que os amemos; sóbranos perfecciones para que os adoremos y sirvamos. Sobráis, Señor, con sólo ser menos ignorado, para llenar todo nuestro afecto y deseo; y lo que me falta de conocimiento quisiera yo suplir con el amor. Estremézcome de vuestra grandeza que admiro, y deseo deshacerme por vuestra bondad que amo; que aunque sea oculto cuál seáis, es muy claro que sois infinito, pues en vuestra misma incompre-

sibilidad manifestáis vuestra inmensidad. Encubríis en vos vuestra grandeza, pero mostráisla en todas las cosas, porque es tan grande, que no la pueden encubrir vuestras obras; todas están llenas de vuestro infinito Sér, y reventan todas las criaturas, descubriéndole á todos perfectísimo, omnipotente y hermosísimo, al cual no pretendo yo comprender, sino adorar y amar.

Con este presupuesto se puede engolfar el alma en esta profundidad de esencia, en este piélagos de perfección y grandeza, y lo que no puede comprender, procure conocer, ó menos ignorar, para admirarle, amarle y servirle. Porque aunque, como dice Philon¹, no podemos saber con certidumbre de qué manera sea la esencia y cantidad de las estrellas, con todo eso lo inquirimos con gusto, y nos holgamos con las razones probables que se ofrecen, por el gran deseo que tenemos de saber; pues á ese modo, aunque no podamos ver aquel Sér verdadero, que es Dios, debemos con todo eso inquirir cómo es, porque esta consideración por sí misma es cosa sumamente para desear. Bien echó de ver también San Cirilo Hierosolimitano² la dificultad que hay en declarar lo que es incomprendible; con todo esto, juzgó se debía procurar su noticia; y á la objeción que se puede poner de su incomprendibilidad, satisface así: «Si alguno dijere: Pues la naturaleza divina es incomprendible, ¿para qué tratas de ella? ¿Por ventura ya que al sol no puedo mirar de hito, no me aprovecharé lo que basta de su luz, y le miraré? Y si entrare en una gran huerta, y no pudiere comer todos los géneros de fruta que en ella hubiere, ¿quieres, por eso, que me salga de allí?» Cuando no se puede todo, es de gran recreación gustar algo. Y aunque los ojos no pueden mirar al sol, alegranse con su claridad y buscan la luz de sus rayos. Con

1 Phil., lib. de Monarchia.

2 Cyril. Hieros., Catechesi, 6.

esta consideración, digo con San Anselmo, cuando empezó á tratar de la perfección divina ¹: «No pretendo, Señor, penetrar vuestra alteza, porque en ninguna manera comparo con ella mi entendimiento; pero deseo algún tanto entender vuestra verdad, la cual cree y ama mi corazón; y no pretendo entenderlo para creer, sino creo para entender».

CAPÍTULO II

Cuán debido es procurar conocer á Dios y formar algún alto concepto de su grandeza y hermosura.

I

Aunque es Dios incomprendible, es tan notable desagradecimiento y tan culpable descuido el que tienen los hombres de procurar conocer á su Criador, que da desto sentidísimas quejas el mismo Señor por su Profeta, porque convocando al cielo y á la tierra para que ponderen este agravio, da voces Isaías, diciendo ²: «Oid, cielos, y tú, tierra, percibe en los oídos, porque el Señor habla, y dice: «Crié hijos y ensalcélos; mas ellos me despreciaron. Un buey conoce á su amo y un jumento al pesebre de su señor; mas Israel no me conoce á mí». Para espantar es el poco cuidado que tienen los hombres de conocer á Dios, con tocarnos tanto, que es nuestro Padre. Justa, por cierto, es la queja que da de que no le conozcamos, pues es quien nos hizo y nosotros criaturas suyas, dependientes de Él esencialmente, más que la claridad del día depende del sol. Si tuvieran sentido los rayos deste excelentísimo planeta, ¿qué otra cosa desearan saber sino la causa que le daba sér? Natural inclinación es conocer su origen, y por

1 Ansel., c. 1. Prosló.

2 Isaf., 1.

esto averiguan los hombres sus mayores, revuelven archivos, averiguan descendencias, disponen genealogías, entéranse de las hazañas de sus progenitores, y blasonan de su nobleza; ¿cómo menospreciamos nosotros esta nobleza de descender de Dios y ser criaturas suyas? ¿cómo no queramos entender la majestad del Sér divino, que nos dió sér, cuán gran Señor es nuestro Padre, cuán poderoso, cuán bueno? ¿Qué agradecimiento y respeto de hijo fuera si, diciéndole que su padre estaba en la calle á quien nunca hubiese visto, y de quien hubiese recibido mucha honra y beneficios, con estar tan cerca no le saliese á ver, ni mirase por la ventana? ¿Qué amor es el nuestro á Dios, qué términos tan malos que, no distando un paso de nosotros, sino estando en nosotros mismos, no le queramos conocer cual sea este gran Señor, ni tratemos de agradecerle lo que le debemos? Por cierto poca honra tiene quien no se precia de saber quién es el que le crió é hizo de nada, cuán poderosa mano le formó, cuán alta sabiduría le trazó, cuán noble Señor le dió principio. Por descubrir un abuelo Rey, aunque de muy lejos, se afanan los hombres, juzgando por mayor su nobleza cuanto de mejores descenden, y trabajan por entender todas las grandezas de sus mayores. No es de muy lejos el parentesco que con Dios tenemos; no intervienen muchos grados; más cerca nos toca que nuestros mismos padres. Inmediata y esencialmente dependemos de Él: conozcamos su grandeza, porque honra y nobleza nuestra es tener tal Criador, hermoso sobre toda belleza, bueno sobre toda perfección, dignísimo que le deseemos conocer, como lo deseaba San Anselmo cuando dijo: «Vos sois mi Señor, Vos sois mi Dios, y nunca os he visto. Vos me hicisteis y rehicisteis y disteis todos mis bienes, y aún no os he conocido: fui hecho para veros, y aún no he hecho para lo que fui criado. ¡Oh, des-

dichada suerte del hombre cuando pierde aquello para que fué eriado! ¹. Esta última consideración nos ha de avivar mucho el deseo de conocer á Dios, pues su conocimiento es el fin de nuestra creación. ¡Oh Padre mío, oh principio de mi sér, y último fin! ¿Cómo no me desvelo por amarte y conocerte, pues nací para ti, y de ti? Honra mía es tener tal origen, gloria mía es tener tal término de mi substancia y esencia: ¿cómo no abro los ojos para ver adónde voy, y de dónde vengo? Voy para gozar de un Dios hermosísimo; vengo de un Dios Omnipotente. Voy y vengo, recibí y recibo sér de un Dios, perfectísimo, inmenso, infinito; ¿por qué no reparo más en esto? ¿Qué cosa hay que me toque más que Dios, pues para Él nací, por Él vivo, con Él obro y de Él fuí eriado? ¿Qué caminante hay que no sepa adónde camina? ¿Qué ciudadano hay que no conozca las calles de donde está? ¿Qué caballero hay que no inquiera la casa de donde sale? ¿Pues cómo todas estas causas de curiosidad cesan en Dios, descuidándonos de saber la grandeza de nuestro fin para el cual nacimos, la inmensidad de aquel Señor en quien estamos, y somos, y vivimos, la bondad y nobleza de quien nos dió sér? ¿Quién hay que quiera ir á ciegas llevándole á ver un hermoso espectáculo? ¿Y qué ciego hay que no quisiera abrir los ojos para ver dónde está? ¿Por qué los cerramos nosotros para no conocer á Dios, para cuya hermosísima vista nos convidan y en cuyos brazos estamos, y cuya omnipotencia nos conserva y dió principio? Alumbrad, Señor, mi alma para que os admire y ame como blanco de todos mis deseos, y para que os desee como á mi fin, reconozca como á mi Padre, y conozca como á mi principio.

¹ Anselm., in Proslo, cap. 1.

II

Pero aunque Dios no fuera Padre nuestro, por sólo ser Cabeza y Señor del mundo, habíamos de procurar conocerle. Á los emperadores y reyes de grandes monarquías todos desean ver, las calles se pueblan, páranse todos para verlos pasar, y ellos piensan que hacen favor en dejarse mirar. Diadúmeno, hijo del emperador Macrino, que era muy hermoso, por hacer grande fiesta á sus ejércitos y vasallos salía sólo á que le viesen, con gran regocijo de la gente de mirar á su Príncipe ¹. Pues este gran Señor del universo, este gran Monarca del cielo y de la tierra, este gran Cabeza de todo el mundo, hermosísimo sobre todo lo hermoso, ¿por qué no le deseamos ver, conocer y admirar, habiendo tanto que admirar en Él, así por su naturaleza y perfectísimo sér como por sus excelentísimas obras? Por cierto que, aunque no fuera Dios Señor de todo ni nos hubiera criado de nada, por sólo haber hecho al sol y esos hermosísimos cielos debía ser conocido. Á Apeles, pintor, y á Phidias, escultor, venían á ver por sólo que eran autores de unas pinturas y estatuas bien formadas; sólo la excelencia de sus obras les hacían dignos de ser vistos. ¿Qué obras como las de Dios, que hizo en un momento los cielos y toda la redondez de la tierra, suspensa en medio de este universo? La fábrica de sola una hormiga es tan admirable, que sólo ella bastaba para hacer á su autor digno de eterna honra y fama; ¿qué merecerá Dios por las demás obras divinas? Aunque no fuera tan perfecto y hermoso como es, por sólo ser Autor de obras tan perfectas é ingeniosas debía ser conocido y reverenciado; pero juntán-

¹ Apud Capitolium in Macrino et Caracalla.

dose su infinita perfección, ¿cómo no nos desojamos por conocerle y entender cuál es? La fama de Platón y Sócrates trajo á la ciudad de Atenas á muchos curiosos por sólo verlos. Alejandro Magno fué á conocer á Diógenes. Á Roma venían de naciones muy distantes por sólo ver á Tito Livio. Si los hombres grandes merecen ser vistos, ¿por qué un Dios inmenso y omnipotente no debe ser conocido? La curiosidad de una cosa no ordinaria provoca á muchos que la vean. ¿Qué mayor cosa que Dios? ¿Qué mayor Sér que el divino? ¿Qué cosa más rara que ser Uno y Trino, ser de sí mismo, sin tener principio ni fin, ser eterno, ser todopoderoso, ser toda hermosura? Si hay cosa digna de ser conocida, Dios es sobre toda curiosidad, sobre toda admiración, sobre toda grandeza.

La curiosidad sola de saber de alguna ciencia y verdad natural desterró á muchos filósofos de su patria, pasando grandes trabajos y fatigas. Platón peregrinó por Egipto é Italia ¹. Demócrito, por sólo conocer las estrellas, dejando su hacienda y comodidad en su patria, se fué á Caldea para aprender astronomía ²; desde allí pasó á Persia para estudiar geometría, y la distancia que hay de una tierra á otra; después volvió á Atenas para emplearse en el estudio de las verdades naturales; y para emplearse más en su especulación sin el embarazo de los sentidos, se sacó los ojos. Si por conocer las estrellas y la medida de la tierra hizo tanto este filósofo, por conocer al Autor de los cielos y de la tierra, ¿qué debe hacer el cristiano? Por las verdades naturales quiso perder los ojos un gentil; bien podemos nosotros desojarnos por la Verdad eterna; bien podemos desvelarnos en un rato de oración, para que nos amanezca el Sol de justicia. ¿Qué tienen que ver las estrellas del firmamento, que no pueden desterrar la noche, con aquel

1 Valer., lib. 8.

2 Fulgos., lib. 8.

Sol eterno y claridad inmensa del Criador, en quien no caben tinieblas? ¿Por qué se han de hacer tantas diligencias por conocer los astros de la noche, y no haremos algunas porque nos alumbre la Luz eterna? Plinio, por sólo entender la naturaleza del Vesubio, famoso volcán de Italia, se puso á peligro de la vida, y la perdió en la demanda ¹. Pues si una criatura, y tan horrible, mereció tanta curiosidad, el Criador, que por una parte es hermosísimo y por otra tremendo, ¿por qué no nos lleva tras sí, y más siendo su conocimiento segurísimo y saludable? Arquímedes gustaba tanto de hallar una nueva demostración matemática, que ni comía ni bebía por eso, y se olvidaba de todos los demás cuidados de la vida; de modo que la perdió por no perder ni cesar de esta curiosidad ². ¿Por qué no nos mueve la Verdad eterna á que la contemplemos, pues siempre es nueva, y después de una eternidad nos ha de admirar y alegrar como el primer día? Solón era tan curioso de saber, que no había día, aun en sus últimos años, en que no aprendiese alguna cosa, hasta el punto en que murió; de tal suerte, que estando ya agonizando, porque oyó á unos amigos suyos que estaban disputando sobre un punto de filosofía, él entonces, como pudo, se animó y levantó con gran fuerza el medio cuerpo para estar atento. Preguntáronle que para qué hacía aquello, y respondió: «Para entender lo que disputáis, y morirme luego con saber de nuevo esta verdad». Si tanto puede la curiosidad en cosas naturales, y así de muy poco momento, ¿cómo pesa el deseo de saber aquel Sér divino, aquella Verdad sobrenatural, que es matriz de todas las demás, y para la cual nacimos, para saberla, admirarla y gozarla?

1 Fulgos., sup.

2 Valer. Max.

III

Allégase á todo esto lo que hay de parte de las virtudes morales y bondad de Dios: porque uno que ha recibido grandes beneficios de otro, desea naturalmente conocer á su benefactor. ¿De quién somos más beneficiados que de Dios? ¿Por qué no queremos conocer á quien tanto bien nos hace? Si á un pobre necesitado de todas las cosas acudiria otro á remediarle de todas, dándole vestido con que abrigarse, comida con que sustentarse, casa en que recogerse, medicinas con que curarse, criados con que servirse, ¿pudiérase creer que fuera tan ingrato aquel pobre tan beneficiado, que no quisiera conocer al que tanto bien le hacía, y viviendo pared en medio, y pasando siempre por su casa, nunca entrase á ver quién era el que había experimentado tan bueno? ¿Qué género de ingratitud fuera éste? Pues, ¿por qué estando Dios, no sólo cerca, sino dentro de nosotros mismos, siendo el que nos dió cuanto somos y nos da cuanto tenemos, y nos ha de dar cuanto Él tiene y es, no le miraremos á la cara, y procuraremos saber quién es Señor tan bueno? Aquel hombre á quien San Nicolás dió secretamente buena cantidad de oro para casar una de sus hijas, cuando se vió tan beneficiado, sin saber de quién, tuvo tan gran curiosidad de conocer su bienhechor, que no paró hasta descubrirle. Miremos quién nos da el sol para que veamos, los elementos para que vivamos, el alma y cuerpo para que seamos, todo el mundo para que estemos. Á quien tantos beneficios nos hace procuremos conocerle y alcemos siquiera los ojos á mirarle. ¿Quién hay que, yéndose á despeñar, si se detuviese en medio del camino, no reparara en quién le detuvo, aunque

fuese un tronco ó peña? Y si fuese algún hombre ¿no dejaría de mirarle y le preguntara siquiera adónde iba ó cómo estuvo allí? ¿De cuántos peligros nos ha librado Dios? ¿De cuántos males nos ha sacado? ¿Por qué no se lo agradecemos, siquiera con advertir cuán bueno es? Nuestra naturaleza y sér y substancia y cuanto somos, cuerpo y alma, pendiente está de Dios: á despeñarnos fuéramos en el abismo de nuestra nada y quedáramos, no digo hechos pedazos, sino aniquilados, si Dios no nos sustentara con el brazo de su omnipotencia. Reconozcamos éste y otros mil beneficios, y conozcamos á su Autor. ¿Quién, yéndose á caer un corredor abajo, si uno le recogiera en medio del aire, no admirara tan grande novedad y pusiera luego los ojos en donde le vino aquel bien? Suspensos nos tiene Dios de su infinito poder para que no caigamos en el abismo del no sér. Miremos la mano que nos sustenta. Es tan debido conocer al bienhechor, que con particularidad imprime la naturaleza vivísimo conocimiento dél á los animales, y se han hallado fieras que por una vez que recibieron de algún hombre un beneficio, advirtieron tanto en su bienhechor, que después de muchos años le conocieron y se le agradecieron.

No seamos nosotros peores que un buey que conoce á su amo; ni que un jumento que conoce el pesebré de su señor; ni que un tigre ó león que advierten en su bienhechor. No un beneficio es el que nos hace Dios; millares son, innumerables son, cada día son, cada momento son. Advirtamos quién es el que tan bien nos quiere, el que tanto bien nos hace. Si porque á los animales dé el hombre de comer para servirse de ellos y hacerlos trabajar en su provecho, con todo eso le reconocen ellos, ¿por qué haciéndonos Dios tantos bienes sin utilidad suya, y sólo por provecho nuestro, no lo hemos de conocer? No digo por

habernos hecho beneficios, sino sólo por tenernos buena voluntad alguno, provoca la curiosidad y deseo conocer á quien nos quiere bien. Porque si uno entendiese que una persona ausente le amaba y estimaba mucho, y hacía grandes finezas por él, le causaríase deseo de conocer á quien tan fino le era. ¡Oh cuán tiernamente nos ama Dios! ¡Cuánta lealtad nos tiene! Con qué amor solicita nuestro bien! ¿Por qué no deseáremos conocer á quien tan buena voluntad nos tiene y tan buenas obras nos ha hecho, y Él tiene tanto que conocer, porque es admirable sobre toda maravilla, y hermoso sobre toda hermosura? Á las maravillas del mundo concurrían á ver de reinos muy distantes, con no ser algunas más que unos ladrillos puestos sobre otros. En Dios se encierra toda maravilla; Él es teatro de toda admiración, amplísimo espectáculo de toda esencia, montón de perfecciones y bienes: gustemos de conocer tan maravilloso y hermoso Sér, y más consistiendo en su conocimiento todo nuestro bien. ¿Qué objeto más noble de nuestro entendimiento? ¿Qué empleo más glorioso de nuestra alma? ¿Qué pasto más gustoso de nuestro pensamiento? ¿Qué fin más honroso de nuestra naturaleza? siendo criados para conocer y amar este Señor, cuyo conocimiento nos es tan importante quanto es su amor, porque mal se podrá amar lo que no se conoce.

IV

Procuremos, pues, este conocimiento divino, más con la conciencia pura que con ingenio curioso; más con el corazón limpio que con el entendimiento agudo. Á los limpios de corazón llamó Cristo bienaventurados, porque ellos verían á Dios. No se promete esta dicha á los ingeniosos y agudos. Y David primero llamó dichosos á los que estaban

puros y sin mancha, que á los que escudriñaban las cosas divinas¹. Lo cual dice San Ambrosio que hizo con gran orden y razón: porque «antes se ha de buscar la buena vida que la doctrina: porque con la malicia se ciegan los ojos del entendimiento»². Todos los filósofos dicen que entre el objeto y la potencia ha de haber alguna conveniencia; ni podrán los ojos ver la luz sin participación de la misma luz; ni al que es infinitamente bueno, y todo Bien, podrá conocerle bien el que es malo. «Al sol (dice el mismo Santo) no le podrán ver sino los ojos sanos y valientes, ni al sumo Bien puede ver sino una alma buena. Hágase, pues, bueno el que quiere ver al Señor, y al que es lo bueno. Hagámonos semejantes á este Bien, y conforme á esto obremos buenas obras»³. Limpiemos nuestro corazón del amor de las criaturas, verzamos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las cosas del mundo y todos sus faustos, hollémoslos con los pies; con esta disposición quedará el alma desembarazada para contemplar á su Criador. No sin mucha razón á Jacob, que quiere decir el que pise, y acocea, y lucha, se le mudó el nombre en *Israel*, que quiere decir «el que ve á Dios»; porque después de luchar con nuestros apetitos y afectos, después de bien mortificados, conoceremos á Dios; porque, como dice Filón, «un excelente premio se propone al ánimo virtuoso, y es que tendrá ojos para un claro conocimiento de aquello que sólo es digno de ser contemplado»⁴.

Esta diferencia hay en el conocimiento de Dios y el de las criaturas, que más es necesaria para conocer á Dios buena voluntad que buen entendimiento; pero para las demás cosas naturales, la agudeza de ingenio sirve más que la rectitud del afecto; porque estas cosas naturales

1 Psalm. 118. 2 Ambr., ser. 1, in hæc verba. 3 Ambrosio, ib. de Isaac, et anica. 4 Phil., lib. de nominaum mutat'one.

son objetos proporcionados al entendimiento; pero como Dios exceda todo entender criado, no hace para conocerle tener buen entendimiento, sino tener buena voluntad para servirle, y con servirle merece el alma ser ilustrada y elevada para entenderle. Fuera de la pureza de vida, hemos de dar lugar á la luz del cielo con el recogimiento y oración, retirándonos algunos ratos, como aconseja David, á nuestros retretes y retiros, á considerar algo de las cosas divinas, ayudándonos de la lección de Santos Libros. No se ha de tener por pesada esta diligencia; que si la reina Sabá, por sólo conocer á Salomón dejó su reino, y peregrinó muchas leguas á tierras extrañas, ¿qué mucho será que por conocer á Dios nos paremos siquiera una hora? Pero el mal es que la ingratitud común de los hombres no es sólo no tratar de conocer cómo sea Dios, sino olvidarse que haya Dios, sin tener cuenta con su ley, que es lo que pareció á San Anselmo caso estupendo, y así dice: «Cuando considero lo que es Dios, cuán dulce su naturaleza, cuán amable, cuán buena, cuán inefable, cuán admirable y cuán digna de venerarse y adorarse, y por otra parte veo qué es el hombre, á quien Dios hizo á su imagen y semejanza, al cual crió así, para que, como siempre representase la imagen de su Criador, tuviera también en la memoria su voluntad y amor por haberle criado tal, me maravillo mucho y quedo atónito de la inestimable bondad de Dios, que como sea omnipotentísimo y justísimo, consiente que viva el hombre una hora, al cual quiso criar tan honrosamente, para que así como el hombre es el más noble de todas las criaturas corporales, así viviese más noble y gloriosamente que todas, conforme á la voluntad de su Criador, el miserable y desdichado ha hecho todo lo contrario: que ajustándose las demás criaturas con la voluntad de su Criador, él siempre, ó casi siempre, resiste á su vo-

luntad. Pero de la inmensa miseria del hombre me maravillo cómo tiene tan perdido el juicio, que, como un bruto que carece de razón, se olvide siempre de su Criador; y no olvidándose jamás el hombre de sí mismo, porque, si no es un loco, no hay alguno olvidadizo de sí mismo que no conozca que es, que vive y que entiende, maravilla es, y cosa para pasmar, que entendiendo el hombre que tiene estas cosas, no se acuerde de Aquel que tuvo por bien dárselas todas» ¹.

CAPÍTULO III

Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.

I

Para amar á Dios debemos conocerle, corriendo la cortina y descubriendo, cuanto alcanza nuestro caudal, el rostro de sus divinas perfecciones; por las cuales veremos cómo es dignísimo de ser amado sobre todo lo amable. Y porque lo que suele causar amor con grande suavidad es la hermosura, no hay cosa que con más gusto debamos amar que á nuestro Criador, pues no hay cosa más hermosa. Verdad es que todos los atributos divinos son tan perfectos y amables, que por uno solo debe amarse sobre todas las cosas; pero este título de hermoso concilia más las voluntades y encierra los demás. Por eso Sócrates, para persuadir á los hombres el amor de Dios, no lo hace con otro nombre sino llamándole *lo hermoso* ², poniendo tales calidades de la hermosura, que sólo competen á Dios, el cual es hermoso sobre todas las lindezas y maravillas del mundo. Para que entendamos esto se ha de

¹ In meditationibus dulcedinis divinae, pág. 158. ² Plato in Symp.

son objetos proporcionados al entendimiento; pero como Dios exceda todo entender criado, no hace para conocerle tener buen entendimiento, sino tener buena voluntad para servirle, y con servirle merece el alma ser ilustrada y elevada para entenderle. Fuera de la pureza de vida, hemos de dar lugar á la luz del cielo con el recogimiento y oración, retirándonos algunos ratos, como aconseja David, á nuestros retretes y retiros, á considerar algo de las cosas divinas, ayudándonos de la lección de Santos Libros. No se ha de tener por pesada esta diligencia; que si la reina Sabá, por sólo conocer á Salomón dejó su reino, y peregrinó muchas leguas á tierras extrañas, ¿qué mucho será que por conocer á Dios nos paremos siquiera una hora? Pero el mal es que la ingratitud común de los hombres no es sólo no tratar de conocer cómo sea Dios, sino olvidarse que haya Dios, sin tener cuenta con su ley, que es lo que pareció á San Anselmo caso estupendo, y así dice: «Cuando considero lo que es Dios, cuán dulce su naturaleza, cuán amable, cuán buena, cuán inefable, cuán admirable y cuán digna de venerarse y adorarse, y por otra parte veo qué es el hombre, á quien Dios hizo á su imagen y semejanza, al cual crió así, para que, como siempre representase la imagen de su Criador, tuviera también en la memoria su voluntad y amor por haberle criado tal, me maravillo mucho y quedo atónito de la inestimable bondad de Dios, que como sea omnipotentísimo y justísimo, consiente que viva el hombre una hora, al cual quiso criar tan honrosamente, para que así como el hombre es el más noble de todas las criaturas corporales, así viviese más noble y gloriosamente que todas, conforme á la voluntad de su Criador, el miserable y desdichado ha hecho todo lo contrario: que ajustándose las demás criaturas con la voluntad de su Criador, él siempre, ó casi siempre, resiste á su vo-

luntad. Pero de la inmensa miseria del hombre me maravillo cómo tiene tan perdido el juicio, que, como un bruto que carece de razón, se olvide siempre de su Criador; y no olvidándose jamás el hombre de sí mismo, porque, si no es un loco, no hay alguno olvidadizo de sí mismo que no conozca que es, que vive y que entiende, maravilla es, y cosa para pasmar, que entendiendo el hombre que tiene estas cosas, no se acuerde de Aquel que tuvo por bien dárselas todas»¹.

CAPÍTULO III

Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.

I

Para amar á Dios debemos conocerle, corriendo la cortina y descubriendo, cuanto alcanza nuestro caudal, el rostro de sus divinas perfecciones; por las cuales veremos cómo es dignísimo de ser amado sobre todo lo amable. Y porque lo que suele causar amor con grande suavidad es la hermosura, no hay cosa que con más gusto debamos amar que á nuestro Criador, pues no hay cosa más hermosa. Verdad es que todos los atributos divinos son tan perfectos y amables, que por uno solo debe amarse sobre todas las cosas; pero este título de hermoso concilia más las voluntades y encierra los demás. Por eso Sócrates, para persuadir á los hombres el amor de Dios, no lo hace con otro nombre sino llamándole *lo hermoso*², poniendo tales calidades de la hermosura, que sólo competen á Dios, el cual es hermoso sobre todas las lindezas y maravillas del mundo. Para que entendamos esto se ha de

¹ In meditationibus dulcedinis divinae, pág. 158. ² Plato in Symp.

suponer la causa por qué agrada tanto la hermosura y es tan eficaz incentivo de amor. Pareció tan clara la razón desto á Aristóteles, que no la quiso dar; y así, preguntándole por qué se amaban las cosas hermosas, sin dar otra causa respondió: «Esta pregunta no la podía hacer sino un ciego»¹. Por ventura con el mismo sentimiento Sócrates, habiendo de hacer una oración condenando á la hermosura, se tapó los ojos, dando á entender que había de ser ciego quien hablaba contra bien tan conocido y sabido. Con todo eso, no es tan clara la razón por qué se ama tanto lo hermoso, como es cierto que se ama; y así podemos inquirir la causa de su amor, y por ella conoceremos cuán digno es Dios de ser amado y cuán hermoso es en sí. Digo que la causa por qué la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra y remedo de la razón, por verse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu. De lo cual se puede colegir cómo la verdadera hermosura es la de la razón y espíritu; y así cuanto más tuviere una cosa de espíritu, de razón y de ser intelectual, tanto más hermosa será; por donde, como Dios es puro espíritu y la misma verdad y razón, y su esencia sea intelección, su hermosura será sobre toda amabilidad y belleza.

Para confirmación desto se ha de advertir que lo que hace más graciosa y amable á la hermosura corporal es, según todos los filósofos, la proporción de partes bien ordenadas; de suerte que la orden la cual es propia de la razón, es lo que agrada y hace hermoso: y así no hay hermosura sino en las cosas que puede haber orden. Por lo cual no pusieron Platón y Aristóteles la hermosura en otros sentidos sino en la vista, y el oído, y el entendimiento, porque en los objetos de estas potencias sólo hay orden. «Lo hermoso, dice Platón es un resplandor y rayo

¹ Diog. Laert., in vita Phil.

de lo bueno en las cosas que percibe la vista, el oído ó el entendimiento»¹. Porque por gustoso que sea el olor ó el sabor, no hay en él hermosura, porque no hay proporción ni orden; en la vista, sí, y en el oído, porque hay en sus objetos orden y proporción, conformándose de muchas partes, por la correspondencia que tienen entre sí, un todo agradable y gustosísimo, por el rastro que en esto tienen de razón. Por esta misma causa las naturalezas más capaces ó vecinas á la razón son las que más me gustan de la hermosura. Y así los animales más brutos y torpes, ni gustan de la música, ni de la arquitectura y aseo, porque no llegan á alcanzar el orden y huella de la razón que en estas cosas hay. Mas los hombres que son capaces de razón son los que gustan de una música concertada y de una vista compuesta y adornada; porque la hermosura es prenda propia de la razón, jurisdicción del espíritu y empleo del entendimiento. Y así la belleza corporal sólo agrada por ser una cifra y borrón de la razón, por el orden y proporción de partes que en sí encierra. Por esto dijeron algunos peripatéticos que la hermosura era la razón congruente ó concertada, y á lo gracioso, que acompaña á la hermosura, definieron que era un resplandor exterior de la razón².

Esta gloria de la hermosura de consistir ó emparentar con la razón, se puede echar de ver por su contrario la fealdad, la cual no es otra cosa sino desproporción de miembros, desorden de partes; lo cual causa disonancia

¹ Esta idea ó definición de la belleza atribuida á Platón suele enunciarse también de estotra manera: *Lo hermoso es el resplandor ó rayo de lo verdadero*; más ni en una ni en otra forma se hallan tales palabras en el diálogo *Crátilo* á que se refiere al citarlas el P. Nieremberg. Tampoco parece se encuentran en ninguna de las obras del filósofo griego, aunque el concepto que expresan esté en armonía con la doctrina platónica sobre la belleza. — (Nota del editor.) ² Picótom. gradu 8, cap. 37.

á la razón, que dicta no estar las cosas en su lugar, ni en la composición debida: de modo que la contrariedad á la razón, hace las cosas feas. Lo cual se echa de ver claramente en la fealdad espiritual y moral, que es el pecado; porque entre las cosas feas no hay otra más fea, torpe y monstruosa que la culpa, y toda su fealdad es por la disonancia y contrariedad que tiene á la razón, donde debía haber todo ajustamiento. De donde, por el contrario, se sigue que la verdadera hermosura es la proporción y ajustamiento á la razón; por lo cual no puede haber cosa más hermosa que aquel Sér que es única regla de la misma razón, y éste es Dios, cuyo sér es espiritualísimo, racionabilísimo, intelectualísimo, simplicísimo, que en suma simplicidad encierra las perfecciones de toda esencia; y en Él no sólo hay orden entre sus atributos, sino unidad, que es sobre toda proporción, y orden, y razón, y así es sobre toda hermosura; que, aunque no es capaz de aprender esta suma belleza la cordedad de nuestro modo de entender dependiente de los sentidos, debemos procurar hacer concepto della, y creer más á la razón que lo dicta que al sentido que no lo alcanza.

Confirmase lo mismo con lo que los platónicos ¹ dijeron: que la hermosura de la virtud era incomparablemente mayor que la de los cuerpos; porque echa tal luz y claridad de sí (condición muy propia de lo hermoso, según muchos filósofos), que si se viera con los ojos corporales arrebatara tras sí los corazones humanos y causaría en ellos ardientes amores de la misma virtud. El fundamento desto es, porque si la hermosura corporal agrada tanto, por ser una vislumbre de la razón, por el orden y proporción de sus partes; la virtud, que es perfección de la razón, y la que ordena todo, ¡cuánto más hermosa será!

1 Plato et Cicero.

II

De suerte, que por la mayor semejanza, vecindad ó relación á la razón, son las cosas hermosas más ó menos hermosas, y la razón es la medida, la gloria y la flor de todo lo hermoso: y como en Dios esté la razón esencial y substancialmente, en Él está la esencia y substancia de la hermosura y toda amabilidad, y dél se deriva y participa cuanto hay bello y agradable; porque como es la misma razón, todas las demás cosas proporciona, ordena y dispone que tengan hermosura y perfección. Por esto dijeron los platónicos, que del primer hermoso participaban todas las demás hermosuras. Y San Dionisio dijo que las lindezas criadas eran participación de la causa primera ¹. «Llamamos (dice San Dionisio) hermoso á lo que participa de hermosura; pero llamamos hermosura á la participación de la primera causa, que hace todas las cosas hermosas; y lo que es sobreesencialmente hermoso, se dice hermosura, por la hermosura que da á cada cosa, según su modo y capacidad»; porque como es la misma razón, proporciona á todo: y así lo hermosea de suerte, que todo lo hermoso es una participación de la razón; por lo cual la misma razón ha de ser cosa hermosísima. Porque si á la hermosura corporal, que es un borrón y sombra de lo hermoso, llamó Isócrates dignísima, preciosísima y augustísima entre las demás cosas ²; y también Luciano dice que hace ventaja á todas ³; y Tulio la cuenta la primera entre todos los bienes corporales ⁴; y San Ambrosio, confirmando lo mismo, dice ser cosa mayor que la salud ⁵; por lo cual Home-

1 Dionis., lib. De divin. nom. 2 Isoc., in laud. Hel. 3 Lucian., in Haridemo. 4 Tul., lib. IV, Tusculan. 5 Ambr., lib. 1, offic., cap. 1.

ro y Diógenes la llamaron don divino, y Platón, privilegio y ventaja de la naturaleza, y Aristóteles carta de recomendación, ¿cuál será la Hermosura espiritual, cuán preciosa, cuán digna, cuán amable? ¿Cuál será la hermosura del que es puro espíritu, puro acto, pura razón? San Gregorio Niseno se encoge, y no sabe cómo se podrá declarar; pues por sí no puede comprenderse, ni por alguna comparación explicarse: y así dice ¹: «¿Quién comparará al sol con una pequerita chispa? ¿Ó á un inmenso abismo de aguas con una gotita? Porque no tiene comparación alguna, ni una gota con un abismo y piétago, ni una mínima chispita con los rayos del sol. Pues desta manera se han cuantas cosas admiran los hombres como hermosas respecto de Aquél que excede á todo lo hermoso y bueno». Es tanta esta hermosura de Dios, origen y forma de las demás hermosuras y lindezas, que en su comparación toda la hermosura junta de cuanto hermoso hay en las criaturas, ó puede haber, es un carbón. Y aunque todas las criaturas posibles fuesen más hermosas cada una que mil soles, y los átomos del aire y arenitas del mar se convirtiesen en bellísimos serafines, y la hermosura de todas juntas se amontonase en uno, fuera todo gran tosquedad respecto de sólo la belleza divina; que cuanto es mayor que las demás, tanto es más diferente, principalmente que la corporal. Porque es la hermosura de Dios total y substancial, no como los cuerpos hermosos, que ni son entera ni esencialmente hermosos, porque no lo son, sino por la superficie exterior y un poco que les quitasen della, con un leve rasguño ó una arruga bastaría para afearles: y cuando toda esté sana y lisa, no suele ser general su hermosura: porque siendo el rostro hermoso, suelen tener desproporcionadas otras partes. Mas Dios todo es hermoso, por

¹ Nissen., cap. 10., de Virginit.

todas partes perfectísimo, de donde quiera agrada, hecha rayos de hermosura, y derrama suavidades, y gracias, y lindezas, con tal exceso, que una vez que se viese, era imposible dejar de enamorarse dél, y amarle sobre la vida y el alma. ¡Oh Dios hermosísimo, fuente de toda belleza, original de toda hermosura, ejemplar de toda lindeza, prototipo de toda perfección, raíz de toda bondad, regla de todo orden, imán de todo amor! ¿Cómo no nos aficiona vuestra hermosura, pues es la flor y lo puro de todo lo hermoso? ¡Oh Señor! ¡Quién tuviera un corazón tan puro para amaros como merece la pureza de vuestras perfecciones y lindezas! Porque si la hermosura criada se ama y admira por ser una sombra de la vuestra, ¿cómo hemos de amar á la luz, á la substancia, á la verdad de la hermosura? Poco es mi entendimiento para admiraros, poco mi corazón para amaros; quisiera que todos los cabellos de la cabeza, los miembros de mi cuerpo, los artejos de cada miembro, y los poros de cada artejo, se me convirtieran en corazones, y cada corazón en un coro de serafines, para amaros con todos; y tener otros tantos entendimientos de querubines, para admiraros con ellos y reverenciaros, si no como merecéis, por lo menos algo de lo que esta criatura vuestra desea.

De lo dicho se sigue que no se había de medir lo que era hermoso por las leyes de la hermosura corporal, que dista más de la razón, sino de la espiritual, que la es más vecina, ó es la misma razón, como lo hizo Platón ¹. Con todo eso, porque puede más en nuestra aprensión lo que entra por los sentidos que lo que inquiere el ingenio, empezaremos á declarar la Hermosura divina por las condiciones de la hermosura sensible, para que veamos cómo están en Dios todos los requisitos de lo hermoso con suma

¹ In Symposio.

eminencia y exceso: después ajustaremos las condiciones de la hermosura espiritual. Pero primero supondremos el fundamento de la infinita Belleza y perfección divina.

CAPÍTULO IV

El fundamento de la Hermosura divina es ser Dios de sí mismo, sin tener principio, por lo cual es infinito. Trátase de la infinitud de Dios.

Toda la Hermosura de Dios nace de la infinitud de sus divinas perfecciones, la cual toda está fundada en un raro y estupendo privilegio de su incomprensible naturaleza, el cual es carecer de causa y principio y tener sér de sí mismo. De aquí viene el ser ella infinita, ser perfectísima, ser hermosísima. Y así, Sócrates, que puso las propiedades y condiciones de la belleza en Dios solamente, dijo que la hermosura era un privilegio de la naturaleza, porque sin duda Dios es hermoso sobre toda lindeza y amable sobre toda gracia y hermosura por este singular privilegio de su soberana naturaleza, que es no tener sér de nadie sino de sí mismo desde una eternidad ¹. Por cierto que, aunque no tuviera la Divinidad sino esta propiedad, era su sér un pasmo de admiración y respeto. De lo cual no puede el sentido humano hacer concepto, y el más despierto discurso se atasca en tan singular maravilla. Raro privilegio ser de sí mismo, no tener causa alguna, no haber empezado jamás, haber sido siempre, hallarse *ab eterno* bienaventurado, omnipotente y perfectísimo sin haberlo recibido de nadie. Cómo sea esto no lo alcanza el ingenio, pero ve la razón con evidencia que es así. Más claro es que la luz del sol que Dios tiene sér de sí mismo; pero cómo sea esta

¹ Apud Diog. Laert.

maravilla no lo puede comprender el discurso, que sólo alcanza y ve ser necesario esto en Dios; y lo que conoce por forzosa evidencia, reconcece por admirable y profundo privilegio de la Divinidad. ¡Estupenda maravilla, que vemos ser forzoso lo que no sabemos cómo puede ser! ¡Prodigioso privilegio ser de nadie, tener sér de sí, carecer de origen, haber sido siempre, siempre, siempre! Pondere esto la consideración humana y se pasmará de tal prerrogativa, que teniendo sér todas las cosas de sus causas, Dios no le tiene de ninguna. Porque es fuerza que la que da sér á todas, que ella no le tenga de alguna. Aristóteles demostró con razón y evidencia que todos los efectos hayan de proceder de causas, las cuales han de topar con una que no tenga de quien proceda. Pero cómo tenga sér esta causa sin haberle recibido, es pasmo del entendimiento, término de todo discurso y maravillosísima maravilla. ¡Oh excelencia y noble hidalguía de Dios, no haber recibido sér de nadie! ¡Oh nobleza divina sobre toda gloria, carecer de principio y origen, y ser, no su linaje, sino su misma substancia, no sólo antigua, sino eterna, antes de todo tiempo y siglo! Es gran gloria de los hombres traer su sangre de reyes muy antiguos. ¿Qué gloria será ser Rey omnipotente ante toda antigüedad y memoria? ¡Oh suma felicidad de Dios, hallarse Dios sin deberlo á nadie, hallarse principio de todo sin haberlo recibido de alguno! Aunque fuera esta felicidad común con otras naturalezas, fuera gran gloria; pero siendo única y necesaria de Dios, raro privilegio es de la naturaleza divina.

II

De aquí se sigue, que como Dios no recibió sér de otro, que nadie se le limitó, y así tiene un sér infinito, el cual, como dice San Gregorio Nacianceno ¹, abraza y con-

¹ Nacian., orat. in Natalit.

tiene en sí todo sér universal, nunca empezado, nunca perecedero, como un infinito é interminado piélagos de esencia». Todas las demás cosas muestran ser hechas de otra porque son limitadas y finitas; sólo Dios es infinito, pues ninguna causa le determinó; y así, por no tener causa alguna que le estrechase el sér y perfección, como por ser Él fuente y origen de todas las demás causas, tiene necesariamente toda la perfección, cuanta es posible ó imaginable; de modo que es un sér tan bueno, tan perfecto, tan hermoso, cuanto no es posible imaginarse ni desearse mejor, con el cumplimiento y junta de toda perfección y hermosura posible, y es un estupendo milagro de belleza, un pasmo de perfección, un inmenso mar del sér, un abismo de esencia que en sí abraza toda esencia y perfección imaginable, porque es Dios cuanto se puede desear y cuanto bueno se puede querer. Y así, dijo Plotino: «Dios lo que quiso es, y como quiere»¹, porque es cuanto pudo querer ser. Después añade: «Señor es de sí, y por su propio arbitrio posee su mismo sér». Habla desta manera, no porque tuviese Dios libre voluntad para ser desta ó de otra manera, sino porque lo mismo es sér de sí mismo que si hubiera tenido libertad y elección para ser como quisiese; pues en realidad de verdad es cuanto se podía desear sér de bueno y perfecto. Porque si uno tuviese este singular privilegio, que escogiese cuantas perfecciones quisiese de su sér, no podía desear ni imaginar ser tanto cuanto Dios es; que aunque Él no escogió su sér, nadie se lo dió; y así fué tanto el no limitársele alguno, cuanto haber Él escogido el mejor. Échese uno á pensar por mil años perfecciones y hermosuras, no podrá llegar á pensar alguna tal que no la exceda infinitamente la hermosura de Dios, porque nadie limitó ni tasó su bondad y esencia. Por esto el Profeta Ba-

1 Plotin., in 6, lib. 8.º, cap. 13.

ruch, hablando de Dios, dice: «Grande es y no tiene fin, excelso é inmenso»¹; porque es infinito y carecen de término sus divinas perfecciones. Y también dijo David: «Grande es el Señor, digno de ser alabado sobremanera, y no hay fin de su grandeza»²; porque abarca toda perfección de sér, por grande que sea. Por lo cual llamaban los filósofos antiguos á Dios «lo universo»³. Y el mismo Señor, hablando con Moisés, se llamó todo lo bueno⁴, porque encierra en su sér simplicísimo todas cuantas bondades, perfecciones y hermosuras hay. ¡Qué hermoso fuera un prado que tuviese en sí cuantas flores, rosas y aromas crió la naturaleza! ¡Cuál será la belleza de Dios, que tiene cuantas hermosuras, gracias, perfecciones y bienes hay, no sólo en la naturaleza, pero cuantas encierra la posibilidad de cuantas naturalezas hay, y esto en sumo grado! Por lo cual dice San Anselmo: «Cosa clara es que cualquiera bien que sea la suma naturaleza de Dios, que aquello es en sumo grado. Es, pues, la suma esencia y la suma vida, la suma razón, la suma salud, la suma justicia, la suma sabiduría, la suma verdad, la suma bondad, la suma grandeza, la suma hermosura, la suma inmortalidad, la suma incorrupción, la suma inmutabilidad, la suma bienaventuranza, la suma eternidad, el sumo poder y la sumá unidad»⁵. ¡Oh gran Dios, oh suma de sumidades, oh cumbre de alturas! ¡Cuán hermosa es vuestra naturaleza, pues en ella, no sólo veremos todo lo hermoso, y perfecto, y bueno, sino también todo lo sumo en su último grado y extremo de perfección! Agradabilísimo teatro fuera en que se viese lo sumo á que puede llegar la claridad del diamante, el centellear del carbunco, el verdor de la esmeralda, lo azul de la turquesa, lo colorado del rubí, la grandeza de

1 Baruch, 3. 2 Psal. 114. 3 Apud Eugubinum, de peren. philos., lib. 11, cap. 8. 4 Exod., 33. 5 Anselm., cap. 15. *Mondog.*

la perla, la variedad de la ágata, el resplandor del oro, lo suave del jacinto. ¡Cuánto recreara los ojos un patio empedrado de todas las piedras preciosas, con la suma perfección de su naturaleza! ¡Qué espectáculo será Dios, en quien están juntas todas las sumidades y extremos, no de anas piedras que cría la tierra, sino también de las mayores virtudes y perfecciones del cielo y tierra, no sólo las que hay, sino también las que no hay, las posibles é imaginables, y esto no como quiera, sino encerrándolas todas, por innumerables que sean, en una suma simplicidad de su purísima esencia! ¡Qué prodigio de maravilla fuera si viésemos una flor que, siendo una, tuviese la vista y suavidad de cuantas rosas y flores hay, de la azucena, del lirio, del junquillo, del clavel, de la rosa, del jazmín, de la violeta y todas las demás! ¡Rara maravilla que siendo una fuese todas! Sin duda que agradara más que todas, por hallarse en una lo que se esparce en todas. Y si se hallase una joya, que siendo sola una piedra tuviese las virtudes y colores de las demás piedras preciosas, se estimaría más que todas; si tuviese lo precioso de la perla, lo brillante del diamante, la luz del carbunco, lo verde de la esmeralda, y lo luciente y vistoso de las demás piedras. Mis admirable espectáculo fuera éste cuanto en más unidad se viese mayor variedad, y siendo una valiese para todas. ¡Cuán estimada fuera esta piedra! ¡Oh cuán vistosa y hermosa será la naturaleza divina, que, siendo simplíciísima, es todas las hermosuras y perfecciones de todas las cosas! Gran cosa es Dios, que con ser Dios es todo. «Es, como dice San Agustín, grande, bueno, sabio, bienaventurado, verdadero, y cuanto se puede decir dignamente. Pero la misma es su grandeza que su sabiduría, y la misma es su bondad que su sabiduría y grandeza, y la misma es su verdad que todas las demás cosas. Ni en su naturaleza es otra cosa ser

bienaventurado, y otra grande, ó sabio, ó verdadero, ó bueno, ó el mismo sér»¹. Esta suma perfección, aunque tan incomprendible, es tan clara, que la conocieron los filósofos. Y así escribe Alcinoó, platónico: «Dios supremo es eterno, inefable, de sí mismo perfecto, de nada necesita, en todo tiempo y lugar absoluto, y exactísimamente perfeccionado. Es divinidad, esencia, razón, verdad, proporción, y lo bueno. Ni refiero estas cosas para distinguir unas de otras, antes considero que todas son una misma cosa»². Raro espectáculo de la naturaleza divina, que siendo una, sea todas las cosas, y cada cosa en ella sea todas juntas, como enseña San Anselmo, el cual dice: «Como aquella naturaleza de Dios de ninguna manera esté compuesta, y sea totalmente todos los bienes, es necesario que todos ellos no sean muchas cosas, sino una. Y así es lo mismo cada uno dellos que todos juntamente, ó cada uno, como cuando se dice Dios que es justicia, ó esencia, se significa una cosa, que es todas las demás juntas, ó cada una dellas»³. Esta es una rara hermosura de Dios, por la cual dice Alcinoó que Dios se dice «hermoso, porque por su naturaleza es estas dos cosas, es más y es igual»⁴; es igual en todos los atributos, pues ninguno es mayor ni menor que otro, siendo cada uno infinito; y es más, porque excede á todo lo que se puede pensar, pues cada uno es todos los demás. No tiene solamente uno que valga por todos, sino también tiene á todos que valgan por cada uno. ¡Oh Dios sin igual! ¡Oh Señor, que todo sois grande y que todo sois más! Dadme más amor vuestro, dadme más conocimiento vuestro; y pues siendo uno sois todas las cosas, dadme que ame á todas por Vos solo, y que únicamente os ame, empleando todos mis afectos, ocupando todas mis

1 August., lib. vi De Trinit., cap. 7. 2 Alcinoús, cap. 10.

3 Anselm., cap. 16, Monol. 4 Alcinoús., cap. 10.

potencias, poniendo todas mis fuerzas en servirlos, reverenciarlos y amarlos.

III

Ni sólo están en Dios todos los bienes, sino todos los sumos; ni solamente están todos sumos, sino todos sumamente, porque en Él están substancial, esencial, única y eminentemente. En Él está todo, y en Él se contiene todo de muchas maneras: no sólo porque no tiene causa, antes es de sí mismo, sino también por lo que de aquí se sigue de ser Él causa de todo, pues da sér y existencia á las demás cosas. Porque por ser sin causa es la causa primera, y á la causa primera pertenece contener en sí eminentísimamente todas las cosas; porque si los accidentes y cualidades se dice que se contienen en la substancia por proceder della, y los rayos de claridad se contienen en el sol de donde manan, tanto más se contendrán en Dios todas las cosas, cuanto es más perfecta causa que todas, pues es independiente de otra, y todas dependen dél; y sin trabajo ni materia prestada, con solo querer, obra cuanto quiere. Y así, cuanto más perfecta causa es, tanto más perfectamente contiene toda perfección; y como obra con perfección infinita, sin necesidad de materia, ni ayuda de instrumento, ni fuerza de trabajo, contiene infinitamente toda perfección. Demás desto, así como el alma sensitiva es más perfecta que la vegetativa, y la racional más que la sensitiva y vegetativa, porque contiene eminentemente á ambas, y también sus efectos, así Dios, porque contiene con eminencia todo sér, y causa, y principio, es perfectísimo, eminentísimo, y, por decirlo así, infinitísimo, pues contiene infinitas perfecciones de todas las causas y esencias actuales y posibles, y esas infinitamente, esto es, más substancial, perfecta y sumamente que en sí son. Porque no

es sólo como el entendimiento, que se dice contener todas las cosas en cuanto tiene la semejanza de todas y puede ser causa ejemplar de muchas; mas en Dios están las ideas, esto es, las perfecciones de todas las cosas, no por figuras, sino infinitamente más cabal y perfectamente que en ellas mismas; y así, el Sér divino es una infinidad de infinidades, un mundo de perfecciones, un inmenso teatro de inmensas hermosuras, una cumbre de altezas y majestades, un pasmo de sér, un milagro de pasmos, un mar de lindezas, hermosuras, grandezas, maravillas, un océano de infinitas infinidades.

De lo cual atónito San Anselmo, dice ¹: «Despierta ahora, ánima mía, y eleva todo tu entendimiento, y piensa cuanto puedes, cuál será, y cuán grande este bien: porque cada bien de por sí agrada y da gusto. Piensa atentamente cuán gustoso y deleitable será aquel bien que tiene de por junto el gusto y sabor de todos los bienes, y no como le hemos experimentado en las cosas criadas, sino tan diferente, cuanta diferencia hay del Criador á la criatura. Porque si es buena la vida criada, ¿cuán buena será la vida criadora! Si es gustosa la salud causada, ¿cuán gustosa será la salud que causó y dió toda la salud! Si es amable la sabiduría en el conocimiento de las criaturas, ¿cuán amable será la sabiduría del que crió todas las cosas de nada! Si son muchos y grandes los deleites de las cosas deleitables, ¿cuál será, y cuán grande, el deleite que está en quien hizo todo lo deleitable!»

Tan grande bien, ¿cómo debe amarle quien tiene necesidad de todo bien? Tan tremenda majestad, tan infinito Sér, ¿cómo debe reverenciarle una vil criatura? Porque si cuanto es mayor un príncipe, tanto le debe mayor respeto un vasallo, al que es infinitamente grande, infinita reveren-

¹ Ansel, in prolo., cap. 24, pág. 28.

cia le debemos. Estremécete, alma, deste piélago de infinidad y adora este prodigio de majestad. Mira qué eres tú respecto de todos los hombres del mundo, y mira qué serás respecto de todos los hombres posibles é imaginables; porque toda esta multitud te excediera infinitamente en número, y lugar, y estimación. Pues mira luego qué será esta multitud infinita respecto de todo el resto de las criaturas posibles, así materiales como espirituales; porque las especies de las cosas son infinitas, y en cada una son posibles infinitos individuos. ¿Qué será sola la especie humana respecto de infinitas especies de ángeles, y qué serás tú solo respecto de toda esa multitud de naturalezas infinitas en número? Mira de aquí qué serás respecto de Dios: porque comparándose solamente con la naturaleza divina toda la multitud de individuos, especies y naturalezas posibles, todo este inmenso abismo de infinitades, de substancias, es un átomo respecto de solo Dios. Pues tú, ¿qué serás respecto de un Sér tan inmenso, que deshace en su comparación tantas infinitades de naturalezas? Porque infinitas veces infinitamente sobrepuja á toda la infinidad de naturalezas posibles; y toda cuanta perfección, bondad ó hermosura está en todas ellas esparcida, se halla en Él solo con infinito exceso y ventajas; y en todas ellas, respecto de su grandeza, va tanta diferencia como de la sombra al sol, de lo vivo á lo pintado, y tienen tan poco sér, que si se hubiesen criado todas las cosas posibles, y suspendiese Dios un momento su concurso, al punto se resolverían en nada, ni quedara dellas más rastro que si se imprimiese un sello en el agua. Pues si tanta infinidad de criaturas es nada respecto del Criador, ¿qué serás tú solo? Pues aun no comparado con Él, sino con lo que es nada respecto dél, vienes tú á ser nada; y si tienes algo todo es recibido dél, y sustentado por Él. Mira qué respeto debes tener á tan gran

Sér, á tan infinita Majestad; mira cómo te debes humillar, y sujetarte á tan inmenso Señor.

IV

Para que se avive este concepto de la infinidad del Criador, nos podemos ayudar del concepto que muchos hicieron de algunas criaturas, que aunque limitadas, son tan admirables y tan perfectas, que las calificaron por divinas, admirando tanto á lo criado, que lo dieron la divinidad del Criador. De donde se puede sacar cuál será la infinidad divina, pues la limitación criada es tan maravillosa. El Sabio, hablando de los gentiles cómo erraron en el conocimiento del verdadero Dios, dice: «De los bienes que se ven no pudieron entender Aquel que es (esto es, al que es verdadero y substancial bien) y atendiendo á las obras no conocieron quién era el Artífice, sino que al fuego, ó al aire, ó al viento, ó al cielo de las estrellas, ó á la demasía de aguas, esto es, al mar, ó al sol y la luna, pensaron que eran dioses, gobernadores del mundo; porque si gustando de su hermosura los juzgaron por dioses, entiendan cuánto más hermoso será el Señor de todo, el Padre de la hermosura, que lo hizo todo»¹. Son tan buenas las cosas que Dios ha criado, tan grandes los beneficios que nos ha hecho, que los tuvieron griegos y romanos, y otras muchas gentes, por dignos de divinidad, adorando unos las estrellas, otros á los elementos, otros á varias criaturas que eran de servicio á los hombres, dando por bastante título de la divinidad, ó la hermosura y perfección suya, ó la utilidad nuestra. ¡Oh verdadero Dios, y cómo nos enseña este engaño la verdad de vuestra grandeza! ¡Cuán digno sois de ser Dios por vuestra infinita bondad y perfección,

¹ Sap., 13.

pues hicisteis todo lo bueno y nos lo dais, y sois tan bueno, que comprendéis todo bien, y nos llenáis de bienes! Sólo los beneficios que recibe el hombre son tales, que juzgó Tiberiano que para cada uno bastaba un Dios entero ¹. Sófoeles dijo que se habían introducido muchos dioses para consuelo y alivio de los hombres, pareciendo que uno solo no bastaba para consolar á tantos. ¿Qué dirían si conociesen que sólo Vos hicisteis todos los beneficios y consoláis á todos? Mil loores, mil adoraciones, mil divinidades os dieran, y nada bastara á vuestra infinidad, omnipotencia y majestad; porque en alabar al Criador, dice el Eclesiástico, «diremos muchas cosas y faltaremos en las palabras; mas la suma de los elogios es que está en todas las cosas. ¿Qué valdremos para darle gloria, porque Él es omnipotente sobre todas sus obras? Terrible Señor, y grande grandísimamente, y admirable en su potencia. Aun glorificando al Señor cuanto pudiéredes, con todo eso Él es mucho más, y su magnificencia es maravillosa. Los que bendecís al Señor, ensalzadle cuanto pudiéredes, porque es mayor sobre toda alabanza; los que le engrandecéis, esforzaos con todas vuestras fuerzas, y no os canséis, que no le comprenderéis» ². Consiguiendo el alabarle bastante- mente, «¿quién le verá y podrá decir lo que es? ¿y quién le engrandecerá como es desde el principio de la eternidad?» Este deseo del Eclesiástico cúmplanle los ángeles, cúmplanle los serafines, si pueden; alaben por lo menos á su Criador cuanto pueden, los hombres.

1 Tiberian., in *Prometheo*. 2 *Ecclesiast.*, 43.

CAPÍTULO V

La Hermosura de Dios es sobre todo género y concepto de la hermosura criada.

I

Es tan infinita la hermosura divina, tan incomprendible la perfección de su sér, que es poco cuanto acabamos de decir de su inmensidad y belleza. Y así, pareciendo á algunos Santos que no era mucha alabanza de la Divinidad decir que ella sola comprendía las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, y que era, siendo una, todos los bienes y todo lo bueno, dijeron, por mayor alabanza, que no era ninguna hermosura, ni bondad, porque era sobre toda hermosura y bondad. Y así San Gregorio Nacienceno, hablando con Dios, dijo: «Vos, Señor, sois uno, y todas las cosas y nada» ¹. Porque Dios es todas las cosas, en cuanto contiene la flor y perfección de todas; pero es nada de las cosas, porque no es ninguna perfección ni hermosura de ellas, sino sobre toda su perfección y hermosura, y sobre cuanto puede concebir hermoso y perfecto el ingenio humano. Por la misma causa dijo San Dionisio Areopagita que Dios era, «no substancia, ni vida, ni luz, ni sentido, ni entendimiento, ni sabiduría, ni bondad, ni deidad, sino una cosa más excelente y más a rentajada que todas éstas» ². Porque todo cuanto puede concebir de excelencia, sabiduría y bondad é infinidad nuestro entendimiento, es infinitamente inferior en nuestro modo de entender á lo que es Dios. Y así, no es la bondad que pensamos en Él, sino sobre esa bondad; no es la sabiduría que juzgamos de Él, ni la hermosura, sino sobre esa sabiduría y hermosura. Aña-

1 Nazian., in quodam carmin. 2 Dionys., cap. ult. *Myst. Theolog.*

pues hicisteis todo lo bueno y nos lo dais, y sois tan bueno, que comprendéis todo bien, y nos llenáis de bienes! Sólo los beneficios que recibe el hombre son tales, que juzgó Tiberiano que para cada uno bastaba un Dios entero ¹. Sófoeles dijo que se habían introducido muchos dioses para consuelo y alivio de los hombres, pareciendo que uno solo no bastaba para consolar á tantos. ¿Qué dirían si conociesen que sólo Vos hicisteis todos los beneficios y consoláis á todos? Mil loores, mil adoraciones, mil divinidades os dieran, y nada bastara á vuestra infinidad, omnipotencia y majestad; porque en alabar al Criador, dice el Eclesiástico, «diremos muchas cosas y faltaremos en las palabras; mas la suma de los elogios es que está en todas las cosas. ¿Qué valdremos para darle gloria, porque Él es omnipotente sobre todas sus obras? Terrible Señor, y grande grandísimamente, y admirable en su potencia. Aun glorificando al Señor cuanto pudiéredes, con todo eso Él es mucho más, y su magnificencia es maravillosa. Los que bendecís al Señor, ensalzadle cuanto pudiéredes, porque es mayor sobre toda alabanza; los que le engrandecéis, esforzaos con todas vuestras fuerzas, y no os canséis, que no le comprenderéis» ². Consiguiendo el alabarle bastante- mente, «¿quién le verá y podrá decir lo que es? ¿y quién le engrandecerá como es desde el principio de la eternidad?» Este deseo del Eclesiástico cúmplanle los ángeles, cúmplanle los serafines, si pueden; alaben por lo menos á su Criador cuanto pueden, los hombres.

1 Tiberian., in *Prometheo*. 2 *Ecclesiast.*, 43.

CAPÍTULO V

La Hermosura de Dios es sobre todo género y concepto de la hermosura criada.

I

Es tan infinita la hermosura divina, tan incomprendible la perfección de su sér, que es poco cuanto acabamos de decir de su inmensidad y belleza. Y así, pareciendo á algunos Santos que no era mucha alabanza de la Divinidad decir que ella sola comprendía las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, y que era, siendo una, todos los bienes y todo lo bueno, dijeron, por mayor alabanza, que no era ninguna hermosura, ni bondad, porque era sobre toda hermosura y bondad. Y así San Gregorio Nacienceno, hablando con Dios, dijo: «Vos, Señor, sois uno, y todas las cosas y nada» ¹. Porque Dios es todas las cosas, en cuanto contiene la flor y perfección de todas; pero es nada de las cosas, porque no es ninguna perfección ni hermosura de ellas, sino sobre toda su perfección y hermosura, y sobre cuanto puede concebir hermoso y perfecto el ingenio humano. Por la misma causa dijo San Dionisio Areopagita que Dios era, «no substancia, ni vida, ni luz, ni sentido, ni entendimiento, ni sabiduría, ni bondad, ni deidad, sino una cosa más excelente y más a rentajada que todas éstas» ². Porque todo cuanto puede concebir de excelencia, sabiduría y bondad é infinidad nuestro entendimiento, es infinitamente inferior en nuestro modo de entender á lo que es Dios. Y así, no es la bondad que pensamos en Él, sino sobre esa bondad; no es la sabiduría que juzgamos de Él, ni la hermosura, sino sobre esa sabiduría y hermosura. Aña-

1 Nazian., in quodam carmin. 2 Dionys., cap. ult. *Myst. Theolog.*

do más: que no es tampoco la infinidad de perfecciones y hermosuras de que en su perfectísimo Sér nos admiramos y pasmamos, sino sobre esa misma infinidad. Y lo que más es, que añade San Dionisio, que no es la deidad y divinidad que le atribuimos, sino sobre esa divinidad, porque es más Dios que cuanto nosotros podemos creer ó concebir de su divinidad. Por esto llama el mismo Santo á Dios Bondad sobrebuena, Divinidad sobredivina y Esencia sobreesencial. Y faltándole vocablos que signifiquen esta eminencia y exceso, los procura formar nuevos, y así dice: «Ninguna cosa de cuantas hay, ó de las que conoce alguna criatura, declara aquel arcano de la sobredeidad, que sobreesencialmente sobreestá sobre todas las cosas. No hay palabras que declaren este exceso y eminencia; y no es mucho, pues no hay conceptos que lo alcancen. Échese á pensar el discurso humano cuán hermoso es Dios, junto hermosuras, amontone lindezas, recoja perfecciones, finja beldades, y haga de todas las posibles é imaginables una: pues sobre ésta es infinitamente más hermoso y perfecto Dios. Torne otras cien mil veces y otro millón de veces á formar hermosuras, multiplicando aquélla, que no pudo formarla mayor: pues todas ellas distan infinitamente de la hermosura divina, y después de comprenderlas todas, tan lejos estará uno de concebir cuán hermoso es Dios, como lo estará un ciego desde su nacimiento de decir cuál sea la claridad del sol. Y será Dios tan diferente en su propia perfección y hermosura, de lo que alcanzó nuestro concepto, cuanto va del cielo á la tierra. Ni sería más parecido, ni comparable, que si de una parte se pusiese una gota de tinta y de otra un mar inmenso de leche. ¡Oh inmenso y sobreinmenso Señor! Ya que no te puedo comprender, dame que te pueda amar y que siga el afecto lo que huye del entendimiento: y ya que no sé conocerte, te sepa admirar y servir.

Multiplíquese mi afecto en amarte, dóblese, y redóblese, y ciendóblese mi amor y mi admiración de tu infinitísima infinidad de perfecciones.

II

Desde lo último de perfección á que puede llegar el concepto humano, desde allí dista Dios infinitamente, aventajándose en la verdad de su perfección al sentimiento de nuestro entender, con inmensas ventajas. Por esto dijeron algunos filósofos que Dios era una esfera, cuyo centro estaba en todas partes, y su circunferencia en ninguna. Llamáronle esfera ó círculo, la cual es la más perfecta figura, que carece de principio y fin, por la perfección de la naturaleza divina y la infinidad della, pues no tuvo Dios principio ni tendrá fin. Y así, para declarar más esta infinidad, añadieron que su centro estaba en todas partes, porque esto no puede suceder sino á un cuerpo infinito, que cualquier punto que se señale dél se puede decir su centro, pues distará igualmente que los demás de su fin y extremos; pues no tiene fin ni término: y así su circunferencia no está en parte alguna. Señalen el más alto punto de perfección que puede alcanzar; después de mil años de pensarlo el entendimiento de la criatura más ingeniosa y aguda que sea posible, no llegará á la mitad de lo que es Dios, y de allí dista inmensamente la alteza de su Perfección y Hermosura. Póngase el alma á considerar esto despacio, no se contente con leerlo una vez, sino haga alguna consideración dello, que por ventura la abrirá Dios los ojos de su entendimiento, para que vea algún rayo de su luz divina, y quede herida de su amor.

Puédese también colegir algo la diferencia que hay de las perfecciones de la naturaleza divina á las perfecciones de las substancias criadas, por la diferencia que hay entre

las mismas substancias; porque al paso que el sér y substancia es más excelente, ha de ser su perfección más aventajada. El Sér divino es necesario; el sér criado es contingente. El Sér divino nunca fué posible, y siempre es; el sér criado no fué, y como pudo ser antes que fuese, puede no ser después que es. El Sér divino no fué hecho de alguien, sino fué de sí mismo; el sér criado no puede ser sin ser hecho. El Sér divino es infinito de todas maneras; el sér criado es limitado por todos lados. El Sér divino es sobrenatural; el sér de una criatura es natural y mudable. El Sér divino es esencialísimo, substancialísimo y eterno; el sér criado es superficial y caduco, y se puede en cierto modo llamar accidental, pues puede ser y no ser, porque no le es esencial que sea, sino accidental, pudiendo no haber sido, y pudiendo dejar de ser, sin perder en ello Dios nada. De suerte que lo que es un accidente respecto de la substancia criada, eso y mucho menos, é infinitamente menos, es la substancia criada respecto del Criador. La imperfección del accidente es que puede ser, ó no ser, sin corrupción de la substancia: más él sin la substancia no puede ser: pues esa imperfección, y mayor, tiene la substancia en comparación de Dios, que puede ser y no ser, sin menoscabo de Dios, y ella no puede ser sin Dios: antes, habiendo modo milagroso para poder, como puede, estar un accidente sin substancia, no se puede imaginar modo cómo pudiera estar una substancia sin Dios. Tan accidental, tan débil, tan contingente es el sér criado: mas el Sér divino es tan substancial, es tan esencial, es tanto sér, que ni pudo, ni puede, ni podrá dejar de ser, y da á todo lo demás sér. De suerte que pudiéndose no sólo hacer concepto, sino estar Dios sin criaturas, no es posible hacer concepto de las criaturas sin Dios que las críe y dé sér. De donde se sigue que así como el Sér divino se aventaja al sér criado sobre

todo concepto, así las perfecciones divinas se aventajan á las criadas sobre todo entendimiento. Y como el Sér de Dios es tan perfecto y lleno de sér, que depende dél el recibir sér todas las cosas posibles, valiendo Él sólo más que todos los demás seres que dél necesitan, así una sola perfección divina vale más que todas las demás perfecciones posibles é imaginables. Sola la Hermosura de Dios es sobre todo concepto, y sobre cuantas hermosuras son imaginables; ella sola es incomprendible sobre toda comprensión, así como el Sér de Dios es solamente incomprendible, aunque no fuera sino por sola esta gloria de tener sér de sí mismo, en lo cual hace infinitas ventajas á las substancias criadas, que tienen sér de otro. Lo cual se deja bien entender, por más perfecto que sea el modo con que reciben el sér. Porque bien se puede hacer concepto que la luz reciba sér del sol, y que dependa dél; que el calor reciba sér del fuego; que de la semilla nazcan las plantas, y de las plantas el fruto; que al hijo haya engendrado el padre, y que á un ángel le haya criado Dios: esto bien se deja entender, y se hace concepto dello. Pero que Dios no sea de nadie, sino de sí mismo; que no tenga causa; que ninguno le haya dado el sér; que desde una eternidad haya sido; que siempre, siempre se haya hallado Dios, desto no se hace concepto cabal: esto es incomprendible; y cuanto es claro que es así, es oculto cómo sea así. Evidente cosa es que Dios no tiene sér de alguien; pero incomprendible cosa el modo cómo tiene sér de sí. Pues al paso desta inmensa diferencia de tener sér de nadie á tenerle de otro, es la diferencia de la Hermosura de Dios á las demás hermosuras y perfecciones. Y así, por más que tire la cuerda nuestro entendimiento, por más que finja altezas de perfecciones posibles, por más que forme montes de excelencias y amontone hermosuras, sobre todas está la Her-

mosura divina, y dista siempre del entendimiento humano un espacio inmenso, subiendo siempre nuevas grandezas, levantándose, y como huyéndose de nuestro concepto. Por esto dicen los dos santos Gregorios, el Niseno y el Magno, que Dios se esconde y huye de los que le contemplan ¹: porque cuanto más se llegan á Dios, y más alto suben en su contemplación, más alto y sublime se les hace Dios. Esta misma es la causa por que compara la esposa á Dios con cosas que huyen y andan por cumbres y alturas, como con una cabra montés ó cervatillo velocísimo, que sube sobre las cumbres de los montes y cerros más altos. ¡Oh eterno Dios! ¡Oh Hermosura divina! Huye por cierto nuestra capacidad. Suba tu grandeza sobre los más altos montes de perfecciones y cumbres de bondades que puede formar nuestro entender. Yo me huelgo que seas más que puede caber en capacidad criada, y que seas mayor que el corazón humano, que ni baste entendimiento para comprenderte, ni afectos para amarte.

¡Oh cómo me gozo que sea tal mi Criador, que le sobren perfecciones, para que le deba yo amar sobre todas las cosas! Con menos que fuera, le tenía esta obligación; porque con sólo que fuese tal cual pienso que es, le debo todo amor: pero siendo Él infinitamente más de lo que yo pienso ni puedo pensar, ¿cuánto le debo querer, admirar, adorar y servir? ¡Oh voluntad mía! ¿cómo no te deshaces en amar este Sér tan lleno de esencia, esta hermosura tan sobre toda belleza? ¿Cómo no te resuelves, corazón mío, en amores deste Dios tan grande, que es, no sólo toda perfección y bien, sino sobre todas las perfecciones y bienes? Tal Sér digno es de toda gloria, toda alabanza, toda reverencia. Si cuanto más excelente es una cosa, más reverencia se la debe; y cuanto más hermosa, más gana las

¹ In Cantic. 5, vers. 5.

voluntades, pues Dios es, no sólo infinitamente excelente y hermoso, sino sobre toda la infinidad que puede alcanzar nuestro concepto, digno es infinitamente de reverencia y amor infinito. ¿Qué codicias, ni qué deseos, alma mía, sino gozar desta infinita belleza, en cuya comparación es asco todo cuanto hay que desear en la tierra? No quieras posponer lo infinito á la nada, la substancia á la sombra, la verdad á la mentira, lo vivo á lo pintado. Mira, alma mía, cuál es tu Padre; mira qué honra tienes en ser criatura de tan inmenso Sér. Dáte mil parabienes de ser hechura de tan gran poder.

CAPÍTULO VI

Reglas de San Anselmo para conocer lo que es Dios; por donde se colige su infinita Hermosura.

I

De lo dicho se puede echar de ver la razón que tuvo San Anselmo en algunas reglas que dió para conocer la infinita perfección de la naturaleza divina. Dice lo primero ¹, que Dios es una cosa tal, que no puede pensarse mayor: porque por mucho que pensasen los más elevados entendimientos de los Querubines, no podían llegar á concebir tan perfecto Sér. Piense uno en tal hermosura, que arrebate á sí los corazones con sólo su vista, y que valga más sólo verla un momento, que gozar de los mayores contentos de la tierra por un millón de años; no ha pensado cosa mayor que Dios. Piense tal majestad, que valga más padecer por su servicio todos los tormentos de los tiranos, que ser Rey de millares de mundos: no ha pensado cosa mayor que Dios. Piense tal bondad, que sea mayor

¹ In Prosiog., cap. 2.

mal ofenderla sólo de pensamiento, que si con efecto se aniquilaran los cielos: no ha pensado cosa mayor que Dios. Piense tal amor y caridad, que por sus mismos enemigos quiera dar mil vidas: no ha pensado cosa mayor que Dios. Piense tal perfección, que sea mayor que cuantas perfecciones se puedan imaginar: no ha pensado cosa mayor que Dios, ni la pensará igual por más que piense años, siglos y eternidades; porque es tan grande Dios, que no sólo es cuanto bueno hay, sino cuanto es mejor. Piense un sér lleno de infinitades de bienes, colmado de millares de perfecciones: no ha pensado cosa mayor que Dios. El cual, no sólo tiene los atributos y perfecciones infinitas que le atribuimos, sino otras infinitas perfecciones que no conocemos, de las cuales ni sabemos sus nombres, ni formamos sus conceptos. Y si por solas las perfecciones divinas de que tenemos noticia, con ser tan corta, y aun por sólo una, merece ser admirado de infinitos mundos de Serafines y Querubines, ¿qué merecerá por infinitas que no alcanzamos, y Él posee, y goza, y conoce? ¡Oh, cuán admirable sois, Señor mío, pues tiene vuestro Sér tantas maravillas cuantas perfecciones; y tiene tantas perfecciones, cuantas ni conocer podemos, ni admirar, ni pensar cosa mayor.

Fundado en esto añade lo segundo San Anselmo, que Dios es todo lo que es mejor ser que no ser: «¿Quién sois, dice, Señor mío, pues no se puede pensar cosa mayor que Vos? ¿Quién sois, sino el que, siendo lo sumo de todas las cosas, sólo es por sí mismo, y todo lo demás hace de nada? Porque lo que esto no es, menos es de lo que se puede pensar; porque ¿qué bien puede faltar al Sumo Bien, por el cual es todo el bien? Y así, Señor, Vos sois justo, verdadero, bienaventurado, y cuanto es mejor ser que no ser»¹. Échese á pensar todo entendimiento, así criado como in-

¹ Cap. v. Proslóg.

creado, cosas mejores y mejores; pues eso es Dios, que no sólo excluye de su infinita perfección lo que es defecto, sino lo que no es perfecto: no sólo destierra de su inmensa bondad lo malo, sino lo que no es mejor. Mejor es ser uno poderoso que faltarle alguna fuerza; pues Dios es omnipotente. Mejor es estar presente á todo lugar, que estar lejos de alguno; pues Dios es inmenso. Mejor es perseverar en una perfección de sér, que padecer alteraciones; pues Dios es inmutable. Mejor es ser siempre, que haber comenzado ó haber de fenecer; pues Dios es eterno. Mejor es no tener término en ser mejor, y mejor; pues Dios es infinito. Mejor es ser sabio, justo, misericordioso, liberal, que dejarlo de ser; pues Dios es sapientísimo, justísimo, misericordiosísimo, liberalísimo. Mejor es ser lo mejor de todo; pues Dios es lo mejor de cuantas mejorías hay, porque no sólo es mejor en la substancia de la bondad, sino en todas sus circunstancias. Y así, no sólo es Dios Todopoderoso, sino del modo que es mejor serlo. Mejor es ser poderoso no poniendo trabajo ni cansándose; pues Dios, con sólo querer y siendo bienaventurado, puede lo que quiere. Mejor es ser poderoso sin embarazo de instrumentos; pues Dios obra cuanto gusta sin menear un dedo. Ni solamente es Dios inmenso asistiendo en todo lugar y á todas las cosas, sino de la manera que es mejor serlo. Mejor es estar presente á todo sin alterarse con las mudanzas de las cosas; pues Dios está en todas, sin depender de nada ni mudarse con la alteración de las criaturas. Mejor es estar presente á las cosas, no por partes, sino por toda su substancia; pues Dios está todo totalmente en cada cosa. Mejor es estar presente á todo, conociéndolo todo y penetrándolo; pues Dios está presente en todo por esencia, presencia y potencia. Mejor es ser mejor que cuanto se puede pensar; pues Dios es mayor y mejor que cuanto puede caber en entendimiento criado.

II

Por esto añade lo tercero San Anselmo, que Dios es mayor de cuanto se puede pensar; y así dice ¹: «No sólo sois, Señor mío, aquello que no se puede pensar cosa mayor, sino sois aquello mayor que no se puede pensar. Porque pues se puede pensar que hay cosa que sea de esta manera, si Vos no lo fuéades, ya se pudiera pensar cosa mayor que Vos, lo cual no puede ser». Casi la misma regla es del Abad Esmaragdo ²: «Dios, dice, es aquello que no puede alcanzar la opinión; más es de lo que se puede decir ni pensar». ¡Oh grandeza inmensal! ¡Oh mayoría de grandezas que excede todo pensamiento! No halla el entendimiento cosa que iguale á Dios, y halla que sobrepuja Dios á todo, sin hallar aún el medio de su grandeza. Mayor es de lo que se puede pensar, y no sólo el entendimiento humano ó angélico, pero ni el divino puede pensar cosa mayor ni mejor. Ni hay cosa que sea mejor que en Él no se halle. Y pues es mejor ser hermoso que no serlo, ¿cuánta será la hermosura divina? Mayor, por cierto, y mejor de lo que se puede entender. Esto se conocerá claramente por el misterio de la Santísima Trinidad, el cual excede á todo pensamiento y comprensión criada, pues ni el más alto Serafín llegara á pensar tal maravilla ni la posibilidad della, si no nos la hubiera Dios revelado. Pues por esta muestra se puede conocer el precio de toda la tela, porque á este modo son en sí los atributos divinos, cuya perfección es mayor de lo que se puede pensar, y por los efectos dellos se puede rastrear la causa; porque los efectos son más de lo que se podía pensar. Nadie pensara que fuera tal la misericordia de Dios, que quisiera encar-

¹ Ansel., cap. 15, Proslóg.

² In reg. San Benedict.

nar por el hombre; tal fineza, antes que Dios la manifestara, ninguno la tuviera por posible; pero como Dios es más de lo que se pudo pensar, ejecutó su misericordia lo que no imaginara ningún pensamiento. Nadie creyera que fuera tal la justicia divina, que por satisfacerla quisiese perdiese la vida el que era Dios; pero como Dios es más de lo que se puede pensar, puso por obra lo que no pudo pasar por pensamiento á la criatura. Nadie imaginara que era tal el exceso de amor de Dios, que por obligarnos más hiciese tal fineza, que se escondiese en un bocado de pan para entrar en nuestros pechos á solicitar nuestro amor; pero como Dios es más de lo que se puede pensar, hizo tal extremo de amor, cual nunca le pudiese imaginar criatura. La grandeza inopinable destas obras muestra la infinidad de sus causas. Los frutos dan á entender la virtud de la raíz: porque si Dios ha hecho tales obras, que vencen todo nuestro pensamiento, ¿cómo puede caber en nuestro concepto la grandeza de su Divinidad? ¡Oh cuán hermoso será este Señor, pues es tan hermoso cuan grande es! Su Majestad es sobre todo pensamiento, y su Hermosura es mayor de lo que se puede pensar. Bien se puede pensar una hermosura tal, que por sólo verse un instante, se podrían padecer eternamente los tormentos del infierno; pues si esto se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar, bien merece su Hermosura que los pocos años que puede durar la vida hagamos alguna penitencia, ó suframos algún trabajo por gozarla eternamente. Bien se puede pensar tal hermosura que sea digna de ser amada por sí misma, no por interés, ni premio, ni gusto propio; pues si tal hermosura se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar, ¿qué dudamos en amarle por sí mismo, sin más esperanza de premio? Bien se puede pensar tal hermosura, que merezca ocupar toda nuestra voluntad y

potencias, olvidándose uno totalmente de sí; pues si esta belleza se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar, ¿cómo nos divertimos á otra cosa? Bien se puede pensar tal hermosura, que no deje derecho para amar fuera della nada, si no es en ella y por ella; pues si esta singularidad de belleza se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar, ¿cómo podemos amar otra cosa, ni á nosotros mismos, sino á Dios? Bien se puede pensar tal hermosura, que no haya más que pensar; pues si esto es así, y Dios es más de lo que se puede pensar, ¿cómo podemos pensar en otra cosa, sino en este hermosísimo Señor, grandísimo, perfectísimo, amabilísimo? Bien se puede pensar tal hermosura, que no se deba ofender en nada, aunque se padeciesen antes mil muertes; pues Dios es hermoso más de lo que se puede pensar, ¿cómo se atreve uno á ofenderle? ¿Cómo un cristiano se atreve á ofender á la hermosura del mundo? ¿á pisar y acocear (como habla el Apóstol) al Hijo de Dios, que es hermoso sobre los hijos de los hombres? ¡Oh Dios infinito! Dame que reverencie tanto Sér, que ame tanta bondad, que no sólo es buena, sino lo mejor y lo mayor que se puede pensar. Huélgome que no halle pie en tus grandezas, que por todas partes se anegue el alma en el abismo de tus perfecciones, que venzas en grandeza toda la comprensión de entendimiento criado, y en bondad todo el deseo de la voluntad. Gózome que no pueda pensar cosa mayor y que seas lo mayor que se puede pensar. Y aunque te deseo reverenciar y amar, hasta amarte más de lo que se puede pensar, gózome que no se pueda pensar, ni sea posible que haya quien te pueda igualar en amor y bondad, ni que baste reverencia criada á tu grandeza, ni amor á tu hermosura.

III

De lo dicho se sigue cómo Dios es un Sér sumamente diferente de todos los demás, y así debemos hacer muy diverso concepto de su perfección, porque es sobre todo lo que es criado, y diferentísimo dello; pues todo lo criado no puede ser tal que no se pueda hallar otra cosa mejor ó pensar mayor, lo cual no tiene Dios, que no hay cosa mejor, y es mayor de lo que se puede pensar. Esta diferencia inmensa hay entre las perfecciones de las criaturas y las del Criador, que las perfecciones de Dios son absolutamente perfectas, sin relación á alguna imperfección; las de las criaturas son para remedio de alguna imperfección ó falta. Los cuadrúpedos tienen pies, porque no están en todo lugar. Las aves tienen alas, porque no tuvieran de otro modo seguridad. Los hombres tienen manos, porque no pueden hacer nada con sólo querer. Las plantas tienen nutrición, para no perecer. Los animales tienen sentidos, para buscar su sustento. El hombre tiene discurso, porque no se quede ignorante. Los ángeles tienen movimiento, porque son limitados. Pero Dios no tiene nada desto, porque no tiene ninguna imperfección, y es toda perfección: ni tiene pies, ni manos, ni cabeza, ni aumento, ni ojos, ni oídos, ni trabajo de discurso, ni mudanza de movimiento, porque es inmenso, impasible, inmutable, inmortal, eterno, omnipotente, sapientísimo, y es cuanto es mejor que sea, que no sea. Bueno es en el hombre que tenga manos; pero mejor fuera que sin trabajo de manos obrara cuanto quisiera. Bueno es que tenga discurso; pero mejor fuera que lo supiera de una vez todo. Bueno es en el ángel que tenga entendimiento como ornamento de su substancia; pero mejor fuera que por su misma substancia entendiera.

Pues todo esto que es mejor, es Dios; todo lo que es mayor, es Dios, y Dios es lo mayor y lo mejor que se puede pensar. Dios es un todo sin embarazo de partes, un colmo de perfecciones sin distinción dellas. En las criaturas, una parte ó perfección no es la otra; el cuerpo del hombre no es su alma, ni su alma su espíritu, ni su cabeza los pies, ni sus pies los brazos, ni sus ojos los oídos, ni su entendimiento su voluntad. Muy diferente es Dios, que ni tiene partes, ni está compuesto, sino es una inmensa perfección, un infinito todo de todas las perfecciones. Su entendimiento no es diferente parte de su voluntad, ni su piedad es diferente en perfección que su justicia, ni su bondad que su sabiduría, y así no es mayor en una materia que en otra, ni mejor en un atributo que en otro. Ni es, como en los hombres, mayor su memoria que su entendimiento, ni mejor su misericordia que su justicia; pues aunque en sus efectos hay distinción, en su substancia hay igualdad, y, por mejor decir, unidad; que no porque corra un caño de una fuente más veces que otro serán desiguales. ¡Oh Señor, cuán diferente es tu hermosura, no sólo de las demás criadas, sino de las que se pueden pensar, y cuán diferente debía ser mi amor y reverencia! Porque si al paso de la grandeza ha de ser la reverencia, y á la medida de la hermosura ha de ser el amor, donde la grandeza es tan diferente, la reverencia ha de ser muy diversa, y donde la hermosura es tan distinta, el amor ha de ser muy diferente. ¡Oh, cuán diversa manera debían amar al Criador, que aman los hombres á las criaturas! ¡Oh, cómo nos había de correr que haya amado alguno la hermosura de la tierra con riesgo de la vida, y que no se ame la hermosura del cielo sobre millones de vidas. No había de parecer posible que hubiese hombre que no amase á Dios más que á sí mismo; pues ha llegado á esto el amor de la criatura.

Y si ha de haber en los amores la diferencia que hay entre los amados, donde hay diferencia infinita, ¿cómo amamos con amor limitado?

CAPÍTULO VII

Cuán digno es Dios de ser amado por su Hermosura, para la cual fuimos criados.

I

Todo amor, todo afecto, todo deseo, merece la infinita Hermosura de nuestro Criador, llena toda de hermosuras, abismo de lindezas, y un inmenso océano de perfecciones, un paraíso de gracias, y delicias, y finezas con los hijos de los hombres. Para ver tanta belleza nacimos; para gozar tanto bien fuimos criados. Gocémonos de ser hechuras de tan hermosa mano. Démonos mil parabienes de ser criaturas de Dios; que si es gloria de una obra la excelencia del Artífice, y honra del Hijo la nobleza del Padre, honra nuestra es ser criados del Increado, ser hechuras de un Sér tan Perfecto, tan Hermoso, tan Omnipotente, tan Señor, tan Santo, tan Infinito en todo. Venid, criaturas, venid; démonos mil norabuenas, que tenemos tal Señor. Venid, cielos; venid, elementos; venid, plantas; venid, animales; venid, hombres; venid, ángeles; regocijaos con tal Criador, honraos con el que os dió sér. Vengan todas las obras divinas, desde los altos serafines del cielo hasta las humildes hormiguillas del campo, y los más viles gusarapillos. Démonos todos el parabién, que somos hechuras de tan gran Sér, tan perfecto y cabal en todo, especialmente los hombres; gocémonos ser criados por Dios, y mucho más de ser también criados para Dios. Por estas dos grandeas divinas de ser causa eficiente y final de las cosas,

Pues todo esto que es mejor, es Dios; todo lo que es mayor, es Dios, y Dios es lo mayor y lo mejor que se puede pensar. Dios es un todo sin embarazo de partes, un colmo de perfecciones sin distinción dellas. En las criaturas, una parte ó perfección no es la otra; el cuerpo del hombre no es su alma, ni su alma su espíritu, ni su cabeza los pies, ni sus pies los brazos, ni sus ojos los oídos, ni su entendimiento su voluntad. Muy diferente es Dios, que ni tiene partes, ni está compuesto, sino es una inmensa perfección, un infinito todo de todas las perfecciones. Su entendimiento no es diferente parte de su voluntad, ni su piedad es diferente en perfección que su justicia, ni su bondad que su sabiduría, y así no es mayor en una materia que en otra, ni mejor en un atributo que en otro. Ni es, como en los hombres, mayor su memoria que su entendimiento, ni mejor su misericordia que su justicia; pues aunque en sus efectos hay distinción, en su substancia hay igualdad, y, por mejor decir, unidad; que no porque corra un caño de una fuente más veces que otro serán desiguales. ¡Oh Señor, cuán diferente es tu hermosura, no sólo de las demás criadas, sino de las que se pueden pensar, y cuán diferente debía ser mi amor y reverencia! Porque si al paso de la grandeza ha de ser la reverencia, y á la medida de la hermosura ha de ser el amor, donde la grandeza es tan diferente, la reverencia ha de ser muy diversa, y donde la hermosura es tan distinta, el amor ha de ser muy diferente. ¡Oh, cuán diversa manera debían amar al Criador, que aman los hombres á las criaturas! ¡Oh, cómo nos había de correr que haya amado alguno la hermosura de la tierra con riesgo de la vida, y que no se ame la hermosura del cielo sobre millones de vidas. No había de parecer posible que hubiese hombre que no amase á Dios más que á sí mismo; pues ha llegado á esto el amor de la criatura.

Y si ha de haber en los amores la diferencia que hay entre los amados, donde hay diferencia infinita, ¿cómo amamos con amor limitado?

CAPÍTULO VII

Cuán digno es Dios de ser amado por su Hermosura, para la cual fuimos criados.

I

Todo amor, todo afecto, todo deseo, merece la infinita Hermosura de nuestro Criador, llena toda de hermosuras, abismo de lindezas, y un inmenso océano de perfecciones, un paraíso de gracias, y delicias, y finezas con los hijos de los hombres. Para ver tanta belleza nacimos; para gozar tanto bien fuimos criados. Gocémos de ser hechuras de tan hermosa mano. Démonos mil parabienes de ser criaturas de Dios; que si es gloria de una obra la excelencia del Artífice, y honra del Hijo la nobleza del Padre, honra nuestra es ser criados del Increado, ser hechuras de un Sér tan Perfecto, tan Hermoso, tan Omnipotente, tan Señor, tan Santo, tan Infinito en todo. Venid, criaturas, venid; démonos mil norabuenas, que tenemos tal Señor. Venid, cielos; venid, elementos; venid, plantas; venid, animales; venid, hombres; venid, ángeles; regocijaos con tal Criador, honraos con el que os dió sér. Vengan todas las obras divinas, desde los altos serafines del cielo hasta las humildes hormiguillas del campo, y los más viles gusarapillos. Démonos todos el parabién, que somos hechuras de tan gran Sér, tan perfecto y cabal en todo, especialmente los hombres; gocémos ser criados por Dios, y mucho más de ser también criados para Dios. Por estas dos grandeas divinas de ser causa eficiente y final de las cosas,

significaron algunos á Dios diciendo que era centro y circunferencia de las criaturas; centro en cuanto es fin dellas y del hombre principalmente, y muy inmediato; circunferencia en cuanto como causa produce á todas, y dél salen para que vengan á Él. Salen divididas para que en Él se unan. Y así podemos imaginar á Dios como una inmensa esfera ó círculo de oro, del cual salen tantas líneas como rayos dorados, y vistosísimos, cuantas criaturas hay, principalmente las racionales é intelectuales, que todas van á dar á un punto de su centro. Los Serafines, los Querubines, los Troncos, las Dominaciones, las Virtudes, las Potestades, los Principados, los Arcángeles, los Ángeles, las Almas: todas estas naturalezas tan perfectas, salen de Dios y vienen á Dios, porque Él es el centro y circunferencia de todas: si bien, ni como centro es menor, ni como circunferencia es mayor. Su bondad es causa de que haya criado los hombres para tener á quien comunicarse; y su bondad es el fin adonde se encaminan, como su último término, todas las voluntades humanas, donde sólo se pueden satisfacer; y así como sólo nos crió Dios, á Dios sólo hemos de amar, á Él sólo hemos de desear, á Él sólo hemos de agradecer. Para tan gran cosa nacimos, para servir al mayor Señor, y único Monarca, y Rey universal del mundo, para amar una Bondad inmensa, para gozar una infinita Hermosura. Porque, como dice San Anselmo¹: «No hay cosa más bien dispuesta que el ser hecha la criatura racional para que ame á la suma Esencia sobre todos los bienes, así como ella es el sumo Bien; y que nada ame sino á ella ó por ella: porque es buena por sí misma, y ninguna otra cosa es buena sino por ella. Pero amarla no puede si no se acuerda y procura conocerla. Y así es cosa clara que debe la criatura racional gastarse y consumirse, y poner todo su

¹ Anselm, in Monol., c. 66, p. 20.

querer y poder en acordarse, conocer y amar al sumo Bien, para lo cual conoce que tiene todo su sér. ¡Oh hermosísimo Dios, que sois el gozo de las más sublimes criaturas, y último fin de sus deseos y felicidades! Para este hermoso espectáculo fueron criadas las más encumbradas naturalezas, los espíritus más sublimes, los querubines más encendidos, los serafines más enamorados. Aquí hallan satisfacción de toda curiosidad y cumplimiento de todos sus deseos. Aquí hallan el cebo de una inmensa caridad y necesidad de todo su amor. No sé con qué se puede dar más á entender la incomprendible Hermosura de Dios, que con esta necesidad de ser amada, luego que es vista. ¡Oh cuán inmensa es en sí, pues es tan poderosa en ganar las voluntades! Esta infinita fuerza tiene la Hermosura divina, que convierte en oro de caridad y amor ardentísimo todas las voluntades de los que la vieren como es, y á la potencia más libre la fuerza al mejor acto de cuantos puede hacer, y juntamente la llena de gozo y de bienaventuranza, y esto para mientras Dios fuere Dios.

Este es otro grande argumento de cuán inmensa es esta Hermosura de la Divinidad, pues nunca ha de hartar el mirarla, y siempre parecerá nueva y admirable; pues no hay cosa tan maravillosa en el mundo que pueda sustentar su admiración y pasmo largo tiempo, porque pasándose la novedad, alaja su admiración, y con el uso se hace menos venerable. Sólo Dios tiene este privilegio, por la infinidad de su belleza y perfección, que siempre será nuevo, siempre admirable, y por los siglos de los siglos, por eternidades de eternidades, y más allá; nunca enfadará el mirarle, siempre será flamante su lindeza, siempre será maravillosa, siempre estará gustosa el alma de verla, adorarla, admirarla y gozarla, sin tener ansia de otra cosa, ni apetito, ni deseo de mayor bien, ni de mudar de bien, si no de sólo

gozar siempre lo que una vez gustó con igual deseo después de millones de años, como el primer día: por lo cual dijo el mismo Dios por el Sabio ¹: «Los que me comen, aún tendrán hambre, y los que me bebieren, aún tendrán sed».

II

Alléganse á esto otros excelentísimos efectos que causa la vista de la Hermosura divina, porque endiosa el alma, y la santifica, y la hace más pura que los cielos, y más hermosa que las más hermosas naturalezas del mundo. De suerte que ni es posible ni imaginable naturaleza de tanta lindeza y beldad, ni todo el poder divino puede criar cosa tan perfecta y prima que tenga por su substancia tanta hermosura cuanta tendrá un alma por sólo ver á Dios. Pues si tan estupenda hermosura redonda en el que sólo ve, ¿cuál será la del mismo Dios? No es creíble ni imaginable, ni posible mayor belleza, mayor pasmo, mayor admiración. La hermosura de un ángel que ve á Dios es tan grande, que una vislumbre della que vió San Juan le hizo postrarse por el suelo y quedar como atónito. Y habiendo tenido pulsos para ver la hermosura corporal de Cristo en su Transfiguración, en su Resurrección y Ascensión, cuando triunfante subió á los cielos, los perdió á la presencia de un soberano espíritu que gozaba de Dios. Pues si excede tanto la hermosura de una criatura espiritual, aunque sea prestada, á la de los cuerpos, ¿cuánto excederá la del Criador? No se puede acabar de entender cuán grande admiración, cuán inmenso gozo será verle.

Basta decir que la vista hermosísima de su Sér divino es el último fin para que fuimos criados, y la última perfección de toda criatura capaz de razón. Dichosos nosotros que

¹ Eccles., 24.

para tal fin nacimos. Dichosos nosotros, que para tan gran espectáculo somos convidados. Dichosa nuestra voluntad, que tal hermosura debe amar. Dichosas nuestras potencias, que en tal objeto se deben emplear. Dichosas nuestras fuerzas, que á tal Señor deben servir. Dichoso nuestro amor que en tal hermosura se ha de ocupar. Dijo Plotino ¹: «Dios es lo amable y el amor, porque no es de otra manera hermoso, sino de sí mismo y en sí mismo». Digno, pues, es Dios de ser amado, por amarnos Él, y por ser amor. Digno es de amarse, pues es amable, y por ser tan hermoso. Jacob, por la hermosura de Raquel, no le pareció mucho servir como un esclavo catorce años. Por cierto que ni catorce millones de años fuera mucho servir por la Hermosura de Dios. Tampoco pareció demasiado á los griegos pelear diez años por la belleza de Elena ². Por cierto, ni diez mil siglos era mucho pelear y violentarnos por gozar un día sólo de Dios. Ni pareció poca ganancia á los soldados de Holofernes padecer los trabajos de la milicia por tales hermosuras como la de Judith. No hay, por cierto, trabajo que se nos deba hacer difícil por llegar á ver y gozar de una vista tan hermosa como la de Dios. Pues si á esto se añade que fuimos criados para Él, y Él es por su hermosura merecedor de todos nuestros corazones, ¿qué duda puede haber en amarle con todos los amores posibles, y en dar por Él millones de vidas?

El privilegio del fin es debérsele todo lo que á él está ordenado. Goce esta prerrogativa nuestro fin último, un Dios perfectísimo, y domine sobre nuestros corazones; lleve tras sí nuestras voluntades; emplee en su bondad toda nuestra afición; ocupe nuestras potencias; señoree nuestros corazones; arrebate y suspenda nuestras almas, que vivan más en Dios que en sí y no puedan vivir sin

¹ Plotín. enn. 6, l. 8, c. 15.

² Isocr. in Iad., Hel.

Dios. Finalmente, si para la hermosura se hizo el amor, como dicen Máximo Tyrio ¹ y Proclo Lycio ², ¿para qué otra hermosura sino para ésta tan pura y sana? á la cual debemos amar por sí sola, sin esperanza de otro interés. Ámeos, Dios, por ser tan amable; ámeos por ser infinitamente sabio, poderoso, bueno, justo, misericordioso, inmenso, eterno, inmutable, santo, perfecto, hermoso, hermosísimo. Con mil corazones os quisiera amar por cada una de vuestras perfecciones: recibid mis deseos, recibid mis ansias.



III

Peró aunque Dios sea digno de ser amado por sí mismo, tiene quien ama á Dios un sumo interés, que es ser amado del mismo Dios. Y es gran dicha que la mayor prenda del corazón se emplee bien y tope con quien se logre. No tiene un pecho humano mayor prenda que su amor, y es gran locura aventurarle en cosa que puede no corresponder, ó que no pueda corresponder con amor. Pero quien ama á Dios, prudentísimo es amando no sólo al que puede corresponder con amor, sino al que necesariamente corresponde, y en su correspondencia está toda dicha, y felicidad y bien: porque corresponde amando y premiando, galardonando servicios y premiando voluntades. Y el premio es tan grande, que no es menos que el mismo Dios, que se da á gozar con tantos gozos y bienes, como en solo este bien hay, como lo declara San Anselmo por estas palabras: «El que gozare deste bien, ¿qué tendrá? mas ¿qué no tendrá? Verdaderamente todo lo que quisiere será, y lo que no quisiere no será. Allí estarán los bienes de cuerpo y alma, cuales ni los ojos vieron, ni los oídos

1 Maxim. Serm., 2. 2 Proclus in Alci.

oyeron, ni el corazón pensó. Pues, hombrecillo, ¿para qué andas vagueando, buscando los bienes de cuerpo y alma? Ama aquel Bien, en que están todos los bienes, y esto te basta. Desea aquel único Bien que es todo bien, y esto sobre. ¿Qué amas, cuerpo mío? ¿Qué deseas, ánima mía? Allí está, allí está cuanto amáis y deseáis. Si os deleita la hermosura, allí resplandecerán los justos como el sol. Si la ligereza, ó fortaleza, ó libertad para que no se halle resistencia, serán semejantes á los ángeles de Dios; porque si se siembra cuerpo animal, resucitará espiritual en la potestad, no en la naturaleza. Si larga vida y con salud, allí está una eternidad de salud, y una salud eterna; porque los justos vivirán perpetuamente, y la salud de los justos es el Señor. Si abundancia y hartura, serán hartos cuando se descubriere la gloria de Dios. Si melodía, allí los coros de los ángeles cantarán á Dios sin fin alguno. Si algún deleite puro, del raudal de tu deleite les darás á beber. Si ciencia y saber, la misma sabiduría de Dios se les mostrará. Si amistad, amarán á Dios más que á sí mismos, y unos á otros como á sí mismos, y Dios á ellos más que ellos á sí mismos; porque ellos amarán á Dios, y á sí, y á otros por Dios, y Dios ama á sí y á ellos, por sí mismo. Si concordia, todos tendrán una voluntad; porque no tendrán otra voluntad sino la divina. Si poderío, serán omnipotentes de su voluntad, al modo que Dios lo es de la suya; porque así como puede Dios lo que quiere por sí mismo, así podrán ellos lo que quieren por Dios; porque como no querrán sino lo que El quiere, así Dios querrá lo que ellos quieren, y lo que Dios quiere no podrá dejar de ser. Si honras y riquezas, Dios constituirá á sus siervos fieles y buenos sobre grandes cosas, y se llamarán hijos de Dios, y aun dioses, y adonde estuviere su Hijo natural estarán ellos, y serán herederos de Dios y partícipes con Cristo de su herencia. Si

verdadera seguridad, estarán tan ciertos que nunca les ha de faltar tanto bien, como están ciertos que por su voluntad no quieren perderle; que Dios que les ama, no les quitará á los que le aman, ni otra cosa más poderosa que Dios los podrá privar á ellos y á Dios dél. ¿Cuán gran gozo será donde hay tan gran bien? ¡Oh corazón humano, corazón tan necesitado, corazón tan experimentado en miserias! ¿Cuánto te holgaras si abundaras en todas estas cosas? Pregunta á tus mismas entrañas si podrán abarcar tan gran gozo de su bienaventuranza. Pero si otro á quien amaras como á ti mismo tuviera la misma dicha, se doblara tu gozo, porque no menos te gozaras de su bien que del tuyo. Pero si dos ó tres, ó muchos más, tuvieran lo mismo, tanto te holgaras por cada uno como por ti mismo, si los amaras como á ti. Pues en aquella perfecta caridad de innumerables ángeles y hombres bienaventurados, adonde ninguno amará á otro menos que á sí mismo, no de otra manera se holgará uno por cada uno de los otros como por sí mismo.

Pues si en el corazón del hombre apenas cabrá su gozo de tan grande bien, ¿cómo será capaz de tantos y tan grandes bienes? Y como cuanto uno ama á otro, tanto se huelga de su bien, como en aquella perfecta felicidad amará cada uno á Dios, sin comparación alguna, más que á sí mismo, y á todos los demás consigo mismo; así también se gozará incomparablemente más de la bienaventuranza de Dios que de la suya y de todas los demás. Y si á Dios amaran con todo su corazón, con todo su entendimiento, con toda su alma, de modo que ni todo su corazón, ni todo su entendimiento, ni todo baste para lo que merece el amor: de tal manera se gozaran de todo su corazón, de todo su entendimiento, de toda su alma, que no bastara todo el corazón, ni todo el entendimiento, ni toda el

alma para la plenitud de su gozo¹. Todo esto es de San Anselmo, en que muestra cuán llena, cuán eficaz de bienes es la Hermosura de Dios cuando se vea.

Ni es encarecimiento todo lo dicho, sino muy inferior á la verdad; porque no sólo en el cielo, vista claramente la Hermosura divina causará tan inefables gozos, pero mostrada aun por sombra en esta vida, baña á las almas de un gozo inexplicable, como de sí confiesa Santa Gertrudis; la cual, dando muchas gracias á Dios, dice así: «Como se cantase el responso: *Vidi Dominum facie ad faciem*, etc., esto es: *Vi al Señor cara á cara*, etc., fué ilustrada mi alma de un inestimable y admirable resplandor con la luz de la divina revelación. Apareció junto á mi rostro otro rostro no formado ni hecho, sino formador y hacedor, no deslumbrando los ojos del cuerpo, sino alegrando la vista de mi alma, agradable con el beneficio del amor y no con el color. Desta vista sabrosa, tus ojos resplandecientes como el sol, Señor Dios mío, hiriendo derechamente en los míos, de qué suerte tú, suave Dalgura mía, hayas regalado, no solamente mi alma, sino también mi corazón con todas sus fuerzas y potencias, sólo tú lo sabes. Por lo cual, Señor, te pido que me hagas esta merced, de que, mientras yo viviere, sea tu devota esclava. De tus ojos mismos deificados, sentí por los míos entrar una luz que no se puede estimar lo que me saboreaba; la cual, penetrando por todas las partes interiores, parecía que obraba en todos mis miembros una virtud sobremanera admirable, al principio vaciando las médulas y tuétanos de mis huesos, pero después aniquilando también y consumiendo los mismos huesos, juntamente con la carne. De suerte que no sentía que fuese otra cosa todo mi sér y substancia más que aquel divino resplandor, el cual con una suavidad y deleite mayor que

¹ Ansel., c. 25, Prosló., p. 28.

todo encarecimiento reverberaba en mi alma, y daba una inestimable y serena alegría. ¡Oh, qué podría decir desta vista dulcísima! Porque para confesar la verdad (según á mí me parece), aunque por todos los días de mi vida, todas las lenguas elocuentes del mundo me quisieran persuadir que había yo de verte con tanta excelencia y con tantas ventajas, aún allá en la gloria, nunca lo creyera, si la grandeza de tu benignidad no me lo hubiera mostrado por experiencia». Pues si esto puede causar la Hermosura divina en este valle de lágrimas, ¿qué hará en la gloria, en aquel paraíso de deleites celestiales? Con razón exclama la misma sierva de Dios: «¡Oh región aquella bienaventurada, y que beatifica con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas; campo de deleites adonde un grano muy menudo puede suficientísimamente satisfacer al deseo de todos los escogidos en diferentes cosas que puede imaginar el corazón humano que le serán agradables, amables, deleitables y suaves! ¡Oh eterno, y el más grande día, mediodía hermoso, morada segura, lugar que en sí contiene todo lo que deleita, paraíso alegre que por todas partes le cercan ríos de inestimables regalos, que convida con la florida belleza de diferentes frescuras y regala con suavísimas voces, ó, por mejor decir, suavemente deleita con la melodía de músicos intelectuales, y embriaga con una dulzura mezclada y compuesta de diferentes gustos interiores! Pero ¿qué procura decir mi lengua impedida y tartamuda, pues aunque se juntase todo el poder angélico y humano á este propósito, en ninguna manera sería bastante á formar siquiera una palabra, que como es razón tocase ó declarase tantico de la alteza de tanta excelencia? Para esta dicha nacimos, éste es el fin de nuestros trabajos, y todos son pocos para tan grande bien».

1 Apud Blos, in Monili Spir., c. 14, in fine.

CAPÍTULO VIII

De la primera condición de la hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que es la proporción de partes. Trátase de la simplicidad y unidad divino.

I

Lleguemos ahora á considerar las condiciones de la hermosura que señalan los filósofos y muchos santos, para que veamos cómo están todas en Dios con sumo exceso y eminencia. Aristóteles, y con él los demás filósofos peripatéticos, señalaron por muy principal la proporción de partes que tiene en sí lo hermoso: y así todos los demás filósofos admiraron la hermosura deste universo, por la proporción y orden de sus naturalezas. ¿Pues á quién no admirará esta proporción y conveniencia entre los atributos y Personas divinas? ¿Quién no se pasma de ver cómo conviene la inmutabilidad de Dios con la inmensidad y eternidad, pues sin mudar lugar está en todo lugar, y sin pasar por tiempo está en todo tiempo? ¿Quién no se maravilla de ver cómo convienen su misericordia y justicia, pues con ser infinitamente misericordioso no falta á ser justo? Bien se puede colegir por la conveniencia de los efectos la proporción de sus causas: por lo cual dijo David que «la misericordia y la verdad se salieron á recibir, y la justicia y la paz se dieron ósculo amoroso». Pues en la Encarnación del Hijo de Dios, para redimir con su muerte al mundo, vemos á los ojos la concurrencia y conformidad destes dos atributos que parecen tan contrarios. Porque ni hay ni puede haber obra de más piadosa misericordia, ni de más severa justicia. Y así la proporción que hay entre los mismos atributos es una hermosura hermosísima, pues no puede haber más grande proporción que cuando dos cosas,

no sólo convienen en un orden, pero en una misma entidad y unidad: porque si la gracia y agrado que causa la proporción es ser un amago y vislumbre de la unión ó unidad, porque con ella se conforman muchas cosas para componerse de todas una, de modo que con su disposición y orden se unan, cuando muchas cosas no sólo se conforman para componer de todas una, sino para ser ellas una misma, y no sólo se aunan, ni sólo se unen, sino se identifican, mayor gracia tendrán. Hermosísimo espectáculo será ver en Dios que cosas al parecer tan diversas como la misericordia de su bondad y la severidad de su justicia, la extensión de su inmensidad y la indivisibilidad de su simplicidad, la grandeza de su majestad y la paciencia de su mansedumbre sean una misma cosa: que la omnipotencia no sea distinta de su sabiduría, ni su sabiduría de su justicia, ni su justicia de su bondad, ni su bondad de su providencia, ni su providencia de su infinitad. ¿Qué teatro tan deleitable será ver en la unidad de sola su esencia toda la multitud de todas las perfecciones criadas, y que en sólo su hermosura están todas las hermosuras, y en sola su bondad todos los bienes; lo ameno de los campos, lo alegre de los cielos, lo lúcido de las estrellas, lo suave de los aromas, lo dulce de la miel, lo precioso de las perlas, lo sublime de los espíritus, lo intelectual de los querubines, lo perfecto de las perfecciones y lo hermoso de las hermosuras? ¿Qué vista tan maravillosa fuera, si en un espejo viésemos representadas cuantas personas hermosas ha habido, sin estorbarse unas á otras; si en él se viesen los rostros bellísimos de Raquel, de Judith, de Ester, de Dina, de Micol, de Etena, y cuantas las divinas y humanas letras celebran por hermosas? Rara vista fuera ésta, que en espacio de un codo solamente se viesan tantos rostros tan hermosos. ¿Pues qué si juntamente se viese en él todo

lo que hay que ver en la tierra, con cuántas ciudades hay grandes y vistosas en el mundo, Roma, París, Nápoles, Amberes, Venecia, Génova, Madrid, Constantinopla, Méjico, Pequín, Meaco, de suerte que la vista de tanta variedad de cosas no se impidiese una á otra? ¿Cuán rara proporción sería ésta? ¡Oh estupendo espectáculo de la Divinidad! ¡Oh milagrosa hermosura de Dios! donde en la simplicidad de su naturaleza se han de ver juntas todas las perfecciones y hermosuras criadas, no sólo por representación y figura, sino más substancialmente que en sí misma; porque contiene la naturaleza divina todo bien, no sólo como es, sino mejor que es, porque le contiene eminentísimamente, no por muchas formas, no por diversas calidades, sino por una sola simplicísima forma y acto purísimo, que es su misma esencia, y este modo de contener hace á todas sus perfecciones infinitamente más excelentes y hermosas que si fueran entre sí distintas. ¡Oh gran Señor! ¡Oh hermosísimo Dios, y quién te amara con amor infinito ó con amores infinitos! Quisiera amarte, Bien mío, de una manera y otra; quisiera amarte infinitamente y con amores infinitos, ó con uno que valiese infinitamente más que todos; que no excederá á lo que merece tu infinita Hermosura y Bondad.

II

Pues si á los cuerpos hace hermosos la conveniencia de muchas partes, ¿cuán hermoso será aquel purísimo Espíritu del Criador, con la unidad de tan innumerables perfecciones? Es sin duda que por esta unidad es hermosísimo, y así es su naturaleza tanto más una, cuanto más es que todas las demás, y más hermosa que todas. Boecio dijo que «la unidad es la causa y razón del sér». Y como Dios

es causa de todo sér, y su Sér es sólo por sí mismo, ha de ser simplicísimo y uno sobre todo otro sér. Otros platónicos, conformándose con la doctrina de Plotino¹, dijeron que «la unidad, que es causa de perfección al sér, es superior al mismo sér»: por lo cual no sólo era la unidad «la primera de todas las cosas, sino la primera primacía». Por lo mismo también dijo Hermes, aquel grande maestro de los egipcios²: «Debajo del cielo hay muchedumbre, en el cielo variedad, sobre el cielo unidad». Porque ésta es única preeminencia de Dios, que siendo uno sea todo, y comprendiendo todas las cosas sea simplicísimo. Por esta singular prerrogativa llamaban los asirios á Dios *el uno*, como escribe Macrobio³, dándole este renombre por excelencia y antonomasia. Por él declara San Justino ser Dios todo y no ser nada comparable con Él, ni poderle todas las criaturas añadir alguna perfección, porque dice⁴: «Así como no añade perfección al uno ser principio del número, porque cuando no era principio dél era perfecto, y después de hecho principio no crece, así también Dios, antes de criar las cosas, era perfecto, y después de criadas no ha crecido, pues nada de lo criado puede aumentar á Dios». Santo Tomás dice que como Dios es el mayor sér de todos, así es grandísimamente uno, porque es uno con la mayor y más grande simplicidad y pureza que es posible ó imaginable; porque carece de toda composición, la cual repugna á la infinidad del Sér divino, que no le recibió de nadie; porque así como á Dios no le hizo ninguno, tampoco pudo componerle de diversas partes; fuera de que si Dios fuera compuesto de alguna cosa, ya hubiera habido alguna cosa primero que Dios, porque hubiera habido aquello de que se

1 Marsil., Ficin., in Plotin., lib. 9, c. 1. 2 Mercur. apud *Compend. Theolog.*, lib. 1, c. 20. 3 Macrobi., lib. 1, Saturn., c. 23. 4 Justin., in respons. ad Orthod., c. 113.

componía. Demás desto, si la sabiduría fuera distinta de la omnipotencia, y entrambas diversas de la esencia divina, ya tuviera alguna cosa el Sér de Dios que no fuese de sí mismo, como advierte Ricardo Victorino. No fuera sabio por sí, sino por la sabiduría, ni poderoso realmente por su naturaleza, sino por su omnipotencia. Allégase á esto que la virtud unida es mayor y más perfecta; y como Dios sea sobre todo grande y perfecto, debe ser sobre todo uno y simplicísimo, careciendo de toda composición. Y así dice San Bernardo: «Dios no es formado, porque es forma; no es hecho, porque es la causa que hace todo; no es compuesto porque es simple». Este es único privilegio de la Divinidad, carecer de composición y diversidad. No hay en Dios composición de partes como en los cielos, ni de potencias como en el alma, ni de género y diferencia como en la especie, ni de materia y forma como en los elementos, ni de unidades y denarios como en el número, ni de esencia y entendimiento como en el ángel, ni de espíritu y cuerpo como en el hombre, ni de substancia y accidente como en los individuos. Todo Dios es uno de todas maneras, y cuanto más es todas las cosas, tanto es más uno y tanto más hermoso y más raro; porque si admiró al mundo una pequeña piedra de un anillo porque en ella formó un artífice primo al rey de Macedonia Alejandro, que estaba á caballo y acometía á un bravo león con tal fiereza, que ponía terror á los que le miraban, admirando que en tan pequeña pieza hubiese tanto que mirar, ¿qué admiración será en la simplicidad de Dios, que estén todas las cosas tanto más perfectas y eternamente, cuanto más uno y simple es? San Dionisio Areopagita¹ da la razón por que se atribuye á Dios pequeñez, siendo tan grande, que es inmenso. La causa es por la suma simplicidad de su naturaleza, por la cual

1 Dionis. *De divin. nom.*

penetra todas las cosas y está en todas eminentemente. De suerte que en un átomo del aire, en cualquier punto, é indivisible, está todo Dios, entera y totalmente, con toda su inmensidad, sabiduría, bondad, omnipotencia y los demás atributos, juntamente con las perfecciones de todas las criaturas. ¿Cómo puede dejar de ser esta inmensa pequeñez y capacísima simplicidad más hermosa que toda proporción, donde está tan ordenado lo mucho, que es uno, y tan proporcionado lo grande, que es indivisible y simplicísimo? Todo esto se significó á San Juan en el Apocalipsis cuando se le mostró el Señor, ceñido y con un cingulo preciosísimo, porque era de oro; porque con su infinita simplicidad parece está ceñida su inmensa naturaleza: pero la misma simplicidad es tan precioso atributo, que hace adorno á todos los demás y los hace, con unirlos á todos, más admirables y preciosos. ¡Oh inmenso Dios! dame que ciña mi corazón, apartando dél los deseos vanos, para que le dilate en amor vuestro, que sois mi Criador y Señor.

Esta simplicidad hace que todo Dios sea todo lo bueno, y cada bondad y perfección particular, de suerte que todo sea todos, y cada uno de sus atributos, estando cada uno tan perfecto en Dios como si fuera solo. Por lo cual dice San Agustín ¹: «Dios todo es ojos, porque ve todas las cosas; todo es manos, porque obra todas las cosas; todo es pies, porque está en todos los lugares». De donde se colige cuán lleno, cuán sólido sér sea el divino, pues es todo sér, y de todas maneras; y así es sér verdaderamente. Por lo cual dice San Anselmo ²: «Tú sólo, Señor, eres lo que es, y Tú eres el que es: porque lo que es otro en el todo, y otro en las partes, y en quien hay algo mudable, no es totalmente lo que es: y lo que empezó de no ser, y se puede pensar que no es, y se vuelve al no ser, si no es que por

1 Agust., ep. 36. 2 San Anselm., in Prosló., c. 22, p. 27.

otro subsista: y lo que tiene haber sido, lo que ya no es, y haber de ser lo que aún no es, esto no es propia y absolutamente. Mas tú, Señor, eres lo que es; porque lo que algún tiempo y de alguna manera eres, todo eso eres y siempre lo eres. Y Tú eres el que propia y simplicísimamente eres: porque ni tienes haber sido, ni haber de ser, sino siempre tu sér presente, ni se puede jamás pensar que no eres, sino Tú eres vida, y luz, y sabiduría, y bienaventuranza, y eternidad, y muchos bienes semejantes; y con todo eso no eres sino un bien, y ese sumo. Tú te eres á ti mismo suficiente, que no tienes menester á nadie, ni necesitas de cosa alguna, y de quien tienen necesidad todas las cosas para que sean, y sean bienaventuradas. ¡Oh piélago de bienes! ¡Oh inmenso océano de bondad! dame que te ame como mereces y como te he menester; dame que pues eres todo bien, que te ame con todo mi amor; dame que pues eres todo lo que es, que te ame con todo lo que soy; dame que pues eres uno que vales más que todas las cosas, que te ame únicamente sobre todas las cosas del mundo. ¡Oh quién pudiera convertirse cuanto es en amor de tu infinita bondad y hermosura!

III

Con esta gloria de la simplicidad de Dios se junta la de la unidad, en cuanto es uno y solo, porque no sólo carece de composición de partes, sino de diferencia de su naturaleza, por no ser capaz de igualdad; porque como de tal manera es uno que contiene todas las cosas, ha de ser también uno de tal suerte que sea solo; porque si tuviera otro igual, no le comprendiera, y así no fuera todo; pero como en su simplicidad encierre toda perfección, no sólo es uno por faltarle división, sino único por no tener igual.

Lo cual es tan gran gloria, que la celebra varias veces la Sagrada Escritura. Por Isaías dice el mismo Dios ¹: «Yo soy Señor, y no hay más fuera de mí; no hay otro Dios». Y en el Deuteronomio dice: «Atended que yo soy solo, y fuera de mí no hay otro Dios. Yo mataré, yo daré vida, yo heriré y sanaré, y no hay quien de mí mano pueda librar». También la madre del santo Samuel engrandeció esta gloria de la unidad de Dios, cuando dijo ²: «No hay Santo como es el Señor, no hay otro fuera de Ti, ni hay fuerte como nuestro Dios». Las cosas por ser únicas se estiman más, y cuanto más preciosas, la singularidad las realza. ¿Cuánto debe ser estimado Dios tan perfecto, tan grande, tan único, que ni tiene igual ni le puede tener? Y si á muchas cosas la particularidad da mayor estima que su perfección, y á otras muy excelentes su multitud envilece, donde no hay más que un Dios, y éste tan inmenso, ¿en qué aprecio le hemos de tener? ¿qué amor y reverencia le puede bastar? Porque si le perdemos, ¿dónde hallaremos otro? Si á Él enojamos, ¿á qué otro nos podemos huir, y quién nos libraré de sus manos? Y si tenemos necesidad, ¿quién otro habrá que nos ayude? Él mismo dice por el Profeta Oseas ³: «No sabrás de otro Dios fuera de mí, y no hay Salvador sino yo». ¡Oh cuánta necesidad tenemos deste Dios Omnipotente, pues es solo! Si un rey de la tierra se enoja contra uno, hay otro reino adonde se pueda huir, y otros reyes que le puedan favorecer; pero ¿dónde se hallará un mundo que esté exento de la jurisdicción divina? ¿Dónde se hallará otro Dios que ampare á un pecador? Si el sustento de todos los hombres del mundo sólo le diera un árbol, ¿qué cuidado se tuviera en que nadie le cortara? ¿cuán guardado y cultivado estuviera de todos? Y si como hay muchas fuentes y ríos no hubiese sino sola una fuen-

1 Isaí., 45.

2 I Reg., 2.

3 Oseas, 13.

te, ¿cómo procurarán todos conservarla? Pues no hay sino un Dios que pueda hartar y satisfacer nuestro corazón, no hay sino un Señor Omnipotente que nos sustente, procuremos conservarnos en su amistad y gracia, pues dél tenemos en todo necesidad.

¡Oh Señor inmenso, que siendo uno vales por infinitos, y sin Ti infinitos mundos no valieran nada! Tú, Dios mío, me vales más que todo, y así te pido que te estime más que todo, que te admire más que todo, que te ame más que todo. Dame que me una contigo y no quiera más que á Ti sólo, pues eres todos los bienes, y en Ti tengo todo. ¡Oh quién viviera de tal manera en el mundo como si no hubiera otra cosa más que su Dios! ¡Oh quién viviera tan bien acompañado que á sólo su Criador atendiera! Uno eres, Señor; pero no hay otra cosa que desear. Uno eres, porque eres todo; y único eres, porque no hay otro como mí Criador. Ámete yo únicamente, ámete yo solamente; y si amare otra cosa, sea por ti, y en ti, y para ti.

CAPÍTULO IX

La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.

I

Otra gran calidad de la hermosura que requiere Aristóteles ¹, es el orden. También dijo San Bernardo ² que el orden daba hermosura, y por su gran importancia San Juan Damasceno ³ y San Gregorio Nacianceno ⁴ llamaron al orden padre de todas las cosas, porque las da su punto y

1 Aristot., 13, Metaph. 2 Bernard., serm. 49. in Cantic. 3 Damasc. lib. 3, Paralip., c. 83. 4 Nazian., orat 26.

Lo cual es tan gran gloria, que la celebra varias veces la Sagrada Escritura. Por Isaías dice el mismo Dios ¹: «Yo soy Señor, y no hay más fuera de mí; no hay otro Dios». Y en el Deuteronomio dice: «Atended que yo soy solo, y fuera de mí no hay otro Dios. Yo mataré, yo daré vida, yo heriré y sanaré, y no hay quien de mí mano pueda librar». También la madre del santo Samuel engrandeció esta gloria de la unidad de Dios, cuando dijo ²: «No hay Santo como es el Señor, no hay otro fuera de Ti, ni hay fuerte como nuestro Dios». Las cosas por ser únicas se estiman más, y cuanto más preciosas, la singularidad las realza. ¿Cuánto debe ser estimado Dios tan perfecto, tan grande, tan único, que ni tiene igual ni le puede tener? Y si á muchas cosas la particularidad da mayor estima que su perfección, y á otras muy excelentes su multitud envilece, donde no hay más que un Dios, y éste tan inmenso, ¿en qué aprecio le hemos de tener? ¿qué amor y reverencia le puede bastar? Porque si le perdemos, ¿dónde hallaremos otro? Si á Él enojamos, ¿á qué otro nos podemos huir, y quién nos libraré de sus manos? Y si tenemos necesidad, ¿quién otro habrá que nos ayude? Él mismo dice por el Profeta Oseas ³: «No sabrás de otro Dios fuera de mí, y no hay Salvador sino yo». ¡Oh cuánta necesidad tenemos deste Dios Omnipotente, pues es solo! Si un rey de la tierra se enoja contra uno, hay otro reino adonde se pueda huir, y otros reyes que le puedan favorecer; pero ¿dónde se hallará un mundo que esté exento de la jurisdicción divina? ¿Dónde se hallará otro Dios que ampare á un pecador? Si el sustento de todos los hombres del mundo sólo le diera un árbol, ¿qué cuidado se tuviera en que nadie le cortara? ¿cuán guardado y cultivado estuviera de todos? Y si como hay muchas fuentes y ríos no hubiese sino sola una fuen-

1 Isai., 45.

2 I Reg., 2.

3 Oseas, 13.

te, ¿cómo procurarán todos conservarla? Pues no hay sino un Dios que pueda hartar y satisfacer nuestro corazón, no hay sino un Señor Omnipotente que nos sustente, procuremos conservarnos en su amistad y gracia, pues dél tenemos en todo necesidad.

¡Oh Señor inmenso, que siendo uno vales por infinitos, y sin Ti infinitos mundos no valieran nada! Tú, Dios mío, me vales más que todo, y así te pido que te estime más que todo, que te admire más que todo, que te ame más que todo. Dame que me una contigo y no quiera más que á Ti sólo, pues eres todos los bienes, y en Ti tengo todo. ¡Oh quién viviera de tal manera en el mundo como si no hubiera otra cosa más que su Dios! ¡Oh quién viviera tan bien acompañado que á sólo su Criador atendiera! Uno eres, Señor; pero no hay otra cosa que desear. Uno eres, porque eres todo; y único eres, porque no hay otro como mí Criador. Ámete yo únicamente, ámete yo solamente; y si amare otra cosa, sea por ti, y en ti, y para ti.

CAPÍTULO IX

La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.

I

Otra gran calidad de la hermosura que requiere Aristóteles ¹, es el orden. También dijo San Bernardo ² que el orden daba hermosura, y por su gran importancia San Juan Damasceno ³ y San Gregorio Nacianceno ⁴ llamaron al orden padre de todas las cosas, porque las da su punto y

1 Aristot., 13, Metaph. 2 Bernard., serm. 49. in Cantic. 3 Damasc. lib. 3, Paralip., c. 83. 4 Nazian., orat 26.

sazón, y con mucha particularidad parece necesario en la hermosura; porque no basta para que sea una cosa hermosa que tengan proporción sus partes, si no tienen orden entre sí; porque si los ojos se pusiesen en el lugar de la boca, y la boca en el de los ojos, aunque tuviesen proporción, la falta de orden hiciera disforme aquel rostro; y una misma pintura, por hermosa que sea, con sólo no ponerla derecha, sino al revés ó al soslayo, pierde su gracia, de modo que no parezca bien á la vista; y así es necesario se añada á la proporción el orden. Pues para entender con cuánta excelencia se halle esta propiedad de lo hermoso en Dios, se ha de suponer que todo lo que se ha dicho de la Hermosura divina, por la proporción ó conveniencia de tantos atributos y perfecciones con la unidad de un sér, lo puede alcanzar la razón, y pudo caer en el pensamiento á algunos filósofos; pero si abrimos la puerta á lo que nos ha revelado el mismo Dios, á que no pudo llegar entendimiento criado, se nos descubre otra estupenda y nunca pensada hermosura en el inefable misterio de la Santísima Trinidad, en el cual se ve el más maravilloso orden y ajustada proporción que era posible ni imaginable, donde las tres Divinas Personas, que son realmente distintas entre sí, convienen en la unidad de una misma esencia, y guardan un orden perfectísimo y maravillosísimo. Respecto desta hermosura se puede decir desproporción toda la proporción de los cielos, y desordenamiento todo el orden del universo, y descompostura todo ornato de lo más aseado, y deformidad toda hermosura de lo criado. ¿Qué más admirable proporción, que siendo Padre, Hijo y Espíritu Santo distintas Personas entre sí, que no sean distintas de la naturaleza divina que es común á todas tres? ¿que así como la Persona del Padre es una misma cosa con la esencia divina, así lo sea el Hijo, y así lo sea el Espíritu Santo? ¿que siendo

las Personas tres, sea la naturaleza de todas una? Esta es proporción sobre todas proporciones, y hermosura sobre toda hermosura, y orden sobre todo lo ordenado, y gracia sobre todo lo gracioso. Este es espectáculo que vence todo deseo; este es teatro que llena toda la bienaventuranza, no sólo de la criatura sino del mismo Criador. Para este milagro de milagros nacimos; á esta vista están convidadas las criaturas capaces de razón; esta hermosura ha de llenar nuestras voluntades; esta belleza ha de arrebatar nuestro amor. Cese entre tanto nuestra curiosidad; resérvese para este secreto. Quien ha de saber cómo es Dios Trino y Uno, lleve con paciencia la ignorancia deste destierro. No se mate por saber lo que no importa, pues ha de saber lo que tanto le aprovechará que le haga bienaventurado. Cierre los ojos á todo lo de la tierra, pues le han de abrir los del alma, para que vea este secreto del Cielo, para el cual le faltará comprensión y potencias, y deseará con mil ojos gozarle: porque no sin causa aquellos misteriosos animales que nos propone la Escritura, que estaban todos llenos de ojos, estaban delante de Dios, para darnos á entender que no bastan ojos ni entendimientos para ver su infinita Hermosura; que es una vista para la cual debemos reservar toda nuestra curiosidad, porque nos haremos ojos por verla, admirarla y gozarla; ahora contentémonos con creerla y reverenciarla. Con todo eso, para que veamos en ella alguna proporción y conveniencia, declararemos lo que puede alcanzar la oscuridad de nuestra razón, y hallaremos en ella una hermosura ordenadísima, como la halló Ricardo Victorino, el cual reconoció en el orden deste sacrosanto misterio un sumo ordenamiento y hermosura. Y así considerando el número de las divinas Personas, dice¹: «Ruégote que me digas: ¿qué pluralidad será más hermosa, cuál más

¹ Ricard., l. 5. de Trinit., cap. 2.

conveniente te parece á ti? ¿Por ventura aquella que se distingue con una ordenadísima variedad de Personas, y que está decentísimamente esmaltada con un maravilloso modo de proporcionalidades? ¿ó aquella que no está eslabonada con alguna conveniencia de diferencias, ni está adornada con algún orden? Pienso que nadie juzgará que puede faltar lo más hermoso á la Suma Hermosura. Y así se ha de creer que ni puede faltar en la suma felicidad una suavísima conformidad de Personas, ni en la Suma Hermosura una ordenadísima variedad de sus propiedades.

II

Para entender mejor este hermosísimo orden de las Personas divinas, se ha de suponer el maravilloso orden y proporción que hay entre los atributos divinos y sus objetos principales; porque un entendimiento infinito no está bien ordenado sino con una sabiduría infinita; ni una sabiduría infinita se satisface sino comprendiendo infinito, y con un modo infinito, de suerte que sea cabal infinitamente en todas sus partes, así de prudencia como de ciencia. Por lo cual Dios no es sabio como quiera, sino con la mayor perfección de su providencia y comprensión que es posible ni imaginable. A este modo también una bondad y voluntad infinita no estaba ordenada sin una caridad infinita, ni una caridad infinita, dice Ricardo ¹, puede estar bien ordenada, si no es siendo tres las Personas divinas; de suerte que el orden de la caridad que hay en Dios es como fundamento de la hermosura y orden que hay en la Trinidad de Personas con la unidad de una esencia. La razón es, porque la caridad, que es la flor más hermosa y el fruto más excelente de todas las virtudes, y no puede faltar en

¹ Ricard., l. 3, De Trinit., cap. 2, 14 y 15.

Dios, es amar á otro por lo que es, y como á sí mismo. Pues si Dios amara á otra cosa como á sí, amara á la criatura como á sí, ó por lo que ella era, y esto fuera gran desorden; y así, para que la bondad y caridad de Dios sea ordenada, ha de haber otra Persona que sea también Dios; por lo cual es necesario que haya en Dios muchas Personas; porque por lo menos para el orden de caridad son necesarias dos, entre las cuales haya comunicación de bienes y verdadero amor. Pero porque el gozo que resulta desta comunicación no se comunicó hasta que ella resultó, era necesaria otra Persona á quien se comunicase la gloria y bien de la comunicación; y que no sólo hubiese dos Personas que una á otra se amase, sino otra tercera, á quien se comunicase su amistad, con la cual tuviesen compañía y complacencia de amistad. De suerte que el perfecto orden de caridad pide en Dios tres Personas, y que todas tres sean un mismo Dios, y en ninguna manera tres Dioses, y esto es por la fuerza de la misma caridad y amor, cuyo blanco y naturaleza es unir y hacer otro tal, y de muchos uno. Pues como el amor de Dios ha de tener su eficacia infinita, por eso entre las Personas que intercede adecuadamente ha de hacer que sean una misma cosa, no solamente con afecto, sino con efecto; esto es: real y verdaderamente; y así es que las tres Personas divinas son un mismo Dios, y por consiguiente son ellas en sí en todo iguales, pues no puede ser menor que otro lo que es Dios.

De aquí se sigue, porque en Dios todo ha de ser sumo y perfecto, que estas tres Personas han de ser muy conjuntas, teniendo un admirable orden entre sí, y que la una ha de ser Padre que engendre al Hijo; la segunda el Hijo que sea engendrado, y la tercera otra que proceda de entrambas. La razón es, porque la compañía ó junta de

algunas personas tanto es más suave y gustosa, cuanto más parentesco, cercanía y orden tienen. Y así no podía faltar en la suma felicidad de Dios aquello que es más suave. Por lo cual es necesario que haya conexión y orden entre las divinas Personas, y que no sea cada una de por sí y de sí, sino que las dos procedan y que la otra sea fuente y manantial de toda procesión¹. Y porque dos maneras hay de comunicación muy conjunta del ser, una por vía de generación, como Abel procedió de Adán, siendo su hijo; otra solamente por vía de procesión pura, al modo que Eva procedió del mismo Adán, no siendo engendrada dél ni siendo hija suya, como también algunos vivientes y sensibles proceden de otros, sin ser los unos padres ni los otros hijos. Convino que uno y otro modo de conjunción y procesión hubiese en Dios, que la una Persona fuese Hijo engendrada del Padre, y la tercera que procediese de entrambas sin ser engendrada; y con esto tuviesen una hermosa variedad de orden y conexión particular las divinas Personas, y así más conjunción, y así más amor, y así más suavidad, y así también más hermosura, si se puede decir más donde todo es sumo, todo infinito.

Síguese también que como el fundamento desta necesidad del número de tres Personas en Dios sea la infinita perfección de su bondad, y suma caridad, y amor infinito, y para amar se suponga el conocimiento, y también porque la perfección de potencias en las substancias espirituales sea en el entendimiento y voluntad, viene á ser que la procesión de las divinas Personas sea por estas dos facultades ó perfecciones; esto es: por entendimiento y voluntad; porque la primera Persona engendra por su divina intelección al Hijo, y Padre é Hijo producen por acto de su infinita y ardiente voluntad á la tercera Persona, que es

1 Ricard., lib. 5, cap. 2.

Amor, y la llamamos Espíritu Santo; porque del entendimiento es producir imágenes, y no de la voluntad; por eso la segunda Persona, que procede por vía de intelección, es Hijo, y no la tercera: porque es fuerza que la generación tenga por su propia esencia hacer imagen y semejante al engendrado del que engendra.

III

Mil órdenes, mil conveniencias, mil hermosuras, mil maravillas hay en este venerando misterio, en este sacrosanto secreto, en esta maravilla de maravillas de la Trinidad de Dios en una simplicísima unidad, de la distinción de Personas en la identidad de una misma naturaleza. Basta lo dicho ahora para que admiremos un hermosísimo orden de las relaciones divinas en la unidad de una sola substancia, que si no puede alcanzar esto la evidencia de la razón humana, es convenientísimo á la grandeza de la divinidad que sea sobre toda razón, discurso y entendimiento criado. Antes este mismo exceso de la excelencia divina, que no cabe en nuestro concepto, es confirmación de su infinita Perfección y Hermosura; porque á este paso es todo lo que hay en Dios maravilloso, maravillosísimo, grande, grandísimo, hermoso, hermosísimo; porque por la incomprendibilidad deste tan ordenado misterio, podemos rastrear la incomprendibilidad de su Hermosura. Por esta muestra se puede estimar el valor y fineza de toda la tela. Todo Dios es sobre cuanto se puede pensar, hermoso sobre cuanto se puede concebir, y amable sobre cuanto se puede desear. ¿Qué admiramos, qué deseamos, qué amamos, sino tanta inmensidad de perfección y hermosura ordenadísima? Ni nuestras potencias pueden estar ordenadas si no se emplean en tan hermoso objeto; y así Apo-

nio ¹, considerando el admirable orden de la Santísima Trinidad, dice que se ordenará por su contemplación la caridad en nosotros. ¿Quién, viendo que por el ordenamiento de la caridad es Dios tan admirable y perfecto sobre toda perfección, no procurará ordenar también su corazón para no ser imperfecto y pecador? Y pues no bastó en Dios amarse una Persona sola, sino amar á otras, ¿por qué estrechamos nuestro amor á nosotros mismos y no le traspasamos á Dios? Este es gran orden de caridad cuando uno ama á Dios y se aborrece á sí. La Esposa, por gran favor del Señor, dice: «Ordenó en mí la caridad». El modo con que la ordenó lo declara la versión siria, según la cual se dice: «Ordenaron contra mí el amor»: porque entonces estará ordenada la caridad, cuando por amor de Dios nos hagamos guerra á nosotros mismos y nos aborrezcamos; cuando, volviéndonos contra nosotros, todo nuestro corazón y afectos, nuestra alma y pensamiento, nuestra virtud, fuerzas y potencias ocupemos en amar la Hermosura divina. Este es el orden de nuestra caridad, dice Aponio ²: «Conforme á lo que se dice en el principio del Decálogo: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón*; el segundo orden es con toda tu alma; el tercer orden es con toda tu virtud». Convoquemos todo cuanto somos, todas nuestras potencias, facultades, fuerzas, y todas totalmente para amar al que es más que todo, y todo es hermoso, y todo totalmente; porque éste es eminentemente un admirable orden de los atributos divinos, que todos sean totalmente perfectos, y cada uno sea todos. ¿Qué mayor orden se pudo imaginar que donde hay suma igualdad y está todo derecho? ¿Y qué mayor igualdad que donde todo es infinito; y cada uno todo, y todo puesto en razón, y ordenado y recto? Bien se maravilló Albino desta grandeza divina

¹ Aponius., in cap. 2, Cantic.

² Apon., sup.

cuando exclamó, diciendo ¹: «¡Oh Dios, debajo de quien está todo, en quien está todo, con quien está todo!»

IV

Fuera deste hermosísimo orden de la caridad que resplandece en el misterio de la Santísima Trinidad, se descubre en otras muchas cosas la altísima perfección de la naturaleza divina. Porque por ser perfectísimo Dios es fecundísimo, y así no pudo estar sin Hijo; porque así como la fecundidad en otras naturalezas es cuando llegan á estado perfecto, así Dios por ser perfectísimo había de ser fecundo, y de un Hijo tan perfecto, que hubo de ser también Dios. La fecundidad del hombre no fuera perfecta aunque pudiera producir un águila ó león ó un monte de oro, si no produjera á otro hombre. De la misma manera la fecundidad divina no fuera perfecta aunque produjera millones de serafines ó criaturas más sublimes, si no producía otro igual y semejante en todo, que fuese también Dios. Resplandece también en este misterio la suma potencia del Sér divino, pues llega á producir no sólo lo que quiere, sino un Hijo que es infinito, y tan sumamente perfecto, que es Dios Omnipotente; porque si la eficacia y poder de una cosa se echa de ver por la grandeza del término que produce, cuando lo que se produce es lo que es Dios é infinitamente perfecto, la virtud ha de ser infinita y divinísima. Demás desto, la Trinidad de Personas es un argumento grande de la suma simplicidad de la naturaleza divina, pues por eso es tan eficaz su virtud, porque es la naturaleza tan una y simplicísima en sí: porque así como la virtud unida es mayor, así debe ser muy uno y simple el Sér divino que tiene tan grande virtud, que produce tal

¹ Albin., in invocat. ad Sanct. Trinit.

Hijo, que es Dios. Sobre todo es de gran consuelo el infinito abismo de bondad que campea en este misterio, viendo la mayor y más estupenda comunicación que es posible ni imaginable. Mayor por cierto de lo que se pudo imaginar, pues todo cuanto Dios es se comunica; porque como sea propio de la bondad comunicarse, donde la bondad es infinita, la comunicación había de ser suma; y así pertenecía á la inmensa bondad de Dios comunicarse inmensamente, lo cual no podía hacerse mejor que comunicando la misma inmensidad de su naturaleza, toda su substancia, esencia, perfección y cuanto es. ¡Oh inmenso Dios, y bueno inmensamente! ¡Cómo me gozo de ver vinculadas en vuestra misma esencia tantas prendas de mi bien! Gózome que no os faltará esta bondad para querer comunicarme siquiera una participación de vuestro Sér divino, ni virtud para concederla; y que esa naturaleza que participare por gracia, es perfectísima, altísima, santísima, hermosísima, simplicísima, pero llena toda de verdad, justicia, misericordia, liberalidad, y de infinitos bienes y perfecciones. Concédeme que la admire, si no como merece, como puedo, que la reverencie, la ame y la sirva con un afecto puro y simple en la intención, pero en la eficacia y fervor multiplicado.

CAPÍTULO X

Otra condición de la hermosura, que es la integridad, está en la naturaleza divina. Trátase de la bondad natural de Dios.

I

Las condiciones que acabamos de decir, de la proporción y orden que tiene lo hermoso, suponen otra, que es la integridad de partes, de suerte que sea en todo cabal y perfecto: porque aprovechara poco que tuviera un rostro las

faciones muy proporcionadas y bien ordenadas, si le faltara un ojo ó la nariz. Una sola parte que faltase, bastaría para afean todas las demás. Por eso dicen comunmente los filósofos que el bien consta de la integridad de sus causas: pero para el mal basta cualquier defecto; porque para lo bueno se requiere perfección, la cual no hay en faltando algo; pues como Dios sea infinitamente bueno, de modo que dista infinitamente del mal, carece de todo defecto, y posee enteramente cuanta integridad se puede desear para ser con infinitas ventajas perfecto y hermoso. Para entender esto declararemos cuánta sea la bondad y perfección divina, cuán entera y cumplida: hablo de la bondad natural, que es lo mismo que la perfección y excelencia de su naturaleza; porque de la bondad moral hablaremos en otra parte; si bien es suma gloria de la Divinidad que su bondad natural encierra necesariamente á la bondad moral de la virtud y á toda santidad; porque no es Dios como las demás naturalezas, que les es la virtud accesoria y la santidad accidental, advenediza y distinta de su bondad y perfección física; porque en Dios es una misma cosa, y así por su misma naturaleza es infinitamente virtuoso y santo. Tan llena, tan entera, tan cumplida es la perfección de su esencia, que fuera de no faltarla nada, tiene juntamente la perfección de la virtud. Pues ¿cómo le puede faltar privilegio ni perfección de su naturaleza, quien en su mismo sér natural tiene el privilegio de la virtud moral? Ninguna parte de perfección puede faltar al que es, no sólo la fuente, sino el mar de toda perfección, y un infinito océano de bienes: por lo cual llamó Albino ¹ á Dios, *lleno*, porque tiene y es cumplimiento de todo lo bueno.

Queriendo, pues, declarar San Dionisio ² esta perfec-

¹ Albinus in questionibus *De Trinit.*, inter. 3.

² Dionys. *De Divin. nomin.*

ción de la naturaleza divina, dice lo primero: que Dios es perfecto por sí mismo; en lo cual nota una inmensa diferencia entre la bondad divina y la de las criaturas, que Dios no ha recibido su sér y perfección de otro que fuese su causa eficiente, ni formal, ni ejemplar, porque la tiene por su mismo Sér. Él es la primera bondad, la primera perfección, el primer bien, sin dependencia de otro; antes dependen dél los demás. Él es un pozo inagotable de todo bien, y como el arca de agua de todas perfecciones, que dél manan y sacan su bondad. Desta gloria de ser perfecto Dios por sí mismo, se sigue que lo es por sola su esencia simplicísima, sin tener necesidad de otra forma, ni calidad, ni accidente, ni modo real que se le llegue; porque por su misma simplicidad y esencia tiene con toda integridad cuantas partes son necesarias para ser sumo, infinito, bienaventurado, omnipotente, perfectísimo. Mas á las criaturas toda su perfección les viene de otra parte, y la reciben de Dios, al modo que el sol no recibe luz de otro cuerpo, y las demás estrellas la reciben del sol; porque como las criaturas no tengan sér por sí mismas, tampoco tienen de sí su bondad y perfección; y así han menester se les acrecienten muchas cosas para ser perfectas, recibiendo varias formas y accidentes que las adornen. Pongo ejemplo en la criatura más alta de todas, que es un serafín; el cual, fuera de su substancia, ha menester para su perfección las potencias del entendimiento y voluntad, luego muchas especies inteligibles, muchos hábitos, muchas ilustraciones, muchos actos de sus potencias. De donde nace que en las criaturas puede haber defecto y no tener entera su perfección, pues es cosa distinta de su substancia. Mas en Dios, como sea lo mismo ser, que ser perfecto, y lo mismo su substancia que su sabiduría, omnipotencia, inmensidad, y todos los demás atributos, así como no puede faltar su Sér, tampoco

le puede faltar alguna de sus perfecciones; y como su Sér sea simplicísimo, nada se le puede quitar dél. Por lo cual no puede ser mayor la entereza de Dios, pues consta toda en su infinita simplicidad: porque así como la bondad divina no es ni pudo ser compuesta de perfecciones distintas, así tampoco puede ser descompuesta de alguna, sino toda entera, pues ninguna la compone, sino ella es todas; por lo cual la infinita simplicidad de Dios es la más cabal bondad que es ni puede ser imaginable, pues es todo el bien que puede ser.

Dice lo segundo San Dionisio, que Dios es *sobreperfecto*, esto es, que no sólo es perfecto por sí mismo, sino sobre toda perfección imaginable más excelente y superior que cuanto puede concebir entendimiento criado, y aun el increado, como nota Ricardo Victorino. Esta suma perfección vió el Profeta Ezequiel ¹ dibujada en un círculo de fuego, en que el Señor estaba metido, y debajo tenía el firmamento, y debajo del firmamento estaban las cabezas de aquellos cuatro misteriosos animales, que eran símbolo de las inteligencias y naturalezas más sublimes del mundo, y estaban también sobre las nubes, y las nubes sobre el río Chobar de Babilonia; porque así el círculo como el fuego son símbolos de lo que es perfecto, y estar sobre el firmamento, y el firmamento sobre las cabezas de aquellos querubines y sublimes espíritus, y éstos sobre las nubes, y las nubes sobre el aire, agua y tierra, era dar á entender que Dios era perfecto sobre toda la perfección del mundo, así intelectual como elemental; porque por el mismo caso que tiene la perfección de sí mismo, la tiene sin límite, ni modo ni tasa; y por consiguiente la tiene, no sólo infinita, sino infinitamente entera y cabal: al contrario de las criaturas, que tienen su perfección limitada, por recibirla de otro, según la determina quien se la da.

¹ Ezech., 1.

II

De aquí nace lo que en tercer lugar añade San Dionisio, que Dios es tan entero, tan cabal y perfecto, que ni se le puede aumentar un ápice de perfección, ni se le puede disminuir un punto: porque por ser sobre toda perfección, siendo infinitamente perfecto, no hay bien que se le pueda acrecentar; y por ser perfecto por sí mismo, nada se le puede menoscabar. Y así dice San León¹: «Á la naturaleza simplicísima de la Divinidad nada se le puede añadir ni quitar, porque siempre es lo que es». ¡Oh gran privilegio de majestad, ser tan seguro, que nada puede perder, ser tan grande, que nada puede crecer! Con razón se le apareció el Señor al Evangelista San Juan en figura de piedra jaspe, piedra que es muy firme y tiene en sí toda variedad de colores, por la estabilidad de la naturaleza divina, á la cual ninguna perfección se le puede caer, y por la variedad de toda perfección que contiene, que ninguna se le puede aumentar. De tal suerte es Dios perfecto é incapaz de aumento, que dicen los teólogos que no es menos Dios solo que Dios y todo el mundo: porque toda la perfección de las criaturas no añade cosa notable ni perfección junta á la de Dios, mucho menos que añadiera á un monte tan alto que llegara á la luna, si se le llegara un granito de arena. Fuera de que el mundo está en Dios con modo más eminente que en sí mismo, y le contiene Dios en su divina omnipotencia; y así Dios no puede recibir mejoría, porque es lo mejor que puede ser. ¡Oh suma Hermosura y suavidad de Dios, que no es capaz de más, porque tiene todo! ¿Qué hermoso paraíso fuera donde hubiese tanta variedad de flores olorosas, que no se le pudiese aña-

¹ San León, apud Albert. Mag.

dir ninguna más, y tanta diversidad de árboles vistosos y frutas sabrosas, que no pudiese venir ninguna de nuevo, y tanta multitud de aves de apacible vista y suave música, que no faltase ninguna? ¡Oh hermosísima vista de la Divinidad, tan llena de todos bienes, todos gozos, todas perfecciones, que no sea capaz de más! Muy lejos está de faltar algo á quien no se le puede añadir nada. Muy lejos está de no estar entera la que no puede estar disminuída. ¿Á qué más puede aspirar nuestro corazón que á aquella Bondad tan inmensa, adonde no puede llegar nuevo bien, porque los tiene todos? ¿Qué más puede desear nuestra alma que ver aquella Hermosura tan suma, que no puede recibir más gracia ni resplandor? ¿Qué amamos fuera de Dios, pues en Él están tantos bienes que amar, que no se puede amar más? En Él está enteramente todo bien, toda perfección, toda amabilidad. Mira cuánto ofendes cuando le ofendes: mira cuántos bienes desprecias cuando pecas. Dios es cabal y entero con todas perfecciones; es inmenso, sabio, omnipotente, infinito, justo, misericordioso; y tantas grandezas y bienes menosprecias con un pecado, cuantas son las perfecciones divinas. Teme ser injurioso con culpa á quien debes servir con amor, y á quien con mil corazones y voluntades debes respetar, con mil entendimientos admirar. No ofendas en algo al que tiene infinitas razones porque ser amado. No te contentes con guardar parte de su ley, faltando en otra, porque á Dios no le falta parte por que ser respetado y amado. Sirvele enteramente, pues tan enteramente es grande, bueno y perfecto.

III

De lo dicho se sigue un grande blasón y gloria de la Divinidad, que es bastarse á sí y sobrar para otros, ser su-

ficiente á sí misma y ser liberal con los demás, rebotando en tantas perfecciones y bienes, que los derrama continuamente en las criaturas. Por lo cual dijo Platón «que así como un vaso lleno de vino se derrama, así la bondad de Dios, que está en sí llenísima, rebosa y redonda en los hombres y otras criaturas». Mejor se significó esto al Profeta Daniel ¹, cuando vió á la Majestad divina en un Trono de fuego tan encendido, que de allí rebotaba un río impetuoso, todo de fuego: porque con razón era el Trono de fuego, por ser este elemento el más perfecto de todos, más sublime, más comunicativo, más amigo de salir de sí y extenderse, más eficaz y activo. Y así se significa por él la naturaleza divina, que es la más perfecta, sublime, liberal, y que derrama en otras grandes bienes, dones y perfecciones, con tan continuos favores, como son las aguas que corren en un río. Esto es lo que en cuarto lugar nota San Dionisio ², el cual dice que Dios, «por ser sobreperfecto (así habla, inventando palabras nuevas para explicar lo que aún no se concibe), rebosa su divina bondad con incesable, y una misma, y sobrellena, y nunca disminuíble largueza, por la cual perfecciona todas las cosas perfectas, y llena á cada cosa con su perfección conveniente». ¿Cómo no será suficiente para sí quien sobra para infinitos mundos? «Así como el sol (dice Lactancio) ³ que nace cada día, aunque sea uno, con todo eso, porque es verdadera luz, y de perfecta plenitud, con gran calor y resplandor clarísimo alumbraba todas las cosas», así Dios, siendo uno solamente, ilustra, sustenta, fomenta y llena todas las criaturas con su debida perfección, dándosela Él á todas, sin recibirla Él de nadie; estando tan lleno de bienes, que le sobra para todo. Gran excelencia de Dios no faltarle nada, ni haber menester

¹ Daniel, 7. ² Dion., cap. 13. *De Divin. nomin.* ³ Lactant., lib. 2, cap. 10.

ter á nadie, y haberle menester todos á Él. ¿Adónde vais, potencias mías; adónde, afectos de mi corazón, sino á este mar de bienes que os llenen, á este Dios tan lleno que os satisfaga, á este ser tan sobrado que cumpla todas vuestras faltas? ¡Oh Señor perfectísimo! ¡Oh Padre Santísimo! ¡Oh ser perfecto y sobreperfecto, y sobradísimo, y redundante en perfecciones! ¿Qué es esto que oigo de la boca de mi Redentor, que sea perfecto como mi Padre Celestial? ¿Cómo tan gran dechado de perfección se propone á tan imperfecta criatura? Concédeme que te imite con tu gracia en la perfección que puedo; que no me contente con ser perfecto en la guarda de tus mandamientos, sino que sobre esa perfección siga tus consejos, que no me contente con las obras de obligación, sino que añada muchas de supererogación. Concédeme que ni reciba aumento ni disminución con las cosas del mundo, que no me levante con la prosperidad, ni me encoja con la adversidad; que no me dilate con la alegría vana, ni me estreche con tristeza inútil; que sea uno mismo para servirte, y que no quiera crecer sino en tu gracia, ni tema menoscabo sino el de tu servicio. Concédeme que, despreciando todas las cosas del mundo, me sobren todas, y me bastes tú solamente. Concédeme tanta gracia, que reparta á otros cuantos bienes tuviere de la tierra, y desee en todo los bienes del cielo.

CAPÍTULO XI

La condición de la hermosura, de tener convenientes términos y competente grandezca, está en Dios con eminencia por su inmensidad, de la cual se trata.

I

Señaló Aristóteles ¹ también por condición de la hermosura que tuviese competente cantidad y extremos con-

¹ Arist., 13, *Metaph.*

ficiente á sí misma y ser liberal con los demás, rebotando en tantas perfecciones y bienes, que los derrama continuamente en las criaturas. Por lo cual dijo Platón «que así como un vaso lleno de vino se derrama, así la bondad de Dios, que está en sí llenísima, rebosa y redundando en los hombres y otras criaturas». Mejor se significó esto al Profeta Daniel ¹, cuando vió á la Majestad divina en un Trono de fuego tan encendido, que de allí rebotaba un río impetuoso, todo de fuego: porque con razón era el Trono de fuego, por ser este elemento el más perfecto de todos, más sublime, más comunicativo, más amigo de salir de sí y extenderse, más eficaz y activo. Y así se significa por él la naturaleza divina, que es la más perfecta, sublime, liberal, y que derrama en otras grandes bienes, dones y perfecciones, con tan continuos favores, como son las aguas que corren en un río. Esto es lo que en cuarto lugar nota San Dionisio ², el cual dice que Dios, «por ser sobreperfecto (así habla, inventando palabras nuevas para explicar lo que aún no se concibe), rebosa su divina bondad con incesable, y una misma, y sobrellena, y nunca disminuíble largueza, por la cual perfecciona todas las cosas perfectas, y llena á cada cosa con su perfección conveniente». ¿Cómo no será suficiente para sí quien sobra para infinitos mundos? «Así como el sol (dice Lactancio) ³ que nace cada día, aunque sea uno, con todo eso, porque es verdadera luz, y de perfecta plenitud, con gran calor y resplandor clarísimo alumbraba todas las cosas», así Dios, siendo uno solamente, ilustra, sustenta, fomenta y llena todas las criaturas con su debida perfección, dándosela Él á todas, sin recibirla Él de nadie; estando tan lleno de bienes, que le sobra para todo. Gran excelencia de Dios no faltarle nada, ni haber menester

¹ Daniel, 7. ² Dion., cap. 13. *De Divin. nomin.* ³ Lactant., lib. 2, cap. 10.

ter á nadie, y haberle menester todos á Él. ¿Adónde vais, potencias mías; adónde, afectos de mi corazón, sino á este mar de bienes que os llenen, á este Dios tan lleno que os satisfaga, á este ser tan sobrado que cumpla todas vuestras faltas? ¡Oh Señor perfectísimo! ¡Oh Padre Santísimo! ¡Oh ser perfecto y sobreperfecto, y sobradísimo, y redundante en perfecciones! ¿Qué es esto que oigo de la boca de mi Redentor, que sea perfecto como mi Padre Celestial? ¿Cómo tan gran dechado de perfección se propone á tan imperfecta criatura? Concédeme que te imite con tu gracia en la perfección que puedo; que no me contente con ser perfecto en la guarda de tus mandamientos, sino que sobre esa perfección siga tus consejos, que no me contente con las obras de obligación, sino que añada muchas de supererogación. Concédeme que ni reciba aumento ni disminución con las cosas del mundo, que no me levante con la prosperidad, ni me encoja con la adversidad; que no me dilate con la alegría vana, ni me estreche con tristeza inútil; que sea uno mismo para servirte, y que no quiera crecer sino en tu gracia, ni tema menoscabo sino el de tu servicio. Concédeme que, despreciando todas las cosas del mundo, me sobren todas, y me bastes tú solamente. Concédeme tanta gracia, que reparta á otros cuantos bienes tuviere de la tierra, y desee en todo los bienes del cielo.

CAPÍTULO XI

La condición de la hermosura, de tener convenientes términos y competente grandezca, está en Dios con eminencia por su inmensidad, de la cual se trata.

I

Señaló Aristóteles ¹ también por condición de la hermosura que tuviese competente cantidad y extremos con-

¹ Arist., 13, *Metaph.*

venientes. Por lo cual dijeron algunos filósofos que un cuerpo pequeño, aunque tuviese la proporción debida de sus partes, y toda la integridad dellas necesaria para que tuviese en su género perfección cabal, no sería con todo eso hermoso; y de cualquiera manera no hay duda, sino que añade alguna particular gracia cuando lo hermoso tiene su debida cantidad y espacio; y así dijo Proclo ¹: «La hermosura naturalmente se sigue á lo medido con proporción, y la fealdad á lo desproporcionadamente desmedido». Ahora veremos cómo siendo Dios puro espíritu, no le falta esta conveniencia de grandeza, sino que la tiene muy proporcionada á sí con eminencia y perfección; porque tiene los términos convenientes á su Hermosura, por razón de su inmensidad. Porque ¿qué términos más convenientes á una hermosura sin término ni tasa, que carecer de términos? ¿Qué cosa más ajustada á una belleza y perfección infinita, que la inmensidad, por la cual está en todas partes, llenándolo todo? Y así alaba mucho Aleuino la respuesta de un cristiano que, preguntado de un filósofo dónde estaba Dios, respondió ²: «Para declararte esto, dime tú primero dónde no está, porque toda la Divinidad (añade este doctor) está toda en todo lugar, y no se contiene en algún lugar». Deste atributo trataremos ahora, porque es uno de los que más declaran la majestad y grandeza de la naturaleza divina. Porque si al que llega la primera vez á la mar le admira ver tantas aguas explayadas por tanto espacio que vencen la vista y los ojos no hallan término ni fin, no viendo sino aguas y más aguas por todos lados, ¿qué será un Dios inmenso, donde la vista del entendimiento no puede hallar fin ni término? Si pusiesen á uno junto al sol para que viese su grandeza, y como es en sí ciento sesenta veces más que toda la mar y tierra juntos,

1 Procl., in Alcib.

2 Lib. 2 De Trinit., c. 7.

quedaría atónito de ver (si lo pudiese llevar la vista) tanta grandeza de luz. ¿Pues qué si el sol fuese tan grande, que de alto y profundo, de ancho y largo, ocupase cuanto cabe desde una parte á otra del firmamento? No digo los ojos pudieran sufrir este mundo de claridad, mas aun el pensamiento se deslumbraría con ella: pero no es sino tinieblas respecto de la inmensa luz de Dios, que no sólo ocupa invisiblemente todo este mundo, pero sale fuera dél por inmensos espacios, más infinitamente que puede concebir nuestro pensamiento, como prueban gravísimos teólogos ³; porque aunque fuera del mundo no hay lugar ni cosa alguna criada, sino puramente nada, Dios no há menester lugar para estar, como ni tiempo para durar; y así como duró antes del mundo, así también está fuera del mundo; porque él se basta á sí mismo por lugar, y en sí mismo está extendido fuera del mundo, más que cuantos espacios puede la imaginación formar.

Esto da á entender varias veces la Sagrada Escritura. En Job se dice ⁴, que Dios es mas alto que los cielos, más profundo que el infierno, más larga que la tierra su medida, y más ancha que el mar. En otra parte se dice ⁵: «¿Por ventura no piensas cómo está más levantado que el cielo, y que se empina sobre la coronilla de las estrellas?» Por lo mismo dijo Salomón ⁶ que los cielos de los cielos no podían abarcar á Dios. Esto parece se dió á entender al profeta Isaías ⁷ cuando vió al Señor sentado en un trono altísimo, que estaba fuera del templo, porque el templo era símbolo del mundo, según notan muchos intérpretes. Vió también el Profeta que las orlas que sobran del vestido de Dios bastaban para llenar al templo, y así le llenaban. En esta misteriosa visión se da bastantemente á entender cómo so-

1 V. Lessium. De Perfect. divinis 1, 2, c. 2, qui pulchre hoc probat. 2 Job, 11. 3 Job, 22. 4 3 Reg., 8. 5 Isaías, 6.

bra Dios para llenar al mundo, y que su majestad y gloria no necesita de las criaturas ni desta grande máquina del universo; porque fuera del mundo, y antes que el mundo se hiciera, y aunque se deshiciera todo, está, estuvo y estará tan glorioso, tan poderoso, tan inmenso como es; porque no sólo llena este extendidísimo universo, y llenara otros millones de mundos que hubiera, sino que sobrara para llenar otros infinitos mundos. Por lo cual dice San Dionisio, tratando de la grandeza divina¹: «Que se sobre-derrama exteriormente á toda grandeza, y se explaya aún más adelante, comprendiendo todo lugar, excediendo á todo número y traspasando á toda infinidad».

II

¡Oh grandeza de Dios, que no cabe en un mundo de mundos, y sobra para infinidad de universos! Porque así como si se pusiese una bola de clarísimo cristal al resplandor del sol, no sólo se llenara la bola de luz, sino que por todas partes la rodearía luz y claridad, á este modo, no sólo está este mundo lleno de Dios, que es luz inaccesible, sino que inmensamente está todo rodeado de Dios, por millones de espacios que puede el pensamiento imaginar. Y así si alguno quiere hacer algún concepto desto, piense que es Dios como un piélagos inmenso de luz candidísima y apacibilísima, que se extiende por millones de millones de leguas, por cuantos espacios es posible concebir en muchos años y siglos; y que por todo ese infinito abismo se extiende de más y más sin término ni fin, y que en medio della está este mundo, sin parecer más que un atomito en el sol. Y no es esto encarecimiento, porque si el cuerpo del sol fuera mil veces mayor que todo este universo, y á ese pa-

¹ Dionys., c. 9 *De Divin. nomin.*

so tuviera multiplicada la intensión de su luz, menos fuera, en medio de la inmensa claridad de Dios, que un indivisible de carbón. ¡Oh prodigio de luz, oh portento de hermosura, que siendo infinita eres tan inmensa! ¡Oh gran piélagos de esencia, y perfección, y amabilidad! ¿Cómo, no pudiendo caber en mi corazón, estrecharé yo mi amor á las criaturas? Ensanchad, Señor, la capacidad de mi alma para que os pueda admirar. Extendad la pequeñez de mi voluntad para que os pueda amar. Elevad, Señor, la corteza de mi entendimiento para que os pueda conocer. Esforzad todas mis potencias para que las ocupe en Vos solamente. ¡Oh Luz infinita, que te extiendes fuera del mundo, y bajaste á la tierra á encarnar por mí en un estrecho retiro de una pobre doncella! ¡Oh tremendo misterio y fineza inopinable de Dios, que siendo inmenso quiso venir á vivir entre nosotros y ser como nosotros! Pasmaos, cielos, desta bondad: ¿cómo no están atónitos los hombres deste prodigio de caridad? ¡Oh corazón mío! ¿cómo no te haces pedazos por agradecer tan estupendo beneficio? Fuera increíble bondad de un Rey que por librar de la muerte unos cautivos entrase en un obscuro calabozo y se vistiese como ellos siquiera por una hora. ¡Oh inmensa benignidad de Dios, que no sólo nuestro vestido, sino nuestra naturaleza, se vistió, por librarnos del cautiverio del demonio, y siendo inmensa luz, y esencia, y vida, se estrechó á ser hombre para morir por nosotros! Aquel Señor, de quien dice Alcuino¹ «que es Dios, sobre el cual no hay nada, fuera del cual no está nada, sin el cual es nada», vino á anonadarse por nosotros. «Mira, miserable hombre (dice San Anselmo)², qué hizo tu Criador, qué hizo tu Señor, cuyo Sér siempre es y siempre fué Sér incommutable, in-

¹ In invocat. SS. Trinit. ² San Anselmo, in medit. erga dulced. divin. majest.

estimable, incomprendible, y con un modo inefable no deja su Sér; pero por ti se anonadó cuando por ti se quiso hacer criatura, para que á ti, que viniste del no sér al sér, te reconciliase con el que no vino del no sér al sér, sino que siempre tuvo sér, y reconciliado á su antigua dignidad, te redujese á su sér. Así, dichoso y alegre siempre en su eterna gloria, te gozarás eternamente con Él». Considerando también Isaiás la grandeza de Dios, atónito della dice ¹: «Mira cómo las gentes son reputadas como una gotica que se trazama de una herrada de agua, y como un minuto del peso. Mira que las islas son como un pequeño polvito, y el monte Líbano, con toda su leña é inciense, no basta para quemarle, ni sus animales para ofrecerle en holocausto. Todas las naciones, como si no fuesen, son delante dél, y son reputadas como nada y como un vacío». Estremécete delante de tan grande Dios, y pásmate que un Dios tan grande, que en su presencia todo el mundo es nada, él se vino á anonadar por tan pequeña cosa del mundo como eres tú.

III

Esta inmensidad de la Divinidad es tan ajustada á su incomprendible naturaleza, que no sólo se extiende Dios por ella á todo espacio cuanto se puede pensar, sino que en cada punto que hay, ó es imaginable, está toda la Divinidad. Por lo cual dijo San Cipriano ² que «siendo Dios uno, está todo donde quiera extendido». ¡Rara maravilla, que está todo en cada parte y punto del universo, y todo en todo el mundo y fuera dél! Si se diera que el sol fuera inmenso, no pudiera estar todo en cada parte de espacio, sino solamente todo en todo un espacio inmenso. No es Dios así, que carece de toda carga y embarazo de cuerpo, y es

1 Isaf., 40.

2 Ciprianus, lib. quod idola dii non sint.

un espíritu purísimo y simplicísimo, pero infinito; y así, la medida conveniente á su naturaleza es que por su simplicidad pueda estar y esté con todas sus perfecciones en un punto indivisible, y por su infinidad, que se extienda también á un espacio infinito. De manera que, fuera de estar derramado todo por el universo, está todo recogido en cada punto del mundo. De suerte que está en cada átomo del aire, y cada arenita de la tierra, y cada gota de agua, y en todos los puntos destes cuerpos tan menudos, con toda su esencia, omnipotencia, sabiduría, eternidad, bondad, bienaventuranza, majestad y hermosura. Tiénese por vista muy hermosa la de un género de espejos que están hechos con tal artificio y eminencia, que representan un mismo rostro en muchas partes. ¿Y cuán hermoso espectáculo fuera una gran plaza, empedrada toda de carbuncos lucidísimos, ó si viésemos el sol multiplicado por todo el campo del cielo, de suerte que todo este techo extendidísimo del mundo estuviese engastado de soles? Alcese aquí el pensamiento sobre todo lo criado, y considere la Luz, la Majestad, la Hermosura del Criador, extendida por este mundo, y fuera dél, por un espacio infinito, y juntamente que está todo en cada punto deste inmenso campo. ¡Oh hermosísimo Dios! ¡Oh belleza del mundo, y cuán hermoso modo tienes de estar, porque no estuvieses menos perfectamente que eres! Infinito eres, y así estás inmensamente; simplicísimo eres, y así estás indivisiblemente. Eres uno, y todo, y así estás en cada parte, y en todo, estando todo en todo, y todo en cada parte. No hay duda sino que este modo de estar Dios en todas las cosas causará á quien se le descubriere un gozo de su divina Hermosura, superior á todos los gozos y gustos del sentido, y otros muy admirables efectos. Por lo cual exhorta el Apóstol ¹ á la consideración de la inmensidad

1 Ephes., 3.

divina, cuando, escribiendo á los de Éfeso, desea que tengan con todos los Santos y varones perfectos alguna comprensión y vivo concepto de lo que es su ancho, su largo, su altura y su profundidad, como explica San Ambrosio.

Otra gloria grande de la inmensidad de Dios es que no ha menester espacio para estar, y así está aun donde no hay espacio corporal verdadero, antes ella es espacio y lugar de todas las cosas. Por lo cual dijo Arnobio, hablando con Dios ¹: «¡Oh grandísimo y sumo Criador de todo lo invisible y visible! tú eres la primera causa, el lugar, el espacio y el fundamento de cuantas cosas hay». Con igual elegancia dijo San Paulino ² que era Dios «patria común de todas las cosas». Aún más significativamente San Dionisio llama á Dios ³, «asiento y fondo en que se afirman y reclinan todas las cosas». Y en otra parte dice ⁴ «que es custodia y domicilio que conserva y contiene todas las cosas». Por lo cual dijo San Pablo que «en Dios vivimos, y nos movemos, y somos» ⁵. Porque en Dios estamos como en verdadero fundamento de nuestro sér, porque Él nos sustenta con su omnipotencia y contiene con su inmensidad; y así nos debemos considerar á la manera que una pequeña esponja está en medio de las aguas del Océano toda empapada en agua, aguas por de dentro, y aguas por de

1 Lib. 1, advers gentes. 2 San Paulin., ep. 36. 3 San Dionys. Areop., cap. 10. De Divin. nomin. 4 Ibid., c. 1. 5 Esta idea ú opinión que apunta varias veces en este capítulo el P. Nieremberg acerca de la inmensidad divina, aunque sostenida en su tiempo por Lessio y más adelante por Fenelon, no es admitida por la generalidad de los teólogos; los cuales enseñan, primero: que Dios no es el lugar de las cosas, sino que éstas se son su espacio y su lugar; segundo, que la divina inmensidad no se extiende positiva y actualmente más allá del espacio, por necesidad limitado, del Universo, y tercero, que los textos de los Santos Padres, y en especial el de San Pablo, que cita el P. Nieremberg, no indican más que la presencia, acción y concurso de Dios en todas las criaturas.—(Nota del editor).

fuera, rodeada toda de la inmensidad del piélago; si bien esta comparación es corta; porque lo que está dentro de la esponja, no es todo el mar Océano, sino una pequeña partecita de sus aguas; mas en nosotros todo Dios está, y toda la infinidad de su incomprensible Sér; y esto no como quiera, sino más íntimo y presente á nosotros que cada uno lo está á sí mismo. Porque todo Dios está presente á cada uno de mis miembros y artejos de mi cuerpo: pero no todo yo estoy presente á cada una de mis partes, porque mi cabeza no está presente á mi mano, ni mi mano á mi pie, ni algunas destas partes á todo el cuerpo. ¡Oh gran gozo, que todo Dios esté en mí todo, y todo en cada sentido mío, todo en cada miembro, todo en mis huesos, todo en mi sangre, todo dentro de mí, y todo fuera de mí, todo me penetra, todo me rodea! En el piélago de su inmensidad estoy más metido que un pez en el agua. Por lo cual dice San Gregorio ¹ que «Dios está dentro de todas las cosas, y fuera de todas ellas; Él mismo está sobre todas las cosas, y debajo de todas ellas, superior por la potencia, inferior por el apoyo, exterior por la grandeza, interior por la sutileza. Arriba rigiendo, abajo sustentando, fuera rodeando, dentro penetrando. Y no es por una parte superior y por otra inferior; ó por una parte exterior y por otra interior, sino uno, el mismo, todo está donde quiera con su presidencia sustentando, y con su sustentación presidiendo, con su rodeo penetrando, y con su penetración rodeando». Esto es de San Gregorio; en que da á entender el modo maravilloso con que estamos nadando en medio de la inmensidad divina, y como engolfados en Dios, el cual, con estar tan íntimo á las cosas que las está sustentando y teniendo en brazos con su Omnipotencia, no puede padecer dellas ningún detrimento ni mudanza: porque aunque esté en un mismo lugar con ellas

1 Greg., lib. 2, Mor., cap. 12.

por la perfección de su inmensidad, por otra parte, por la alteza de su infinidad, está exento de sus calidades, y en el lugar más bajo, y vil, y disonante, está con toda su bienaventuranza, gloria, majestad, omnipotencia y hermosura. De suerte que aunque está dentro de las criaturas, no está apretado; y aunque está fuera de todas, no está desechado; y aunque está sobre todas, no está levantado; y aunque está debajo, no está abatido ni cargado; y aunque está llenando todo, no embaraza nada. Estamos llenos de Dios, y no nos ocupa, ni pesa, ni estorba, sino que con toda su majestad y grandeza está como si no estuviese; y siendo lugar de todo, está sin lugar, en todo lugar, igual, y uno mismo. Y así dice San Pedro Damiano ¹, que Dios es «lugar sin lugar, que de tal manera contiene los lugares, que no se mueve Él por lugar, y como llene á todos, no ocupa parte del lugar con las suyas, sino donde quiere está todo, ni por lo más ancho está más extendido, ni por lo más angosto más apretado, ni en lo sublime más alto, ni en lo bajo más humilde, ni en lo grande mayor, ni en lo pequeño menor, sino uno, y el mismo simplicísimo, y donde quiere igual». Este es grande privilegio de la Divinidad, que no falte á nada sin estorbar á nada. Este es gran bien nuestro, que esté en nosotros tan inmenso. Sér para ayudarnos, no para estorbarnos.

IV

¡Oh dicha nuestra, que tan íntimo esté en nosotros tanto bien, y que no sólo estemos cerca de tan amable Hermosura, ni sólo abrazados con ella, sino penetrados! ¿Qué tenemos que salir de nosotros á tomar consuelo en las criaturas, pues dentro de nuestro corazón y nuestra alma está el Criador? Cese toda curiosidad, cese toda ambición;

¹ B. Petr. Dam., tom. 3, opusc. 36, *De Omnipot. divina*.

en nosotros está la hermosura del mundo, las mayores riquezas y los mayores bienes, ó, por decir mejor, todos los bienes. ¡Oh qué gran consuelo es que esté tan cerca de nosotros quien es todopoderoso para remediar nuestras miserias, tan misericordioso para perdonar nuestras culpas, tan liberal para comunicarnos sus bienes, tan hermoso para deleitarnos con su suavidad! ¿Qué podemos temer, pues está, no sólo al lado, sino en nosotros mismos nuestro ayudador? ¿Quién nos puede hacer mal, si no es que Él lo permita? Y si lo permite, ¿qué mal nos puede venir por su mano, siendo tan buena, que no permitiera males si no supiera sacar dellos grandes bienes? El pecado sólo hemos de temer, porque no podremos huir de su justicia. ¿Quién no se hallará atajado como David, que dice al Señor ¹: «Adónde iré apartándome de tu espíritu, ó adónde huiré de tu rostro? Si subiere al cielo, allí estás. Si bajare al infierno, también estás presente. Si tomare alas y volare desde la mañana y habitare en los fines del mar, allí también me llegará tu mano y me tendrá tu diestra». Ni en lo alto, ni en lo bajo, ni á un lado ni á otro, hay por donde huir de Dios; porque, según se dice en el libro de Job ²: «Más levantado es que el cielo, ¿qué harás? más profundo que el infierno. En su medida es más largo que la tierra y más ancho que el mar». Temblemos de ofender á Aquel que, estando en todas partes, nos puede castigar, donde quiera que vamos, y siempre es testigo de nuestras obras, donde quiera que estemos: ni en lo alto, ni en lo bajo, ni en lo largo ni en lo ancho, hay donde huyamos de Dios.

Buena materia es ésta para tenerle siempre presente, considerándole está en todas partes. No hay criatura en que no asista; en todas le podemos tener delante y reverenciar á nuestros hermanos, no sólo por ser criatu-

¹ Psalm. 138. ² Job, 11.

ras é imágenes de Dios, sino por estar en ellos escondida su inmensa majestad, al modo que está con una cortina cubierto un relicario. Por eso llama Isafas á Dios *escondido*: no porque esté Dios en lo interior y no en lo exterior de las cosas, porque no menos está en la más exterior superficie dellas que en sus entrañas más ocultas, sino porque estando aun en los rayos del sol más visibles, Él está invisiblemente con sumo secreto y silencio; pero está en realidad de verdad en todo, llenando más al mundo que las mismas naturalezas dél. De suerte que á San Francisco más le parecía que todo el mundo era Dios, aunque no lo es, que no que es mundo; y así repetía muchas veces: «Dios mío, y todas las cosas», porque Dios está en todas, á Dios veía en todas, y Dios le parecía el sér de todas, porque ellas casi no son; aunque vemos casas, calles, personas, campos, ríos, árboles, animales, le parecía que más se podría llamar todo lo que veía *Dios*, que no lo que parecía, porque más está Dios en las cosas que ellas en sí mismas. Y así, cuando miramos las criaturas, no tanto las habíamos de mirar á ellas, cuanto á Dios, que está dentro y fuera de ellas. Siendo esto así, ¿qué brutalidad es, qué desagradecimiento, que no topemos con Dios, encontrándole siempre, que no advirtamos en Él, topándole en cuanto hay, que no le miremos estando en todas las cosas? Para declarar más esto, quiero fingir este caso. Si Dios no fuera inmenso, de modo que no estuviera en todas partes, sino sólo en tres ó cuatro cosas del mundo, del modo que ahora está en todas, ¿qué reverencia, que respeto tendríamos á aquellas en que se hallase Dios? ¡Cómo las reverenciaríamos como preciosísimas reliquias de la Divinidad! Tendríamoslas como unos sagrarios santísimos. Pues no ha de perder Dios por ser más. No por estar en todas siendo inmenso, ha de ser menos respetado en cada una. Esto

nos ha de causar respeto de nuestros hermanos, en quien sabemos está tan gran Señor, y mucho más del mismo Dios, que tan cerca y presente tenemos. Y si fuera enorme atrevimiento en la presencia de un Príncipe quebrantar su ley, ¿qué será á la vista de Dios despreciar sus mandamientos?

CAPÍTULO XII

Comiézase á tratar de las condiciones de la Hermosura que seña'an los platónicos. Trátase aquí de la eternidad.

I

Hemos dicho de las condiciones de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que son los de la escuela de Aristóteles. Digamos ahora de las propiedades de lo hermoso que ponen los platónicos¹, los cuales, siguiendo á Sócrates, se levantan sobre toda materia y cuerpo, colocando la verdadera belleza en lo más puro del espíritu, no en la materia mudadiza ni en cuerpos corruptibles, sino es en lo que es constante y perenne; y así señalan por principalísima condición de lo hermoso la perpetuidad y permanencia, sin temor de acabarse; porque es gran mengua y tacha de lo que es digno de amor haber de perecer. Porque si sólo faltar una parte á lo hermoso lo afea todo, ¿qué disonancia será que, no sólo algunas partes, sino todas le falten, faltando todo ello? Y como la hermosura de suyo es naturalmente amable, y faltando lo amado atormenta á los que lo aman, fuera impedida de la naturaleza si no se hallase la mayor hermosura en lo más constante y permanente, porque fuera tener en cruz los corazones y condenarlos á tantos tormentos y penas cuantas veces falta lo que aman ó conocen puede faltar. Por esto

¹ In Plat., *Symposio ex eo Dionys*, cap. *De Divin. nom.*

ras é imágenes de Dios, sino por estar en ellos escondida su inmensa majestad, al modo que está con una cortina cubierto un relicario. Por eso llama Isafas á Dios *escondido*: no porque esté Dios en lo interior y no en lo exterior de las cosas, porque no menos está en la más exterior superficie dellas que en sus entrañas más ocultas, sino porque estando aun en los rayos del sol más visibles, Él está invisiblemente con sumo secreto y silencio; pero está en realidad de verdad en todo, llenando más al mundo que las mismas naturalezas dél. De suerte que á San Francisco más le parecía que todo el mundo era Dios, aunque no lo es, que no que es mundo; y así repetía muchas veces: «Dios mío, y todas las cosas», porque Dios está en todas, á Dios veía en todas, y Dios le parecía el sér de todas, porque ellas casi no son; aunque vemos casas, calles, personas, campos, ríos, árboles, animales, le parecía que más se podría llamar todo lo que veía *Dios*, que no lo que parecía, porque más está Dios en las cosas que ellas en sí mismas. Y así, cuando miramos las criaturas, no tanto las habíamos de mirar á ellas, cuanto á Dios, que está dentro y fuera de ellas. Siendo esto así, ¿qué brutalidad es, qué desagradecimiento, que no topemos con Dios, encontrándole siempre, que no advirtamos en Él, topándole en cuanto hay, que no le miremos estando en todas las cosas? Para declarar más esto, quiero fingir este caso. Si Dios no fuera inmenso, de modo que no estuviera en todas partes, sino sólo en tres ó cuatro cosas del mundo, del modo que ahora está en todas, ¿qué reverencia, que respeto tendríamos á aquellas en que se hallase Dios? ¡Cómo las reverenciaríamos como preciosísimas reliquias de la Divinidad! Tendríamoslas como unos sagrarios santísimos. Pues no ha de perder Dios por ser más. No por estar en todas siendo inmenso, ha de ser menos respetado en cada una. Esto

nos ha de causar respeto de nuestros hermanos, en quien sabemos está tan gran Señor, y mucho más del mismo Dios, que tan cerca y presente tenemos. Y si fuera enorme atrevimiento en la presencia de un Príncipe quebrantar su ley, ¿qué será á la vista de Dios despreñar sus mandamientos?

CAPÍTULO XII

Comiézase á tratar de las condiciones de la Hermosura que seña'an los platónicos. Trátase aquí de la eternidad.

I

Hemos dicho de las condiciones de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que son los de la escuela de Aristóteles. Digamos ahora de las propiedades de lo hermoso que ponen los platónicos¹, los cuales, siguiendo á Sócrates, se levantan sobre toda materia y cuerpo, colocando la verdadera belleza en lo más puro del espíritu, no en la materia mudadiza ni en cuerpos corruptibles, sino es en lo que es constante y perenne; y así señalan por principalísima condición de lo hermoso la perpetuidad y permanencia, sin temor de acabarse; porque es gran mengua y tacha de lo que es digno de amor haber de perecer. Porque si sólo faltar una parte á lo hermoso lo afea todo, ¿qué disonancia será que, no sólo algunas partes, sino todas le falten, faltando todo ello? Y como la hermosura de suyo es naturalmente amable, y faltando lo amado atormenta á los que lo aman, fuera impedida de la naturaleza si no se hallase la mayor hermosura en lo más constante y permanente, porque fuera tener en cruz los corazones y condenarlos á tantos tormentos y penas cuantas veces falta lo que aman ó conocen puede faltar. Por esto

¹ In Plat., Symposio ex eo Dionys, cap. *De Divin. nom.*

condenó Tibulo á sus dioses de que no hubiesen dado orden de eternizar la hermosura, llamándolos crueles porque habiendo modo de renovarse una culebra cada año, no le haya de perpetuar lo hermoso. Engañóse, porque la verdadera Hermosura eterna es; y así como Dios todo es Hermoso, todo amable, todo Él es eterno; y está tan lejos de tener este lunar y mengua de poder faltar y acabarse, que no sólo no podrá faltar, pero ni pudo. Tan lejos está de fenecer, que ni pudo empezar. Tanto dista el fin de su naturaleza, como distó el principio, pues siempre será y siempre fué y siempre es. Por lo cual dijo David ¹; «Antes que se hiciesen los montes, antes que se formase la tierra y todo el mundo, desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios». Y en el Éxodo se dice ²: «El Señor reinará por una eternidad, y más allá». No puede acontecer que perezca aquel Sér que necesariamente vive. Este es gran privilegio de la Divinidad, que no tenga advenedizo ni contingente su sér. Por lo cual dijo San Hilario: «No le es á Dios accidental el sér, sino subsistente su verdad, y permanente». Todas las demás cosas les es contingente ser ó no ser, porque pudieron dejar de ser, ó después de recibido el sér pueden perecer. Sólo Dios es un Sér necesario, que da á las demás cosas el sér cuando son, y el poder ser antes que fueran. ¿Á quién no pasma esta grandeza, que Dios necesariamente será, y siempre será Dios, y que necesariamente fué y siempre fué Dios? Extendamos los ojos del alma por los años eternos, por los siglos de los siglos: contemos una eternidad y otra, y, como habló Daniel, perpetuas eternidades; á toda consideración vence la eternidad de Dios, que siempre será, y siempre fué, y necesariamente es, será y fué. Ni hubo punto en que Dios fuese posible antes que fuese, anticipándose tanto su actual exis-

1 Psal. 89.

2 Exod., 15.

tencia á la posibilidad de las demás cosas, que para ser ellas posibles necesitaban de la existencia de Dios, cuyo Sér es tan necesario, que no esperó un momento para ser: porque siempre fué, antes de todo tiempo, antes de todos los siglos, antes de todo espacio, antes de cuanto puede alcanzar el pensamiento. Piense uno millones de millones de años que se hubiesen pasado; piense otros tantos millones de millones de siglos corridos ya; piense otros tantos tiempos; piénselos doblados, y multiplíquelos millones de millones de veces: más antiguo que todos fué Dios, muchos más siglos antes que arenas hay en el mar, y fué una eternidad antes, y siempre fué Dios.

Esta gloria de haber sido eternamente es tan grande, que varias veces se hace ostentación della en la Escritura sagrada; y así, cuando el Señor se apareció á San Juan ¹, tan admirable y resplandeciente, que parecía su rostro un sol cuando más claro y hermoso está, traía para mayor ornato de su majestad y resplandor el cabello de la cabeza todo tan cano y blanco, que no parecía sino de nieve. Otra vez que se mostró al profeta Daniel con igual ostentación y majestad, fué también trayendo la cabeza toda cana, porque era todo su cabello como una lana blanquísima y limpiísima. Todo esto fué para mostrar esta única gloria de la Divinidad, de haber tenido sér eternamente ante todos los días y tiempos. Y así llamó Daniel á Dios por grande renombre, «el antiguo de los días». Y San Dionisio ² «El principio y medida de los siglos, y la entidad de los tiempos, y el evo de los entes; Él es el siglo de los siglos ante todo siglo». El mismo Señor, para dar á entender su infinidad y suma majestad, lo ha hecho por este admirable atributo de la eternidad. Por el profeta Isaías, captando primero la atención, como quien quiere decir una

1 Apocal., 1.

2 Dionys., cap. 5. *De divin. nomin.*

cosa de gran consideración, dice¹: «No daré á otro mi gloria. Oídme, Jacob é Israel, á quien yo nombro. Yo el mismo, yo el primero y el postrero»; significando por estas últimas palabras la gloria de haber sido ante todas cosas, y haber de ser después de todas ellas, porque ni tuvo principio ni tendrá fin, y así es el primero de todo, y el último de todo, y su eternidad es el fundamento de todos los días, años, y siglos, y tiempos y duraciones: porque si Dios no fuera desde la eternidad, nada fuera, ni aun pudiera ser: y si no hubiese de vivir por una eternidad, ninguna cosa pudiera durar siempre. La misma gloria de su infinito Sér repite por Isaías² otras dos veces, y otras tantas por San Juan³, blasonando, como con mucha razón puede, que Él es el Señor, que es el primero y postrero, el principio y fin de todo.

II

Es sin duda que es Dios digno de infinita reverencia y estimación por este atributo de la eternidad. Lo uno, por haber sido sin principio, y ante todo principio; lo otro, por haber de ser sin fin, y después de todo fin: porque dos causas hacen de grande estimación las cosas, aunque ellas tengan en sí poco valor. La una es la antigüedad, porque naturalmente estimamos con un cierto género de veneración lo antiguo. Ni en la nobleza hay cosa de mayor gloria que la antigüedad, y cualquier memoria de muchas años respetamos, y á los mayores en edad damos veneración y mejor lugar, aunque de menos partes y caudal que otros: porque este título de antigüedad, casi por instinto natural, todos le preferimos y reverenciamos. Parece que la misma naturaleza nos dicta en esto cuánto debemos reverenciar á Dios, pues no sólo es el más antiguo de todas las cosas,

1 Isai., 43. 2 Isai., 41, 4 y 44, 6. 3 Apoc., 1, 18 y 22, 12.

sino eterno antes de toda antigüedad y tiempo; porque aunque Dios no nos hubiera criado, ni fuera tan infinitamente perfecto y cabal en todos sus atributos, por sólo ser la primera de las cosas, la más antigua, la eterna, se le debía una suma reverencia y respeto. Pero siendo Él nuestro Criador, y siendo tan perfecto y hermoso, ¿qué se le deberá por esto, y por ser eterno? No hay humillación que sobre, ni adoración que baste, ni servicio que sea cumplido, ni estimación que sea bastante, ni amor que no sea corto.

La otra causa de estimar mucho las cosas es su duración, porque da grande realce á cualquier cosa su firmeza y constancia; ni es menester otra razón, porque el vidrio sea menos precioso que el oro, sino porque es más frágil: y generalmente, al paso que una cosa tiene más segura su perseverancia, tanto más estimable es. Pues como el Sér divino sea tan firme y sólido que ha de durar eternamente, ni haya fuerza criada, ni increada, que le pueda disminuir, dále una infinita estimación su eternidad, y en su comparación no hay cosa de estima, porque todas las demás, ó son caducas, ó defectibles; sólo á Dios repugna el perecer ó faltar. Los cuerpos son mortales, y se corrompen y acaban; los espíritus pueden acabarse, porque, en suspendiendo la Omnipotencia divina el concurso de su brazo poderoso para conservarlos, se resolvieran en la misma nada; sólo Dios tiene seguro su Sér, y le es su misma esencia vivir y durar, y ser inmortal, y haber de ser eterno.

Puédese también echar de ver la gloria deste atributo, por el apetito general que han tenido los más afamados hombres del mundo de eternizarse; y ya que ellos hayan de morir, dejar memoria inmortal de sí, la cual estimaron más que la misma vida. No es creíble á los peligros que por esto se pusieron los romanos, los trabajos que por esta

causa pasaron, las muertes que, pretendiendo esto, tragaron, estimando más la eternidad de su nombre que la substancia de su vida y cuanto en el mundo poseían. ¡Oh cuánta es la alteza de la Divinidad, cuán superior es á todo, pues no sólo su nombre, sino su misma substancia, y vida, y bienaventuranza, es eterna! No pudo la ambición llegar á imaginar mayor felicidad ni honra que la de una memoria inmortal. ¿Qué gloria será la de la naturaleza divina haber de ser su misma existencia, omnipotencia, inmensidad y hermosura eterna? ¿Y qué honra y autoridad el haberlo sido? Porque en la eternidad de Dios se juntan estas dos causas de estimación: la inmortalidad y la antigüedad. Si el dejar después de uno muerto un sustituto ó sombra en la fama de su nombre, que no es más que saberse que tal hombre hubo, fué esto el grado último de honra á que aspiraron tantos filósofos y capitanes famosos, ¿qué gloria será la del ser eternamente por su misma substancia y esencia? Que si bien aquel apetito de fama inmortal fué desordenado en unos hombres llenos de vicios, indica la grandeza que es de suyo la eternidad de quien por su naturaleza la tiene.

Gocémonos deste bien de Dios, que no se nos ha de acabar lo que nos está tan bien, que es blanco de nuestra bienaventuranza tanta hermosura y tan eterna. Seguros estamos que no se nos morirá quien tanto bien nos ha hecho en vida y hará después de muertos á los que le amarán. Este es buen empleo de nuestro corazón, amar una hermosura que no ha de perecer. ¡Oh qué necios andamos si ponemos nuestra afición en otra cosa caduca que faltará al mejor tiempo, y con su falta vendrá nuestro tormento! Demos que hayas gozado de todos los deleites del mundo, que hayas alcanzado todas sus honras, que hayas sido coronado en todos sus reinos; todo es caduco; y en acabándo-

se esto, ¿qué tendrás sino pena y dolor, y tanto mayor tormento cuanto tuviste antes mayor gusto? Cuanto más dulce fué la posesión, tanto más amarga será su pérdida. Digno por cierto es que desprecies lo que es más poderoso para afligirte que provechoso para alegrarte. Más pueden los bienes de la tierra entristecerte pereciendo, que contentarte durando. Ellos son limitados en su cantidad, y faltos en su seguridad: mas Dios es inmenso en su grandeza, y eterno en su posesión: á Él sólo debes amar siempre, pues á Él sólo puedes gozar siempre. Él es la verdadera hermosura y únicamente amable, pues es única y esencialmente durable.

III

Pero para que veamos cuánto hermosea á la Hermosura divina su eternidad, consideraremos más en particular qué es este atributo; por el cual veremos que se llegan al infinito bien nuevos géneros de infelicidades. Definen los teólogos á la eternidad, conforme con Boecio¹, que dice ser «una posesión total, y de por junto, y perfecta, de una vida que no tiene términos». En esta definición se da bastante á entender que la grandeza de la eternidad no es sólo tener una vida sin términos, que ni tope con principio, ni encuentre con fin, siendo interminable por entrambas partes, precediendo á todo tiempo y siguiéndose después de todos los tiempos. No es sólo esto la gloria y bien de la vida eterna de Dios, sino que añade al bien de tan inmensa duración el modo de gozarse, que es de por junto y totalmente. Por eso algunos figuraron á la eternidad en forma de una virgen hermosísima, pero con tres cabezas, y abarcando con las manos una gran esfera de oro; porque fuera de equivaler á las tres diferencias de tiempo,

1 Boet., lib. 3 *De Consol.*

pasado, presente y futuro, significados en otras tantas cabezas, comprende de por junto cuanto hay de bien en el mundo. No es la eternidad como nuestra vida, que no durando sino sesenta ó setenta años, no se puede gozar junta, sino por partes: porque los gustos de los mozos no se pueden gozar cuando viejos, ni la flor de la niñez se conserva en el tiempo de la juventud, ni el color de la juventud permanece en el estado de varón, ni en éste está la gravedad de la vejez. Tiempos diferentes son menester para diferentes partes de los bienes temporales: porque así como el tiempo tiene unas partes después de otras, así también todas las demás cosas que se miden con el tiempo tienen una parte después de otra. Por esto más atrae la hermosura de los niños que la de los adultos, y la gracia de los mancebos que la decencia de los varones ó la madurez de los ancianos. La eternidad no divide sus bienes por partes, sino los compone todos juntos. Sin duda fuera de mayor admiración la hermosura que en un mismo tiempo compusiera lo que hay mejor en todas las edades; de suerte que conservara el agrado de la infancia junto con la flor de la puericia, y el vigor de la mocedad, y el decoro de hombre, y la autoridad de anciano. Pues esto, que no puede hacer el tiempo, hace la eternidad, que cuanta hermosura, gracia y bienes se pudieran tener en millones de millones de siglos, los junta en cada momento, y así añade á cada bien que se allega nueva infinidad. ¡Oh cuán inmensa diferencia hay entre la vida de las criaturas y la del Criador! La vida de las criaturas es cortísima, y esa no la vive de por junto: la vida del Criador es larguísima, y siempre la vive toda entera. La criatura, en cuanto vive, no se puede decir sino que vive un instante: porque la demás vida, ó está pasada ya, ó está por venir: el Criador, al contrario, cada instante que vive, vive una

eternidad; esto es: con la vida, conocimiento, sabiduría, voluntad, amor, gozo y determinaciones que ha de tener en toda la eternidad. No se puede decir que el tiempo que ha vivido Dios hasta aquí ya es pasado; ni se puede decir que lo que ha de vivir aún no ha venido, porque todo lo tiene de por junto: pues todo lo que llamamos nosotros vida pasada y vida futura, toda la vive Dios junta y á la par; y así, todas sus felicidades y gozos los tiene de por junto cada momento: al contrario del hombre, que lo que gozó en los años pasados ya no lo goza de presente, ni lo que ha de gozar después lo goza ahora. Mas Dios, por su eternidad, todo lo tiene siempre, y así no siente mudanza, ni tiene menos un día que otro, ni fué mancebo, ni se hace viejo: por que no pasa día por Él, pasando su eternidad por todos los días, y años y siglos. Porque á la manera que toda la inmensidad divina encierra en cada punto toda la grandeza de Dios, que sin término ni límite se dilata por todas partes, así también encierra en cada momento la eternidad á toda la duración y vida de Dios, de suerte que cada instante la posea toda. Porque así como la inmensidad se há con un punto de lugar, así la eternidad se há con un punto de tiempo. Por lo cual pide la eternidad que todo pensamiento, toda aprensión, todo consejo, toda deliberación, todo juicio, toda voluntad, todo decreto, todo amor, todo gozo, toda felicidad, todo complacimento, finalmente, todos los actos de entendimiento y voluntad que pudieran caber en Dios por tiempo infinito, hayan estado en Él, y estén, y estarán en cada momento: bien al contrario de la criatura, que para tener unos actos, cesa otros; mas esta mengua no permite la grandeza de la eternidad, que junta todo y en un instante pone cuanto cabe en tiempo infinito.

Esto es una gloria incomparable del Sér infinito, si se

hace concepto dello, porque verdaderamente muestra la infinita capacidad de Dios. Porque si hubiese de tener de nuevo los actos de las cosas referidas, ¿cuántos fuera necesario que tuviese por tiempo infinito? Por cierto serían necesarios fuesen muchas veces infinitos, sin número ni tasa, pues con la eternidad los tiene todos á una, y comprende todos juntos desde que fué Dios, que es sin principio ni origen: porque ni un punto pudo ser Dios sin que los tuviese todos de un golpe y estuviese hermo-seado con todos ellos. Y quien viese á Dios en cualquier momento, le gozaría tan perfecto, tan sabio, tan providente, tan hermoso como fué cien mil años antes, y será después de otros cien mil: porque siempre está en una perpetua vida, y hermosura, y flor, y plenitud de perfecciones, no pasando día por Él. Por lo cual llama San Pedro *día* á la eternidad, y David la llamó *hoy*, porque no pasa día por ella, no hay en toda su duración mañana ni ayer, pasado ni futuro, sino un perpetuo día, un eterno hoy, teniendo sus bienes todos presentes, y equivaliendo á cuantos días hay, y meses, y años, y siglos, y tiempos, y estándose Dios permanente en ella con toda la flor y gloria de su hermosura, pasan por ella, y corren todos los tiempos y siglos reales, posibles é imaginarios. Admirado desto San Agustín, dice, ¹: «Sumo eres, Señor, y no te mudas, ni en ti se acaba el día de hoy, y con todo eso en ti se pasa, porque en ti son todas las cosas, las cuales no tuvieran modo ni camino de pasar si tú no las contuvieras. Pero porque tus años no faltarán, tus años son el día de hoy. [Cuán muchos días nuestros y de nuestros padres han pasado por tu hoy, y dél recibieron el haber sido, y pasarán aún otros muchos y recibirán sér! Pero tú eres el mismo, y todo lo de mañana y más adelante; todo lo de ayer, y más atrás:

1 August., lib. 1, cap. 6, *Conf.*

hoy lo harás, hoy lo hiciste. ¿Y qué importa si alguno no entiende esto? Gócese diciendo: ¿Qué es esto? Regocójese, y ame, y quiera más hallarte no entendiéndote, que entendiéndote no toparte».

IV

Para que entendamos la infinita capacidad deste hoy de Dios y día de la eternidad, se ha de suponer que así como la infinidad de Dios es fundamento de todas las naturalezas posibles, y equivale y sobrepaja á toda la perfección dellas; y también por la inmensidad es fundamento de todo lugar posible, y equivale y traspasa á toda latitud y longitud imaginable, así también por la eternidad es fundamento de todo el tiempo, y equivale y vence á toda duración posible é imaginable. Porque si no fuera Dios infinito, no hubiera criaturas posibles á quien por su omnipotencia se comunicara; y si no fuera inmenso, no hubiera ni pudiera haber lugar; y si no fuera eterno, no hubiera tiempo, ni le pudiera haber: porque es tan grande Dios, que depende dél, no sólo lo que es, sino lo que no es, y sólo puede ser; no sólo lo existente, sino lo posible é imaginable, y Él sobrepaja sobre todo; y así como su infinidad es más que cuantas naturalezas hay ó puede haber, y su inmensidad es más que cuantos lugares y espacios hay ó se pueden imaginar, así el día de su eternidad es más que cuantos años y tiempos son posibles ó imaginables. De donde se sigue que es la eternidad larguísima sobre toda longitud, y brevisísima sobre toda precisión; porque no es más que un día, un hoy y un momento. Pero este hoy y este momento durará más que cuantos siglos y tiempos son imaginables: y durando tanto, contiene, y para que lo digamos así, repite cada instante y punto el bien de una infinita duración. En lo cual se acrecientan dos incomparables bienes á la infi-

nita Hermosura de Dios, esto es, otras dos como infinitades: porque fuera de ser ella en sí infinita, y tan digna de ser amada, que sólo por gozarla y verla un instante se podrían dar por bien empleados un millón de años de tales penas, como ser ateneado ó estar ardiendo en vivas llamas, por ser ella en sí bien infinito; y cualquier tormento medido por el tiempo, como limitado y finito, desigual á ella por ser eterna, adquiere en su bien nuevo género de infinitad, pues el tiempo y duración da nueva estimación á las cosas, y una duración infinita acrecentará infinitamente la bondad adonde se llegare, sin temor de su menoscabo. Y sobre esto se añade que es tal género de duración, que está toda en cada momento, y como repetida en cada punto, cuanto es en toda su existencia: y como su existencia es infinita, se acrecienta á su bien y gozo, como un nuevo género de infinitad: porque no sólo gozamos de una Hermosura infinita, sino infinitamente, porque ha de ser por infinito tiempo, y por cierta manera, de un infinito modo en cada momento, desde infinito tiempo: ¿qué será gozar de lo infinito de infinitas maneras? Gocémonos, pues, que Dios sea tal, que se pueda gozar deste y de mil modos y maneras, y que nos comunicará su gozo, para que con seguridad gocemos de su Hermosura, y la gocemos tan llena y eternamente. Corrámonos y avergoncémonos que hayamos puesto los ojos ó la afición en cosa de la tierra, y de tan desdichada y miserable hermosura, que pueda perecer y no pueda poseerse y gozarse eternamente.

Amemos sólo al Eterno, y amémosle eternamente, pues su Hermosura no se marchitará, ni su Amabilidad faltará, ni su Omnipotencia desmayará, ni su Voluntad se mudará, que es de premiarnos por toda una eternidad los servicios que en breve tiempo le hiciéremos. Eterna es su Hermosura, para alegrarnos con su vista; eterna es su Amabilidad,

para ocupar todo nuestro corazón; eterna es su Omnipotencia, para hacernos todo bien; eterna es su Voluntad, para querernos y amarnos, porque le amemos siendo tan debido. Eternamente nos amó el Eterno, y es cosa muy justa que sea ya tiempo de amar al que nos amó antes de todo tiempo. Vos me amasteis ¡oh Rey mío! antes que yo fuese, y desde que Vos fuisteis. Toda una eternidad me estuvisteis amando: ¿cómo es esto, que no recompense con el fervor lo que me falta de tiempo, sino que antes, ni de mi amor, ni de mi vida os dé la mitad? ¡Oh, Señor, y cuánto os lo debo, pues tanto há que me amasteis cuanto há que á Vos mismo os amáis! Mucha razón fuera que os amara infinito en tiempo y en intensión. Vuestro amor es eterno, es infinito; y si amor con amor se paga, pues no os amo infinitamente, ni os he podido amar siempre, os quedo á deber infinito, siendo yo tan limitado. No sé, por cierto, cómo á mi amor tan estrecho me atrevo á partírlle para dar parte dél á bien criado. ¿Cómo, Señor, lo que es poco todo entero para Vos, lo podré dividir en tantas piezas? Apartad de mí todo amor de criatura; no os deje de amar, ó ame menos cuanto amare á otra cosa. No agravie á vuestra Hermosura dejando entrar á la parte el amor de las criaturas. Baste, Señor, á mi voluntad lo que es suficiente á la vuestra. Vos os contentáis con Vos mismo, y yo no debo buscar otra cosa que me contente. No tengo que añadir otra bondad para llenar mi corazón: antes, si como tengo una voluntad tuviera cien mil, no os amara bastantemente. ¡Oh gran Dios! pues tan poco puedo amaros, dadme que no pierda nada; pues no os he amado hasta aquí, concededme ya que os ame siempre; dadme que sin comparación ni compañía os ame con un amor singular, no que sea común de dos cosas.

CAPÍTULO XIII

Otra condición de la hermosura, según Sócrates, de no tener mudanza, está en Dios por su inmutabilidad. Trátase deste atributo.

I

Consiguiente es á lo dicho la condición de no mudarse lo hermoso, que, según Sócrates, señalan los platónicos; porque es también grande menoscabo que lo bueno se mude: porque si se muda en el mal, dejará de ser bueno; y si en mejor, no fué del todo bueno, y como se mudó á mejor, puede pasar á peor. Y así corre semejante riesgo el que ama las cosas mudables, que quien ama las precederas. Fuera de que el sujeto que es capaz de mudanza, también lo es de corrupción ó de algún fin. Pues por esto los mismos filósofos que señalaron por condición y señas de la verdadera hermosura que la acompañe la perpetuidad, señalan juntamente la exención de mudanza, de suerte que no sólo excluya de sí la corrupción y muerte, pero también la alteración y variedad. Fuera de los platónicos, otros muchos pusieron esta tacha á la hermosura de la tierra, de mudarse con mucha brevedad. Por lo cual dijo Nemesiano ¹: La hermosura «es un don breve, y no se te alquilará por años». Y Etéocles, viendo á uno muy contento y ufano de su gallardía y buen parecer, le trajo á la memoria esta mala calidad de lo hermoso temporalmente, diciéndole: «¿Cómo no te corras de ensorberbecerte de lo que poco tiempo se te ha prestado?» Séneca ² halló gran mal y fealdad en la hermosura material, porque es capaz de vejez. Y así aconseja que se busque aquello que no se empeora con los días. Más elegantemente dijo San Gregorio Nacian-

1 Olimp., Nemes.

2 Senec., cap. 31.

ceno ¹ que la belleza corporal era un juguete del tiempo y la enfermedad. Es muy menguada esta belleza de los cuerpos, pues la muerte la acaba y la edad la muda. Con su fin se borra, y sin su fin se deslustra, pues con sólo durar se mengua. Por todos lados es mala y aciaga: porque si perece, falta; si permanece, se menoscaba, y siempre la debemos temer por caduca y por peligrosa. Y así dice San Isidoro Pelusiota ²: «Si miras una hermosura corporal, piensa esto: que una flor tan excelente será mañana polvo, y que el fuego tan resplandeciente de hoy, será al día siguiente ceniza. Todo lo que ha de tener fin, y muy breve, aunque parezca hermosísimo y digno de amarse, se debe despreciar, principalmente siendo también ocasión de castigo y tormento».

Mas si volvemos los ojos á la Hermosura divina, carece de toda mudanza, y menoscabo, y riesgo; así como es eterna, es también invariable, por la inmutabilidad de su Sér infinito. De lo cual saca San Gregorio Niseno ³, que sólo Dios es Hermoso. «Desdeñé (dice) todas las cosas que antes reputaba por hermosas. Desde aquí adelante no errará mi juicio en la calificación de lo bueno, para que piense que hay otra cosa buena y hermosa fuera de ti, Dios mío, ni la honra humana, ni la gloria, ni el resplandor del mundo, ni el poderío: porque miradas estas cosas á la luz de los sentidos, están embadurnadas con un tinte de bien. Pero no son lo que nos parecen; porque, ¿cómo será hermoso lo que no tiene consistencia? Porque lo que hay en el mundo glorioso sólo tiene sér por lo que imagina y piensa el vulgo que es tal. Mas tú, Señor, eres verdaderamente Hermoso, y no sólo Hermoso, pero la esencia de la misma Hermosura. Siempre eres tal cual en substancia eres. No floreces en

1 Nazianc., orat. 31. 2 Isid. Pelus., lib. 3, ep. 143. 3 Nissen., in 1 cant.

un tiempo y en otro pierdes la flor, sino que con la eternidad de tu vida amplias y extiendes tu Hermosura y decencia». Todo esto es de San Gregorio Niseno, en que da á entender cuánto crece la Hermosura de Dios, porque no se puede mudar. También la Esposa en los Cantares, dando las señas de la hermosura del Esposo, entre ellas pone ésta de su inmutabilidad y firmeza, significando que se sustentaba sobre unas columnas de mármol, fundadas sobre basas de oro: dando en esto á entender la estimación y grandeza deste atributo, y la firmeza de la inmutabilidad divina.

II

Y ¿adónde y cómo se podía mudar el que es inmenso é infinito, pues no puede mudar lugar quien por ser inmenso está en todo lugar, ni tiene que mudar perfección quien por ser infinito las tiene todas, y ninguna puede perder? Dios es tan perfecto por su misma esencia, que contiene todas las perfecciones posibles é imaginables; y como no puede mudar ni perder su esencia, tampoco puede mudar sus perfecciones ni perderlas. Demás desto, como una de las perfecciones divinas sea su infinita simplicidad, excluye toda composición, y por consiguiente toda mudanza, la cual no puede estar sin que se componga alguna cosa de nuevo, diferente de lo que era antes, recibiendo algún modo, calidad ó forma moderna, y dejando otra antigua. Mas como á Dios no se le pueda añadir nada, ni quitar, no tiene que mudar. Allégase á esto que la mudanza de una cosa supone el haber podido adquirir otra cosa, lo cual es imperfección, porque supone alguna privación de lo que es capaz; mas como la perfección de la naturaleza divina sea sobre toda perfección, es por su esencia acto puro, teniendo, con efecto, y actualmente, cuanto es capaz y se puede pensar de bueno y perfecto, y así excluye la perfección de

poder tener sin haber tenido, porque todo tiene y eternamente tuvo y tendrá cuanto hay bueno y de estima, con toda realidad, verdad y actualidad.

Esta grandeza de Dios admiró el Profeta, cuando dijo ¹: «Tú, Señor, criaste la tierra al principio, y los cielos obras son de tus manos; ellos perecerán, mas tú permanecerás; todos se envejecerán como un vestido, y los mudarás como una cubierta, y se mudarán: pero tú eres el mismo, y tus años no faltarán». Bien significativamente se declaró esta misma inmutabilidad y firmeza de la naturaleza divina sobre todas las demás cosas al Santo Ezequiel ², cuando vió tantos movimientos y revoluciones como cuenta en el principio de sus profecías, y que sobre todo estaba el firmamento, y sobre el firmamento un trono de piedra jaspe, símbolo de la firmeza, en el cual estaba el Señor, constante y firme; habiendo en las cosas que estaban debajo dél infinitas mudanzas y movimientos, porque había un recísimo torbellino y un fuego inquieto que envolvía todo. Por lo cual San Agustín, hablando con Dios, dice ³: «Inmutable estás mudando á todo: nunca eres nuevo, y nunca anciano renovando todo. Obras siempre, y siempre estás quieto. Recoges, y no necesitas, sustentas, é hinchas, y amparas, crías, y alimentas, y perfeccionas. Buscas aunque no te falte nada; amas, y no te consumes; celas, y estás seguro; arrepíenteste, y no te duele: enójaste, y estás pacífico: mudas las obras, y no mudas consejo; recibes lo que hallas, y nunca pierdes; nunca te empobreces, y te gozas con las ganancias; nunca eres avaro, y pides logros; dásete de supererogación para que debas. Pero ¿quién tiene alguna cosa que no sea tuya? Pagas deudas, no debiendo á nadie; perdonas lo que te deben, sin perder nada». Deste modo declara San Agustín la inmunidad y privilegio de la

1 Psal. 101.

2 Ezech., 1.

3 Aug., lib. 1, Conf. c. 4.

naturaleza divina en ser exenta de las variaciones y mudanzas de las demás cosas.

Sin duda que esta prerrogativa es una maravilla estupenda; porque ¿á quién no pasma que cuanta noticia, sabiduría, advertencia, bondad, justicia, misericordia y felicidad podía Dios adquirir por toda una eternidad, todo esto lo tuvo siempre ab eterno y lo tendrá para siempre, porque está en Él tal colmo de bienes, que no hay bien que se le pueda añadir, y tan seguros y firmes, que ninguno le puede faltar? ¿A quién no espanta que todo pensamiento, toda deliberación, todo consejo, toda voluntad, todo amor, todo gozo, que ahora está en Dios, estuvo también desde la eternidad, y estará sin fin eternamente, sin variación alguna, sin disminución ni aumento, porque no puede ser más de lo que es? De manera que ni de la creación del mundo, ni de las alabanzas de los ángeles, ni de los servicios que le hacen los hombres, se le puede acrecentar la más mínima parte de gozo de su bienaventuranza, ni gusto, ni gloria alguna intrínseca. Porque aunque todo el mundo pereciese, y todos los hombres y ángeles estuviesen ardiendo en fuego eterno, no recibiría Dios daño ni incomodidad alguna, sino que fuera igualmente bienaventurado en sí, como si todos le estuvieran alabando en el cielo: porque Él mismo se es suficiente para tener todo gozo y felicidad, sin dependencia de nada. Por esto, hablando de Dios, en el libro de Job ¹, se dice: «Si pecares, ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué harás contra Él? Y si obrares justamente, ¿qué es lo que le darás, ó qué es lo que recibirá de tu mano?» No hay parte de bienaventuranza que pueda perder ni que pueda ganar, porque, fuera de tener en sí cuanto se puede desear de dicha, y gozo, y bondad, y perfección, Él es tan grande, y las cosas criadas

¹ Job, 35.

tan pocas respecto de su infinitad, que no hacen peso alguno: porque así como no perdiera nada la majestad de Augusto César, ó de otro gran Emperador, con sólo que se le perdiese una cinta del zapato, así Dios no perdiera cosa aunque se le perdiesen todas las criaturas, que son, respecto de su inmensa grandeza, menos que una gota de agua. Por lo cual dijo el sabio ¹: «Como un minuto del peso, así es delante de ti la redondez de la tierra, y como una gota de rocío de la mañana que cae en la tierra». Demás desto, como Dios contiene en sí todas las cosas eminentemente, nada puede perder, aunque se pierdan todas: porque aunque en sí perezcan, no perecen para Él en su infinita sabiduría y omnipotencia, porque goza de la bondad de su perfección enteramente, conociéndolas tan bien como si estuviesen en su sér real ya criadas, pudiéndolas criar cada y cuando que quiera.

¡Oh gran Dios! ¡Qué mucho haces en quererte servir de nosotros, pues no nos has menester, y qué poco hacemos nosotros en servirte, pues tanto te hemos menester! Debémoste infinito, y no podemos hacer por ti cosa que te importe. No basta nuestro agradecimiento á tus beneficios, pues debiéndote todo, no podemos darte nada. Tu bondad sola nos sustenta, y esa sola nos crió, no para recibir algo de nosotros, sino para darnos á nosotros mismos. No por necesidad criaste al mundo, sino por pura bondad; por dar y tener á quien dar, quedando siempre en igual bienaventuranza en una misma gloria, y uno mismo, inmutable, eterno y hermoso, que ni te cansaste con la fábrica de todo el mundo, ni te embarazas con su gobierno, ni te alteras con sus mudanzas; siempre eres uno, siempre el mismo, siempre hermosísimo, siempre bienaventurado.

¹ Sap., 11

III

Admiróse San Metodio de la planta Piragno, que es imposible quemarse, porque en medio del fuego está tan florida como si estuviera en agua. También escribe San Basilio ¹ por gran maravilla de la piedra Amianto, que no se puede manchar. ¿Y cuán raro privilegio fuera de una hermosa pintura que ni las tinieblas la obscurecieran, ni el fuego la fustara, ni el agua la humedeciera, ni el polvo la desluciera, ni el carbón la manchara, ni el lodo se le pegara, ni cosa alguna la dañara, sino que siempre estuviese con su hermosura y resplandor? Pues si fuera este prodigio en una hermosura pintada y inuerta, ¿qué será en la Hermosura viva de Dios, que siempre está floreciendo y luciendo, sin mudarla cuantas mudanzas ha habido en las criaturas, que ni con el pecado de los hombres se asustó, ni con sus castigos se entristeció, ni con su justicia se alteró, ni con su compasión se mudó, quedando siempre tan uno y tan hermoso como siempre fué? Y lo que más maravilla: que ni con hacerse hombre pasible y mortal perdió el Sér inmutable, ni menoscabó su Hermosura divina entre tantas penalidades humanas; por lo cual dice San Agustín ²: «Hermoso es el Verbo de Dios en Dios; Hermoso en las entrañas de la Virgen, adonde no perdió la divinidad y recibió humanidad; Hermoso después de nacido, porque aun siendo niño que no sabía hablar, cuando mamaba y era raído en brazos, los cielos hablaron dél, los ángeles dijeron sus alabanzas, la estrella guió á los Magos, y fué adorado en el pesebre. Hermoso es, pues, en el cielo, Hermoso en la tierra, Hermoso en el vientre, Hermoso en las manos de sus Padres, Hermoso en los milagros, Hermoso en

1 Hom. 1, *De jejunio*. 2 D. Agust., *Præfat.* in Ps. 44.

los azotes, Hermoso convidando con la vida, Hermoso menospreciando la muerte, Hermoso dando su alma y Hermoso recibéndola, Hermoso en la cruz, Hermoso en el sepulcro, Hermoso en el cielo, Hermoso en el entendimiento. Por cierto, grande hermosura es la que siempre y donde quiera lo es, y que entre tantas mudanzas no se muda. Estupendo privilegio es éste de la inmutabilidad, que haciéndose Dios hombre mortal, se queda inmortal; y abatido á los pies de unos pescadores, no pierde el sér excelso; y humillado en tierra, permanece altísimo; y atormentado con azotes y espinas, persevera impassible; y atado de pies y manos, es inmenso, que no cabe en el mundo; y cayendo en tierra de flaqueza, no deja de ser omnipotente; y siendo escupido, abofeteado y acardenalado, es hermosísimo; y gobernando el mundo, castigando á los pecadores, premiando los justos, criando las almas, produciendo las formas, moviendo los cielos, mudando los tiempos, es inmutable y uno mismo.

Raro prodigio, que estando Dios tan ocupado que atiende á cuantas criaturas hay, y las sustenta y da sér, no se embaraza con nada, ni se muda en tanta variedad y multitud y mudanzas de obras criadas á que asiste y coopera: al volar de las aves, al nadar de los peces, al andar de los animales, al arrastrar de las sierpes, al correr de las fuentes, al bramar de los mares, al tronar de las nubes, al mover de las estrellas, al discurrir de los hombres, al entender de los ángeles, al estar de la tierra, al ser de los elementos, al menearse una hojita, al morder de un mosquito, al pestañear de una sabandija, desde lo más á lo menos, en las más sublimes obras y las más bajas, está asistiendo sin cuidado y ayudando sin cansancio, y esta ayuda no esforzando ni impeliendo á las criaturas á que obren, sino esperando á que ellas, según su natural, quie-

ran obrar, ó les esté bien obrar, ó sea conforme á las leyes del universo, acomodándose á cada cosa según su esencia y propiedades. Bendita sea tal bondad, bendita tal afabilidad y llaneza de un Dios Omnipotente y Señor absoluto de todo, que no se desdena de acomodarse á cosas tan pequeñas, siendo Él inmensa Majestad. Y si en el gobierno tan vario de la naturaleza material es tan maravillosa la estabilidad de Dios, mucho más admirable es su afabilísima Majestad en el gobierno espiritual de las almas, no sólo ajustándose á la diversidad de espíritus que hay, quedando Él uno mismo, sino acomodándose diversamente á cada alma. Lo cual advierte bien maravillado San Macario ¹: «Dios, dice, se muda en la forma que quiere, por el bien de las almas fieles y dignas dél». ¡Oh inefable bondad del inmutable, que ya es con el afligido consuelo; ya con el necesitado, remedio; ya con el ignorante, aviso; ya con el huérfano, padre; con el desamparado, refugio; con el enfermo, salud; con el pobre, riquezas; con el justo, premio; con el pecador, misericordia; con el solo, compañía; con el humilde, aliento; con el pequeñuelo, grandeza! Tantos oficios muda el que nunca se muda.

No se puede mudar la bondad de nuestro Criador, ni trocar de condición; su infinita sabiduría nunca puede mudarse, ni con ignorancia acabarse, ni con olvido disminuirse, ni con inadvertencia engañarse. Siempre sabrá lo que nos estará bien, y no errará en hacérselo. Su omnipotencia nunca podrá flaquear en nuestra ayuda, ni faltará por poder ejecutar lo que nos importa. La buena voluntad de Dios no puede faltar para querernos bien, ni su sabiduría para acertar á hacérselo, ni su omnipotencia para ejecutarle. Su infinita hermosura, ni puede fenecer, ni puede deslustrarse, ni si se viese puede dejar de amarse, ni dejará

1 San Macario, hom. 4.

de ser, ni se mudará; inmutable es, eterna es, y eternizará á quien le amare.

IV

Procuremos ser constantes en el servicio del Inmutable; no faltemos al propósito de agradar á quien no puede faltar en la promesa de remunerar á los que le sirven. Seamos firmes en cumplir la voluntad de quien es invariable en desear nuestro bien. Oigamos lo que á imitación de la inmutabilidad de Dios nos aconseja Santo Tomás ¹: «Debemos tener gran cuidado con la constancia de nuestra alma, para que no torzamos el camino de la rectitud, ni quebrantados con las cosas adversas, ni acariciados con las prósperas, como lo hizo el bienaventurado Job, el cual dice ²: «La justificación que comencé á tener no la dejaré». También afirma el Apóstol ³: «Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, etc., nos podrán apartar de la caridad de Dios». Pero ¡ay de nosotros, que somos grandemente inconstantes en las santas meditaciones, en los afectos ordenados, en la seguridad de la conciencia, en la recta voluntad! ¡ay, cuán de repente nos mudamos del bien en el mal, de la esperanza en un temor injusto, del gozo en el dolor; y al contrario, del dolor en alegría; del silencio en la parlería; de la madurez en la liviandad; de la caridad en odio ó envidia; del fervor en acedia; de la humildad en vanagloria ó soberbia; de la mansedumbre en enojo; de la alegría y amor espiritual en el carnal! De suerte que no estamos firmes ni un momento en un mismo estado, sino que sólo somos constantes (¡oh gran desdicha!) en la inconstancia, en la deslealtad, en la ingratitud, en las faltas espirituales, en la imperfección, en el perder tiempo, en

1 Opúsc. 62, *De Divinis moribus in principio*, pág. 96.

2 Job, 27. 3 Rom., 8.

las liviandades, en afectos y pensamientos impuros. La inestabilidad exterior de los sentidos y de los miembros da bien á entender la mutabilidad de los afectos y movimientos interiores. Pues procuremos trabajar, que nos hayamos siempre de un mismo modo, y con madurez en un mismo estado, en el andar, y en toda nuestra conversación igualmente». Todo esto es de Santo Tomás, el cual añade después cómo hemos de imitar la inmutabilidad divina en el sosiego del alma y quietud del corazón: «Ninguna turbación, dice, tiene lugar en Dios; pues semejantemente nosotros debemos con todas nuestras fuerzas evitar nuestras turbaciones; porque ó muy poca ó ninguna gracia hace asiento en un alma inquieta. Para remedio desta turbación y desasosiego, nos hemos de ocupar con Dios, y amarle, porque es fuerte el amor como la muerte, el cual obrará en nosotros lo que la muerte. De modo que, viendo lo que hacen nuestros prójimos, no lo veamos; y oyendo malas palabras y contra nosotros, no las oigamos, ni nuestro corazón atienda á esto, sino que seamos como ciegos, y sordos, y mudos, como si no tuviéramos sentido, como dijo David ¹, que dijo se había hecho como sordo y mudo; ocupándonos solamente, con gran fidelidad y fervor, en las cosas de Dios, y á los demás dejándolos en todo á su propia conciencia, ó al juicio de sus superiores, ó á la justicia de Dios. Debemos también evitar, en lo que podamos, la turbación y desasosiego de otros, para que ellos no nos turben, como acontece muchas veces, con lo cual solemos tener algún remordimiento de la conciencia; porque Dios omnipotente, amador de justicia, no dejará sin castigo á todos los que fueren causa de turbaciones, defraudando algo al mundo, ó á los del cielo, ó á los de la tierra, buenos ó malos, ó á los del purgatorio en santas meditaciones, justos deseos,

¹ Psal. 37.

devotas oraciones y otras buenas obras». Esto es deste santo Doctor.

CAPÍTULO XIV

Cómo está en Dios la condición de la Hermosura, de no tener parte fea, sino ser en todo hermosísima.

I

Señalan también los platónicos por condición de una perfecta belleza no tener parte fea, sino ser en todas hermosa, por todos lados apicible, y á cualquier vista agradable. Por lo cual dijo Plotino ¹: «Lo hermoso no se compone, ni consta de cosas feas; y así, no sólo el todo, pero las partes, deben ser hermosas». En esta condición convino también Aristóteles cuando dijo que, si tuviesen los hombres ojos de lince, de manera que su vista penetrara lo más interior y llegara á ver las entrañas, aun el cuerpo hermosísimo de Alcibiades causara horror y pareciera feísimo. Desta sentencia concluye Boecio ² que al parecer bien una hermosura corporal no lo hace la perfección de su naturaleza, sino la imperfección de nuestro sentido y la flaqueza de los ojos humanos. ¿Pues qué, si se adelantara nuestra vista á ver cuál están los ánimos? Viera ser unos monstruos horribles los de muchos rostros, aunque al sentido hermosísimos. Esta consideración solía tener Diógenes ³ cuando veía algunas personas bien dispuestas. Y así, encontrándose con un mancebo de rostro sobremanera hermoso, pero de muy malas costumbres, dijo: «¡Oh, qué buena es la casa! pero malo el huésped»: dando á entender que la fealdad del ánimo vicioso de aquel mancebo afeaba la hermosura de su cuerpo, pues debajo de aquella

¹ Plotino, in mead. 1, lib. 6, cap. 1. ² Boet., lib. 3, *De consol.*, prosa 8. ³ Laert., in Dióg.

corteza hermosa se escondía gran deformidad. Por lo mismo dijo Séneca: «Como una pintura entónces es hermosa cuando en ninguna parte está errada, así también aquella persona será hermosa en la cual no haya mancha de pecado». Porque donde hay un yerro tan grande como la culpa, no puede haber acierto y orden que parezca bien: y donde hay tanta fealdad, no puede parecer cosa hermosa. Esta misma consideración tenía David ¹, cuando dijo que las hijas de los infieles estaban ataviadas como la semejanza de los templos, esto es, como las estatuas de los dioses, que por lo de fuera estaban muy hermosas y ricas, pero en el hueco de sus entrañas eran unos palos toscos, llenos de telarañas; ó como la hermosura de los templos de los egipcios, en lo exterior muy vistosos, pero en lo secreto se adoraba algún fiero cocodrilo, ó culebra, ó lagarto, ó mono, ó algún otro animal más horrible. Y así dice Clemente Alejandrino ²: Las mujeres que andan cargadas de oro, y se crespan el cabello, se afeitan las mejillas, se pintan los ojos, tiñen el pelo, y con falso artificio procuran toda liviandad, adornan el cercado de la carne, á imitación de lo que hacen en los templos los egipcios, para atraer á sí sus desdichados amadores. Pero si uno corriere el velo del templo, no atendiendo al oro, galas y afeite, sé cierto que abominará dellas, porque no hallará en lo interior que habita la imagen de Dios como fuera razón, sino en su lugar una alma ramera y adúltera, que se echará de ver ser una bestia afeitada y una simia embarnizada». Por cierto, grande azar tiene la hermosura del cuerpo, pues sólo tiene hermosa la tez, y no digo al alma, pero ni al cuerpo mismo hace hermoso; sólo disimula su fealdad. Desdichado es quien se paga de una corteza y exterior menos malo, que puede cubrir un interior maldito. Muy men-

¹ Psal. 143. ² Clem. Alex., lib. 3, *Pedag.*, cap. 2.

guadamente es hermoso lo que no lo es en su substancia, sino sólo en la apariencia; lo que encubre mil ascosidades, y puede encubrir mil maldades. Fea hermosura es la corporal, pues está llena de fealdades. Pero ¿cómo esta hermosura humana agrada á tantos más que la divina, donde todo es hermosura y ninguna fealdad, donde la misma substancia es no sólo hermosa, sino la misma hermosura, y la flor de toda lindeza y perfección, donde no hay nada feo, y todo está lleno de hermosuras y perfecciones?

II

Zeuxis, para haber de hacer un retrato muy perfecto de Elena, mandó juntar las doncellas de mayor belleza que se hallaban en la tierra de los Crotoniatas, y copiando de cada una la mejor facción, sacó una imagen muy perfecta y hermosa ¹. ¿Cuál será la Hermosura divina, pues contiene en sí todas las hermosuras y perfecciones criadas? Porque si aquel retrato muerto de Elena fué tan admirable por sólo tener las partes de hermosura de cuatro ó cinco doncellas, ¿cuál será Dios, idea y ejemplar vivo de todas las gracias y hermosuras criadas, visibles é invisibles? ¡Oh cuán infinito abismo de perfecciones! ¡Cuán inmenso piélago de lindezas, cuán vivo espejo de hermosuras es la naturaleza divina, que no tiene nada falto, y tiene todo perfecto y hermoso! Su esencia es hermosa, su entendimiento hermoso, su voluntad hermosa, su sabiduría hermosa, su omnipotencia hermosa, su bondad hermosa, su justicia hermosa, y su hermosura hermosa, y hermosísima, la flor y la nata de todas las hermosuras. Así como Dios está en todo el mundo y cada parte del mundo, así su Hermosura es la perfección de todos sus atributos y cada uno dellos; porque sin atender á su omnipotencia, es hermo-

¹ 2. *De invent.*

so por su sabiduría; y sin respeto á su sabiduría, lo es por su bondad; y sin considerar su bondad, lo es por su justicia; y sin atención á nada desto, lo es por su esencia. Así como hay algunas piedras maravillosas marcadas con alguna insignia ó figura, de tal manera que por mil partes que las partan siempre muestran la misma insignia, así Dios, por cualquier parte que se mire es hermosísimo y muestra su infinita perfección sin menoscabo ni mengua.

Este es un singular privilegio del Sér divino, que sin contrapeso de alguna imperfección tenga todo lo mejor y más perfecto. Al contrario de las criaturas, que no llegan á tener tanto bien que no tengan dél alguna pensión, con alguna menos perfección. Si hay hermosura, hay peligro; si poder, cuidados; si felicidad, envidia; si sabiduría, estudio; si el hombre sabe, cuéstale discurrir; si el ángel entiende, fué en muchos con desvanecimiento; si es invisible, ha de estar en lugar; si está presente en alguno, está lejos de los demás; y así, no hay perfección criada que lo sea en todo totalmente. Sólo Dios tiene todo bien, sin pensión alguna: Él tiene toda perfección, sin menoscabo; toda hermosura, sin defecto; es todopoderoso, sin hacer fuerza; sabio, sin discurso; verídico, sin sospecha; vive, sin haber empezado; está presente á todo, sin estar limitado á lugar; es liberal, sin menoscabo; misericordioso, sin pasión; inmenso, sin lugar; altísimo, sin sitio; eterno, sin tiempo; infinito, sin número; bueno, sin calidad; exp'ayado, sin cuerpo; hermoso, sin figura; cabal, sin composición; perfecto, sin imperfección; y para decir en una palabra cuán hermoso y cabal es en todos sus atributos, es en todos y en cada uno todo cuanto se puede desear. Lo que en esta palabra se dice, no puede caber en concepto humano, que no puede llegar á entender cuánto es lo que se puede desear. Bastábale á Dios para toda dicha la de su bienaventuranza pro-

pia, sin tener necesidad de otra cosa más que de su Sér. Por lo cual, aunque no hubiera mundo, ni ángeles, ni hombres, sin uso ni ejercicio alguno de su omnipotencia, bondad, justicia, liberalidad y providencia, fuera tan bienaventurado como ahora. Y así, si se diera la infinidad de Dios, su sabiduría, inmensidad, eternidad, hermosura, sin los demás atributos, fuera Él para sí bienaventurado y felicísimo; y si no hubiera criado criatura alguna, ni la hubiese de criar, sino que eternamente fuese Dios á solas, cuanto lo que toca á sí, sin omnipotencia podía pasar. Con todo eso, porque el poder era cosa que se pudiera desear, no sólo Dios tiene poder, sino omnipotencia; ni sólo tiene omnipotencia, pero sin necesidad de materia, ni conato, ni tiempo, ni instrumento, antes con cuantas circunstancias de comodidad y bien se podían desear; y lo mismo es en los demás atributos. Tan cabal y hermoso es en todos y en cada uno, que ni en la junta de todos, ni en la perfección de cada uno, puede haber más que desear. Todo es perfecto, todo es amable, todo es hermoso, y todo es hermosuras, y un millón de hermosuras. ¡Oh Señor, y quién tuviera un millón de corazones que daros! ¡Oh, si con todos ellos me diera á Vos un millón de veces y os amara por millones de criaturas! ¡Oh corazón mío! ¿cómo no te multiplicas para amar á esta Hermosura de tan multiplicadas amabilidades cuantas perfecciones tiene? Cualquiera otra cosa de la tierra que amáremos no es digna ni de un solo corazón, pues es menguada y caduca, y tan imperfecta, que, ó puede perecer, ó puede no amar, faltando á la correspondencia debida al amor. Vos sólo, Dios mío, sois perfectísimo sobre toda perfección; Vos, Señor, sois eterno sobre todos los tiempos y siglos; Vos, amador de vuestros amadores. Necio es quien ama á una hermosura muerta, que no puede amar á quien la ama; necio es quien ama á

una belleza mudable, que puede dejar de amar á quien la amó aunque le haya amado; necio es quien ama á una beldad corruptible, que al mejor tiempo le deje burlado. No hay en la tierra cosa que se pueda amar con veras; y busquémoslo sobre la tierra y el Cielo al mismo Criador de Cielo y tierra. Él es todo hermoso, todo perfecto; y á Él debemos todos nuestros corazones, y millones que tuviéramos. Pero ya que no tenemos más que uno, démosle entero á Dios, y sacrificémoselo en agradable holocausto. No es menester para esto degollarnos, no arrancárnosle del pecho; quedándonos con él, le podemos ofrecer á quien nos le dió; porque el corazón y el alma, como dijo San Agustín¹, se ofrece con las santas costumbres, con los pensamientos puros, con obras de provecho, aborreciendo al vicio, amando á Dios, careciendo de falta de pecado, y la fealdad de la culpa, procurando una gran pureza de alma y corazón.

CAPITULO XV

Únicamente está en Dios la condición de la hermosura de ser hermoso por sí misma, sin ornato y necesidad de otra cosa. Trátase de la gran excelencia de Dios, de ser suficiente y bastante á sí mismo.

I

Viene también á Dios muy propia y únicamente otra condición de lo hermoso, celebrada de Sócrates y los platónicos, y es, que la verdadera hermosura de tal manera ha de ser hermosa, que lo sea por sí misma, y no por participación de otra hermosura accidental y postiza, que no puede dar substancia de hermosura, sino apariencia breve. ¿Quién no echa de ver que esta condición á solo Dios

¹ S. August., tom. 10, serm. 3, *De Nat. et de Temp.*, 7.

puede convenir? Pues Él solo de sí mismo es hermoso, y lo es por sí mismo, sin tener necesidad de otra cosa más que de su misma esencia para robar los corazones de los hombres y voluntades de los ángeles, que es una incomparable gloria de la Divinidad de bastarse á sí misma. Por eso, cuando la Esposa alabó al divino Esposo de bello y hermoso, añadió Él la causa de su hermosura, diciendo¹: «Yo soy la flor del campo». Este campo era el que se llamaba *Sarón*, conforme á lo que lee la versión Tigrina: «Yo soy la rosa de Sarón»; é interpreta Vatablo, el campo de abundancia, hartura ó suficiencia: porque bastarse Dios á sí mismo es singular gloria de la divinidad, que por sí misma es hermosa y hermosísima, y cumplimiento de todo bien, sin recibir nada de nadie. La hermosura corporal no se basta á sí misma, y así se procura aumentar, ó con teñir el cabello, ó con pintar las mejillas, ó con blanquear la frente, ó con adornar el vestido; pero esta hermosura compuesta es grande mengua y menoscabo, pues tiene necesidad de tantas cosas para acreditarse, y es ajena. Por esto, como una vez se adornase el rey Creso con preciosísimos vestidos, riquísimas joyas y grande ornato, sentado en un solio real de gran majestad y resplandor, preguntó al prudente Solón si había visto en su vida espectáculo más hermoso. «Sí por cierto, dijo el filósofo; cosas más hermosas he visto, porque he visto á los pavones y otras aves muy vistosas, las cuales son hermosas por su naturaleza, y sin tener necesidad de ornamento ó vestido ajeno, con el vestido que les dió la naturaleza parecen bien». Lo cual es conforme á lo que dijo nuestro Redentor², que ni el rey Salomón, cuando ostentaba su mayor gloria y majestad, se vestía tan hermosamente como una azucena ó lirio; porque la hermosura natural es

¹ Cant. 2. ² Luc., 2, 27.

una belleza mudable, que puede dejar de amar á quien la amó aunque le haya amado; necio es quien ama á una beldad corruptible, que al mejor tiempo le deje burlado. No hay en la tierra cosa que se pueda amar con veras; y busquémoslo sobre la tierra y el Cielo al mismo Criador de Cielo y tierra. Él es todo hermoso, todo perfecto; y á Él debemos todos nuestros corazones, y millones que tuviéramos. Pero ya que no tenemos más que uno, démosle entero á Dios, y sacrificémoselo en agradable holocausto. No es menester para esto degollarnos, no arrancárnosle del pecho; quedándonos con él, le podemos ofrecer á quien nos le dió; porque el corazón y el alma, como dijo San Agustín¹, se ofrece con las santas costumbres, con los pensamientos puros, con obras de provecho, aborreciendo al vicio, amando á Dios, careciendo de falta de pecado, y la fealdad de la culpa, procurando una gran pureza de alma y corazón.

CAPITULO XV

Únicamente está en Dios la condición de la hermosura de ser hermoso por sí misma, sin ornato y necesidad de otra cosa. Trátase de la gran excelencia de Dios, de ser suficiente y bastante á sí mismo.

I

Viene también á Dios muy propia y únicamente otra condición de lo hermoso, celebrada de Sócrates y los platónicos, y es, que la verdadera hermosura de tal manera ha de ser hermosa, que lo sea por sí misma, y no por participación de otra hermosura accidental y postiza, que no puede dar substancia de hermosura, sino apariencia breve. ¿Quién no echa de ver que esta condición á solo Dios

¹ S. August., tom. 10, serm. 3, *De Nat. et de Temp.*, 7.

puede convenir? Pues Él solo de sí mismo es hermoso, y lo es por sí mismo, sin tener necesidad de otra cosa más que de su misma esencia para robar los corazones de los hombres y voluntades de los ángeles, que es una incomparable gloria de la Divinidad de bastarse á sí misma. Por eso, cuando la Esposa alabó al divino Esposo de bello y hermoso, añadió Él la causa de su hermosura, diciendo¹: «Yo soy la flor del campo». Este campo era el que se llamaba *Sarón*, conforme á lo que lee la versión Tigrina: «Yo soy la rosa de Sarón»; é interpreta Vatablo, el campo de abundancia, hartura ó suficiencia: porque bastarse Dios á sí mismo es singular gloria de la divinidad, que por sí misma es hermosa y hermosísima, y cumplimiento de todo bien, sin recibir nada de nadie. La hermosura corporal no se basta á sí misma, y así se procura aumentar, ó con teñir el cabello, ó con pintar las mejillas, ó con blanquear la frente, ó con adornar el vestido; pero esta hermosura compuesta es grande mengua y menoscabo, pues tiene necesidad de tantas cosas para acreditarse, y es ajena. Por esto, como una vez se adornase el rey Creso con preciosísimos vestidos, riquísimas joyas y grande ornato, sentado en un solio real de gran majestad y resplandor, preguntó al prudente Solón si había visto en su vida espectáculo más hermoso. «Sí por cierto, dijo el filósofo, cosas más hermosas he visto, porque he visto á los pavones y otras aves muy vistosas, las cuales son hermosas por su naturaleza, y sin tener necesidad de ornamento ó vestido ajeno, con el vestido que les dió la naturaleza parecen bien». Lo cual es conforme á lo que dijo nuestro Redentor², que ni el rey Salomón, cuando ostentaba su mayor gloria y majestad, se vestía tan hermosamente como una azucena ó lirio; porque la hermosura natural es

¹ Cant. 2. ² Luc., 2, 27.

mejor que la que afecta el artificio, y en Dios es su hermosura, no sólo natural, sino esencial, bien diferente de las demás hermosuras criadas, que, aunque sean naturales, no son esenciales á las cosas. Y la hermosura de la azucena entre las plantas, y la del pavón entre las aves, aunque la tengan naturalmente, y por esto exceda á la hermosura artificial, no la poseen por su esencia; y así al uno se le pueden caer las hojas, y al otro arrancársele las plumas. Por lo cual sintieron algunos filósofos que aun la hermosura natural de las criaturas era menguada, pues no era esencial, y por eso la llamaban ajena; porque ya que no necesitaba de cosas ajenas, necesitaba de algunos accidentes, que son fuera de la esencia y substancia de las cosas, y por eso también se podía llamar ajena la hermosura que dellos resultaba. Lo cierto es que fué celebrada aquella sentencia de Bión¹, cuando á la hermosura del cuerpo llamó dádiva ó bien ajeno, dando á entender que no sólo era cosa que dependía de accidentes, sino que estaba fuera del ánimo, que es la más hermosa parte del hombre, y de la cual se debe preciar más, y en donde tiene más jurisdicción, pues los bienes del cuerpo no están en manos de uno, y los del alma sí. Pero aun considerando la hermosura del alma y del espíritu, que es la más hermosa de las naturales, es muy corta y menguada; porque no es por su esencia, sino que la adornan facultades, potencias y calidades distintas. Y así un espíritu para tener toda su hermosura, no le basta su substancia sola, si no la acompañan también el entendimiento y voluntad, con otros buenos hábitos y actos destas potencias; y para que sea cabalmente hermoso, es menester que sobrevenga la gracia, la cual es tan ajena de la naturaleza, que en ninguna manera la es debida. Sólo Dios, por sólo

1 Apud Laert., lib. 4, c. 7.

su naturaleza, y substancia, y esencia, es hermoso, de suerte que su divina Hermosura le es, no sólo natural, sino substancial, y no sólo substancial sino esencial, sin tener necesidad de otro ornato, ni de accidente, ó potencia, ó calidad alguna, porque en su misma esencia es sufficientísima y sobreabundantemente hermoso, y grande, y perfecto.

II

Por eso en el hebreo se llama Dios tantas veces *Saddai*, que quiere decir el suficiente, el que se basta; porque tan hermoso, tan omnipotente, tan glorioso, tan bienaventurado estuvo en sí mismo antes de criar el mundo, como ahora lo es, sin tener necesidad de nada. Pues como dice San Pedro Damiano¹: «No ha menester á criatura, pero toda criatura le ha menester á Él; porque antes que criase los ángeles, antes que hubiese tiempo, poseía llenas y perfectas las riquezas de su inmortalidad y gloria. Y así, para criar lo que no era, no le forzó alguna necesidad, ó porque estuviese solo, ó porque fuese pobre: solamente le provocó á ello la bondad de su propia clemencia. Ni para su bienaventuranza pudo ayudar algo la creación de las cosas, pues está en sí tan lleno y perfecto, que ni estando las criaturas se le llega alguna cosa, ni pereciendo todas le falta». Pues no habiendo nada, tenía en sí todo; porque es tan suficiente por sí mismo, que ni para estar ha menester lugar; ni para durar, tiempo; ni para ser, causa; ni para vivir, movimiento; ni para entender, operación; ni para ver, luz; ni para querer, pasión; ni para ser bienaventurado, ventura, ni para tener todo, cielos ni mundo. Él se era y es todo, y vale por mil mundos. Por eso dice Tertuliano²: «Antes que fuesen todas las cosas era Dios, y Él

1 B. Pedro Damiano, tom. 3, opusc. 36, *De Omnipot. div.*

2 Tert., contra Prax., cap. 5.

solo asimismo era mundo, y lugar, y todas las cosas». De la misma manera Minucio Félix dijo¹: «Antes del mundo Dios se valía á sí mismo por el mundo». Al fin era Dios, que vale más que por millones de mundos. También San Agustín, para significar con más exageración cuánto tenía Dios cuando no había nada, dice²: «En sí habitaba Dios, consigo habitaba, para consigo es Dios». Con lo cual da á entender todo lo que se puede entender de grande y sumo.

¿Qué tenía Dios antes de los tiempos, antes de los siglos, antes de las criaturas visibles é invisibles, antes de todo lo que ahora es? Tenía el Sér todo, tenía su omnipotencia, tenía su majestad, tenía su sabiduría, tenía su inmensidad, tenía su bienaventuranza, tenía su hermosura, tenía en sí más que mil mundos, tenía bastarse á sí mismo, tenía no tener necesidad de nadie, tenía no haber menester bien alguno, tenía el ser Dios, con que se dice todo. Por esto reconoce el Profeta á Dios por Dios, porque no tenía necesidad de cosa, y así canta³: «Mi Dios sois vos, porque no tenéis necesidad de mis bienes». Lo cual tampoco pudo negar Plotino, y así, confesando esta grandeza, dice⁴: «De ninguna suerte tiene Dios necesidad, antes es sufficientísimo de todas las cosas, y sumamente contento consigo mismo». En la misma conformidad dijo Jamblico⁵: «Dios consigo mismo llena todas las cosas, es todas las cosas, puede todas las cosas». En estas breves palabras señala tres causas desta suficiencia y abundancia divina. La una, por su omnipotencia, porque á quien puede todo, nada le puede faltar. La otra, por la infinitad de su esencia: porque si es Él todas las cosas, ¿de qué cosa

1 Minut. Felix in Octavio. 2 August., in Ps. 122: *Qui habitas in caelo*. 3 Ps. 15, 2. 4 Plot., in 6, lib. 9, cap. 6. 5 Jamblich., *De Myst.*

puede tener necesidad, pues aunque no tuviera omnipotencia, fuera sufficientísimo? Porque, ¿qué cosa podía faltar, aunque no pudiese nada, si tenía todo? Y, al contrario, ¿qué cosa podía pedir á otro, si aunque no tuviese nada, podía todo? La tercera, por la plenitud de su Sér: porque si sobra para hartar y llenar las demás cosas, ¿cómo podría estar en sí vacío?

Cuán grande cosa sea esta gloria de bastarse á sí mismo Dios, se podrá echar de ver por lo que á un hombre miserable no le basta. Y así, el llegar un Dios inmenso á bastarse á sí, comprende una infinitad de perfecciones, y bienes y felicidades. Veamos, pues, que es lo que al hombre no le basta. ¿Quién podrá determinar esto, pues no le basta aun el cumplimiento de sus deseos? Ser Señor del mundo no le es felicidad bastante; y así Alejandro, después de haber sujetado la mayor parte del mundo, lloró porque no había otros muchos mundos de que fuese señor; y si los hubiera y fuera señor de'los, no le bastaran y quisiera ser señor de más. No tiene término nuestro apetito; pues si tantos mundos no le bastan á un hombre, ¿cuán gran cosa es en Dios ser suficiente y bastarse á sí mismo, y esto por una eternidad, sin tener deseo, para su perfecta bienaventuranza, de otra cosa! Porque la vista de su natural hermosura le basta para poseer toda felicidad y contento, y no tener apetito de otra cosa por infinitos años, y siglos y eternidades, sin enfadarse jamás de tan hermosa vista.

¡Oh codicia del apetito humano, qué errada que andas en buscar otra cosa fuera de la Hermosura divina, que si se basta Dios á sí, claro está que te bastará á tí! No ames otra hermosura, no desees otro gozo, ni codicies otras riquezas. Bien dijo San Luis Tolosano¹: «Mis riquezas Cristo

1 Ex memb. vetus. in Bibliot. Frat. Minor. Lovanii.

son; fáltenme las demás. Toda la abundancia que no es mi Dios, para mí es pobreza y penuria». Dios, sin más ornato ni otra bondad que su mismo Sér, es suficiente posesión de su bienaventuranza. Bástete á ti también Dios desnudo y solo. Por sí mismo debes amar á este sumo Bien, pues por sí mismo es todo bien. Aunque no te dé otros bienes del mundo, bástete el que es mayor bien del cielo. Sin riquezas, sin salud, sin fuerzas, sin honra, te puede sobrar Dios, y todo lo demás no te podrá bastar. Yerra el apetito humano en querer ser como Dios, tan bienaventurado que no le falte nada, buscando riquezas, ornato y honras, pues nada desto le puede bastar, y Dios se basta á sí sin nada dello. Por esto dijo Séneca¹: «No hace el dinero á uno que sea igual á Dios, porque Dios no tiene nada. No lo hace tampoco el vestido, porque Dios desnudo está. No la fama, ni la ostentación, ni el ser conocido de los pueblos, porque á Dios nadie le conoce, y muchos sin castigo no han sentido bien dél. No lo hará tampoco la multitud de esclavos que lleven á uno en silla ó litera por las calles de la ciudad ó por los caminos, porque aquel Dios máximo y poderosísimo antes lleva y sustenta todas las cosas». ¿Pues qué es lo que nos hará semejantes á Dios? Dice el mismo filósofo² «que se ha de buscar aquello que no se pueda desear cosa mejor». Pero esto ¿qué es ni puede ser sino Dios? El amor de Dios sólo sosegará nuestro corazón, su hermosura satisfará á nuestros deseos. Aquél será más semejante á Dios, que menos hubiere menester, que tuviere menos de artificio, cuyo apetito se contenta con lo que está contenta la naturaleza, el que no quiere más de lo que tiene, y el que no aborreciere lo que tiene, cuando no es la culpa. No hay tales riquezas, como no querer nada; no hay tal inmunidad, como la paciencia.

1 Séneca, epist. 31. 2 Idem.

III

No solamente se basta Dios á sí mismo por la posesión de todos los bienes que goza, sino también por la exención que tiene de todos los males, y seguridad de su Sér, y bienaventuranza que posee; porque como no tiene su Sér da lo de nadie, antes le tiene todo de sí mismo, y en sí mismo, y por sí mismo, y Él es el mismo Sér, y el que da á todas las cosas el sér, y no sólo el sér, sino el vivir, el obrar y el respirar, todo depende dél, y Él de nadie, ni á nadie ha menester, ni nadie le puede dar nada. Esta es una grandeza, sin duda, de suma gloria y gozo para Dios, verse tan independiente, que ni todos los bienes, ni males que pueden acaecer, ningunos le pueden tocar, sino que todos dan mil leguas de su esencia: todos suceden (para lo que toca á Dios) como si pasara en otro mundo, digámoslo así. Gran gloria de la divinidad, que nadie le puede hacer bien ni mal: y así, aunque todos los demonios, todo el infierno, todos los hombres, todas las criaturas, é infinitos infiernos posibles, todos se conjurasen contra Dios, y aunque todas las criaturas dijesen dél millones de blasfemias, y le levantasen feísimos testimonios, y le procurasen por todos caminos deshonorar, nada le empecaría ni con nada quedaría desacreditada su honra, ni su majestad venerabilísima menoscabada de como se es en sí mismo. Nadie le puede hacer ningún bien, ó dar algo que ya no lo tenga: y si no, quien le hubiere dado algo, véngalo á decir, y se le satisfará, porque, como dice San Pablo: «¿quién le dió alguna cosa primero y pagársele há?» Y así, aunque todos los hombres, todas las criaturas visibles y todos los nueve coros de los ángeles, le diesen todo el sér que tienen, todas sus perfecciones, y se desnudasen de hecho dellas, no le daban nada;

y aunque le diesen todo el oro, perlas y riquezas del mar y de la tierra, nada desto le añadían á lo que Él tiene; y aunque todas las criaturas se echasen á pensar qué beneficios le harían, qué servicios, qué regalos, y todas juntas se derritiesen y deshiciesen de pura ansia y diligencias para añadirle algún bien ó darle algo, no hallarían cosa en que poder hacerlo, ni cosa que hubiese menester, ni modo, ni manera como darle alguna comodidad á aquel divino Sér; porque todo cuanto ellos pudieran pensar de honra, gloria, riquezas, hermosura, vida, grandeza, etc., todo esto, é infinitos más bienes (que ellos no pueden alcanzar), todo eso se lo tiene Él independiente de todo. Este es un bien en que se encierran todos, soberanísimo por cierto, que es el verse un sér y naturaleza perfectísima, tan independiente de las cosas, que ni males, ni bienes, ni penas, ni glorias, ni malos sucesos, ni buenos, ni el acabarse el mundo, ni el aniquilarse los cielos, ni perecer todo lo criado, nada desto le quita ni le pone un ápice en su Sér y felicidad esencial; de manera que, aunque todos los hombres y ángeles se condenaran y aniquilaran, nada desto le podía á Dios entristecer; y aunque todos ellos fuesen bienaventurados y tan perfectos como el más alto serafín, nada deso le añadía un punto de gozo ó aumento esencial al bien que goza en sí mismo, substancial y esencialmente.

¡Oh inmenso Señor y soberana Majestad! gózome de tu grandeza, regocíjome de tan noble y señeril independencia, que de todo tienes: y gózome que dependo de un Señor tan absoluto y tan Señor en sí, que ni por temor de superior, ni por necesidad del inferior se moverá de su rectitud y justicia. Gózome que cuanto hicieres por mí lo haces por amor, y no por interés: porque desta absoluta independencia de Dios se echa de ver claramente su inmensa bondad y misericordia, y el infinito amor que nos tiene; pues sien-

do así que, aunque todos nos condenáramos, á Él no le quitaba ni le ponía nada en su gloria, en su bienaventuranza y en su felicidad intrínseca y esencial, y que igualmente quedará glorificado en el Sér que tiene, así con la condenación como con la salvación de todos: con todo eso es tanta su bondad para con nosotros, que desea con infinito amor que todos los hombres se salven, y ha hecho diligencias y las hace cada día infinitas para ello. Para esto nos crió, para esto encarnó, para esto derramó su sangre, para esto murió, para esto se nos dejó en el Santísimo Sacramento, para esto nos ayuda con su gracia, con tantas inspiraciones y avisos como cada día envía en los corazones de los hombres, porque procuren su salvación, y los aguarda y sufre tantos años tan enormes pecados y maldades como hay en el mundo; que si su deseo no fuera de que se salvaran todos, al punto que peca uno tenía justísima razón para que fuese llevado al infierno. ¡Bendito seáis, Señor, que sin importaros nada los hombres, hacéis y habéis hecho tanto por ellos, como si totalmente os importara el ser Dios! ¿No sois aquel gran Sér que os bastáis á Vos mismo, que no tenéis necesidad de nada? ¿Cómo os empeñasteis tanto por el hombre vil, que os humillasteis y moristeis por él? ¿Por ventura echárades menos algo si se perdiese el hombre? Por cierto ninguna cosa; pero vuestra bondad es tanta, que no sólo os sobra, sino que redunda para hacer tanto bien, aun para aquel que no os importa y os lo agradece tan mal.

CAPÍTULO XVI

Cómo está en Dios el resplandor y claridad que se requiere para lo hermoso. Tráase de cómo es luz y resplandece Dios en las criaturas.

I

Otra calidad de la hermosura señalan muchos filósofos en un cierto género de gracia y resplandor que acompaña á la proporción de partes, y las demás propiedades de lo hermoso, con que se hace más apacible y agradable. Los latinos la llaman *nitor*; mas en romance no hallo tan acomodado vocablo que lo declare, si no es llamándole *lustre*, ó dándole el nombre de *claridad*, con que algunos la llaman, para hacerla común á la hermosura que se halla en los dos sentidos capaces della, según Platón, que son la vista y el oído: porque es particular gracia de la música que tenga voces claras, como también de los colores que tengan lustre, resplandor y claridad. Por esta causa se explica esta gracia de lo hermoso, diciendo: «Echa rayos de hermosura», porque parece hiere como un rayo á los ojos, y que así como la luz del sol echa rayos de sí, también arroja lo hermoso á la vista cierto resplandor y claridad. Y sin duda la claridad hermosea y agracia mucho, pues el sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y luz; ni un diamante parece bien por otra causa sino por su resplandor, ni el rubí y carbunco se estiman sino por su lucimiento. Y así, generalmente, los que con artificio de ornato quieren ayudar su hermosura, es con cosas de lustre y resplandor. Para esto las cadenas de oro, que es el metal más reluciente; para esto las rosas de rubíes, los apretadores de diamantes, las gargantillas de margaritas, las cruces de esmeraldas, todas

cosas de resplandor y lucimiento, contrahaciendo lo mejor que pueden la hermosura de la luz que por sí es hermosísima; y así no podía faltar en Dios esta hermosura, no por artificio de adorno, sino por propiedad de su naturaleza. Veamos, pues, cómo está en Dios esta condición, porque á las demás propiedades y causas por las cuales es infinitamente Hermoso, se llega ser Él una luz inaccesible y de infinita claridad y agrado. Y así, hablando San Agustín con Dios, le dice ¹: «Vos, Señor, sois luz; Vos sois la luz de los hijos de luz; vos sois día que no sabéis de occidente». San Anselmo le llama Fuente de luz y Sol de eterna claridad ². Más significativamente Santa Gertrudis, regalándose con la Hermosura divina, dice ³. «¡Oh eterno Solsticio y hermoso medio día!» Esto mismo confesó Aristóteles ⁴ llamando luz á Dios. Lo mismo afirma de otros filósofos San Agustín ⁵: «Los platónicos dicen que es bienaventurado el hombre que goza de Dios, no como el alma que goza del cuerpo ó de sí misma, ni como un amigo de otro amigo, sino como los ojos gozan de la luz». Hermes Trismegisto ⁶ refiere en el principio de su *Pimandro* una revelación que tuvo de Dios, que se le apareció en forma de luz, y le causó una vista admirable. «Veía (dice) un inmenso espectáculo, esto es, parecíame que todas las cosas se habían convertido en luz, la cual vista era sumamente suave y gustosa, y con un modo maravilloso me estaba, mientras la miraba, deleitando». Y no hay duda sino que sería este un teatro admirable si viésemos trasformarse en luces todas las cosas, las aves, los animales, los árboles, las yerbas, las piedras, los elementos; pues en Dios todas

1 August., in *Solil.*, cap. 17.2 Ansel., *De salut. animæ.*3 S. Gertr., apud Blos. in *Monili spirit.*, cap. 14.4 Arist., in *Theolog. Ægip.*, libr. II, cap. 4.5 August., lib. *De civit.*6 Trismegit., in *Pimand.*

estas cosas, esto es, todas las perfecciones dellas, están esmaltadas de luz, ó, por mejor decir, son luz; porque su Sér divino es una luz inmensa que se extiende por espacios infinitos, comprendiendo en sí con particular gracia y hermosura cuantas hermosuras y lindezas hay. Por otra revelación mostró el Señor á su sierva Santa Gertrudis ¹ que era tan incomprendible la luz de su divinidad, que aunque cada uno de los Santos, desde Adán hasta el último de todos, tuviesen el mayor conocimiento é ilustración que alguno ha tenido; aunque fuera mil veces mayor el número de los Santos, con todo eso sobrepusiera á todo entendimiento la luz de la Divinidad. Lo mismo tenemos revelado á San Juan, el cual dice ²: «Esta es la declaración que hemos oído de Dios, que Dios es luz, y no hay en Él tinieblas algunas». En significación de lo mismo se le mostró el Señor en el *Apocalipsis* ³, rodeado de muchas luces, y teniendo el sol por rostro, para dar á entender la Hermosura de la luz divina, que toda es luz y más luz, sin mezcla de sombra alguna. Por lo cual con grande énfasis el teólogo Nacianceno dice ⁴: «Era el Padre la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Era el Hijo la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Era el Espíritu consolador la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Era, y era, y era; pero una cosa era luz, y luz, y luz; pero una Luz y un Dios». Está por cierto que es luz digna de admirar, y desear, y gozar. Y si al Santo Tobías ⁵ le era materia de grande sentimiento no poder gozar de la luz material del sol, ¿cómo puede estar contento el que carece de la luz espiritual de Dios? «¿Qué gozo (dice) tendré, que estoy en tinieblas y no veo la luz del

1 Gertrud., apud Blos., cap. 14. Monilis, pág. 107. 2 I Joan., I.
3 Apocal., I. 4 Naz., orat. 31. 5 Tob., 5.

cielo?» ¿Qué gusto puede tener quien está privado del mismo Señor del cielo, que es verdadera luz, y le pospone á las cosas de la tierra, tan llenas de engaño y peligro, y que son sombras de muerte? ¿Qué genero de prodigio es lo que se dice por San Juan ¹: «La luz vino al mundo, y amaron más los hombres las tinieblas que la luz». ¡Oh soberano Señor! ¡Oh Sol de justicia! No permitáis que me ciegue tanto que tenga á las tinieblas por luz, que estime á lo criado y no al Criador; sino que ande delante de Vos en verdad y luz, sirviéndoos y agradándoos en todo, vistiéndome, como dice el Apóstol, armas de luz con santidad en las obras, pureza en el corazón, desengaño en el entendimiento y luz en mi alma. Dadme que conozca la diferencia que hay de vos á las criaturas, por la que hay de la luz á las tinieblas, del día á la noche, del sol á la lóbreguez y oscuridad: porque respecto de vuestro resplandor y claridad, el sol es como un borrón de tinta, lóbrego todo y oscuro. ¡Oh cuán digno sois por tan inmensa luz de ser servido, adorado y admirado! Porque si á muchas gentes la claridad del sol causó tanta admiración que le adoraron por Dios, ¿cuán digna de admiración y de veneración será la luz inaccesible del Criador? ¿cuán precioso su resplandor?

II

Verdaderamente, si consideramos las admirables calidades y excelencias de la luz material, son todas unas sombras de la luz sobrenatural é inmensa de Dios. La luz es el ornato y gala del mundo, y la hermosura de la misma hermosura, porque sin luz nada fuera hermoso; es el lustre de los colores, el alma de todo lo visible, la gloria y belleza de los astros, y el vigor de todo este universo, su-

1 Joan., 3, 19.

jeto á generaciones, y la primera cosa de todas las cosas criadas en los elementos. La luz contiene eminentemente las demás calidades inferiores en cuanto es causa dellas: ella gobierna al mundo y le fomenta con su calor vital. La luz no tiene contrario, sino el no ser de las tinieblas. La luz fertiliza la naturaleza, y hasta en las entrañas de la tierra se siente su eficacia, aunque no se ve su presencia. La luz no es escasa ni tarda en dar; en un momento se comunica cuanto puede. Todo esto es un rayo ó sombra de Dios, luz inmensa, del cual depende el sér y hermosura de todas las cosas, y sin Dios no hay nada hermoso: El es el que da sér á todo, más que la misma alma de las cosas; El es la gloria y lo bueno de todo, y la flor de todo lo perfecto, la primera de todas las esencias, y el fundamento y causa de todo, que encierra en sí con toda eminencia las perfecciones de todas, que no tiene contrario que á su omnipotencia se oponga; cuya eficacia en todo el mundo se siente, pues le conserva y da sér; pero es invisible su naturaleza y oculta su presencia. Su liberalidad es tan grande, que se da todo; tan fácil, que ni á los deseos de recibir suele aguardar para conceder; porque, como bien dijo San Cipriano ¹, «el dar de Dios es muy fácil: así como el sol echa sus rayos de gana, el día alumbra, la fuente riega, la nube rocía, así el Espíritu celestial se infunde». ¡Oh soberana Luz! entra en mi alma y comunícala tu gracia. Bendito seáis, Señor, que tan liberalmente os queréis comunicar á quien tan desagradecido os ha sido, que, cerrándoos tantas veces la puerta, os entráis con todo eso en los corazones de los hombres, y por más duros que sean los ablandáis y deshacéis. La luz, aunque sea la del fuego, no derrite las piedras, sino la cera blanda; pero la eficacia de vuestra divina luz llega á enternecer los corazones

¹ Ciprian., ep. 2.

nes más empedernidos que una peña, y á derretirlos en vuestro amor. Concededme esta gracia en mí, y dadme que me deshaga todo por servirlos y amarlos. Quisiera, Señor, deshacerme en más partes que son los átomos del sol, las arenas del mar, las hojas de los árboles, las estrellas del cielo, y en cada una tener el amor que os tienen los serafines que más participan de vuestra soberana luz.

Es gran argumento en Dios, de su infinita luz y hermosura, la claridad y resplandor que de su perfección derrama en las criaturas. Por lo cual dijeron los platónicos que la hermosura de las cosas criadas era sólo un resplandor del rostro divino, cuyos rayos son tan claros, que aun estando Dios escondido, se echan de ver por la sombra de las criaturas, por la cual se puede rastrear algo de su divina perfección: porque ¿cómo puede dejar de ser muy hermoso quien hizo todo este universo, tan lleno de hermosuras y naturalezas tan perfectas? La costumbre hace que no nos admiremos más deste mundo; pero si uno entrara en él de repente con perfecto juicio, que no lo hubiera visto antes, creo que quedara pasmado de su composición y ornato, admirando en los cielos las bóvedas de cristal tan transparentes, y cuajadas de tan lucientes diamantes de estrellas, con aquellas dos grandes antorchas del sol y luna, sin ser menester jamás cesar de hablarlas ni cebarlas. ¡Cuánta hermosura hallara en las aves tan pintadas y otros animales tan bien formados! ¡Qué amenidad en los prados, con tanta variedad de flores y rosas! ¡Qué orden en los cielos! ¡Qué proporción en los elementos! ¡Qué disposición tan admirable en toda la naturaleza! ¡Qué hermosura en todo el universo! Todo esto es una vislumbre de la Hermosura divina, y un destello del inmenso piélago de sus divinas perfecciones, y una sombra de la infinita claridad y sol de justicia que da sér y vivifica todas las

cosas, y contiene con eminencia la flor y perfección de todas. Lo cual considerando un doctor contemplativo, dice: ¡Oh cuán digno es Dios de ser amado y deseado! Él mismo es luz, hermosura, paz, suavidad, dulzura y bondad del todo inmensa, invariable y eterna. Mucho nos admiramos, y con razón por cierto, del resplandor del sol, de la claridad de la luna y estrellas, de la composición de los cielos, del orden de los elementos, de la multitud de los animales, de la variedad de los colores, del regalo de los huertos y jardines, de la lindeza de las flores, de la frescura de las yerbas y hojas, del lustre del oro, de la excelencia de las piedras preciosas y perlas, de la armonía de los cuerpos, de la forma y gracia de los rostros de los hombres; pero si viésemos la hermosura inefable de las criaturas invisibles, conviene á saber, de aquellos espíritus soberanos y almas bienaventuradas, de sola admiración desfalleciéramos. ¿Cuánto, pues, nos debemos admirar, y amar la incomprendible Hermosura de Dios? Porque las hermosuras de las cosas criadas, realmente no son otra cosa sino unos muy pequeños arroyuelos, que como de fuente original proceden de aquella Hermosura infinita. También nos admiramos de los cantos de las aves y de las voces suaves de la lira y cítara, de la extremada dulzura que puso Dios en la miel, en las frutas, en algunas matas, flores y yerbas, y especies aromáticas; pero el mismo Dios, de donde mana toda esa dulzura, es sin comparación, é infinitamente, más agradable y más suave. La melodía, el olor y sabor están en Dios de cierta manera, que no hay quien pueda explicarla, con un sér sobre todo sér, muy verdadero y muy perfecto. Es cosa cierta que todo lo que se halla en las criaturas repartido y limitado, de dulzura, de excelencia, de amor y perfección, todo se halla junto y recogido en Dios simplicísimamente, y con un cumplimiento infinito.

Esta luz visible y esta claridad del sol, comparada con la divina luz, es oscuridad y tinieblas; y así San Juan dice en el *Apocalipsis*¹ que aquella soberana Ciudad no tiene necesidad de sol, porque es alumbrada con la claridad de Dios. Allí hay un solo y perpetuo día, sin que jamás le suceda noche ninguna. Demás desto, toda la hermosura de las cosas criadas, comparada con la hermosura no criada, se puede llamar fealdad. Así también la dulzura y suavidad de la criatura es como amargura y ajenjos respecto de la suavidad del Criador. De la misma suerte, toda la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia y perfección deste siglo, es nada en comparación de la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia y perfección de Dios. También todos los gozos y deleites que se reciben en este mundo, en comparación de los gozos purísimos y deleites perpetuos que hay en el Cielo con la vista de Dios y con la compañía de los Santos, son como una gota muy pequeña de agua, comparada con todo el mar Océano. Deseemos, pues, á nuestro Dios, que solo Él nos puede entera y cumplidamente hartar: amemos aquel sumo é incommutable Bien, en quien están todos los bienes: suspiremos por aquella bienaventurada y eterna vida; allí serán perfectas y eternas las alabanzas de Dios, y el amor encendido, dulce y estable.

III

Este resplandor de Dios en las criaturas, no sólo descubre su grandeza, sino su bondad y amor; el cual no es sólo luz, sino llama; ni sólo llama, sino incendio, que está despidiendo, no centellas, sino rayos de fuego para abrasarnos con amor con el agradecimiento que merecen tantas prendas de su infinita caridad cuantas criaturas hay;

¹ Apoc., 21.

porque pues Dios las hizo para el hombre, todos cuantos beneficios las hizo á ellas, hizo al hombre. Y así, cuantas criaturas hay en el mundo, tantas mercedes nuestras son; y pues del hacerlas es la causa su amor, ¿cuánta será su llama, que se ceba en tanta leña? ¿cuál será la luz que resulta de tan gran hoguera? ¿cuál el resplandor que tal incendio arroja? ¿cuál la bondad, que rebosa en tan buenas obras y beneficios cuantas son las naturalezas que encierran cielo y tierra, pues todas las hizo el Criador para el hombre? ¿Pues cómo no basta tanto fuego para abrasarte? ¿cómo no basta tanta luz para alumbrarte? Porque si fué prodigio que los niños del horno de Babilonia en medio del fuego no se quemasen, mayor espanto debe causar que en medio de tanto incendio no nos abrasemos en amor de Dios, y al resplandor de tantas llamas no lo conozcamos; que estando en medio de la luz no veamos, y rodeados de llamas no nos abrasemos. La hermosura de los cielos, la virtud del sol, la claridad de la luna, el influjo de las estrellas, la amenidad de los árboles, el olor de las flores, la vista del diamante, el verdor de la esmeralda, ¿á quién deleitan y aprovechan más: al hombre, ó á las mismas cosas? Por cierto á los hombres, que gozan de la gracia, y hermosura, y virtud dellas. Porque si un Rey mandase hacer una joya preciosísima y muy hermosa para presentarla á otro príncipe, no sería este beneficio de la joya que se hizo, sino del príncipe para quien se hizo. Y con más razón son beneficios del hombre cuantos bienes se hacen á las criaturas, pues se hacen por el hombre, al cual sólo ha hecho Dios tantos beneficios, cuantos ha hecho al resto de lo criado. Pues aun los beneficios ajenos de otras cosas, los ha hecho propios beneficios nuestros. La fruta que se da al árbol, la lana que se da á la oveja, la carne que cría el carnero, el agua que arroja la fuente, las flores con que se

visten los campos, las aves con que se puebla el aire, los animales que ocupan la tierra, y todo lo que es bien de otra criatura, es beneficio del hombre, más que suyo. ¿Cómo entre tantas luces de beneficios no conocemos la bondad divina? ¿cómo entre tantas llamas no ardemos? ¿cómo entre tantos favores no amamos á quien por tantos caminos nos busca y con tantos testimonios nos muestra su amor? ¿cómo, ofreciéndonos en todas las cosas, no le hallamos? ¿y cómo obligándonos en todo no le somos agradecidos en algo? Por cierto que no sé cómo, sino porque somos miserables, y pobres, y ciegos; pero la gracia del Señor será tan poderosa, que nos alumbrará y enriquecerá.

Todo esto que he dicho de la luz de Dios, no es más que una sombra ó noche respecto de lo que ella es; pero como los diestros y excelentes pintores, cuanto más bajan las sombras más suben los resplandores, ya que yo he puesto tan baja esta sombra de la luz divina, suba el ánimo devoto sus resplandores cuanto su afecto y concepto pudiera, y Dios le ilustrare, sin cuya luz no se puede ver su luz. Cuando vemos en un papel un pequeño mapa que representa la tierra, no se entiende que es el mundo de igual pequeñez, sino extendemos la consideración á una incomparable grandeza que por cosa tan pequeña entendemos. De la misma manera, cuando á las perfecciones criadas, al sol y las estrellas, y á todo el universo proponemos como por mapa y sombra de Dios, no le hacemos á Dios tan pequeño como al mundo y sus criaturas, aunque por las criaturas le concebimos: que si bien Dios por su Sér no ha menester las criaturas, hémoslas menester nosotros para conocerle: porque si quisiéramos declarar á Dios como es en sí, ni nos entendieran otros, ni nos entenderíamos nosotros mismos. Esto nos excusa de atrevimiento en haber comparado la criatura con el Criador, que es incomparable.

CAPÍTULO XVII

Qué sintió San Dionisio Areopagita de la Hermosura divina.

I

Quiero concluir todas estas calidades de lo hermoso que señalan los filósofos, con lo que el grande teólogo San Dionisio Areopagita dice de la Hermosura divina ¹, confirmando todo lo que de los platónicos hemos dicho, el cual enseña que «Dios se llama hermoso, porque es totalmente hermoso, y sobrehermoso»; esto es: que es por todas partes hermoso y más que hermoso: porque está todo penetrado, digámoslo así, de hermosuras, y rebosa hermosuras, pues es por esencia hermoso, y en Él está la perfección de la hermosura, con toda la plenitud de sér que es posible ó imaginable. Por eso dicen San Hilario y San Juan Damasceno que el primer nombre de Dios es el de Sér, esto es, el que es, porque llena el sér de todo lo hermoso y bueno, en cuanto hay de hermosuras, y bondades, y perfecciones. Él comprende toda la nobleza y perfección de todo sér, ó, por mejor decir, Él es toda la nobleza, toda la perfección, toda la hermosura. Es sabiduría infinita, virtud inmensa, belleza sin límite, bondad sin término, santidad sin medida, y cuanto es mejor ser que no ser, todo eso es Dios, y sobre eso mismo, con una plenitud intrínsecamente propia, intensísimamente y perfectísimamente infinita. De modo que por ningún caso, ni modo, ni acontecimiento, le puede faltar lo mejor, ni lo más, sino que lo tiene y posee pura y enteramente, sin mezcla de algún contrario ². Porque así como se dice oro puro el que carece de la mezcla de cualquier otro metal, y generalmente se llama puro lo que no

1 - Lib. De divin. nomin., cap. 4. 2 - Boet., lib. de Heb. lom.

tiene nada de su contrario; de la misma manera Dios se llama pura bondad, pura santidad, pura hermosura, porque en toda la esfera de bueno, santo y hermoso no le falta nada de bueno, nada de santo, nada de hermoso, ni se le mezcla otra cosa que sea en esta parte, ni en otra, menos; porque como es la plenitud de todo sér, excluye su esencia todo lo que no es sér, ó menos sér; y así con la hermosura de Dios no se mezcla nada de fealdad ó de menor hermosura, lo cual no puede tener ninguna entidad criada; porque como sea finita y limitada, allí empieza su no sér, donde se termina y acaba su sér. Fuera de que por haber sido la criatura hecha de nada es defectible y reducible á la misma nada; porque así como antes que fuese no era, también puede no ser después que fué ¹. Por eso todo lo hermoso de las criaturas, pues es limitado, tiene algo de no hermoso, y mucho de necesidad y pobreza, no teniendo sér de sí, ni de suyo tiene más que la nada, esto es, el no ser, y para ser tuvo necesidad de recibirlo de otro, y después que es, de conservarlo por otro. Y de cualquier manera, en comparación del sumo Sér increado y la esencial Bondad y Hermosura del Criador, es la criatura más perfecta como si no fuera, y su bondad como si no fuera bondad, y su hermosura no es hermosura. Y así se dice que el sér criado tiene en su mismo sér mezclado el no sér, en cuanto no tiene la plenitud de sér, antes tiene carencia de algún sér. Mas Dios como es infinito, y de sí mismo, excluye todo no sér, porque ni la intensión de su perfección puede ser menos, pues es infinita, ni la duración es defectible, pues tuvo sér de sí misma, y nadie se le podrá quitar, por lo cual es eterna. No tiene Dios donde empiece su no sér, ó su menos sér, pues es su sér infinito; ni tiene donde acaba su sér, ó fenezca su más sér, pues es su sér plenitud de todo sér,

1 - Ex Alberto et Richardo de Media Villa.

y más de lo que se puede pensar ser. ¡Oh grandeza de hermosura divina! ¡oh lleno de lindezas! ¡oh redundancia de bellezas! ¡oh cumplimiento, y abismo, y piélago, y mundo de perfecciones, y bondades, y felicidades, y glorias, y gracias! No sé cómo me lo diga. ¡Quién hiciera concepto vivo de lo que estas palabras muertas suenan! Dios es lo que es mejor, Dios es lo que es más, Dios es lo que es, Dios es por todos lados sin término, Dios es por todas partes sin límite, Dios es hermoso sobre todo lo hermoso, y bueno sobre todo lo bueno, y perfecto sobre todo lo perfecto; Dios es perfectísimo, y más; Dios es hermosísimo, y más; Dios es amabilísimo, y más. ¡Oh hermosura, que siempre eres mejor, y siempre más, y siempre una mejor de lo que puede ser, y más de lo que se puede pensar, y una, porque eres todas! ¡Quién te amara siempre más y más! ¡Quién te sirviera siempre mejor y mejor! ¡Quién te sirviera siempre únicamente, y despreciara todo lo criado por amar al Criador!

De lo dicho se coligen las condiciones que añade luego el mismo San Dionisio¹, de lo que verdaderamente es hermoso, conforme á los platónicos, porque dice que es el que «ni se le puede añadir nada, ni quitar; que ni haya empezado, ni haya de acabar; que no sea parte hermoso, y parte feo; que no tenga en un tiempo su flor, y en otro se le caiga; que no sea en este lugar hermoso, y en otro se mude, ni que á unos parezca bien y á otros desagrade; sino que sea siempre de una misma manera hermoso por sí mismo». ¿Quién tiene esto sino Dios, que es hermoso, infinita, inmensa y eternamente? Porque es hermoso infinitamente, no puede recibir más hermosura, ni puede tener menos, porque tiene cuanto hay más, y no puede tener en una parte belleza y en otra fealdad; porque es hermoso inmensamente, no puede serlo en un lugar, y dejarlo de ser en

¹ Dionisio, supra.

otro, sino en todos lugares es uno mismo; porque es hermoso inmensa, infinita y eternamente, ni pudo empezar á serlo, ni puede acabar, ni puede en un tiempo florecer y en otro envejecerse, y así no puede dejar de agradar á todos, en todos lugares y en todos tiempos. ¡Oh Hermosura del alma! ¿Cómo se puede enfriar mi corazón en amaros, pues vuestra Hermosura no se disminuye? ¿Cómo cesa mi entendimiento de admiraros, pues vuestra Hermosura nunca perece? ¿Cómo se olvida mi alma de reverenciaros, pues vuestra Hermosura no se muda? Dadme que siempre os ame, pues siempre sois hermoso; dadme, Dios mío, que en todo tiempo os admire, pues en todo tiempo sois perfectísimo; dadme que en todo lugar os venera, pues en todo lugar sois admirable, y el mismo donde quiera. ¿Cómo, Señor, me podéis dejar de parecer bien, pues á todos los ángeles del cielo parecéis bonísimo, perfectísimo, admirabilísimo, bellísimo?

II

Dice más San Dionisio¹: que lo hermoso es causa eficiente, y final, y ejemplar de todas las cosas. Lo primero es causa eficiente, porque como la Hermosura de Dios es infinitamente perfecta, ha de ser por consiguiente fecundísima, muy eficaz y obradora; así como las demás cosas, cuando están en estado imperfecto y diminuto, son estériles, sin comunicarse á otras; porque toda su virtud recogen en sí, teniendo primero cuenta con su aumento y perfección que con la comunicación de ella. Pero estando ya llenas y perfectas, son fecundas; porque no teniendo ya que ocupar su virtud en aumento propio, salen á buscar el bien ajeno, comunicándose á otras: Dios también, pues es infinitamente perfecto y perfectísimamente hermoso, no pudo

¹ Supra.

dejar de ser fecundísimo y eficazísimo, y así con su infinita fecundidad rebosa y sale fuera de sí, comunicando su Hermosura á las demás cosas. De suerte que Él es la fuente, la matriz y origen de todo lo hermoso. Por eso dice el mismo Santo que Dios, no sólo es hermoso, sino Hermosura, «porque es causa de todas las cosas que son hermosas, y hace la hermosura dellas». Luego añade que de la manera que la luz esparce sus rayos, derrama también Dios arroyos de hermosura. ¡Grande es la belleza del Criador! ¡Cuán inmenso piélago es de lindezas, pues alimenta tantos ríos de perfecciones, que salen de sí para que tornen á sí! ¡Cuán gran Sol de belleza es, pues tantos rayos esparce de bellezas y perfecciones, cuantas hay en las criaturas! ¡Cuán inmensa es su Hermosura, pues rebosa en tantas hermosuras! ¡Qué raro espectáculo fuera si el rostro hermosísimo de Raquel, ó Ester, ó Elena, echase tales rayos de sí, que con ellos imprimiese por todas partes unas bellísimas imágenes de su gran hermosura! ¡Oh rara maravilla del Criador, cuya Hermosura está tan llena, tan sobrada que rebosa en tantas hermosuras criadas, rodeado todo de bellezas y lindezas! Considerémosle por una parte cercado de hermosísimos Serafines, por otra rodeado de bellísimos Querubines, más allá de perfectísimos Tronos, después de otra infinidad de graciosísimos espíritus, de tantas Potestades, tantas Dominaciones, tantas Virtudes, tantos Principados, tantos Arcángeles, tantos Ángeles, todos bellísimos; después tan hermosos cielos, tan resplandecientes astros, tan varias naturalezas. Todas estas hermosuras son unos arroyuelos de la Hermosura divina, unos pequeños rayos de su belleza, unas sobras de su perfección; porque no sólo tiene Dios las hermosuras de cuantos serafines y espíritus soberanos hay, y cuantas naturalezas contiene este universo, pero todas ellas le sobran y son un borrón

de su infinita perfección. Todo es sobra de amabilidad en Dios, cuanto hay de admiración en las criaturas. ¿Cómo, Señor, os dejamos de amar, pues tanto os sobra de amable? Sóbraos hermosura, sóbraos belleza, sóbraos bondad, sóbraos amabilidad para millones de mundos llenos de corazones. ¿Cómo á un corazón que tengo no le bastáis Vos? No permitáis que sea yo tan ciego que no conozca vuestra Hermosura, ni tan ignorante que ame otra. Dadme que no me falte á mí vuestro amor, pues os sobra tanta amabilidad.

Es también la Hermosura de Dios causa final de todas las cosas, porque le apetecen todas, unas en su imagen, otras en su verdad y substancia, pues para Él se hicieron. No hay cosa que no codicie su perfección; no hay ninguna que no busque su bien. Mas en eso mismo afectan y buscan á Dios, suma bondad y fuente de todo bien, apeteciendo en la sombra lo sólido, y en la imagen la verdad. Esto es común á todas las criaturas, porque las racionales no apetecen como quiera á cualquier bien, sino al verdadero: no se hicieron sino para el Criador inmediatamente, y así no buscan sola una imagen de Dios, sino su esencia, cuya Hermosura las ha de satisfacer y llenar para que no deseen más: y así como fin de todas, las está llamando y convocando á su amor. Por eso notó San Dionisio que se llama la hermosura en griego *Callos*, del verbo *calo*, que significa *llamar*: porque la belleza divina convoca y llama para que le amen todas las cosas. ¡Oh, con cuántos clamores nos llama este hermosísimo Dios! ¡Cuántas señas nos hace! ¡Cuántas voces nos da! ¡Con cuántos avisos nos despierta para que le busquemos y amemos, y nos lleguemos á Él, y descansenos en su unión como en centro de nuestros deseos y fin último de nuestra felicidad! ¿Qué son el sol, la luna, los planetas, los astros, los cielos? ¿Que son to-

das las hermosuras criadas, sino unas voces divinas que nos provocan al amor del Criador? Manos son de Dios, que nos hacen señas para que nos lleguemos á Él. Pregones son, que nos despiertan á que nos vayamos tras Él, pues no hay más que desear, ni hay más que amar. De razón del fin es ser amable por sí mismo; y como la hermosura es amable, aquella hermosura que es más amable por sí misma, debía ser fin de todas las cosas: y así nadie es más amable que Dios, pues es fin nuestro, y por consiguiente es infinitamente hermoso. No permitáis, Señor, que yo yerre el camino; sino pues Vos sois el fin y término de mi vida y sér, camine siempre á Vos, amándoos, sirviéndoos y cumpliendo en todo vuestra santísima voluntad, pues fué tan buena y liberal para mí, que me criasteis para Vos. A Vos sólo desee, por Vos anhele, y en Vos descanse, y os tope en todas las cosas, y halle dentro de mí.

La otra condición de la Hermosura divina es ser causa ejemplar de todas las cosas; porque no hay bien criado, ni perfección, ni lindeza de que no sea Dios un vivo original. De todas es perfectísimo dechado la Hermosura divina, pero excediendo con infinitas ventajas á la copia. Quanto hay de resplandor, de gracia, de decencia, de perfección, de hermosura, repartido en las cosas criadas, todo está en el Criador unido cumplidísima y perfectísimamente, como en su prototipo, purísimo, clarísimo, admirabilísimo y hermosísimo, y se puede rastrear algo de su Hermosura por las hermosuras y perfecciones que tienen divididas las criaturas, como dibujos, aunque groseros, de aquel dechado perfectísimo. Y empezando por lo más basto de todo, ¡cuánta es la hermosura de la tierra! Andémosla con el discurso y consideración, y nos quedaremos maravillados de cuán grande es la capacidad deste mundo inferior, cuántos reinos dilatadísimos comprende, tan llenos de naciones diver-

sas, cuántos mares sustenta en su seno, á cuántos ríos y fuentes da paso por su distrito, cuántos abismos encubre dentro de sí. Si miramos sus entrañas, ¡cuántos metales preciosísimos fomenta, cuántas piedras preciosas sepulta, cuántas joyas riquísimas guarda! Si miramos su corteza y haz, ¡cuántos valles encoge, cuántos montes empina, cuántos campos dilata, cuántos prados matiza! Si miramos su ornato, ¡con cuántas rosas vistosísimas se arrea, con cuántas flores suavísimas se adorna, con cuántos árboles amenísimos se aseá, con cuántos frutos utilísimos se enriquece y enriquece á los hombres, con cuántas apacibilidades se compone, y cuánta variedad de amenidades comprende! Pues si en materia tan tosca y caduca se dibujan tales hermosuras, ¿cuál será la esencial de su dechado? El que así hermosó cosas tan materiales y toscas, ¿cuán hermoso será? Pues si miramos el grado sensitivo de la naturaleza, ¿cuántas hermosuras hallaremos en ella? ¿cuántas aves tan compuestas, y matizadas con tanta variedad y aseó de colores? ¿cuánta diversidad de pinturas en sus plumas? Pues en los animales, ¿qué gallardía y ornato? ¿cuánta lozanía en un caballo? ¿cuánta hermosura en el unicornio? ¿cuánta majestad en el león? ¿cuánto aseó en una onza? ¿cuánta limpieza en un armiño? ¿Cuán hermoso será el que dió original para tantas hermosuras? Si miramos al género humano, ¿qué disposición de cuerpos y hermosura de rostros? Y si en tan corto espacio, como lo es el de un rostro, ha puesto tanta belleza, que ha pasmado, y no se hartan sus amadores de mirarla, ¿qué hermosuras encerrará en la inmensidad de su esencia divina, cuya esencia y cuya inmensidad es una infinita perfección y hermosura, ó, por mejor decir, una infinidad de hermosuras? Mas si consideramos á los cielos, ¿qué admiración no causan, aun mirados desde acá abajo, donde apenas se ven, sus astros? Pero

si uno subiera al firmamento y extendiera por aquel espacio inmenso la vista, encontrando tanto número de antorchas cristalinas, tanta variedad de estrellas, tanta grandeza de luces, tanta orden en los planetas, ¿qué pasmo no le causara tanta luz, tanto concierto, tanta grandeza, tanta multitud, tanta belleza? Pues la luz de Dios, cuál será, cuál su inmensidad, cuál su Hermosura? Sobre los cielos, y sobre todo este mundo material, hay más que admirar en el intelectual, respecto del cual es un lóbrego calabozo todo este universo, aunque tan hermoso y alumbrado del sol; porque más hay que admirar en el menor ángel, que en todas las estrellas. Más hermoso es el más ínfimo espíritu, que todos los cielos con todo su atavío y ornato. ¡Cuán admirable, cuán estupenda hermosura será la de tanta multitud de Angeles, y sobre ellos la de los Arcángeles, sobre ésta la de los Principados y otros hermosísimos coros y jerarquías de soberanos espíritus, en que entran tantos millares de Querubines y Serafines! ¡Qué luz, qué claridad, qué gloria, qué hermosura será la de todos juntos, pues la de uno solo excede á la belleza de todo este mundo elemental!

Falta al alma concepto, y estima, y admiración de hermosuras tan admirables; mas todas éstas no son más que unas toscas líneas del Ejemplar divino, cuya Hermosura es sobre toda admiración y pasmo. Bien dijo San Agustín ¹: «Vos, Señor, hicisteis todas las cosas hermosas porque sois hermoso: hermosas son ellas, pero no como Vos, que sois su Criador; con quien, si se comparan, ni son buenas, ni hermosas». No haya, pues, Dios mío, en mi estima comparación entre Vos y ellas: ámeos á Vos más que á todo lo criado, pues sois más hermoso que todo; ámeos yo, Hermosura infinita: ámeos, Ejemplar de hermosuras:

¹ August., 11. *Confes.*

ámeos yo, Idea de lindezas: ámeos, Prototipo de bellezas: ámeos, Dechado de todo lo bueno y amable.

III

Para mayor declaración de cómo es la Hermosura divina causa eficiente, y ejemplar, y final de todas las cosas, según la doctrina de San Dionisio, se ha de advertir en qué consista la hermosura del mundo. San Agustín ¹, San Buenaventura y Alejandro de Ales enseñan que en tres cosas: en el modo, en su especie y en su orden, las cuales se hallan en todas las criaturas, y tienen estas tres cosas relación á los tres géneros de causas que se hallan en la Hermosura del Criador. Porque en cuanto se refieren á ella como á causa eficiente, tienen modo, esto es, determinado y limitado sér; porque sólo el Criador, que tiene sér de sí mismo, es ilimitado, infinito, inmenso, sin término, ni medida, ni modo; pero las demás cosas, como no tienen sér de sí, sino que le reciben de otro, tienen quien les haya dado medida y modo, determinando su sér; pero este modo es en ellas hermosura, en cuanto es conveniente á la naturaleza de cada cosa, y de cualquier manera es gran ornamento y decencia tener tal Autor como Dios. Después desto, en cuanto se refieren á la Hermosura divina como á causa ejemplar, tienen especie y sér distinto de las demás cosas, marcado con su propia forma, recibiendo por ella la última y más perfecta hermosura de su naturaleza. En cuanto se refieren como á causa final, tienen orden con el cual están ordenadas á su último fin. Lo cual también es gran gloria de las criaturas estar ordenadas para cosa tan alta y fin tan levantado como Dios. Esto mismo es lo que notó el Sabio cuando nos advierte que todas las cosas hizo Dios en número, peso y medida. Hizolas en medida,

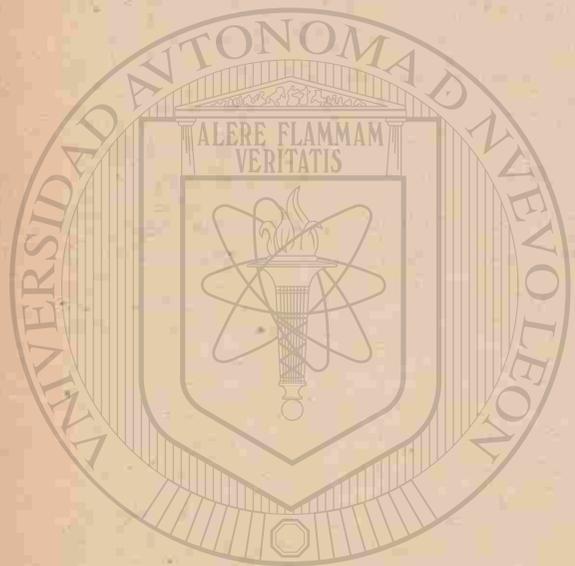
¹ August., lib. *De natura boni*, et in lib. *De Civit.*

porque las dió modo de ser limitado; hízolas en número, por haberlas dado su forma y especie distinta, por lo cual se dice que las especies son como los números; hízolas en peso, por la inclinación que les dió para su centro. Todas estas causalidades tiene la Hermosura divina por tres grandes glorias que posee y campean sobre los demás atributos. La primera, por su potencia; la segunda, por su sabiduría; la tercera, por su bondad; porque Dios por su poder es causa eficiente, por su saber ejemplar, por su bondad final. Con su potencia obra, con su sabiduría dispone, con su bondad convida y provoca á su amor, y satisface á nuestros deseos. A la potencia debemos la grandeza deste universo, á la sabiduría su ornato, á la bondad su provecho. Es grande el mundo, porque Dios es poderoso; está hermosamente compuesto, porque Dios es sabio; ésnos útil en tantas criaturas, porque Dios es bueno. La potencia se atribuye al Padre, la sabiduría es nombre del Hijo, la bondad se refiere al Espíritu Santo, que es el amor divino. El orden, la consonancia, la armonía, la hermosura, la amabilidad destes tres atributos y flores de la Hermosura divina, son causa de todo lo hermoso, y hermosean á todo lo criado.

Finalmente, advierte San Dionisio cuán digna sea de amar la Hermosura del Criador, porque verdaderamente, no sólo es amable por ser tan hermosa, sino también por ser hermosas las criaturas; y así con muy doblados títulos debemos amar á Dios por su Hermosura increada, y por ser causa de las hermosuras criadas. Y si la hermosura criada se suele amar sin interés, sin haber recibido beneficio della ni esperarle, ¿cómo debe ser amada aquella Hermosura, que es infinita en sí, y nos ha hecho infinitos beneficios, dándonos el sér, conservándole, perfeccionándole y beatificándole, haciendo tan hermosas las criaturas, y

algunas tan sobre toda hermosura natural, que les dé participación de su Sér divino, de su gloria y bienaventuranza eterna? ¡Bendito sea Señor tan poderoso; bendito Dios tan sabio; bendito Padre tan bueno; bendito Sér tan hermoso! Pídoos, Señor, y Padre, y Dios mío, y Amado mío, por vuestra omnipotencia que empleasteis en mi bien, que me deis fuerzas para emplear todas mis potencias en vuestro servicio. Pídoos por vuestra sabiduría, que acierte siempre á daros gusto y sepa conoceros, cumpliendo en todo vuestra santísima voluntad. Pídoos, por vuestra bondad, limpiéis de mi corazón toda malicia, y llenéis mis entrañas de misericordia y caridad, para hacer bien á todos. Pídoos, por vuestra Hermosura, y por cuanto sois, que os ame sobre todas las cosas.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



LIBRO SEGUNDO

DE LA

HERMOSURA DE DIOS

Y SU AMABILIDAD

POR LAS INFINITAS PERFECCIONES DEL SÉR DIVINO

CAPÍTULO PRIMERO

Cuán hermoso es Dios por su infinita sabiduría.

I

A que hemos ajustado las condiciones de lo hermoso (según Platón y Aristóteles) á la naturaleza divina, consideremos también cómo están en su infinito Sér las hermosuras más celebradas de los filósofos y teólogos. La primera es, la hermosura de la Sabiduría; la segunda es, de la Justicia; la tercera, de la Virtud; la cuarta, de la Gracia, y una Santidad eminente. Y empezando por la Sabiduría, no sólo los filósofos la calificaron por grande hermosura, pero el mismo Espíritu Santo, el cual dice ¹: «La Sabiduría es más bella que el Sol, y sobre toda la disposición de las estrellas». Y así no es mucho que dijese Platón ²: «Aquello es más hermoso que es sapientísimo». Y Menandro: «¡Cuán suave cosa es la belleza cuando tiene un ánimo sabio!» También dice Tulio ³: «No hay cosa

1 Sap., 7. 2 Plat., in Protágor. 3 2, Ofic.

más para desear que la sabiduría; ninguna más excelente, ninguna más digna». Por lo cual concluye en otra parte¹: «El sentido de la vista, que está en nosotros muy agudo, no puede ver á la sabiduría; pero si ella se viera, ¡oh cuán ardientes amores provocara de sí!» Supone ser hermosura superior á todas las cosas que puede admirar el sentido. Pues si la sabiduría, limitada y corta, que puede caber en un entendimiento criado, es tan hermosa y excelente, ¡cuán hermosa será la sabiduría infinita del Criador, en quien están todas las demás hermosuras vivas, y supo ordenar todas las cosas hermosas que vemos y conocemos! «En él está, como dijo Ficino², un universal resplandor, que reluce de toda la serie de ideas, como estrellas hermosísimas». Ni hay duda, sino que la hermosura de las cosas artificiales está más hermosa en el entendimiento del artífice que en la obra ejecutada, que no puede exceder á la perfección de su idea y forma ejemplar: y así dijo el mismo filósofo³: «La hermosura en el entendimiento, y en su forma, es más excelente que no en la obra del arte: añado que aún es más poderosa, porque en la obra está derramada, mas en el entendimiento unida». Pues en la sabiduría y entendimiento divino no deben estar menos hermosas las cosas criadas que lo son en sí; antes están en Dios tan hermosas, que miradas en sí parecen feas, pues son en sí criaturas, y en Dios el mismo Criador; en sí muchas, en Dios una, que hermosea con su unidad á cada una; pues con tener tanta unión que no admita distinción alguna, se verá cada una en Dios con suma distinción y claridad. Y así, aquel soberano entendimiento y altísima sabiduría está llena de hermosuras y perfecciones, llena de ideas y formas hermosísimas, tanto más admirables cuanto en Dios son

1 Idem, 2, *De Firmib.* 2 Marsil, Ficin., in Plot., enn. 5, lib. 8, cap. 13. 3 Idem, in Plot., enn. 5, lib. 8, cap. 2.

más unas, ó, por mejor decir, una misma cosa y la misma unidad.

Dos cosas encierra este nombre de sabiduría: una, la noticia de muchas cosas que se conocen; otra, el acierto en la disposición de las que se obran. En uno y otro es Dios sumo, perfectísimo, hermosísimo. No hay átomo en el aire, ni gusarapillo en los árboles, ni arenita en el mar, ni chinita escondida mil leguas debajo de tierra, ni afecto en el corazón, ni pensamiento en el alma, que no lo tenga tan patente y claro como lo está el sol de mediodía. Todas cuantas cosas hay en el universo, las conoce tan perfectamente como á sí mismo, con todas sus partes, divisiones, figuras, colores, calidades, propiedades, movimientos, acciones, teniéndolas todas contadas y medidas. Él sabe cuántos peces hay en el mar, cuántas yerbecitas en los campos, cuántos mosquitos en el aire, cuántas sabandijas en la tierra, cuántos pelos en los animales, cuántas olas en el Océano, cuántos pensamientos en los ángeles y hombres. De lo cual maravillado el Sabio, dice¹: «La arena del mar, y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos, ¿quién los contará? La altura del cielo, la latitud de la tierra, lo profundo del abismo, ¿quién lo ha medido? La sabiduría de Dios, que precede á todas las cosas, ¿quién la averiguará? Su modo de saber, ¿á quién se ha revelado? La variedad y multitud de sus pasos, ¿quién la entendió? Uno es el Criador, altísimo, omnipotente y Rey poderoso y muy tremendo, que está sentado sobre su Trono, y es Dios Dominador; ése la formó en su Espíritu Santo, y vió, y contó, y midió». Todas las cosas tiene Dios contadas y medidas con los dedos; todas las tiene delante de sus divinos ojos. Esto se significó á San Juan² cuando le mostraron que á la vista del Trono divino estaba como un mar de vidrio, seme-

1 Ecclesiast., 1. 2 Apoc., 4.

jante al cristal; dando con este símbolo á entender cómo no hay cosa que impida la vista divina, sino que así como al vidrio, y mejor al cristal, penetran los ojos y no se esconde lo que está dentro, de la misma manera no hay cosa escondida á Dios, sino todo claro, patente, como lo está el cristal.

II

Todo sabe Dios tan clara, tan distinta, tan perfectamente, como si sola una cosa hubiese en el mundo: porque así como su inmensidad está toda en cada punto y en todo el universo, y su eternidad está en cada instante, y en todos los siglos de los siglos, así también su sabiduría está toda, y muy cabal, en el conocimiento de todo el universo, y de cada cosa singular, sin embarazarse con la multitud y sin estrecharse con la singularidad. No piense uno que por atender Dios á tanto se olvida dél. «No digas, dice el Eclesiástico¹, yo me esconderé de Dios; desde lo alto, ¿quién se acordará de mí? ¿cómo seré conocido en un gran pueblo? ¿qué es mi alma en tan inmensa criatura? Mira que el cielo, y los cielos de los cielos, el abismo y la tierra universal, y cuanto en ellos hay, se estremecerán de la vista de Dios: porque las conoce el Señor, y ve á todos clara y distintamente, sin confundirse con nada. Necio es quien, si no con el corazón, con sus obras y poco respeto á Dios, dice lo que el mismo *Eclesiástico* reprende, según el texto griego²: «¿Quién me verá? á oscuras estoy, las paredes me cubren, nadie me ve: ¿qué es lo que temo? no se acordará de mis pecados el Altísimo. Los ojos de los hombres son su temor, y no echa de ver que los ojos del Señor, más claros diez mil veces que el sol, están mirando todos los pasos de los hombres, y penetran hasta las partes más es-

¹ Eccl., 16. ² Eccl., 23.

condidas». ¿Quién no tiembla de tan gran Majestad, y tan presente á todo, que conoce lo más secreto del alma? El santo Job, que tenía esto bien entendido, ni á pestañear se atrevía, ni á que le pasase por el pensamiento un pecado, porque sabía que á Dios no se le escondía nada; y así dice: «Yo hice concierto con mis ojos para no pensar en doncella alguna: porque ¿qué parte tuviera Dios en mí desde lo alto? ¿y qué heredara el Omnipotente desde lo excelsos? ¿Por ventura no considera mis caminos? ¿y todos mis pasos no tiene contados?» ¡Oh! ¡qué bien nos está aquesta divina Sabiduría! Gozo es del justo tener por juez al que no ignora nada.

Ni sólo conoce la Sabiduría divina cuantas cosas hay, y ha habido, sin olvidarse de ningún pensamiento de cuantos han tenido los hombres y ángeles, ni pasársele de la memoria un menearse de una hoja del árbol, ni un pestañear de hombre, desde que crió el mundo; sino que sabe distintamente cuándo fué, y cómo, de la misma manera que si fuera hoy. Pero conoce también todo lo por venir, y tan presente tiene el pensamiento más ligero que han de tener las almas de aquí á mil millones de años y siglos, como si le tuvieran en este mismo instante. De la misma manera tiene presentes cuantos movimientos y quererres han de tener los ángeles y hombres por toda una eternidad, como si en este punto fuesen. Ni sólo conoce cuánto en realidad de verdad fué, es y será por toda la eternidad, sino cuanto pudo y puede ser, lo sabe y ve todo clara y distintamente. Hermosísimo teatro es el de la Sabiduría divina, en la cual conoce Dios infinitos mundos semejantes á éste, y otros desemejantes totalmente, infinitas especies de animales, peces y aves diversas de las de ahora, é infinitos individuos debajo de cada especie; y no sólo infinitos, sino infinidades de infinitos. No puede el entendimiento humano hacer concepto de un infi-

nito; pero en el entendimiento y sabiduría divina caben infinitudes de infinitos, y no es más en ella que una gota de rocío que cae en el Océano. Están, pues, en la capacidad de su sabiduría, sin embarazo alguno, clara, y distinta, y particularmente, muchas maneras y géneros de infinitos, porque está la multitud de individuos, la cual es infinita en cada especie, y multitud de especies, que en cada género también es infinita, y los géneros también son infinitos; y no sólo conoce todas estas naturalezas, sino cuantos sucesos, movimientos y acciones en todo género pueden caber en tanta infinitud de individuos. La hermosura desta Sabiduría, ¿quién la podrá significar, pues es un teatro de cuantas hermosuras son posibles? porque intelectualmente están todas en Dios como en su original: en Él están todas las ideas y formas inteligibles de todas las cosas, cuyo perfectísimo dechado de todo lo criado y cuanto se puede criar, es el Criador. Porque todo lo que hace Dios y ha de hacer, lo supo antes, desde toda la eternidad, y persevera y está eternamente en su ciencia invariable, y se ve y resplandece en Él.

Aún no para aquí la infinitud desta hermosísima sabiduría de Dios; porque no sólo conoce todas las obras posibles que pudieran hacer las criaturas, sino las que real y verdaderamente hicieron en cualquier suposición, ocasión y condición. Y como estas suposiciones y condicionales sean infinitamente infinitas, es un admirable teatro y prodigio de conocimiento saber tantas verdades en tantas suposiciones, como Dios las sabe y conoce todas, clara, perfecta y distintamente. De suerte que con mucha verdad dijo el Profeta ¹: «No tiene número su sabiduría». Y San Agustín dijo que eran inmensos sus tesoros. ¡Oh profundidad de saber! ¡oh pasmo de conocimiento! Estupenda cosa

¹ Psal. 146.

es que sin embarazo, sin confusión, sin cuidado, caben en el entendimiento divino todas las cosas posibles; y todas las acciones, pasiones, ocasiones y accidentes posibles desas mismas cosas posibles; todas las cosas que han de suceder por toda una eternidad, y las que sucedieran en cualquier suposición y condicional, que son infinitas infinitamente. Y todo esto sabe sin pasársele de la memoria por toda la eternidad cosa alguna.

III

Pero no sólo hay que admirar en Dios su gran saber, sino el modo maravillosísimo con que sabe tanto: porque es sin haberlo aprendido, sin haberlo observado, sin haberse-lo mostrado, no de las mismas cosas, sino por su misma esencia. Por lo cual dice San Dionisio ¹: «Conociéndose la divina sabiduría, sabe todas las cosas, las materiales sin materia, las divisibles indivisiblemente, y las muchas únicamente, conociendo en sí uno todas las cosas». Allégase á esto que sabe tantas cosas y tan diferentes con un mismo acto simplicísimo é invariable, sin variedad de discursos ni multitud de conceptos. Por esto dice San Agustín ²: «No son muchas, sino una, la sabiduría, en la cual están inmensos é infinitos tesoros de cosas inteligibles, en las cuales hay todas las razones invisibles é incommutables de las cosas, aun visibles y mudables, que por ella son hechas; porque Dios no hace cosa no sabiendo lo que hace». Advierte luego el santo Doctor la diferencia que hay entre la sabiduría humana y la divina; que los hombres conocen las cosas criadas después que están criadas; pero Dios, porque las conoce antes de criadas, vienen á estar criadas; y así concluye: «Este mundo no sería conocido de nosotros, si

¹ Dionisio, c. 7. *De divin. nom.* ² Agustín, l. II. *De civit.*, c. 10.

no fuera; pero si no hubiese sido conocido de Dios, no pudiera ser». Anticipadamente conoce Dios las cosas, y las conoce todas, no por la presencia dellas, sino por la eminencia de su Sér divino. Tiene Dios de suyo, no de las cosas, el saberlas todas con el modo maravillosísimo que hemos dicho, y explica con grande elegancia San Pedro Damiano, que hablando del infinito saber de Dios, dice ¹: «De tal manera abraza todos los tiempos pasados, presentes y futuros, que ni le viene nada de nuevo, ni se le va por los instantes que corren. Ni considera las cosas diversas con vista diversa: de modo que para considerar lo pasado cese de lo presente ó venidero, cuando atiende á lo presente y futuro, aparte los ojos de lo pasado, sino con una simple vista de su presentísima Majestad, comprende todas las cosas de por junto, y esto no confusamente, pero discerniéndolo todo, y distinguiendo cada cosa según su propiedad. El que está en medio de un teatro no ve junto todo lo que hay en él, porque si ve lo que está adelante, no ve lo que tiene á las espaldas; pero el que no estuviese en el teatro, sino sobre el teatro, levantado y eminente á todo, de una vista viera lo que se contenía en todo aquel espacio. A este modo el omnipotente Dios, porque está levantado incomparablemente sobre todas las cosas, las ve á todas presentes; y para que perciba lo que decimos, no sólo el de agudo ingenio, sino el de más tardo. Mayor variedad hay en nosotros en un punto de tiempo, cuanto puede durar el pronunciar esta palabra *cielo*, que en Dios el mirar y comprender infinitos espacios de todos los siglos: porque mientras se pronuncia la primera sílaba de aquella dicción, no está la segunda; y mientras se dice la segunda sílaba, ya se pasó la primera; pero Dios en un punto de su consideración conoce todas las cosas juntas, y, conociéndolas, las

1 Petr. Dam., t. 3, op. 36, *De omnipot.*, cap. 7, pág. 657.

distingue. Por esto dijo San Pedro ¹: que «un día era para Dios como mil años, y mil años como un día»; porque t n presente tiene tantos mil años que han corrido después que se crió el mundo, como el día de hoy. También cantó David ²: «Mil años son delante de tus ojos como el día de ayer que pasó»; porque, como advierte el mismo San Pedro Damiano ³, todo lo futuro que nosotros aguardamos, ya lo tiene Dios tan sabido como lo ya pasado.

¡Oh estupenda Sabiduría, y estupendo modo de saber! Con razón David, atónito de tan prodigiosa comprensión de cosas, dijo ⁴ que se le había hecho admirable la ciencia de Dios sobre toda su capacidad, y que no podía atener con ella. Humillémonos á tan gran Sabiduría, y respetemos Sér tan sabio. Á algunos hombres levantaron aras, y adoraron por dioses las gentes, por la sabiduría que en ellos admiraron; pero ¿qué era toda su ciencia sino ignorancia, y más comparada con la divina? porque con toda su sabiduría no llegaron á conocer enteramente la naturaleza de una hormiga, sus calidades, propiedades y miembros. Mas Dios conoce perfecta y enteramente con todas sus causas, efectos, sucesos, circunstancias, acciones y pasiones, cuanto hay que saber y es posible ó imaginable. La sabiduría de Salomón admiró tanto á la reina Sabá y otros Reyes extranjeros, que venían de tierras bien apartadas á verle, y quedaban atónitos de su grande ciencia, y calificó la reina Sabá por bienaventurados á los criados que le asistían. Pues si esta sabiduría de hombres, que respecto de la de Dios es ignorancia, fué tan [admirable y tenida por dichosa, la sabiduría de Dios ¿de cuán estupenda admiración es digna? ¿de cuán grande reverencia y respeto? Por cierto que aunque Dios no fuera Señor de todo por haberlo cria-

1 II Petr., 3.

2 Psalm. 89. 3 Petr. Dam., supra.

4 Psalm. 138.

do, y Monarca supremo de todo el universo, por sólo su Sabiduría merecía que se le sujetase todo, y fuese adorado por Rey y Señor universal del mundo. ¡Oh gran dicha, tener un Señor tan sabio, y un Juez que no ignora nada, que no puede engañarse en conocer lo que nos conviene, que oye nuestros ruegos aun antes que suenen, y ve nuestras necesidades antes que vengan, y sabe nuestra muerte antes que nazcamos! Pero de tal manera nos mira, que aunque nos halle indignos de su gracia, no nos excluye de su misericordia; que ve nuestros agravios mejor que quien los hace, y sabrá la justicia del inocente mejor que quien la ejercita. Lo cual fué de gran consuelo al santo Job ¹, holgándose de tener por juez á quien no ignoraba su conciencia: y así le dice que le pusiese delante dél para tratar su causa, y que cualquiera le contradijese. Los reyes de Persia, conociendo la importancia que era para el gobierno de su imperio saber todas las cosas, suplieron con arte la cortedad de su ciencia, y así instituyeron unos oficios que llamaban ojos y orejas del Rey: porque los que tenían este cargo andaban mirando, escuchando y advirtiendo las cosas, para dar noticia dellas á su príncipe, para que, sabiendo lo que pasaba, dispusiese mejor las cosas y nadie altase á su obligación temiendo que lo había de saber su Rey. Con esta industria suplían aquellos Reyes la falta de inmensidad y la cortedad de su sabiduría. ¡Oh cuán digno es Dios del cetro, y corona, y señorío del mundo, pues está en todas partes por su inmensidad, y conoce todas las cosas por su sabiduría! Temamos esta gran Sabiduría, y pues lo sabe Dios todo, no le ofendamos en nada. ¿Con cuánta atención á nuestras obras, con cuánta advertencia á nuestros pensamientos, con cuánto cuidado de nuestros afectos debemos andar? pues ve Dios todo cuanto somos, y

¹ Job, 17.

hacemos, y penetra su vista hasta lo interior del alma y secretos de nuestro corazón. Bien respondió Zenón ¹ á uno que le preguntó si podía ocultarse á Dios quien hiciese algún mal: «Ni quien le piensa (dice) se le puede encubrir». Ve Dios, y sabe todas las cosas, no sólo cuando se ejecutan, sino aun cuando se imaginan, y antes de imaginarse. ¿Cuánto respeto guardan los que están delante de un Rey, sólo porque los ve ó puede ver? ¡Cuánta reverencia debemos tener en todo lugar y tiempo á la Majestad divina, que en todo está, y todo lo sabe, y nada se le olvida; nadie le puede engañar, y nadie se puede ocultar á sus divinos ojos! Porque, como dice el Apóstol ²: «No hay criatura alguna invisible en su divino acatamiento; todas las cosas están desnudas y descubiertas á sus ojos».

IV

La otra parte de Sabiduría, después de la noticia de las cosas, es el acierto en las obras. Para que nos admiremos desto basta mirar la obra más basta de todas las de Dios, que es este mundo elemental, que comparado con las criaturas intelectuales, es como un borrón. Con todo eso es una obra de sumo acuerdo, gran concierto y perfecta hermosura, de la cual dice San Atanasio ³: «De la manera que un diestro músico, después de haber templado su arpa y compuesto según su arte las cuerdas delgadas con las gruesas y las medias con las extremas, causa una cierta melodía y suavidad, á este modo la Sabiduría de Dios, que usa deste universo como de instrumento músico, acomodando las cosas terrenas con las aéreas, y éstas con las celestes, componiendo á todas con cada una, y gobernándolas con su voluntad, causa este mundo, y su orden abso-

¹ Maxim., serm. 15. ² Heb., 4. ³ Atanas., lib. *Contra idolat.*

luto y perfecto». ¿Quién no admira el orden, trabazón, correspondencia y concordia que tienen los elementos entre sí, aunque contrarios, y las demás naturalezas, aunque sean tan distintas como el cielo y la tierra? ¿Quién no se pasma de ver este mundo como un hermoso templo de Dios, los cielos colgados de lámparas, y con sus luces brillantes están haciendo señas á los hombres para que vayan allá? La tierra sacrifica sus frutos y los ofrece primero á Dios que á los hombres, levantándolos en alto en las aras y altares naturales de sus mismos troncos, procurando cuanto puede avecindarlos al cielo, cuyo camino nos está como con el dedo mostrando. Las aves hacen música desde sus coros de las matas y árboles, enseñándonos á alabar al Criador. Todas las criaturas están publicando que tienen un Autor y Gobernador sapientísimo, aunque invisible y escondido; porque como dice Teófilo Antioqueno¹: «Así como el alma que está en el cuerpo humano es invisible, pero conócese por las acciones del cuerpo, así Dios, aunque no se puede ver con ojos humanos, se conoce por la providencia con que ordena todas las cosas. Y como el que ve una nave armada con todas sus jarcias y aparato que surca el Océano y llega al puerto, echa de ver que hay algún piloto que la gobierne, no habrá ninguno de tan humilde discurso y ánimo que no crea que hay algún Gobernador del universo, aunque no lo eche de ver con los ojos de carne, porque no le podemos ver claramente. Porque si no podemos fijar los ojos en el sol, con ser tan pequeño cuerpo, respecto del universo, por el exceso de su luz y calor mucho ménos podrá un hombre mortal ver la gloria de Dios, que es inefable. Así como una granada que está cubierta con su corteza, que encierra todo lo interior, tiene sus divisiones de casillas y varios apartados divididos

¹ Teoph. Antioch., lib. 1 ad Auto'icum.

con su piel illa, en que encajan muchos granos, á este modo contiene á toda la naturaleza el espíritu de Dios. Y de la manera que un grano de la granada que está cercado de su corteza no pudiera ver, aunque tuviese ojos, lo que está fuera, ni á quien la tiene en la mano, así también ninguno deste mundo puede ver al que le tiene en su mano, que es Dios». Pero aunque no le puede ver con claridad, echa de ver la perfección de sus atributos, principalmente de su sabiduría y poder, en la disposición y orden de las cosas.

Pasmo es el concierto y orden con que en cada naturaleza se muestra el infinito saber de Dios. Galeno no acaba de admirar la infinita sabiduría que resplandece en sus obras, y atónito desto advierte¹ cómo en el cuerpo humano hay más de seiscientos músculos, y en cada uno hay diez modos para el uso diverso de otros tantos fines que tienen; y así viene á concluir que sólo los músculos tienen seis mil fines y usos. Añade que hay también más de doscientos huesos, y que cada uno tiene más de cuarenta usos y fines, y así vienen á ser en todos más de ocho mil fines y usos que tienen solamente los huesos. A este paso es en los demás miembros y artejos del hombre, que son más de los que pensó este filósofo, que también anduvo corto en la cuenta que hizo de los huesos humanos, que llegarán á trescientos. Y así es un número casi innumerable de fines y usos que tienen todos los miembros, con tantos nervios, venas, arterias de que se componen. Pues en los cuerpos de los demás animales, desde el elefante hasta el más vil gusanillo, ¿qué usos, qué fines, qué trazas, qué maravillas no habrá en cada uno, según su especie y naturaleza, en cada una diferentemente que en la otra? Todas las cosas que hizo Dios, así plantas, como aves, peces, ani-

¹ Galeno, lib. De format, fatus.

males, las hizo tan por extremo perfectas, que no hay más que desear. Pero ¿qué diré de las naturalezas espirituales, pues en el entendimiento de una sola hay más que maravillar que cuanto hay en toda la fábrica del cielo y disposición de toda la naturaleza elemental? Toda esta perfección y hermosura tienen las cosas, por la perfección y hermosura de la Sabiduría divina, que las dispuso antes que fuesen, y en Dios tuvieron forma y perfección antes que en sí mismas.

V

Pues en el gobierno del mundo y su altísima providencia, ¿qué milagros, qué hermosuras de la divina sabiduría no resplandecen? Y porque empezemos por la obra más material, que es el gobierno natural del mundo, todo él depende con sumo artificio de los cuerpos celestes, que están todos llenos de maravillas y sapientísima disposición. Lo cual todo es tan regular, que nunca faltan, ni se apresuran, ni tardan más de lo que conviene. ¿Pues quién no admira la sabiduría de Dios, que destes tan artificiosos movimientos quiso dependiesen casi todos los movimientos de todos los demás cuerpos que carecen de sentido, y mudanzas de las cosas inánimes deste mundo elemental? Tanto depende el gobierno deste mundo de los cuerpos celestes, que si se pararan en sus movimientos, se viniera á desbaratar todo él, y vinieran á perecer hombres, y animales, y plantas; pero la sabiduría de Dios contiene todo en su orden; y conserva cielo, y tierra, elementos, y astros, después de tantos mil años, enteros y perfectos, que es un argumento muy grande de su admirable poder y sabia providencia. Porque, como dice San Juan Damasceno ¹: «Si la nave no puede estar sin marinero, porque luego se hundiera; si tam-

¹ Damasc, in hist. Barl., c. 172.

poco puede sustentarse una casa moderada sin mayordomo, ¿cómo puede estar tanto tiempo el mundo, siendo obra tan grande, tan maravillosa, sin un admirable y grandioso gobierno, y sapientísima Providencia? ¿No consideras cuántos años tiene el cielo, y no ha perdido el color ennegreciéndose? La virtud de la tierra no ha cesado después de tanto tiempo; las fuentes no han dejado de correr después que se hicieron; el mar, después de tantos y caudalosos ríos que se ha sorbido, no ha pasado de su medida; las carreras del sol y de la luna no se han mudado, ni se ha pervertido el orden y serie de los días y las noches. Por cierto que esto es muy para maravillar, y reverenciar tan sabio Artífice del mundo.

VI

Con todo eso, no es este gobierno material lo más artificioso de la Providencia divina. Más sabiduría muestra en el gobierno moral, porque es grande maravilla cómo con la infalibilidad de los efectos deja libres muchas causas; cómo con gran suavidad tiene suma eficacia; cómo consigue lo que quiere por sus mismos contrarios, y otros admirables modos de su divina Providencia: la cual está significada en la Escala de Jacob, que llegaba desde la tierra al cielo; en lo cual se daba á entender cómo desde los altos cielos toca Dios con su providencia las cosas de la tierra y las gobierna. Los lados de la escalera son la suavidad y fortaleza con que dispone y ejecuta cuanto quiere. Los ángeles que subían y bajaban son los ministros y ejecutores de su divina Majestad en el gobierno del mundo. Los escalones ó gradas de la escalera son varios caminos y admirables modos de la disposición y providencia divina, como advierte Teodoreto. ¿Y qué modo más admirable que cuando se

ayuda de las mismas cosas contrarias á lo que pretende, y convierte los males en bienes? Porque apenas hay obra en que se muestre más admirable la Sabiduría divina que en el modo cómo sabe sacar de los males grandes bienes, y cómo, permitiendo sus ofensas, saca dellas su gloria. Bien dijo San Agustín ¹ «Como Dios, que es omnipotente y tiene suma potestad de todo, es también sumamente bueno, no permitiera que hubiese algo de malo en su obra si no fuera tan omnipotente y bueno, que del mismo mal hiciera bien». Hacer una obra prima de materia proporcionada, no es mucho. No es maravilla labrar de mármoles hermosas fuentes, ni esculpir de marfil preciosas imágenes, ni esmaltar de oro ricos joyeles. Mayor admiración fuera transformar las materias, volver el plomo en oro, el vidrio en diamantes, y el lodo en esmeraldas; fuera mayor arte y poder, elevando lo vil á ser más alto, y reduciendo lo pernicioso en saludable; esta es una alquimia divina, cuando se saca bien del mal; este es artificio soberano. Los hombres, del oro de las virtudes hacen los joyeles de sus merecimientos; pero Dios, del lodo de los vicios sabe formar el oro de las virtudes; es un artífice sumo, que de los males saca grandes bienes. Son verdaderamente muchos y grandes los bienes que saca la bondad y sabiduría de Dios de la permisión del pecado; porque fuera de que en contraposición de lo malo resplandece más lo bueno (porque como dice San Agustín ², «el mal bien ordenado y puesto en su lugar, encomienda y hace lucir más á lo bueno, para que agrade más y sea más alabado en comparación de lo malo») muestra Dios, con ocasión del pecado, la grandeza de la divina justicia, que sumamente campea en el castigar al pecador, y más con pena eterna, sin tener respeto á ser criatura suya la que se castiga, ni á la inclinación natural

1 August., c. 11, Enchir.

2 August., c. 11, Enchir.

de Dios, que es de hacer bien. Lo cual es un acto de inmensa rectitud y justicia, y gran gloria de Dios. Muestra también, por el contrario, la grandeza de la misericordia divina, que resplandece en perdonar á su enemigo capital, tan perdonado, que le da parte en su reino; y si no hubiera permitido pecado, no campearan así estos dos grandes atributos y perfecciones divinas. Descúbrese también cuánta sea la Majestad divina, pues la injuria que se le hizo con un solo pecado, no se puede castigar bastantemente menos que con tormentos eternos. Tan grande es la Sabiduría de Dios, que de una injuria y desprecio que se hace á su Majestad inmensa, sabe sacar mayor gloria y reputación. Ejemplo de esto es el pecado del primer hombre, pues dél sacó tan gran bien y gloria divina, como el misterio de la Encarnación, y la Pasión de su Hijo, y el Sacrosanto Sacramento de la Eucaristía, y otras innumerables obras, más gloriosas á Dios que le fué injuriosa la culpa. Saca también del pecado mayor recato en los justos, mayor sollicitud y cuidado de adelantarse en su servicio. También es gran fruto de la permisión de culpas el aprovecharse Dios de los pecadores para ejercitar á sus Santos y darles materia de merecimientos. Si no hubiera tiranos, no hubiera gloriosísimos Mártires. Si no hubiera herejes, no hubiera celosísimos Doctores. Permite también Dios los pecados de unos para castigar las culpas de otros. Para castigar á los israelitas y judíos, se aprovechó de la malicia de los asirios, caldeos y egipcios, dando á éstos en parte felicidades temporales, en parte castigándolos para ejemplo nuestro. Y así dice Teodoreto: «Dios envió á Faraón varias penas, no porque le hubiese de hacer mejor, porque ya sabía que aquel ánimo empedernido no se había de convertir, sino para que las cosas que dél se habían de contar sirviesen á todos de provechosos ejemplos; porque así como las ciudades sus-

tentan verdugos y corchetes como ministros de la justicia, por los cuales castigan á los ladrones y parricidas, aunque no alaban á los que tomaron oficio de verdugo, pero por la necesidad toleran este modo de vida; de la misma manera Dios, Rector deste universo, permite que haya tiranos como verdugos de su justicia, para castigar por su medio á los malos, y después condenarlos á ellos¹. De la misma suerte es gran ingenio de la Sabiduría divina permitir pecados para aumentar virtudes, ó castigar otros pecados, ó uno y otro, porque después de un pecado suelen quedar los buenos más corregidos y humildes. Por lo cual dijo San Agustín²: «Atrévome á decir que conviene que caigan los castos que se ensoberbecen, para que en aquello mismo de que están ufanos se humillen». San Pedro de su pecado sacó más conocimiento de sí: la Magdalena, de los suyos, más amor de Jesucristo.

VII

Donde también luce más que mil soles la Sabiduría divina en los admirables efectos de su soberana providencia, es en las cosas que más parece repugnan á la misma providencia de un Sér tan infinitamente bueno; porque ya que permite pecados para demostración de su divina justicia y misericordia, en castigar á los malos y hacer mercedes á los buenos, parece repugnante á su justicia y providencia que conceda grandes prosperidades y felices sucesos á muchos de los malos, y envíe grandes aflicciones y aprietos á los buenos. Pero aquí es donde resplandece más que los rayos del sol una admirable prudencia y singularísima providencia de Dios, porque hace esto con sumo consejo, para que se desprecien los bienes temporales, pues son comunes

¹ Lib. 6. *De Grac. affect. curat.*
Verb. Domini.

² August., serm. 53. *De*

á los malos, y no se teman los trabajos y penas, pues son comunes á los buenos. Demás desto, es castigo grande de muchos malos tener prosperidades en sus vicios, pues con eso se hacen peores, y es merced y beneficio de muchos buenos ser atribulados, porque con eso son más humildes y se hacen mejores, teniendo ocasión de ejercitar más virtudes y mostrarse finos con Dios. De suerte que aunque dé prosperidad al malo, no queda sin castigo, y aunque dé tribulación al bueno, no queda sin galardón; y cuando no fuese por pena la felicidad temporal, ni por premio la pobreza y necesidad, la justicia que ejecuta la propia conciencia no falta ni á buenos ni á malos; á éstos afligiéndolos en medio de su fortuna y dicha, á aquéllos consolándolos en medio de su necesidad y trabajo: á los cuales les saca dél Dios cuando más les conviene y ellos menos piensan, que es grande gloria del Saber divino obrar cuando menos alcanza el entendimiento humano; porque á la manera que algunos ríos se esconden debajo de tierra y sin ser vistos corren sus aguas hasta que después de muchas leguas se descubren y vienen á dar en el mar, así son los efectos de la divina Providencia, que aunque estén por algún tiempo ocultos, se descubren cuando menos se piensa. Y si alguna vez no alcanzamos los consejos divinos ni apeamos sus profundos pero justísimos juicios, nos hemos de humillar y no querer escudriñar la Majestad, porque no seamos oprimidos de su gloria y grandeza. Bien dijo San Crisóstomo¹: «El que quisiese vadear un río por todas partes, no conoce sus propiedades, y acontecerá que, queriendo temerariamente atravesarle, dejando los pasos seguros, perecerá. De la misma manera, quien quiere saber todas las cosas de Dios y escudriñarlo todo con temeridad, éste tal no conoce lo que es Dios. Mas como la mayor parte de los ríos no tienen re-

¹ Crisóst., homil. 8 *De Diversis.*

molinos y profundidades peligrosas, y en lo más hay seguridad, en Dios, por el contrario, la mayor parte es profunda y oculta, y son inexcusables sus obras: ¿pues por qué quieres precipitarte? Razón tiene en todo el que es sobre toda razón, y aunque no la alcancemos á conocer, sepámosla reconocer y admirar, y tomar de la grandeza de Dios lo que basta para calentar nuestro afecto y no errar en el concepto, porque, como dijo Isichio ¹: «Así como para calentarse al fuego basta tocarle, y si uno quisiera meter dentro la mano se quemara, así el que quisiese apear lo más íntimo de la sabiduría y misterios divinos, correrá peligro, y sólo ha de tomar dellos lo que basta para amar á un Dios incomprendible, cuya misericordia es la mayor de sus obras; y aunque sea profundo en algunos juicios de su justicia, es inmenso en los innumerables efectos de su misericordia, y usa de su providencia, no por utilidad suya, sino para provecho nuestro».

No hay trabajo tan sin remedio, no hay tribulación tan desesperada, de que no sepa Dios fabricar una gran felicidad. Á José sacó de la cisterna y de la cárcel, levantándole al imperio de tan gran reino como Egipto; y á David, por evidentes peligros de la vida, le ensalzó al cetro de Israel; y estando desesperada y concluida la causa de Susana, la sacó viva, y libre, y honrada de los brazos de la muerte y de la injusticia. Esta es grande gloria de la Providencia divina, sacar de los males bien, y aprovecharse de todas las cosas: las cuales de tal manera ordenó, que nada nos está mal, si no es nuestra malicia y pecado. De manera que aunque vengan todos los trabajos, dolores, deshonras, hambres, miserias, muertes, y se caiga la casa, y se hunda el mundo, nada nos está mal, ni nada nos daña en lo que importa; porque nada de eso nos quita á Dios.

¹ Isich., in Levit., l. 2, c. 6.

antes nos le puede dar, y todo eso nos da que merecer premios, cielo, gloria; y aun cuando los trabajos se lleven mal, disponen por lo menos para llevar otros menos mal, y así vemos que un trabajo amansa y quebranta al más león.

VIII

¡Oh qué gran consuelo es esta sapientísima providencia de Dios, pues sabe sacar de los mismos males mayores bienes! No hay por qué entristecernos, sabiendo que lo gobierna todo quien lo sabe todo, y puede todo, y es sumamente bueno. Revuélvase todo, trastórnese el mundo, túrbese el universo, que no hay mal del cual no sepa sacar Dios bien. ¿Qué cosa más triste y desdichada puede suceder que la perdición del género humano por el pecado de Adán? Pero de ahí sacó Dios tan grandes bienes, que llamó por eso la Iglesia aquella culpa dichosa. No sucederá cosa tan mal que no sepa dello sacar Dios mejorada su gloria, aunque nos parezca á nosotros que van las cosas fuera de razón. Bien nos podemos sosegar aunque veamos todo turbado, porque con sumo consejo, con infinita sabiduría y con una acertadísima razón lo dispone ó permite y endereza Dios todo para mayor bien. Manden los malos, reinen los pecadores, oprímanse los justos, ultrájese la justicia, profáne se la Religión; nada desto se hiciera si Dios no lo permitiera con particular providencia; y no lo permitiera sino por justísimas causas y razones, y si no fuera mejor permitirlo que impedirlo; y si hay daño, Él lo restaurará á su tiempo, y se verá la grandeza de su sabiduría y acierto de su admirable providencia, que será tanto mayor, cuanto parece que están ahora las cosas más confusas y desordenadas. Pero está encubierto el artificio soberano y la mano sapientísima que las gobierna, y á su tiempo será un her-

mosísimo teatro ver descubiertos los caminos y efectos de su providencia.

IX

Es también de grande consuelo la Providencia divina para descuidar nosotros de muchas solicitudes desta vida, poniendo principalmente la mira en agradar á quien gobierna todo con justicia y razón: porque si sabe Dios cuidar de los pajarillos del campo, sólo porque los crió, ¿cómo cuidará de los que le sirven y de aquellos por los cuales Él mismo murió? Pongamos nuestro cuidado en servir al que cuida de los que le sirven, más que ninguna otra criatura, aunque cuida de todas. Buen ejemplo nos son Abraham, Jacob, José, Moisés, Job, David, Tobías, Daniel, Susana, que por servirle les hizo beneficios nunca esperados, y les libró de peligros desesperados. Nadie pierda la esperanza pensando que le tiene Dios olvidado. Es inmensa su capacidad, ni cabe en su amor olvido, ni en su sabiduría ignorancia, ni en sus fuerzas flaqueza. Mucha verdad es lo que dice San Gregorio ¹: «Así atiende el Señor á cada cosa, como si no cuidara de todas, y así atiende á todas, como si no cuidara de cada una. Consolémonos, que todo pasa por los ojos divinos». No hay cosa que salga de la jurisdicción de Dios. Nada se escapa de la disposición de su infinita sabiduría. A todas causas, á todos efectos se extiende su divina providencia, de suerte que ni el menearse una hoja del árbol, ni el pestañear de un animal, es sin intervenir su santísima voluntad. En una casa concertada de un prudentísimo padre de familias, no se hace cosa sin su orden. Pues ¿cómo se podía hacer cosa en esta gran casa de Dios, que es el universo, sin su mandato y orden ó permisión, pues puede todo y lo sabe? Los ángeles, los demonios, los hom-

¹ Greg., lib. 25. Moral., cap. 19.

bres, los animales, las plantas, los cielos, las piedras, los elementos, no se pueden menear sin su voluntad, y todas las cosas le deben obediencia. Nada se puede mover sin que Él lo sepa y quiera; ni una paja se puede levantar del suelo sin que concurra á ello su omnipotencia. Y así dice San Agustín ¹: «La voluntad de Dios es la prima y suma causa de todos los movimientos ó acciones corporales y espirituales; porque no se hace cosa visible y sensiblemente que no esté mandada ó permitida hacer por el consejo invisible é inteligible del sumo Emperador, según su inefable justicia en conceder premios ó ejecutar castigos, en hacer gracias ó satisfacer servicios en esta amplísima é inmensa república de todas las criaturas». Esto nos ha de ser de gran consuelo, que todo lo registre Dios, que todo pasa por los ojos de un Señor tan sabio, tan prudente, tan bueno, tan deseoso de nuestro bien, de quien podemos fiar más que de nosotros mismos. Tengamos gran confianza en un Señor tan bueno, para los buenos tan cuidadoso y pródigo. No tiene el siervo de Dios que temer la potencia de los tiranos, ni el odio de los demonios, ni el espanto de otra criatura; que Dios le librará de todo daño, ó le convertirá el daño en mayores bienes, que no permitirá suceda al que le sirve de veras, cosa que no le esté bien: porque á los que aman á Dios, conforme dice el Apóstol ², todas las cosas les ayudan para el bien. Tomemos todo de la mano del Señor, y esperemos de su bondad mil misericordias.

Nadie tiene que quejarse de Dios, pues en su gobierno es justo, y en su cuidado Padre de los justos. No te quejes por la enfermedad que te envía, ni por la necesidad que padeces, ni por la humillación con que vives: porque esto te está bien, ó se te convertirá en bien. No hay que que-

¹ August., apud Prosperi sententias. ² Ad. Rom., 8.

jarse de lo que Dios hace, porque sería quejarse de lo que es justo y puesto en razón. Y si tuvieras tú mismo que te quejas tanta sabiduría y bondad como Dios, hicieras lo mismo. Nadie se puede quejar justamente de su bien, pues sabe que bien nos está padecer algunas cosas, y así nos las envía quien nos quiere bien. Bien nos está el ser humildes, el satisfacer con poco en esta vida, pues debíamos pensar mucho en el infierno, el tener materia de merecimiento y ejercicio de virtud. Conformémonos con lo que Dios hace, y contentémonos con nuestra ganancia; y aunque el sentido sienta el trabajo, huélguese la razón del provecho. No miremos las cosas como sucedidas acaso, sino como ordenadas de Dios con altísimo consejo. No temamos en ellas el suceso, sino reverenciamos en ellas la disposición divina. Ejemplo desto nos dió David, cuando las maldiciones y baldones que le dijo Seméi no las recibió como dichas de un vasallo suyo, sino como mandadas de su Señor, y así no quiso que le hiciesen mal sus soldados, diciéndoles ¹: «Dejadle, porque el Señor le mandó que maldijese á David»; esto es: lo permitió con particular providencia. Pues si las cosas que Dios no quiere ni hace, sino sólo las permite, se han de llevar con esta humildad, en las que hace Él por sí mismo y quiere para nuestro bien, ¿por qué no hemos de besar su piadosísima mano, y agradecer su misericordia, aunque al sentido le duela?

DIRECCIÓN GENERAL D

Seamos muy agradecidos al cuidado de padre con que nos gobierna Dios, al amor de madre con que nos sufre, á la providencia de sabio con que nos endereza. Corrámonos de que Tobías estuviese al compañero de su camino tan agradecido, que le dijese ²: «Si yo me entregase por tu esclavo,

¹ II Reg., 16. ² Tob., 9.

vo, no haré aún lo que merece tu providencia». No hacemos nada en servir á Dios como esclavos, pues es tan tierno el cuidado que tiene de nosotros, y tan amorosa su providencia. ¡Oh gran dicha nuestra, que un Dios tan sabio nos gobierne, que un Señor tan poderoso sea el que cuida de nosotros! Los dos santos Tobías, padre é hijo, estaban tan reconocidos á uno que tenían por hombre ordinario, por el bien que los hizo, que juzgaban no tenían hacienda bastante con qué pagárselo, y así dijo el hijo al padre ¹: «¿Qué paga le podemos dar, ó qué cosa puede ser digna de sus beneficios? Llevóme á mí, y trújome sano, cobró el dinero de Gabelo, hizo que yo tuviese mujer, refrenó apartando della al demonio, causó gozo á sus padres, libróme á mí que no me tragase el pez, hizo que tú vieses la luz del sol, hémonos llenado por él de todos bienes; ¿qué cosa podemos dar bastante por estas cosas?» ¡Oh cuán en la memoria tenía todos los beneficios que había recibido de aquella persona! ¿Pues por qué se nos han de olvidar á nosotros los beneficios de la Providencia divina, que con toda verdad nos ha llenado de todo bien? A Dios debemos la salud, á Dios debemos el sustento y la hacienda, á Dios debemos estar libres de innumerables peligros de cuerpo y alma; á Él debemos que nuestros ojos vean, que nuestros oídos oigan, que nuestros pies anden, que nuestras manos toquen, que nuestro cuerpo tenga vida y aliento. No por ser Dios el que nos hace mayores bienes ha de ser menor nuestro agradecimiento. Cuando conocieron aquellos varones justos que no era hombre, sino un ángel, el que tuvo tanto cuidado dellos, y que se dignase por su misma persona de solicitarles su bien, quedaron atónitos, y estremeciéndose cayeron en tierra, pasmados de tan gran bondad, y que un espíritu tan levantado se hubiese dignado de mirar por

¹ Tob., 12.

ellos, quedando por tres horas enteras postrados en tierra de espanto y de una agradecida confusión de haber recibido de tan grande ángel tanto bien, que no le podían pagar. ¿Cómo no nos admiramos de que no un ángel, sino el mismo Señor de los ángeles, un Dios omnipotente y de tan grande Majestad, así cuide de cada uno de nosotros, como si sólo estuviere en el mundo y no tuviese más que hacer que mirar por su bien? No hay agradecimiento bastante á tanta dignación. El entregarnos por perpetuos esclavos y servirle de rodillas millones de años es poco, es nada para quien tanto debe, y para Aquél á quien tanto debemos; y pues nos está siempre mirando con tanto cuidado para hacernos beneficios, mirémosle continuamente con reverencia para serle agradecidos: porque, como dice Hugo Victorino ¹. «Así como no hay momento en que el hombre no use y goce de la bondad y misericordia de Dios, así también no debe pasarse momento en que no tenga á Dios presente en la memoria: todo el tiempo que no piensas en Dios, piensas que le has perdido».

Imitemos, pues, las criaturas esta providencia del Criador, previniendo nuestros males y disponiendo su servicio. Bien nos aconseja Santo Tomás que, á imitación de Dios ², «habíamos de prevenir todas nuestras palabras y obras, todos nuestros querer y pasos, y mirar qué bien ó mal puede suceder dellos, ó resultar á otros algún escándalo ó enmienda de su vida. Debemos también pensar de antemano cómo hemos de resistir, si acaso nos viniesen algunas tentaciones, ó causadas por los demonios, ó por los hombres; cómo las hemos de llevar, cómo las hemos de despedir; porque los dardos que se han previsto, menos llagan. Debemos también tener considerado anticipadamente qué

¹ Hug. Viet.: *De claustro anime*, l. 1. ² S. Thom., *De divit. moribus*.

es lo que nos ha de suceder en el apartamiento del alma y del cuerpo: cuán grande dolor ha de pasar el cuerpo y el alma, cuánto temor tendrá, y cuán grande peligro. También se ha de prevenir adónde hemos de ir á parar, si á vivir con Dios ó con Satanás, en el cielo ó en el infierno; cuán grande gozo tendrán los que estarán con Dios, y cuánta desdicha los que fueren apartados dél. Cosa provechosisima sería que tuviesen todos los hombres estas cosas en el pensamiento». Considerando después el santo Doctor el cuidado que tiene Dios de todas las criaturas, de los animales, de los elementos, de los hombres buenos y malos, de las ánimas y de los ángeles, dice ¹: «De la misma manera nosotros debemos tener cuidado de todas las criaturas, para usar de todas según el gusto y ordenación divina, para que en el día del juicio no las tengamos por testigos de nuestra maldad. Debemos también tener cuidado de todos los hombres, tomando por nuestro muy entrañablemente cualquier daño ó provecho suyo, procurándolos ayudar con nuestros deseos, oraciones y ejemplos buenos, para que se aparten de lo injusto. Debemos también tener cuidado con las ánimas del purgatorio, procurando disminuir sus penas con obras de misericordia. Debemos también tener cuidado con los ángeles, para que lo que se les debe por nuestra guarda y solicitud en nuestro aprovechamiento, no se les malogre por culpa nuestra. También debemos, sobre todo, tener con gran solicitud cuidado de Dios, para que siempre y donde quiera hagamos y cumplamos cuanto ordenare de nosotros, y pluguiere hacer, principalmente acerca de nuestras personas». Esto es del santo Doctor.

¹ Supra.

CAPÍTULO II

Cuán hermoso es Dios por su infinita rectitud y justicia. Trátase deste atributo.

I

Aún más que la Sabiduría es celebrada la Hermosura de la justicia: por lo cual dijeron algunos que no había cosa más bella, y Platón¹ afirma que la justicia es cosa hermosísima. Suponiendo lo mismo Aristóteles, dijo² «que era entre las demás virtudes esclarecidísima, tal, que ni el lucero es tan admirable». El mismo dijo³ de la Justicia lo que otros de la Hermosura, que es bien ajeno. También Proclo escribió que adonde está lo justo, allí está lo hermoso. Por lo cual dijo Paulo Emilio⁴: «La forma del cuerpo, la dignidad del rostro, la gravedad de la frente, la majestad del semblante, el resplandor, vigor y lumbré de los ojos, mueve á los que lo miran, y los detiene, acordándose cuál sería la hermosura del primer hombre cuando fué criado del Sumo Artífice, y cuáles serán los justos en la dichosa inmortalidad. Pues si la hermosura del cuerpo se estima en tanto, que como un milagro se admira, ¿qué se ha de sentir de la hermosura que hace semejante un Rey á los habitadores del cielo; esto es, de la justicia?» Es, pues, la justicia la hermosura de la voluntad, así como la sabiduría lo es del entendimiento: porque de la misma manera que un entendimiento sabio es un agradable espectáculo de verdades, ilustraciones y conceptos, así la voluntad justa es un hermosísimo teatro de buenos propósitos y deseos. Y así es gloria particular de la voluntad la justicia. Por lo cual, definiéndola Justiniano, emperador, dijo⁵: «Justicia

1 Plato., in *Minoe*. 2 Arist., 5, *Ethic. Nicom.*, c. 1.
3 Arist., *ibid.* 4 P. Æmil., l. 8. 5 Lib. 1, *Inst.*, tit. 1.

es una constante y perpetua voluntad de dar á cada uno lo que es suyo». Esta gloria no pudo faltar á la voluntad divina, ni esta hermosura á las demás hermosuras de Dios. Pero como no debe el Criador nada á las criaturas, sino sólo cuando pecan se debe al pecado la pena, lo que más campea en Dios, y con más propiedad, es la Justicia vindicativa, que es de castigar las culpas; la cual es una perfección del Sér divino maravillosísima, porque nace de un infinito deseo que tiene de que todo se haga bien; el cual deseo hace á Dios tan riguroso en castigar, cuanto es suave y deseoso de premiar, y por medio de su justicia obra grandes bienes en el mundo. Por lo cual dijo Apuleyo¹ que «la voluntad de Dios es la bondad de todas las cosas». Por cierto no puede dejar de ser hermosísima voluntad la que está tan llena de bondades, cuantas bondades, y bienes, y buenos hay. Fueran muy pocos los buenos si no hubiera una potestad soberana de voluntad justísima, cuyo temor les forzase á cumplir la ley divina. Porque lo mismo fuera para los hombres no haber de castigarlos Dios, que no haber Dios. Y cuantos males se siguieran de no haber Dios, tantos acontecerían si no fuera justo. David dijo de los que decían en su corazón que no había Dios²: «Corrompidos están: hánse hecho abominables en sus pensamientos; no hay quien haga bien, hasta uno no hay». Esto mismo sucediera si no tuviera Dios rigor y severidad contra los malos. Aristóteles dijo de las repúblicas humanas que fuera lo mismo faltar en ellas la justicia que quitar al sol del mundo; mayor confusión fuera si faltara la severidad divina. Más fuerza tiene la pena del castigo para detener del mal, que la promesa del premio para provocar al bien; pero de un medio y otro usa Dios, y no menos le debemos infinito por las penas con que nos amenaza para que no pequemos,

1 L. Apulei., in *Asclep.* 2 Psalm. 13.

que por los premios con que nos convida para que le sirvamos; y así dice San Juan Crisóstomo ¹: «Igualmente debe ser alabado Dios por haber puesto á Adán en el Paraíso, que por haberle echado dél. Igualmente le hemos de dar gracias por el reino del cielo, como por el infierno; porque á quien amenaza para perdonarle, le castiga para librarle de su vicio».

En esto atendió aquella infinita Bondad al bien de cada particular del universo; pero no menos había de desear el bien común que por la severidad de la justicia se conserva y se sustenta la hermosura de su orden, la cual se turba y confunde por el pecado, cuando el pecador por su intolerable desvergüenza se rebela contra Dios y se sale de la debida obediencia y sujeción que le debe tener, y pervierte el estado de la observancia y rectitud pública que todas las cosas deben conservar. Porque si se turbara el orden deste mundo elemental; si el agua se levantase sobre el aire, y la tierra se subiera sobre los cielos, mucho más se turba la rectitud y orden de las cosas cuando una vil criatura se levanta sobre su Criador, despreciando su obediencia y ley. Este mal tan grande, que por ser público es grandísimo, repara la Justicia divina sujetando por la fuerza de la pena al dominio divino, al que por la voluntad de la culpa se quiso salir dél. Y así como es una enorme fealdad y sumo mal el desorden del pecado, así es una gran hermosura y bien grandísimo el de la justicia. Allégase á esto que toda la desordenación de nuestra naturaleza y de los elementos ha nacido del pecado; porque si no hubiera pecado el hombre, estuviera toda la naturaleza de tal manera ordenada y refrenada, que no hiciera daño alguno al hombre. Y así corregido el mal de la culpa con el bien de la justicia, es sumo decoro de todas las criaturas. No para

¹ Chrysost., in Ps. 148.

el bien que causa la justicia en que sólo lo sea para bien de los particulares y de todo el universo, sino se extiende también al del mismo Dios, á quien injuria el pecado, y es recompensación de tan gran mal el bien de la justicia; porque mientras se da al traidor el castigo debido, se vuelve por la honra de la Majestad violada; y así es gran gloria que padezca la pena contra su voluntad quien por su voluntad cometió la culpa, ofendiendo á su Señor; y en la ejecución de su justicia hace Dios más bien que cuantos pecadores hicieron mal, y es por ella más amable Dios que todos los pecadores son aborrecibles.

Pues como la voluntad divina sea la más deseosa de todo bien que es posible ni imaginable, y haya en la justicia tantos bienes como son el bien de los hombres, el bien del universo y el bien del mismo Dios, es forzoso que sea también la más justa que se puede pensar; porque el infinito amor que tiene á lo bueno le hace que tenga sumo rigor con lo que es malo. Por esto su justicia es justísima y tremenda, y cuanto es más para temer, es más para amar, más para reverenciar, más para admirar en ella una infinita hermosura y perfección; pues lo que á los pecadores parece terrible, en Dios es admirable; y así como la justicia está infinitamente opuesta á la cosa más fea y abominable del mundo, que es el pecado, así es ella hermosísima y admirable; y cuanto se muestra más rigurosa, se califica de más hermosa; y cuanto ejercita más rigor con el pecado, se descubre ser más digna de amor; porque su mayor severidad es su mayor rectitud y hermosura.

II

Para que veamos cuán grande sea esta perfección de la Justicia de Dios, no era menester decir más sino que unas hechuras suyas, y que fueron sus hijas por gracia, y

las amó sobre todo el resto de la naturaleza, por sólo un desorden que les pasó por el pensamiento, y en un instante, con consentimiento de culpa grave, les atormenta en el infierno con tan terribles penas por toda una eternidad. ¡Oh cuán justa voluntad, cuán deseosa del bien es la que así se enoja contra el mal, la que no perdona á sus cosas propias! ¿Qué justicia es la de Dios, que á tanta multitud de espíritus celestiales que fueron contra la ley de su santísima voluntad, privó totalmente de la visión divina y bienaventuranza eterna, arrojándolos en lo profundo del infierno? Si esto sólo se hubiese hecho con sólo un ángel, era para estremecer el pensarlo. ¿Cómo no nos pasamos de que se haya hecho con innumerables ángeles y grandes serafines? ¡Oh cuán estupenda justicia ejercitó aquí la severidad divina, sin tener cuenta con la multitud de los condenados, ni con la hermosura con que resplandecían sobre las demás criaturas, ni con la excelencia de sus substancias, ni con la alteza de su ingenio, ni con todo el bien que de la salvación de tantos soberanos espíritus podía resultar, ni con la visión beatífica con que le habían de admirar para siempre, ni con la caridad intensísima con que le habían de amar eternamente, ni con las alabanzas con que le habían de celebrar por los siglos de los siglos! De la misma manera no reparó en otros muchos males que se habían de seguir de aquel castigo, como fueron el odio de su divina Majestad, que le habían de tener después de condenados, las blasfemias que le habían de decir, la envidia que habían de tener los hombres, y el gran mal que habían de hacer al género humano. En nada desto reparó aquel Sumo Señor, por no faltar al bien de su justicia; y pudiendo ellos por ventura arrepentirse, si tuvieran una hora de término, no quiso la entereza de su severidad sino condenarlos al punto, por ser aquel el primer pecado del

mundo y el primer mal ejemplo de traspasar sus santísimos preceptos. Y así convino á su justicia hacer aquel castigo tan general de tantos millares de nobilísimos espíritus é hijos suyos. Por cierto que no era creíble tanta rectitud y severidad sino de la suma Bondad y Majestad divina, que debe á la perfección de su naturaleza tanta perfección de justicia. Después desta pública y universal justicia de los ángeles, no hay que espantar la que se hizo con el género humano, así privando á todos los hombres de la gracia divina por el pecado de su padre Adán, como anegando después en el diluvio muchos millones de hombres, esto es, todos cuantos tenía el mundo cuando estuvo más poblado, si no es ocho personas que en el arca se salvaron.

Aún más espantoso ejemplo de justicia es la condenación de tantos cristianos, después de haber sido redimidos con el precio infinito de la sangre de Cristo. Este es un sumo ejemplo de rectitud, que con haber favorecido Dios tanto á los hombres y estar tan inclinado á hacerlos bien, y ser ya hermanos de Jesucristo, y haberle costado tanto, con todo esto no repara en nada, sino á sólo el estado en que están cuando mueren, que si les coge con sola una culpa grave y de pensamiento, les condena irremisiblemente á penas eternas. Y no digo á un cristiano, pero si á la Reina de los Angeles y Madre de Dios hallara en pecado mortal cuando expiró, es tanta la entereza del juicio divino, tanta la rectitud de su justicia, que la condenara al fuego eterno del infierno, sin reparar en la suma santidad con que mereció ser Madre de Dios, ni en los incomparables dones y gracias que en ella depositó. ¡Estupenda por cierto es esta justicia! ¿Quién no se pasma desta rectitud y severidad de Dios, viendo que á un alma á quien tanto ama la suma Bondad, que la quiere más que ella á sí misma, que crió este mundo y el otro para ella, é hizo por su

remedio y salvación tanta infinidad de finezas, que murió de amores por ella, que la compró con su sangre, que la ordenó esta Iglesia con tantos Sacramentos, predicadores, ministros, medicinas y reparos para sus pecados, que la está asistiendo con tanto cuidado noche y día como si no tuviera más que sola ella de quien cuidar, que dice es su deleite estar con ella, que la quiso más que á su vida, pues la dió por ella, á esta tal se la deja estar en el infierno por un pecado mortal, mientras durare su eternidad, que será sin fin y para siempre, padeciendo tan atroces tormentos, que no hay lenguas en el mundo que los puedan decir? Todo este sumo rigor contra la culpa es amor de la inocencia, y tanta severidad contra el mal es una ardiente inclinación al bien. Por ser Dios la suma Bondad, es enemigo capital de toda maldad. Y así dice Santo Tomás¹: «De la manera que la justicia es enemiga de la injusticia, y la pureza de la inmundicia, así también á la malicia es contraria la Bondad divina».

Mayor que esta tan grande integridad y justicia es la que mostró Dios en la pasión de su Hijo natural y unigénito, que quiso muriese ajusticiado públicamente con tan acerbos dolores, tan grandes ignominias, tan grande desamparo como el que tuvo en la Cruz, y esto por pecados ajenos, siendo él la suma inocencia y santidad. No puede pasar de aquí la inflexible rectitud de Dios, que pudiendo hacer merced de perdonar graciosamente al hombre, usando de su potestad divina, sólo por no faltar un punto á su justicia, quiso fuese condenado su Hijo á muerte afrentosísima de cruz. Y pasó por ello el Padre Eterno, porque ya que su Hijo salía á satisfacer por el delito ajeno tomó dél la satisfacción entera, y no sólo la cabal, sino la sobrada y sobreabundante. Tan entera quiere que esté la gloria de su

1 S. Thom., *De moribus divinis*.

justicia. ¡Oh cuán recto y justo es Dios, cuán poco aceptador de personas, pues ni á sus hijos adoptivos disimula culpa propia, ni á su mismo Hijo la ajena! Entre los hombres fuera esto injusticia: pero ésta es la infinidad y primor de la Justicia divina, que sea en Dios sumamente justo lo que entre hombres se calificara por inicuo. Exceden las cosas divinas á los juicios humanos; y como en Dios hay suma unidad aunque es trino, así hay suma justicia aun en la muerte de su Hijo inocente; y así como la Trinidad no destruye, sino perfecciona la unidad y simplicidad divina, así también la muerte y Pasión del Hijo de Dios inocentísimo engrandece la perfección de la Justicia divina.

III

Es también gran demostración de la rectitud de Dios y del infinito deseo que tiene de lo bueno para que se obre siempre bien, que no sólo toma siempre satisfacción irremisiblemente de las culpas graves, sino de todas, sin disminuir aun con la más mínima. ¿Qué juez hay que mire en cosas pocas? ¿que prenda por la deuda de un maravedí? ¿que castigue un mirar de ojos? Mas la infinita santidad de Dios es tan deseosa de que todo se haga bien, tan aborrecedora de toda culpa, que no deja pasar ni una palabra ociosa de que no haga tela de juicio y castigue severísima pero justísimamente; y así se han visto en esta parte muy particulares ejemplos.

Este suplicio de la justicia divina es indefectible en la otra vida, y muchas veces en ésta: mas con tanta diferencia de las penas, cuanto va de lo vivo á lo pintado; porque respecto de los castigos eternos, pintados son los temporales, aunque son tan llenos de espanto y pavor como causaron el fuego que bajó del cielo á abrasar la provincia de

Pentápolis; los terremotos que se han sorbido ciudades enteras, los diluvios que á grandes provincias, y una vez á todo el mundo anegaron, las violencias de otros elementos que han hecho grandes estragos, las guerras que han assolado imperios, las hambres, las pestes, y otros mil géneros de enfermedades y miserias. Para temblar es que por el pecado de David en contar al pueblo murieron en pocas horas setenta mil hombres de peste. Pero en los pecados graves, aunque son tan terribles y horriblos sus castigos, no maravillan tanto como los que por culpas veniales ha ejecutado Dios, aun en sus más amigos; porque no extraña tanto que un enemigo se trate con rigor, como que un amigo se trate con severidad; y así, del rigor de la Justicia divina en los pecados veniales, que es estupendo, se puede colegir cuán horrendo es contra los mortales.

Por esto los Santos, aun por culpas muy ligeras y sin advertencia plena, querían satisfacer con rigorosísimas penitencias, y las lloraron amarguísicamente. Pues si los hombres que tienen alguna luz del Cielo juzgan que se deben castigar tan rigurosamente culpas tan ligeras, no teniendo tanto deseo del bien, ni tanta justicia como Dios, ¿qué mucho que aquel Señor, justísimo sobre toda justicia, y desecho del bien sobre todo santo deseo, ejercite aun contra los pecados pequeños grande rigor? Tema, pues, el pecador á un Dios tan justo; y pues los Santos le temieron tanto en lo poco, no debe él despreciar su justicia en lo mucho. Si el celo que tiene Dios del bien es terribleísimo aun en cosas tan menudas; ¿cuán horrendo será su rigor en las muy grandes? Terrible caso será cuando desenvaine sobre los pecadores la espada tajante y bien acicalada de su rigor, que ensangrentará en sus almas, descargando en ellos los golpes fortísimos de su omnipotente brazo con todo género de tormentos. «En ellos llove-

rá (como dice la Escritura) ¹ lazos, fuego y azufre, y espíritu de tempestades será la parte de su cáliz». Porque, como en otra parte se dice ², «dará en la carne dellos fuego y gusanos, para que sean abrasados y lo sientan hasta una eternidad». En el *Apocalipsis* se dice ³ «que el humo de sus tormentos subirá por los siglos de los siglos, ni tienen descanso de día ni de noche». ¿Y qué tormentos serán éstos que arrojarán tanto humo? No es menos que un inmenso caos de miserias, penas, dolores, lágrimas, gemidos, aullidos, blasfemias, maldiciones, gritos, fuego, alcrebite, hediondez, inmundicia, horror, y más de lo que podemos imaginar, con que ejecuta el furor santísimo de la divina Justicia lo que merecen los pecados.

¡Oh justísimo Dios! Dame gracia para que te respete, pues la inmensa severidad de tu Justicia no es para burlarse con ella. Dame gracia para que te tema y te ame, pues castigas al que peca, y tú no quieres castigar ni que yo peque. Témate yo, porque me puedes castigar, y ámete, porque quisiste que te temiese, para que no me castigases; ámete, porque eres tan bueno, que usas del mal de la pena contra el mal de la culpa, que es el verdadero mal. ¡Oh cuán buena es tu justicia, pues se opone á cuantos males verdaderos hay! ¡Oh cuán hermosa es, pues tan contraria es á la inmensa fealdad de todos los pecados! ¡Oh cuán cabal y perfecta es, pues va contra toda monstruosidad de todas las culpas! ¡Oh cuán amable es tu justicia, pues no es menos amable que cuantos pecados hay son aborrecibles! Convino que se recompensasen ó se remedian las obras malas de las criaturas, y el remedio de la misericordia divina, mas la recompensación hace la justicia; y los pecados que no remedió la suavidad de la misericordia, los recompensa la bondad de la justicia; por-

1 Ps. 10. 2 Judith, 16. 3 Apocal., 14.

que más bueno es que castigue Dios eternamente á los malos, que mal fué delinquir los injustos. Aquello es virtud del Criador, que tiene perfección infinita; esto mengua de las criaturas limitadas y cortas.

IV

Todo este celo de Dios en castigar lo malo es por un inmenso deseo que tiene de lo bueno, que hace á su divina voluntad hermosísima, y más esmaltándola siempre con el bien de su misericordia; porque, como dice Santo Tomás¹, «costumbre es de Dios que nunca deja la justicia por la misericordia, ni á la misericordia desampara por la justicia; porque jamás juzga ó condena á alguno sin misericordia, ni se compadece de alguno sin justicia; pero á nosotros miserables se nos acaba la misericordia cuando queremos guardar la justicia, y sepultamos la justicia cuando queremos ser misericordiosos, aunque uno y otro nos lo encomienda la Escritura, pues en los Proverbios se dice²: «La misericordia y la verdad no te desamparen». Y David dice³: «La misericordia y el juicio te celebraré, Señor». Por esto se alaba al divino Esposo en los Cantares⁴ de Salomón, de que es blanco y colorado; blanco, por su misericordia y suavidad; colorado y encendido, por el terror de su justicia. Pero así como la blancura de uno es natural y continua, mas el ponerse colorado y encenderse suele ser ocasionado de algún suceso, así también el ser Dios misericordioso, suave, liberal, amigo de hacer bien, le es natural y permanente, porque lo tiene de suyo; mas el castigar y usar de rigor es ocasionado por la indignación que le procuran nuestros pecados, viendo lo que se falta con ellos á lo bueno y perfecto que en todos quiere. Por esto dijo

1 S. Tom.: *De moribus divinis*. 2 Prov., 3. 3 Psal. 100.
4 Cant., 5.

David¹ que «la ira está en su indignación, y la vida en su voluntad»; porque la voluntad de Dios es dar vida, no matar; premiar, no castigar, y el enojarse es porque le indignan nuestros pecados.

Bien consideró esto Salviano cuando dijo²: «¿Por qué nos quejamos que se haya Dios con nosotros ásperamente? Con mucha más aspereza nos habemos nosotros con Dios; amargamos á Dios con nuestras torpezas, y le traemos forzado á que nos castigue. Y como el espíritu de Dios y su majestad sea de tal naturaleza que no se mueve con pasión de ira, pero es tanto lo que le provocan y amargan nuestros pecados, que le forzamos á que se enoje. Hacemos violencia (para decirlo así) á su piedad, y en cierta manera ponemos las manos en su misericordia; y como sea tal su benignidad que siempre nos quiera perdonar, es violentado con nuestros males á vengar los pecados que cometemos. Como suelen hacer los que cercan á las ciudades muy guardadas, ó procuran ganar sus castillos fortísimos y derribarlos, las combaten con todo género de máquinas y tiros; así nosotros, para combatir contra la misericordia de Dios, peleamos con todo género de maldades, como con máquinas de guerra. Pensamos que Dios nos hace injuria, siendo así que nosotros somos injuriosísimos á Dios; porque toda culpa de los cristianos es injuria de Dios, porque cuando cometemos lo que nos veda Dios hacer, hollamos sus mandatos, y así acusamos impiamente la severidad divina en nuestras calamidades. Nosotros somos á los que hemos de acusar; porque pues cometemos aquello por lo cual somos afligidos, nosotros somos los autores de nuestros tormentos; ¿pues por qué nos quejamos de la acerbidad de nuestras penas? Cada uno es verdugo que se castiga á sí mismo. Por eso habla con nosotros lo que dice el Profeta³: «Mirad que

1 Psal. 20. 2 Salvian., l. 4. *De Provid.*, col. 196. 3 Isaf., 50.

vosotros todos encendisteis el fuego y disteis fuerza á la llama; entrad en la lumbre de vuestro fuego y llama que encendisteis». Todo el género humano se precipita con este orden á su pena. Lo primero enciende el fuego, después le auida y da fuerzas, últimamente se mete en las llamas que él mismo se preparó. Todo esto es de Salviano, en que muestra claramente que el indignarse Dios no es condición de su naturaleza, sino ocasión de nuestra malicia; pero esa misma indignación nace de su buena voluntad, que siempre persevera, y aunque ejecuta el golpe de su justicia, es con misericordia, y lo que le parece conveniente á su rectitud, lo tiene por rigor su suavidad, conforme lo que dijo Isaías del castigo que hizo Dios de Jerusalén, aunque bien merecido ¹: «Tomó Dios doblados los castigos por todos sus pecados». Porque, como notó Procopio, así como un amoroso padre que castiga á su hijo contra lo que quisiera, la pena que le da, aunque leve, le parece mucha; así Dios, por el amor que nos tiene, tasa en mucho sus castigos, aunque menores que nuestros pecados. Verdad es que Dios es recto Juez, pero también es Padre amoroso, y por este título debemos confiar. Estando la bendita Isabel de Santo Domingo temerosa delante de Dios, le dijo ²: «¡Oh Padre mío! ¿Quién soy yo? Tened misericordia de mí». Luego le fué respondido con inefable suavidad: «Pues me llamas Padre, ¿de qué temes?» No hay que desconfiar de la severidad de Juez, pues podemos apelar á la indulgencia de Padre; antes es muy para esperar y aceptar la justicia que hace en esta vida, pues suele estar muy llena de misericordia, y es para usar della, amando tanto el bien que no se contenta con vengar en nosotros su desprecio, sino que procura que le busquemos y apreciemos; por lo cual suele ser su justicia instrumento de su misericordia; y así dice San Gaudencio:

1 Isaías, 40. 2 D. Miguel Bautista de la Nuza, en su vida.

«Los filos del acero y el abrasar del fuego, ó se usan para matar, cuando la calidad del delito pide pena y castigo, ó aprovechan para sanar, cuando para ésto los aplica la medicina. Así lo hace también Dios, que unas mismas plagas modera según la calidad de los méritos; á unos castigando, á otros enmendándolos de los vicios ó purificándolos ó adelantándolos á mayor gracia ¹. Con la misma consideración dice Basilio Seleuciense ²: «Dios sufre con gran fortaleza á sus enemigos y los sobrelleva, difiriendo la venganza, dándoles tiempo determinado para que hagan penitencia; pero cuando ve que no aprovechan los medios más humanos, se pasa de Médico á Juez, y á los despreciadores de sus consejos, con castigo les atrae al bien».

V

No sólo en no disimular los pecados es justo Dios, sino en satisfacer á todo el mundo de su Justicia, como lo hará el día del Juicio, que está reservado para es. Alabaron mucho en Atenas al justo Aristides ³ cuando, habiendo él acusado á un hombre, todo el Senado, sin más aguardar, condenó al que fué acusado de una persona tan justificada, pareciéndoles no había que poner duda en el crimen de aquel reo. Sólo el mismo acusador Aristides les detuvo, no queriendo que dejasen de oír al culpado, ni consintiendo que pasasen sólo por su dicho. ¡Oh cuán justo y justificado es Dios, que teniendo crédito infinito para justificar todas las cosas, sólo porque él las hace, no quiere sino que conste á todo el mundo de sus justísimos juicios! ¡Oh Señor, y cómo sois digno, no sólo por vuestra inflexible severidad de ser temido, sino por vuestra perfectísima justicia amado! Á

1 Gaudenc., in præf., ad Benevol. 2 Basil. Seleuc., orat. 39.

3 Sabel., l. 4.

Aristides¹ no le hizo otra cosa ser amado sino ser justo; por esto le llamaban la felicidad de Grecia, y al tiempo que le gozaron, la edad de oro. ¡Oh cuán grande dicha es tener un Dios tan justo, que con su temor nos haga buenos, y con su misericordia bienaventurados! Allí se verá cómo castiga Dios á todos con suma equidad, y que no hizo injusticia á nadie, sino que dió á cada uno la pena que merecía, salvando al justo, condenando al pecador sin daño de los justos; porque como dice Santo Tomás²: «Nunca de parte de Dios recibe uno daño de la malicia de otro; porque no hizo daño á San Miguel la caída de Lucifer, ni la maldad de Judas disminuyó á San Pedro su caridad».

Justísima por cierto es la Justicia divina, rectísima es, ordenadísima es, hermosísima es. Procuremos, pues, nosotros, imitar esta rectitud de Dios, este amor á lo bueno, y este odio de todo lo malo. Oigamos lo que nos aconseja Santo Tomás³: «Todo lo bueno no ha de parecer bien siempre, y en todo lugar, y en cualquiera criatura, y debíamos amparar y solicitar el bien, y resistir varonilmente á los que lo contradicen. Á lo malo también debemos siempre, y en todo lugar, y de todo corazón, detestarle; y en cuanto alcanzaren nuestras fuerzas y consejo, impedirlo por la injuria de Dios y daño del prójimo; pero mucho más por la contumelia del Criador que por el peligro de la criatura; pero esta es la desdicha, que ordinariamente sucede lo contrario: cuando se alaba alguno, ó se ama por su humildad, religión, devoción ú otra gracia, nosotros nos entristecemos ó disminuimos aquella gracia: ¿qué otra cosa hacemos sino mostrar que no nos agrada lo bueno? ó cuando uno habla ociosamente, murmura y se ríe, y comete algunas faltas y liviandades, nosotros le ayudamos á reír y hablar,

1 Plutarch., in Aristid.

2 Supra opusc. *De divin. morib.*

3 S. Thom. sup.

oímos ó vemos estos males con gusto, ¿qué otra cosa hacemos sino atestiguar que no nos parecen mal las cosas malas?

Otra justicia fuera de la vindicativa no se halla con tanta propiedad en Dios, sino es por un inopinable exceso de eminencia, en cuanto, sin deber á nadie nada, paga sobradísimamente sus mismos beneficios, y conserva á todas las criaturas en su puesto y orden. Por lo cual dijo San Dionisio¹: «Dios se llama Justicia, como quien distribuye á cada cosa lo que es suyo, según su dignidad; definiendo su calidad, hermosura, orden y ornato. Fuera desto, todas las distribuciones y disposiciones ordena en cada cosa según su término ó medida, justísima por cierto, y Él es el autor que todas obren conforme á lo que les toca». Con no tener Dios á las criaturas obligación alguna de justicia, es tan justo, que guarda con ellas tal estilo, como si les debiera de justicia lo que les da de merced. Á las substancias da sus accidentes, á los accidentes sus operaciones, á las operaciones sus efectos, y á los efectos sus aumentos, á los elementos su peso, á los animales su sentido, á los hombres su discurso, á los ángeles su intelección, y á hombres y ángeles su gracia, y por respeto de la gracia, la gloria, y á todo lo criado da el sér. Todo esto da Dios sin recibir nada, como deuda de justicia. Por esto dijo Trimegisto²: «Dos son los apellidos de Dios, de lo bueno, y de Padre: bueno, porque da todas las cosas y no recibe nada; Padre, porque da á todo el sér». ¡Oh justísimo Bienhechor! Concédeme que sea yo justo en el agradecimiento. Y pues me das como por justicia lo que no me debes, dáme que te pague liberalmente lo que por mil títulos te debo. Bendito seas, que me diste para que te diera. Dísteme mi alma; yo te la doy y te la entrego. Dísteme sentidos, y yo te los ofrezco, para que sólo te sirvan. Dísteme entendimiento y memoria; yo

1 Dionys. Areop.: *De divin. nomin.*

2 Trimegist. in Pimand.

te los consagro, para que se empleen en conocerte y en acordarse de ti. Dísteme voluntad; ocúpese toda en amarte. Dísteme vida; yo la daré mil veces por tu amor. Bendito seas, Dios mío, que recibes como de gracia lo que te debo de justicia. No se puede imaginar mayor bondad.

CAPÍTULO III

Con la eminencia que está en Dios la hermosura de la Virtud. Trátase de la suma Bondad moral de Dios, y su amor á los hombres.

I

Otra grande hermosura celebraron los sabios antiguos, que es la de la Virtud, de la cual Aristóteles¹ confesó que se había de contar entre las cosas hermosas. Y en otra parte la llama hermosísima invención de la vida. Zenón y Plutarco calificaron la hermosura por relación á la virtud, llamando á la belleza la flor de la virtud. Con mayor claridad habló Epicteto cuando dice²: «¿Qué hace á un lebrél ó caballo hermoso? La virtud, por cierto, del lebrél ó del caballo. ¿Y qué hará al hombre hermoso? La virtud del hombre. Y así, si quieres ser hermoso, trabaja por tener virtud. Pero ¿qué será esta virtud? Mira á los que alabas, cuando lo haces sin pasión, si son los justos ó los injustos. ¿Los justos serán los modestos ó los descomedidos? Sin duda que los modestos. ¿Si los castos ó los deshonestos? Será cierto que los castos. Pues si te hicieres tal, serás hermoso; sino, será fuerza que seas feo, aunque hagas todas las diligencias del mundo para hermosear tu rostro». Otros dijeron, no sólo que es hermosa la virtud, sino que era la misma hermosura, y claridad, y luz de los ánimos, que ha-

1 Arist., in hym. de laudibus virtutis. Epict., c. 1.

2 Arrian., l. 3.

cía á todo hermoso y lucido. Por lo cual reprende Séneca una sentencia que decía era más agradable la virtud en cuerpo hermoso, porque le pareció que era tanta la lindeza de sola la virtud, que no había menester otra condición para ser agradabilísima, porque donde ella estaba, ni hacía ni deshacía haber ó faltar otra hermosura. Y así dice¹: «Páreceme á mí que erró aquel que dijo que la virtud era más graciosa cuando está en un cuerpo hermoso, porque no tiene necesidad de ornato alguno. Ella es un grande ornamento de sí misma, y al mismo cuerpo consagra. Puede un gran varón salir de una choza, y con un cuerpo disforme y abatido puede estar un ánimo hermoso». Sobrepuja á todo agrado corporal sólo el resplandor de un ánimo virtuoso. Y así como para la claridad del día basta la luz del sol, sin hacerse caso que haya luna en el cielo ó falte, así también basta la luz de la virtud para una grande hermosura, sin hacer ni deshacer para ello la hermosura del cuerpo mudable y corruptible. No estuvo Xenofonte² lejos deste sentimiento; el cual juzgó que no faltaba á la virtud otra cosa para ser tan amada, que no se reparase en trabajo ninguno por alcanzarla, sino es que no se podía ver con los ojos del cuerpo. Platón añadió que si se viese sensiblemente, despertaría su hermosura unos ardientes deseos y amor de su posesión. Con todo esto, es tan grande su hermosura y luz, que sin conocerla el sentido, excede en mucho á todo cuanto puede, no sólo el sentido admirar, sino el corazón amar. Filón dijo³ que así como cuando nace el sol ilustra todo el cielo con sus rayos, así también la virtud con sus rayos vuelve lucidísima al alma en que ha entrado. Es sin duda mayor su hermosura y claridad que no la del sol. Bien comprobó esto Antonio Panormita,

1 Senec., ep. 67.

2 Xenoph., lib. de Venat.

3 Phil., lib.

De Plant, Noc.

te los consagro, para que se empleen en conocerte y en acordarse de ti. Dísteme voluntad; ocúpese toda en amarte. Dísteme vida; yo la daré mil veces por tu amor. Bendito seas, Dios mío, que recibes como de gracia lo que te debo de justicia. No se puede imaginar mayor bondad.

CAPÍTULO III

Con la eminencia que está en Dios la hermosura de la Virtud. Trátase de la suma Bondad moral de Dios, y su amor á los hombres.

Otra grande hermosura celebraron los sabios antiguos, que es la de la Virtud, de la cual Aristóteles¹ confesó que se había de contar entre las cosas hermosas. Y en otra parte la llama hermosísima invención de la vida. Zenón y Plutarco calificaron la hermosura por relación á la virtud, llamando á la belleza la flor de la virtud. Con mayor claridad habló Epicteto cuando dice²: «¿Qué hace á un lebrél ó caballo hermoso? La virtud, por cierto, del lebrél ó del caballo. ¿Y qué hará al hombre hermoso? La virtud del hombre. Y así, si quieres ser hermoso, trabaja por tener virtud. Pero ¿qué será esta virtud? Mira á los que alabas, cuando lo haces sin pasión, si son los justos ó los injustos. ¿Los justos serán los modestos ó los descomedidos? Sin duda que los modestos. ¿Si los castos ó los deshonestos? Será cierto que los castos. Pues si te hicieres tal, serás hermoso; sino, será fuerza que seas feo, aunque hagas todas las diligencias del mundo para hermosear tu rostro». Otros dijeron, no sólo que es hermosa la virtud, sino que era la misma hermosura, y claridad, y luz de los ánimos, que ha-

1 Arist., in hym. de laudibus virtutis. Epict., c. 1.

2 Arrian., l. 3.

cía á todo hermoso y lucido. Por lo cual reprende Séneca una sentencia que decía era más agradable la virtud en cuerpo hermoso, porque le pareció que era tanta la lindeza de sola la virtud, que no había menester otra condición para ser agradabilísima, porque donde ella estaba, ni hacía ni deshacía haber ó faltar otra hermosura. Y así dice¹: «Páreceme á mí que erró aquel que dijo que la virtud era más graciosa cuando está en un cuerpo hermoso, porque no tiene necesidad de ornato alguno. Ella es un grande ornamento de sí misma, y al mismo cuerpo consagra. Puede un gran varón salir de una choza, y con un cuerpo disforme y abatido puede estar un ánimo hermoso». Sobrepuja á todo agrado corporal sólo el resplandor de un ánimo virtuoso. Y así como para la claridad del día basta la luz del sol, sin hacerse caso que haya luna en el cielo ó falte, así también basta la luz de la virtud para una grande hermosura, sin hacer ni deshacer para ello la hermosura del cuerpo mudable y corruptible. No estuvo Xenofonte² lejos deste sentimiento; el cual juzgó que no faltaba á la virtud otra cosa para ser tan amada, que no se reparase en trabajo ninguno por alcanzarla, sino es que no se podía ver con los ojos del cuerpo. Platón añadió que si se viese sensiblemente, despertaría su hermosura unos ardientes deseos y amor de su posesión. Con todo esto, es tan grande su hermosura y luz, que sin conocerla el sentido, excede en mucho á todo cuanto puede, no sólo el sentido admirar, sino el corazón amar. Filón dijo³ que así como cuando nace el sol ilustra todo el cielo con sus rayos, así también la virtud con sus rayos vuelve lucidísima al alma en que ha entrado. Es sin duda mayor su hermosura y claridad que no la del sol. Bien comprobó esto Antonio Panormita,

1 Senec., ep. 67.

2 Xenoph., lib. de Venat.

3 Phil., lib.

De Plant., Noc.

el cual, estando en una casería del campo recreándose honestamente con algunas personas eruditas y discípulos suyos, como viniesen en la conversación á tratar de la virtud, dijo ¹ «que su luz era resplandecientísima y sobremanera lúcida». Acertó á oír esta sentencia un villano que acaso pasó por allí, y riéndose dijo: «Por cierto que yo no sé que tanto resplandezca esta virtud que tú alabas de luciente; lo que sé es que há muchos años que ando por conocerla, y nunca la he podido ver.—Yo lo creo, replicó Panormita; porque tú mejor razón darás de las señas del asnillo que andas á buscar y no has acabado de hallar; pero dime, ¿qué otra cosa hay en este mundo que se pueda decir resplandeciente y clara, sino la virtud?—El sol, respondió el rústico.—No es así, replicó el prudente Maestro, porque al sol no le ven los ciegos.—Bien está eso, dijo el villano; mas la razón es porque carecen de ojos.—Pues deso mismo te has de convencer (concluyó Antonio Panormita), y conocer que hay cosa más resplandeciente que el sol, pues el sol no se puede ver sin ojos; mas á la virtud, aun los ciegos la admiran, la respetan y la reconocen, y ausente se ama y estima». El mismo sentimiento fué de Tulio, el cual dijo ²: «Ninguna cosa hay más amable que la virtud, ninguna atrae más á los hombres para conciliar amor: porque por la virtud y la bondad, aun aquellos que nunca hemos visto, los amamos».

II

Pues esta hermosura y luz, que considerada en un hombre lleno de tinieblas de ignorancias, es tan resplandeciente y admirable, puesta en la perfección de la naturaleza divina, que es toda luz y sabiduría, ¿cómo será? pues es Dios la idea de toda bondad y espejo de toda virtud, en

¹ Jovian. Pontan., lib. *De Princip.*

² Tullius, lib. *De Amic.*

la cual excede infinitamente á todo lo bueno, perfecto y virtuoso. Y así dijo Aristóteles ¹ «Dios es, si consideras las fuerzas, poderosísimo; si la hermosura, bellísimo; si la vida, inmortal; si la virtud, aventajadísimo». Veamos, pues, con cuánto exceso está en aquel perfectísimo Sér esta belleza; porque si la virtud es (según grandes filósofos) el camino de la bienaventuranza, ¿cuál será la virtud de Dios, pues está con la posesión de la misma bienaventuranza? Si la virtud es (según otros) ² el ajustamiento á la razón, ¿cuál será en Dios, pues es la regla de la misma razón, y su divina voluntad no tiene que ajustarse á otra razón, y á su voluntad se deben ajustar las demás razones? Si la virtud es buena disposición de la naturaleza, ¿cuál será la virtud de Dios, que es su misma naturaleza y esencia? Las demás cosas no tienen la virtud por sí mismas, si no es por un accidente y hábito que sobreviene á la naturaleza para perfeccionarla. Sólo en Dios no se distingue la virtud de la naturaleza, sino que sin hábito alguno, y sin nueva perfección es por sí mismo perfectísimo, justísimo, rectísimo. Por esto se dice que sólo Dios es bueno, porque no sólo en el Evangelio dijo Cristo: «nadie es bueno sino Dios»; pero Hermes, filósofo egipcio, confesó lo mismo, diciendo que Dios «es lo bueno mismo, y nadie hay bueno sino El; las demás cosas están apartadas de la naturaleza de lo bueno: sólo Dios es bueno. Guárdate no digas á otro alguno que es bueno, porque esto sería profano error; ni digas á otra cosa Dios, sino á sólo lo bueno, porque caerás en la misma impiedad». Es en Dios la bondad su naturaleza, y la virtud su esencia; y á Proclo le pareció que estaba tan lejos de ser accidente en la naturaleza divina, que la juzgó por más esencial que la esencia; y así dijo ³: «Todo Dios,

¹ Arist., lib. *De mundo*, cap. 6.

² Trimegíst., in *Pimand.*,

cap. 2.

³ Proclus, in *Elem. Theol.*, prop. 117.

por su bondad sobreesencial, es y subsiste bueno». Si la virtud (como dijeron otros) es arte de saber y acertar á amar, ¿cuál será en Dios, pues tiene tan acertado su amor, que á todo lo que ama hace amable? Las demás voluntades pueden errar en lo que quieren, porque con su amor no hacen amables las cosas que aman, pero supónenlas amables, y puede haber en la suposición yerro; pero Dios, como amando hace las cosas amables, no puede en amar errar; y si la virtud es, como verdaderamente lo es, la bondad moral de las naturalezas capaces de razón, pues nadie se puede decir bueno sin virtud, aunque tenga todos los demás bienes del mundo, y con virtud nadie se puede llamar malo, aunque tenga todos los males del cuerpo y penas del alma, ¿cuál será en Dios la virtud, pues esencialmente es bueno, y dél no puede faltar bien, ni en Él puede caer mal? ¿cuán hermosa será en Dios esta virtud, adornada de todo bien y limpia de todo mal? porque es su virtud y bondad acendrada en todo pura, y por consiguiente hermosísima; y así los platónicos, para declarar la bondad divina, no hallaron otro nombre más á propósito que darla, que llamarla lo hermoso; y Espeusipo dijo ¹: «Lo hermoso es lo que es bueno». Y como Dios es tan bueno que en su comparación no hay cosa que se pueda decir buena, tampoco hay cosa que respecto de su hermosura se pueda decir hermosa.

Para entender, pues, esta Virtud, esta Bondad, esta Hermosura de Dios, se ha de suponer que hay dos bondades: una es la bondad natural, que consiste en la perfección natural de cada cosa; otra la bondad moral, que es la perfección de las naturalezas racionales é intelectuales, en cuanto tales, y consiste principalmente en la buena disposición de la voluntad para hacer y obrar bien, comunicando á otros lo bueno que puede. Esta última bondad es la

¹ Speusipus, in Plat., definit

que solemos llamar virtud, la cual es muy distinta en las criaturas, de la bondad natural: mas en Dios no, porque esta es suma excelencia y privilegio de la naturaleza divina, tener entrañada y esencial la virtud y bondad moral; la cual necesariamente ha de ser en él tan grande como la natural; y así como ésta es infinita y perfectísima en todo, así la bondad moral y virtud en Dios es infinitamente perfecta y acabada, no faltando un punto al obrar bien y perfectamente en todo género de acción virtuosa, conveniente á su naturaleza y majestad infinita; pero porque fuera largo discurrir por todos los géneros de bondad y virtudes que hay, en las cuales es Dios perfectísimo, declararé la excelencia de la bondad y virtud divina en aquello que es ejercicio de las demás virtudes, y más particular efecto y señal de bondad, que es el amor y caridad; la cual es un hermosísimo fruto de proporcionada raíz.

III

Todo cuanto Dios es perfecto y bueno en sí, tanto lo es para nosotros; y cuanto es bueno para nosotros, tanto nos ama con toda fineza y lealtad; y así es buen argumento su amor de su bondad; por lo cual San Dionisio Areopagita llamó al amor divino manifestación de Dios; porque por él se descubre cuán bueno es, y es sin duda que campea una inefable bondad en que Dios ame á las criaturas, porque llega á amar á cuanto hay criado, chico y grande, vil y precioso. Aun aquellas cosas que suelen desechar los hombres, y mirar con enfado, ó tener asco dellas, las quiere bien; hasta en los mismos condenados ama su sér natural y le sustenta en los brazos de su omnipotencia. Pero no pongas el ejemplo en otro, sino en ti: ¿cómo no adviertes lo que hace contigo, y cómo no puede ser sin amor? De

noche te guarda el sueño y está á tu cabecera allí contigo; de día te ayuda á vestir, á lavarte, á buscar la vida y lo que has menester: te ayuda á hablar, á trabajar, á andar, y no haces cosa, ni das paso, ni piensas, ni hablas, ni respiras, sino es ayudándote este Señor amoroso, y estando contigo mirándote á la cara, deseando que todo se te haga bien y que todos te le hagan, mandándose y gozándose de todo tu gusto; hasta las paredes de la casa en que vives las quiere bien, porque estás tú en ella, y en él vives, y te mueves, y estás, y está Él más contigo que tú estás en ti mismo. Pues mira si te quiere poco quien hace todo esto por ti, pudiendo no hacer nada, ni meterse en cosa, sino estarse en sí mismo gozándose sin acordarse de ti. Todo esto no lo hace Dios sin amor; mira cómo correspondeste tú con agradecimiento al bien que te hace y al amor que te tiene; cómo te olvidas algún tiempo del que en todo tiempo te hace tantos beneficios y muestra tantas finezas de amor, que vence en ellas á todos los enamorados del mundo. Mira cuán poderosa es la pasión de amor en los hombres, aun cuando es desordenada, como suele pasar á uno que con vehemencia ama, que ni come, ni duerme, ni sosiega un punto, ni se halla sin la persona que ama; de noche ronda la calle, de día la pasea, da millones de vueltas, mira las paredes de la casa, parécenle bien todos los de ella y nada le desagrada como le toque y sea de aquella casa, y esto porque está allí quien quiere bien. Pues toda esta afición y vehemencia de amor, y extremos, y finezas, es sombra respecto de un Dios que ama, el cual no paró hasta hacerse hombre, honrando en esto á todas las criaturas, y redimiendo al hombre, dando por él su vida.

En esto mostró más su amor con un modo maravilloso, descubriendo en el sumo amor de la Humanidad de Cristo

el inmenso que tuvo su Divinidad; porque si tanto fué el exceso de amor con que Cristo en cuanto hombre nos amaba, que le crucificó, que le afligió, le desconsoló, le atormentó y puso en las mayores penas y tormentos, desamparos y congojas que en esta vida ha habido ni habrá, ¿cuál sería el infinito exceso de caridad con que estaría el mismo Dios invisible y soberanamente crucificado (digámoslo así) de amor por el hombre? Porque si el amor criado y todos sus extremos y excesos, por grandes que sean, son muy cortos respecto del amor increado y divino; y todos los extremos y excesos de amor que hizo Cristo en su Pasión, y todos sus dolores, con ser tan grandes, fueron criados y limitados (cuanto á lo humano en su entidad hablo, prescindiendo el valor divino), ¿cuáles serían los excesos invisibles y divinos? ¿Cuáles los incendios de amor que abrasaban el pecho de Dios? Y si tales y tantos azotes sufrió Cristo hombre, si tales bofetadas, si tales congojas de muerte, si tales espinas y tan crueles clavos, si tales ansias y desamparos, que se quejó á voz en grito, y clamó en la Cruz con sentidísimas lágrimas (siendo así que era su fortaleza y sufrimiento sobre toda criatura); pues si tales muestras de amor y dolor se pudieron dar visible y exteriormente, y tales finezas llegar á ver los ojos visibles y terrenos del hombre, ¿cuáles serían los afectos interiores de amor, las ansias, las espinas, la cruz interior, la pasión, la muerte de infinito y amoroso afecto que padecería este Dios? Séame lícito explicarlo así, no porque Dios pueda padecer, sino para significar el afecto inmenso de su amor; que si tan excesivo y estupendo tormento de amor y dolor nos mostró Dios en Cristo crucificado, que asombró al mundo, ni hay ángeles ni hombres que basten á comprenderlo ni á admirarse dello dignamente, ¿cuánto mayor infinitamente sería el excesivo amor que ocupaba interior-

mente á Dios invisible, pues fué tal la pasión de dolor que padeció Cristo visible y humano? Aquí pasma el entendimiento; y no hallando cómo penetrar aqueste inapeable piélagó, torna á repetir esta admiración y á darse por vencido en esta consideración. ¿Cuál sería aquel abrasado amor que había dentro en el mismo Dios, cuando se obraban tales obras exteriormente por las manos de Cristo hombre? ¿Cuál sería aquel amor divino, primitivo é increado, de donde manaba esotro amor criado? Y si estos hechos de Cristo hombre eran un retrato viyo, exterior y visible, ¿cuál sería aquel original interior invisible del estupendo amor del infinito Dios? No sé qué me diga, ni sé cómo darlo más á entender; quisiera estarme siempre admirando, y tornando á repetirlo, y tornando á admirarme de lo mucho que en esta comparación de la humanidad con la divinidad está encerrado, y del gran campo que aquí se abre para que por el conocimiento de Dios visible seamos arrebatados al amor de Dios invisible, y para rastroar por aquí el infinito, inmenso, inefable y ternísimo amor que Dios tiene al hombre. Délo su divina Majestad á entender, y abrasémonos en él, por quien es: que cierto es que es tan grande, que se pudiera decir que aun el mismo Dios no nos lo puede dar á entender con lenguaje desta vida, no por falta de poder en Dios, sino por falta de suficiencia nuestra y de lenguaje con que entenderlo en esta vida. ¡Oh, si supiesen los hombres lo que Dios les ama! No cabrían de contento, y el corazón se les rompería en el pecho de la grandeza de su afecto. ¿Y cómo puede dejar de ser inmensa bondad que una tan soberana Majestad ame con tanto extremo á criatura tan vil como el hombre?

IV

Considera la grandeza del que ama, y la bajeza y condición tan apocada y vil del que es amado; porque no es el que ama sólo un Príncipe deste mundo, no un Emperador de toda la tierra, no un ángel, no un serafín, sino el mismo Dios omnipotente, infinito, inmenso, eterno y de infinita sabiduría, de infinita justicia, de infinita majestad, de infinita hermosura, de infinita gloria y bienaventuranza. ¡Cuán grande dicha nuestra es ser amados de tan grande Señor! ¡Y cuán grande bondad es que quiera amar tan tremenda Majestad, y más á tan viles y desagradecidas personas! Admirable cosa por cierto que un Señor tan hermoso y omnipotente se digne amar á criaturas tan abatidas. Estupenda bondad es ésta que el Criador ame así á tal criatura, y que la haya amado más que á los ángeles, haciendo por el hombre más finezas. ¿Qué género de afabilidad no pensada sería si un Rey tuviese tanta compasión de unos esclavos condenados á galeras que, por consolarlos, les mostrase grande amor, y no sólo les perdonase la pena, sino que les diese parte de su reino, haciéndoles grandes señores? Más fino, y compasivo y amoroso se ha mostrado Dios con nosotros, pues siendo esclavos del demonio, condenados á penas eternas, nos tuvo tanta compasión y amor, que nos dió vida, libertad y derecho á su reino. No es posible declarar esta inefable bondad y la grandeza de virtud que mostró en este acto Dios, porque pudiéndonos perdonar de gracia, sin costa alguna suya, no lo quiso hacer sino derramando su sangre por nosotros y satisfaciendo colmadísimamente á su justicia; porque es tan cabal su rectitud y bondad en toda virtud, que no digo por no hacer una injusticia, sino por no faltar una tilde á la perfección de una

exactísima justicia, quiso morir. No es por cierto posible ni imaginable mayor perfección de virtud y bondad.

De aquí se puede echar de ver el modo de tanta fineza con que nos ama, porque no sólo nos ama como un príncipe ama á sus vasallos, ó un señor á sus criados, ni aun como un padre ama á sus hijos, sino sobre todo género de amor. Más infinitamente que un padre ama á un hijo unigénito con un sumo amor, así en la grandeza é intensidad dél, como en la estimación, pues fué dando por nosotros su vida y derramando su sangre, de infinito valor y precio. Este, por cierto, es amor respecto del cual todo otro amor es pintado. Andaba el santo fray Gil ¹ diciendo á un amigo suyo: «¿Tú creerás que yo te amo?» El amigo le respondió: «Sí por cierto que lo creo». Replicó el siervo de Dios: «Pues no lo creas, porque sólo Dios ama tan verdaderamente á la criatura, que en su comparación no se puede decir que es amor el de las criaturas».

A este paso son los efectos de su caridad, porque no sólo nos ama con la voluntad, sino con obras; pues son inestimables los dones con que nos ha enriquecido, dándonos su cuerpo y sangre para sustento espiritual de nuestra alma, comunicándonos su gracia y la participación de su naturaleza divina, haciéndonos herederos de su reino y gloria, y prometiéndonos su bienaventuranza eterna. Dejo ahora el haber criado para nosotros el mundo y cuanto hay en él, para que nos sirva, y dándonos un espíritu celestial que nos guarde y asista siempre, y otros mil beneficios, que no es posible entenderse todos; pues la grandeza dellos, ¿quién la podrá declarar? Porque un grado de gracia es más que hacernos señores del mundo: mayor cosa que si nos diera más perfecta naturaleza que un serafín: pues si por montes de oro que le dieran á uno, no quisiera

¹ In sent aureis Egid.

perder un brazo, por ser parte tan principal y necesaria de su constitución natural, ¿cómo perdemos por tan poco lo que es más que toda la naturaleza? ¿y cómo podemos amar otra cosa, sino á quien tanto bien nos hace y tanto nos ama? Dijo bien San Bernardo ¹, que el amor de Dios es como la vara de Moisés convertida en serpiente, que se tragó las demás varas ó serpientes de los Magos, porque el amor divino consume los demás amores, y convierte en sí todos los afectos del corazón. ¿Pues qué, si miramos el fin deste amor divino? no se puede imaginar virtud más heroica ni más grande bondad, pues no ama por utilidad alguna suya, sino por provecho nuestro: á lo cual se junta que no se contente con amar á uno, sino que como si su amor no fuese bastante, quiere que todos le amen, ángeles y hombres, bien diferentemente de lo que pasa en el amor humano. Porque, como dice San Crisóstomo ², «entre los hombres, si al que otro ama amares, lo llevará á mal el amante. Mas Dios de tal manera se ha dignado de comunicar su amor, que aborrecerá al que no tuviese semejante amor». El amor humano está lleno de celos y envidia. El amor divino está libre de la enfermedad destes afectos, y así busca á quien comunique consigo en el mismo amor.

Estas son algunas finezas del amor divino, que así como no se puede comprender, no es posible tampoco declararse. Por lo cual más vale corresponderle con el afecto, que exagerarle con palabras: sólo quiero añadir las que dice sobre esta misma materia Salviano, obispo Masiliense ³, por ser muy dignas que las traslademos aquí: después de haber

¹ S. Bern., ser. *De Ascens.* ² Chrysost., hom. 23 ad Rom.

³ Salvian., lib. 4. *De Provident.*, tom. 5, Bibliot., col. 199.

traído algunos ejemplos de animales bien pequeños, que aman grandemente sus hijos y obras, añade estas razones: «Pues Dios, que aun á los animalejos más pequeñitos infundió este amor de sus obras, ¿por ventura á sí solo se privó del amor de las criaturas? Principalmente, pues, todo el amor de lo bueno que hay en nosotros descende de su amor tan bueno; El es fuente y origen de todas las cosas, porque en El (como está escrito) vivimos, nos movemos y somos, y dél hemos recibido todo el afecto con que amamos á nuestras prendas: todo el mundo y todo el género humano prenda es del Criador. Y así del afecto con que hizo que amásemos á nuestras cosas, quiso que coligiésemos el amor con que ama sus prendas. Porque así como leemos que las cosas invisibles dél se echan de ver, y entiendo por las cosas hechas á la vista, así también quiso que entendiésemos su amor para con nosotros por el que nosotros tenemos á lo que es nuestro. Y como quiso que toda la paternidad del Cielo y de la tierra se nombrara de la suya, así también quiso que se conociese el afecto de Padre que tiene para con nosotros; ¿y qué digo de Padre? sino de un Padre benignísimo. Lo cual prueba bastante-mente la voz del Salvador, que dice en el Evangelio: «De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Hijo único por la salud del mundo». Y el Apóstol dice: «Dios no perdonó á su Hijo, sino que le entregó por todos nosotros». ¿Pues cómo pudo ser que no nos diese también con Él todas las cosas? Esto es lo que ya he dicho, que Dios nos ama más que un padre á su hijo. Evidente cosa es que sobre el afecto de hijos nos ama Dios, pues no perdonó por nosotros á su Hijo. ¿Qué más añadiré? que esto hizo á un Hijo justo, á un Hijo único, á un Hijo Dios. ¿Qué más se puede decir? y esto por nosotros, esto por unos malvados, unos injustos, unos desapiadados. ¿Quién podrá estimar este amor de

Dios para con nosotros, sino que la justicia de Dios es tan grande que no puede caber en Él cosa injusta? Porque ¿cuánto á la razón humana hiciera uno cosa injusta, si por unos esclavos malísimos matara á un buen hijo? Pero, á la verdad, más inestimable es por esto la piedad de Dios, más admirable su virtud, que pueda entender un hombre la grandeza de su justicia; porque cuanto á la flaqueza humana pareciera que tiene especie de injusticia la grandeza de justicia en Dios; y así el Apóstol, para darnos á entender de algún modo la inmensidad de la justicia divina, dice ¹: «¿Para qué Cristo, aun cuando éramos impíos, murió por los impíos? porque apenas hay quien quiera morir por el justo». Muéstranos ver laderamente en sola esta sentencia la piedad de Dios: porque como apenas hay quien reciba la muerte por una suma justicia, probó Cristo cuán grande cosa sea la que ha hecho muriendo por nuestra maldad; pero por qué hizo esto el Señor, lo enseña luego, cuando dice: «Encomienda Dios su caridad en nosotros»: porque si aún siendo pecadores murió Cristo por nosotros, mucho más después de justificados con su sangre seremos salvos y libres de su indignación por Él. Y por esto encomienda su beneficio y gracia, porque murió por los malos, pues de mayor precio es el beneficio que se da á los indignos ²: por eso se dice que encomienda Dios su caridad en nosotros. ¿Y de qué manera la encomienda sino porque hizo bien á los que no lo merecían? Porque si lo hubiera hecho á los Santos y los que lo merecían, no pareciera haber dado lo que no debía, sino haber vuelto y pagado lo que estaba obligado». Todo esto es de Salviano.

Amar con tan grande desinterés, y con tanto extremo, y á costa de tantos dolores, es lo sumo de la bondad y virtud: porque si el solo amar, sin esperanza de provecho, es

¹ Rom. 5. ² Rom. 5.

gran fineza, el amar con daños de muchas penas y dolores, ¿qué será, sino digno de una virtud suma, y argumento claro de la perfección de todas virtudes que resplandecen en tal amor? Porque verdaderamente deste nobilísimo afecto, cabeza de los demás, se puede echar de ver que están todas las virtudes acompañando á su Reina y Señora la Caridad, ni puede haber mayor prueba de la virtud que el acierto de amar; porque así como todo vicio es desconcierto en amar, así también toda virtud es el concierto en querer. Por lo cual Platón atribuyó al amor puro todos cuatro géneros de virtudes, llamándole Prudente, Templado, Fuerte y Justo: porque en el legítimo amor están todas las virtudes¹. Lo mismo significó aquella estatua del amor que tenía cuatro coronas, una en la cabeza, dos en la mano derecha, y una en la izquierda, por las cuatro virtudes cardinales que había de comprender y perfeccionar. La corona de la cabeza es la Prudencia, que juzga, gobierna y manda la ejecución de las obras de las otras tres virtudes, cuyas coronas estaban por eso en las manos. La de la Templanza estaba en la mano izquierda, que está más junto al corazón, y es más flaca; porque la Templanza modera la parte concupiscible y deseos del corazón, y no tiene necesidad tanto de hacer y ejecutar, quanto de abstenerse. Para las otras dos virtudes de Justicia y Fortaleza es menester más fuerza y ejecución, y así estaban en la mano derecha. De suerte que el amor honesto comprende todos los linajes de virtudes. Y así, pues en Dios hay tal amor, está en Él toda virtud y la hermosura de todas, que es sobre las demás hermosuras que puede el sentido admirar. Por eso, cuando introduce David á Dios tan amante de las almas que las acepta por esposas, le llama Rey de las virtudes; y otras veces le llama Dios de las virtudes: otras, Señor. Fuera

¹ Cæsar Ripa, in *Iconologia de amore virtutis*.

largo hacer catálogo de todas las Virtudes divinas, y así sólo apuntaremos algunas que más inmediatamente se originan de su infinito amor y bondad.

VI

De la Liberalidad divina.

Entre las virtudes que principalmente ejercita este infinito amor de Dios, una es la Liberalidad y beneficencia, comunicándonos innumerables bienes. ¡Qué de cosas da á los hombres que sabe las han de despreciar! ¡Qué de dones, qué de bienes, qué de riquezas de que usan mal! ¡Qué de inspiraciones buenas, una y otra vez, y millones, sin cansarse, sabiendo que no han de hacer caso dellas! Y no por eso deja de darles esos y otros muchos beneficios, para que se vea su deseo y ansia en hacer bien y comunicarse á las criaturas; y sobre todo el comunicar su amor, perfección y santidad á los justos, haciéndoles participantes en todo de su divina naturaleza por gracia. ¿Qué bienes pueden tener nombre, y qué cosa sér, que Dios no haya dado á los hombres? que ya que no conviene dar á cada hombre su mismo sér por naturaleza, y hacerle Dios (como hizo en Cristo nuestro bien), se le da por gracia, haciéndoles un casi Dios con ella. Demás desto, da todo su Sér divino á cada fiel en la Comunión para que se vea que muere (digámoslo así), y murió por dar, y más dar, y toda su ansia es esa, sino que muchas veces, ni halla capacidad, ni aun quien quiera recibir. ¡Oh qué dolor! Sola una cosa no da, y es que no da en cara con lo que da, ni lo zahiere como nosotros, sino que lo da con un disimulo y silencio como si no lo diera; y de propósito no lo da inmediatamente las más veces, sino por mano de las criaturas: el padre da al hijo la hacienda, la madre la crianza, el amigo el bene-

ficio, el Rey los premios, y todo lo da Dios. Pero para más disimularse y no empacharnos ni avergonzarnos con darlo de su mano á la nuestra, lo da por mano de sus criaturas. Mas lo sobrenatural, que es lo que propiamente es bien, El lo da por sí mismo y por Jesucristo. Es grande gloria de la Liberalidad divina que da sin esperanza de provecho y utilidad para sí, en lo cual peca grandemente la liberalidad humana; porque, como dice Filón ¹, «si bien lo consideras, hallarás que aquellos que tienen fama de dadivosos, que más venden que dan las cosas; porque los que con dar pretenden ser alabados y buscan el agradecimiento, disimulan con título de dádiva lo que es venta, pues los vendedores quieren el precio de sus cosas; y los que reciben los dones y luego quieren pagarlos, hacen también lo mismo que los que compran, que como reciben, también pagan; pero Dios no es mercader de sus gracias, poniendo precio á sus mercedes, sino liberal donador, derramando continuamente mil beneficios, sin codiciar trueco de alguno: porque ni El tiene necesidad de cosa alguna, ni hay hombre nacido que le pueda pagar lo que ha recibido».

Tan innumerables bienes reparte y comunica su infinita Bondad sin disminuirsele sus riquezas, por más que reparte dellas, por ser una fuente inagotable de bienes; porque cuanto diere, dice San Crisóstomo ², «es como una gotica de agua paqueña comparada con un inmenso piélago y abismo infinito, aunque si quitares esta gotica del mar, aunque en la vista no se eche de ver disminución dél, pero en realidad de verdad la hay. Mas de aquella fuente divina no se puede decir esto, sino, por más que uno saque, no le falta nada; y así, pues este ejemplo flaquea, traigamos otro. Supongamos una gran fuente de fuego, en la cual se encienden innumerables antorchas, y luego otras tantas, y otras

¹ Phil., lib. *De Querub.*

² Chrysost., hom. 13 ad Hebræos.

doblado: ¿por ventura no quedará llena esta fuente de fuego, como si no la hubieran tocado? Así es que de cuanto Dios da, aunque fuese infinito, no se le disminuye nada de sus riquezas. Y como su voluntad sea más fina que la de los hombres, y su caudal sin riesgo, viene á ser que su liberalidad sea muy diferente que la humana, según lo notó el mismo San Crisóstomo y Teofilacto. Considera este Doctor lo que dice San Pablo, escribiendo á los Colosenses ¹, que da gracias á Dios por haberles hecho dignos de entrar en la suerte de los Santos, y se admira de la gran liberalidad de Dios, y bien diferente de la de los hombres, que aunque hagan mercedes, no pueden dar la dignidad y merecimiento dellas, sino cuando mucho lo suponen. Y así dice Teofilacto ²: «Son tan grandes las mercedes de Dios, que no sólo da y enriquece, sino da partes y caudal á los hombres para que parezca que con razón han sido enriquecidos de su mano. Pongo por ejemplo: si un Emperador hiciese virrey de una provincia á un hombre vil y de baja suerte y corto caudal, lo que pudo hacer era darle la dignidad, no que la ejercitase bien ni que la mereciese. De donde nacería que tan grande oficio y cargo concedido á aquel hombre le serviría para que todos le despreciasen y se riesen dél. Mas Dios hace estas dos cosas, que nos da la honra de la dignidad y nos hace dignos della. Con lo cual viene á ser que se doble la merced y honra que nos haga, pues á la merced que hace añade la suficiencia para ella». Esta es una grande diferencia de la Liberalidad divina á la humana. Otra bien notable advirtió San Crisóstomo por estas palabras ³: «Muchos (dice) que dan grandes dones, encargan que no lo digan á otros, para que por el beneficio que hicieron á uno no les vengan á pedir muchos, porque parece no tienen excusa que nieguen

¹ Colos., 1.

² Theophil., ib.

³ In Psal. 14.

á unos lo que dan á otros. Esto procuran los hombres, y no sin razón, porque ellos con dar se empobrecen. Dios, por el contrario, á voces publica sus beneficios, para que de los que da á uno tomen otros ocasión de llegarle á pedir, porque muestra mayores riquezas mientras más da, y es muy rico sobre todos los que le invocan. ¿No has en esto visto una nueva manera y naturaleza de riquezas? Imita, pues, esta magnífica liberalidad. Esto es de San Juan Crisóstomo. Pero el modo con que hemos de imitar esta gran virtud de Dios nos lo dice Santo Tomás, después de haber hecho memoria de grandes dádivas y mercedes suyas con que se comunica á las criaturas; y así, considerando tan estupenda liberalidad del Sér divino, dice¹: «Es costumbre de Dios, ó, por mejor decir, perfección suya, comunicar á las criaturas todo cuanto es comunicable y en ellas puede haber, y cada momento se lo comunica, cuando halla disposición, aunque vea que en ellas no ha de ser de provecho. La naturaleza humana unió con su Hijo en una persona, que es un bien grandísimo. Crió también al alma capaz de gozar de la Santísima Trinidad, fuera de otros dones espirituales que la da, manteniéndola con la carne y sangre de su querido Hijo. No dejó nada por comunicarnos, porque lo que es al mismo Dios natural comunicó á las criaturas por gracia. Á los ángeles comunicó la bienaventuranza, sin haber experimentado miseria ninguna. Al coro de los Apóstoles, potestad para que todo lo que ligaren ó absolvieren en la tierra, sea también absuelto ó ligado en el Cielo. Al coro de los Profetas, sabiduría para conocer las cosas venideras que ha dispuesto hacer. Al coro de los Mártires, fortaleza contra las adversidades. Al coro de los Confesores, constancia, así en lo próspero como lo adverso. Al coro de las Vírgenes, castidad entre los ha-

¹ Santo Tomás, opusc. *De divin. moribus*.

lagos de la carne. Demás desto, á algunos particulares comunicó espiritualmente lo que Él tiene naturalmente, como á Abraham la largueza, á Moisés la mansedumbre, á José la providencia de Egipto, á Sansón la fortaleza, á Elías el celo de la justicia, á Job y Tobías la paciencia, á Eliseo la resurrección de los muertos, á Daniel la discreción de juzgar, á Samuel la fidelidad, á David la misericordia contra los que le perseguían, á Salomón la prudencia, al Bautista el amor á la verdad y santidad, á la Virgen Santísima la humildad, á San Pedro la caridad, á San Juan Evangelista la castidad, á San Pablo el celo de las almas y conocimiento de cosas altísimas, etc. Pues á este modo nos debemos nosotros comunicar unos á otros, no sólo los ojos para ver por otros, los oídos para oír, la boca para predicar y dar consejo, los pies para andar, el corazón para meditar por la salvación de otros. Pero cuanto tenemos, así de bienes espirituales como temporales, todo cuanto pudiéremos, así exteriormente con obras como interiormente con deseos, y cuanto somos en el cuerpo y el alma á cada uno de los que están en el purgatorio, y viven aún, y después no serán, para que vivan así de presente como en lo porvenir, según la voluntad de Dios.

Esto es cómo nos hemos de haber con los hombres para hacerlos bien, imitando á Dios; pero cómo hemos de agradecer á Dios el bien que nos ha hecho, y los grandes beneficios que de su graciosa Liberalidad hemos recibido, se podrá echar de ver por la comparación del agradecimiento de los beneficios humanos, pues son tanto mayores los divinos, como enseña San Anselmo¹: «El hombre, dice, que recibe algún beneficio de otro hombre en este mundo, le suele amar tan finamente por haber recibido dél alguna

¹ Anselm., in *Medit. erga dulcedin divin. Majest.*, pág. 159, in edit. parva Theoph. Rainaudi.

cosa, y está tan pronto para servirle, que si se ofrece ocasión de dar la vida por su bienhechor, no se recata de morir por él, aunque no hay don alguno humano que juzgue el más necio que ha de ser eterno, sino que le ha de dejar, ó en la muerte, ó antes de la muerte; pero lo que Dios da al hombre aun en esta vida es de tal calidad, que nunca lo haya de perder, y que nadie se lo haya de quitar; y es tal, que aunque el hombre lo pierda, se puede disponer y proveer de manera que al cabo desta vida haya de estar en la eterna con su Criador perpetuamente. Da, pues, Dios al hombre en esta vida el vivir según razón, y le manda amar á su Criador como es justo, y obedecer á sus mandamientos sin contradicción; y esto ningún hombre lo puede quitar á otro, si no es que por su voluntad lo pierda. El dinero le ha de dejar uno, quiera ó no quiera; mas si cuando tiene hacienda la da, como Dios manda, de limosna á sus miembros, puede con esto ganar la vida eterna. Pues si hay tan grande diferencia de los beneficios divinos á los humanos, ¿con cuánto más afecto hemos de agradecer lo que hace Dios por nosotros, y nos da, que lo que recibimos de un hombre? Y si á los hombres quien es noble es muy agradecido, ¿cómo lo hemos de ser á Dios? Miremos la grandeza de los dones y del Donador, y de la voluntad con que nos da, y la poca obligación que tiene de dar, antes lo mucho que estaba desobligado de nosotros, pues tan mal le correspondemos, y por estas circunstancias podemos medir la grandeza de nuestro agradecimiento, para que seamos siempre más agradecidos á Dios que á los hombres: antes lo mismo que recibimos de los hombres lo hemos de agradecer más á Dios que á ellos, pues por medio dellos dispuso Dios hacernos bien, escogiendo instrumentos y ministros humanos para la ejecución de su Liberalidad divina; y así siempre habíamos de estar dando mil gra-

cias á Dios con el corazón y la boca, deshaciéndonos en bendecir á quien nos llena de tantas bendiciones y tantos bienes.

VII

De la Paciencia de Dios.

Otra principalísima virtud que se origina del amor divino es la inexplicable Paciencia que tiene Dios en sufrir los pecadores y disimular enormes injurias y descomedimientos que le hacen los hijos de Adán; porque excede infinitamente á cuanta paciencia se puede hallar en los hombres, ni en otra alguna criatura posible. La razón es, porque sus injurias las sabe y ve claramente; porque en su misma presencia le ofendemos y Dios las siente vivísimamente; porque como sea infinita su rectitud y justicia, aborrece infinitamente cualquier desorden y sinrazón. Demás desto, está tan en su mano la venganza, que sin moverse, con sólo querer, puede hundir en mil infiernos á los que le agravian; mas con serle tan fácil el vengarse, se detiene, y sufre con una inopinable suavidad todo el descomedimiento de nuestros pecados. Demás desto, ve por una parte los inmensos beneficios con que nos ha obligado, y los acerbísimos dolores y Pasión que padeció por nuestro amor, y por otra la enorme ingratitud nuestra, viendo que, en lugar de darle gracias, está el mundo haciéndole estupendos agravios con tantas deshonestidades, juramentos con mentira, falsedades, engaños, supersticiones, hurtos, homicidios, blasfemias, sacrilegios, herejías, idolatrías, y tantos que siguen la secta bestial de Mahoma y el Judaísmo. Ve también que entre los cristianos que tienen más obligación de servirle y seguir la doctrina de su Hijo, están introducidas leyes del mundo contrarias totalmente á las del Evangelio, y tan

bárbaras que ni aun los moros ni los idólatras las tienen, como son las leyes del duelo. Demás desto, que están asidos á las cosas de la tierra, y muy solícitos dellas, sin cuidar de las del Cielo; que hay tantos ingratos, soberbios, ambiciosos, regalados y esclavos de su carne, que todo esto es contrario á la doctrina de Cristo, de cuyos consejos y palabras no hacen más caso, siendo la Sabiduría divina, que si las dijera un hombre sin juicio; y tras todo eso, que no hacen caso de sus Sacramentos, ni quieren arrepentirse, y que hay muchos más grandes pecadores que los mismos infieles y gentiles. Todo esto ve Dios clara y distintamente, pesando la inmensa grandeza de tantas injurias, y echa de ver la razón que tiene para deshacer el mundo, que crió para los hombres, que le han salido tan desagradecidos; ó tirarles rayos desde el Cielo, porque echa de ver cuán indigna cosa es que su tremenda Majestad sea tan vilmente despreciada de su criatura. Mas con todo eso, refrena la ira de su justicia y detiene su omnipotente mano, aunque en ella tiene desenvainada la espada de su rigor, la cual sirve más para espantar con ella que para matar: porque se há muy diferentemente Dios con sus enemigos que los hombres; porque entre los hombres, dice San Crisóstomo ¹, «los enemigos que quieren tomar venganza de sus contrarios, no sólo lo publican, pero con asechanzas los acmeten, porque no se escapen si lo supiesen. Lo contrario hace Dios, que lo dice de antemano, y lo dilata, y con amenazas aterra, ni deja por hacer diligencias para que no ejecute lo que amenaza».

Pues ¿qué diré de la Paciencia de Cristo en cuanto hombre, que desde que tomó el Verbo la naturaleza humana en el vientre de su Santísima Madre, hasta que expiró, fué un continuo padecer? Nueve meses estuvo escondido

¹ Chrysost., in Ps. 7

entre las entrañas de una Doncella, que para quien tenía perfecta razón fué grande humildad y materia de paciencia. Nació en un establo con falta, no sólo de regalo, sino de lo más necesario, que aún necesitó del abrigo que le pudieran dar unas pajas. Derramó luego su sangre en la Circuncisión. Fué luego perseguido, y le llevaron sus Padres huyendo á Egipto. Después pasó la vida en pobreza, y trabajó hasta que se descubrió al mundo, donde fué infinito lo que padeció, y afaná en tantos caminos, con tantos sermones, sufriendo hambre, sed, cansancio, frío, calor, baldones, desagradecimientos, murmuraciones y agravios nunca oídos, hasta que echó el resto de su paciencia, sufriendo ser preso, juzgado, menospreciado, escupido, tenido por loco, azotado, pospuesto á Barrabás, coronado de espinas, sacado á la vergüenza, condenado injustamente á muerte, cargado con la Cruz á cuestas, crucificado pies y manos, puesto entre dos ladrones, blasfemado de los hombres, desamparado dellos, y hasta de su Eterno Padre; tan desfavorecido de la piedad humana, que una gota de agua le faltó. En tan terribles trabajos y tan acerba Pasión no habló, no se defendió, no resistió á nada, no se quejó, y tan lejos estuvo de hacer mal á sus perseguidores, que rogó al Padre Eterno por ellos. Por cierto que tal paciencia no la pudo tener otro sino Dios, y por ella podían bastantemente creer los judíos que era Dios á quien crucificaban, y nosotros los cristianos tenemos aquí un perfectísimo dechado de todo sufrimiento, que no se había de apartar de nuestros ojos.

Sobre todo este sufrimiento, así de la divinidad como de la humanidad de Cristo, es que no sólo llega la paciencia de Dios á sufrir tan estupendos y enormes agravios de los pecadores, no despedazándoles como ellos merecen, ni haciéndoles los males que pedían sus pecados, pero pasa á

hacerlos innumerables bienes, porque hace cada día nacer el sol así para los malos como para los buenos, y hace que toda la naturaleza nos sirva, esperándonos á que hagamos penitencia con tanta voluntad de nuestro bien, que así por los predicadores y consejo de los hombres, como por inspiraciones de los ángeles y con otros modos admirables, nos quiere obligar á que nos volvamos á Él y gocemos de su misericordia. ¿Qué Rey ha habido en el mundo, que pudiéndose vengar facilísimamente y con suma justicia de los que le fueron traidores, no sólo una vez, sino treinta ó cuarenta, no les haya querido hacer mal, sino muchos beneficios, procurando siempre reducirlos á su obediencia y amistad? No se sabe que haya habido ningún príncipe en el mundo, desde que Dios le crió, que haya perdonado cinco veces á quien le hubiese querido matar otras tantas, pudiendo él sin daño alguno condenar á muerte á tan gran traidor; pero Dios, ¿cuántas traiciones nos sufre? No tienen número ni cuenta. No hay comparación de las injurias contra Dios á las injurias contra un hombre; porque los agravios de Dios son innumerables en su multitud, y en su grandeza infinitos; y va mayor diferencia de un pecado contra Dios á una traición contra un rey, que hay de todo el Océano á una gota de rocío. Y así la paciencia de Dios es inmensa, y de todas maneras inexplicable é incomprendible.

VIII

De la Clemencia divina.

También es fruto del amor de Dios su infinita Clemencia, respecto de la cual todos los pecados del mundo son una gota comparada con un inmenso piélago; y así dice San Crisóstomo ¹: «La Piedad y Clemencia de Dios sobre-

¹ Crisóst., hom. 3. *De Penitent.*

puja á la maldad del hombre. Considera qué se haría una pequeña chispa si cayese en el mar; ¿por ventura pudiera durar algún rato ó parecer allí? Pues la diferencia que hay de una chispa á todo el mar, esa distancia hay de la malicia humana á la Piedad y Clemencia divina; y si va á decir la verdad, no es sola esta diferencia, sino mucho mayor, porque aunque el mar sea muy grande, con todo eso es limitado; pero la Clemencia de Dios no tiene límite ni medida. ¿Qué Misericordia más sin tasa ni medida; qué Clemencia más infinita, que cuando una criatura vil le está más ofendiendo, quebrantando su ley, desobedeciéndole en todo, dejando al que es fuente de agua viva por un maldar sucio de un pecado, huyendo dél y desestimándole, entonces está el Señor derramando misericordias en el pecador, dándole vida, salud, honra, con qué pasar, y defendiéndole de innumerables males y peligros, y con una cara de risa y entrañas más que de padre, rogándole con que quiera el Cielo? Y si da alguna señal de que lo quiere y de que quiere ser su amigo, se está regocijando dello, y todo el Cielo se revuelve de contento, como si le fuera al mismo Dios la vida. Esto, ¿quién podrá encarecerlo? ¿Qué mayor clemencia que la de aquel Señor que por su Profeta Ezequiel tiene prometido, «si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados, etc., yo no me acordaré más de todas las maldades que obró?» Infinita bondad es, no sólo dejar sin castigo al enemigo, no sólo hacerle merced del perdón, pero olvidar las ofensas, como si nunca hubieran sido. Esto, no sólo lo dijo de palabra Dios, pero lo cumple como lo dijo.

La facilidad que tiene Dios en perdonar las enormes injurias que le hacen los hombres es tan grande, que no hay ninguno que le pida de veras perdón que no le alcance, y con diligencias tan fáciles, que cualquiera las puede hacer, por pobre y enfermo que sea, aunque le falten las

fuerzas todas, y esté sin habla; porque como dice Santo Tomás ¹, «de ninguno pide Dios más de lo que puede, en ayunar, orar, hacer limosnas y viglias, castigar el cuerpo y cosas semejantes. Y si le faltan grandes obras para satisfacer por sus pecados, bastaránle las pequeñas, como son unas pocas de lágrimas derramadas de corazón, como se lee del rey Ezequías, cuyas lágrimas miró el Señor con tan buenos ojos, que le añadió quince años de vida, y revocó la sentencia de muerte que le había dado por su Profeta. De la misma manera se hubo misericordiosamente con las lágrimas que San Pedro derramó por un crimen gravísimo, cuando, habiendo oído el gallo, lloró amargamente. Mas si no puede uno llorar, bástale á Dios una palabra nacida de un corazón contrito, como se lee del buen Ladrón, que habiendo dicho al Señor: «Acordáos de mí», respondió Cristo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Y si no puede hablar, con un gemido del alma contrita se dará Dios por contento, según la Escritura, que dice: «En cualquier hora que gemiere el pecador, no me acordaré más de todas sus maldades». Pero si la flaqueza le privare de todo el uso de los miembros, de suerte que ni gemir pueda, bástale á Dios una buena y sincera voluntad, para que con ella le satisfaga por ofensas gravísimas». ¡Bendito sea tan benigno Señor, que con sola una buena voluntad se satisface, aunque le falten obras! Estando enferma en la cama la sierva de Dios Mectildis, comulgaban las demás religiosas de su monasterio, y como ella suspirando al Señor, con su pobreza de espíritu, de lo íntimo del corazón llorase, vió al mismo Señor levantarse de su trono, el cual, entre otras cosas, le dijo: «Cuando tú lloras buscándome, con tus lágrimas me encierras dentro de ti. Mira cómo el hombre con la voluntad sola no adquiere alguna cosa, ni la posee,

¹ S. Thom., *De divin. morib.*

por más vil que sea, aunque sea una paja; pero á mí cualquiera puede tenerme, y hacerme suyo con la voluntad y con sólo un gemido».

También es gran señal de la Clemencia de Dios, que para que vengamos á pedirle perdón, y escapar de las penas eternas, se contenta con afligirnos con las temporales, que son brevísimas y ligeras. No es impío el padre que castiga á su hijo, porque no le obligue á desheredarle: ni es cruel el médico que da la purga amarga, por dar vida y salud al enfermo; y es gran Clemencia de Dios que con una enfermedad de quince días excusa á algunos que no estén quince años en el Purgatorio, ó por una eternidad en los tormentos eternos del infierno. ¿Qué mayor clemencia que si un Rey trocara la pena de atenacear á un traidor, en que le diese un niño un golpe con una mimbre? Pues menos son las mayores calamidades desta vida, respecto de las menores penas de la eternidad, pues por penas tan pequeñas dispone Dios que no se caiga en las que son tan intolerables y extrañas, haciendo que uno satisfaga por los pecados pasados, se abstenga de los presentes y se prevenga contra los venideros; y así las penalidades desta vida son una clementísima satisfacción de lo pasado, medicina de lo presente y cautela de lo futuro.

¡Oh, cuán diferentemente usa Dios de su justicia que la ejercitan los hombres! pues la mezcla con tan gran clemencia y piedad, deseando siempre nuestro provecho, como notó San Crisóstomo ¹: «Los jueces, dice, cuando cogen algunos ladrones ó sacrilegos, no atienden á cómo les han de hacer buenos, sino á cómo les han de ajusticiar. Dios hace todo lo contrario, porque cuando halla á un pecador, no mira á cómo ha de ejecutar en él la pena que merece, sino cómo le corregirá y le haga mejor: como Juez exami-

¹ Hom. 7, ad. Pop.

na, como Médico cura, como Maestro enseña». Á Nabucodonosor castigó, y á los ninivitas intimó por el Profeta Jonás la sentencia de su destrucción, y todo para que se corrigiesen. De lo cual espantado el mismo Santo, dice: «¡Oh maravillosa cosa, y muy nueva! El pregón del Profeta que amenazaba muerte á los ninivitas les fué causa de vida. Por el mismo caso que se pronunció la sentencia, ella misma se invalidó. Al contrario de otros jueces, los cuales hacen averiguación de la causa, para que su sentencia sea válida y firme: mas en Dios el pronunciar la sentencia la hace inválida: porque si no la pronunciara, no la oyeran los pecadores; y si no la oyeran, no hicieran penitencia, y no haciendo penitencia, no se escaparían del castigo y pena». De suerte que aun grandes castigos en esta vida, rigores y amenazas, suelen ser efectos de una inmensa Clemencia de Dios y deseo de perdonarnos y curar las llagas de nuestras almas; porque, como dice Salviano ¹, «así como los excelentes y diestros médicos y cirujanos aplican á diferentes enfermedades diverso modo de curar, y á unos dan medicamentos dulces y á otros amargos; á unos les abrasan con cauterios, á otros les regalan con unturas; á unos cortan rigurosamente con hierro las carnes, á otros sólo derraman aceites blandamente, y con tan diferentes curas buscan una misma salud, así Dios Nuestro Señor, cuando con plagas terribles nos reprime, nos cura con contrarios, y rigurosas secciones; cuando nos alienta con prosperidades, nos consuela como con aceite y confortativos, y por diversos medios nos quiere llevar á una misma salvación. Suele también corregir la blandura á muchos esclavos que no les aprovecharon los castigos; y á los que no sujetaron los azotes, rinden los beneficios; y á algunos muchachos contumaces que las amenazas y castigos no

¹ Salvian., lib. 6, *De Prov.*

los hacen bien criados, con las caricias muchas veces vienen á ser obedientes».

CAPÍTULO IV

La Hermosura de la Gracia y Santidad está en Dios substancialmente. Trátase de la Santidad divina.

I

Sobre la hermosura de la virtud, que tanto admiraron los filósofos, celebran los Santos la hermosura de la Gracia y Santidad, que realza á la misma virtud á un sér sobrenatural y divino; y así hace más ventajas á la hermosura natural de la virtud que hay del cielo á la tierra; porque la gracia es la mayor belleza de las criaturas, y tal, que si se viera como es en sí, no cupiera el alma de gozo y admiración; antes, como dijo Cristo á Santa Brígida ¹, no la pudiera sufrir uno si no fue milagrosamente confortado. Pues esta Hermosura ², ¿cómo puede dejar de estar en Dios substancial y eminentísimamente, pues toda la belleza de la gracia y santidad es por ser un rayo y participación de la naturaleza divina? ¿Cuál será Dios, pues es la misma gracia esencial y la santidad substancial? Porque si por ser la gracia criada un accidente, que con modo singular es participación de Dios, es tan hermosa, ¿cómo será Dios, pues es la misma substancia y esencia de la santidad, y la fuente de la misma gracia? Admiró tanto á la Esposa la belleza que por esta parte tenía su divino Esposo, que exclamó diciendo ³: «Tú eres Hermoso, Amado mío». Declaró estas palabras el Caldeo, leyendo: «¡Cuán hermosa es la Majestad de tu Santidad!» atribuyendo á la Santidad divina, no sólo Hermosura, sino Majestad, porque

¹ S. Bríg., lib. 2, *Revelat.*, cap. 18. ² V. Curs., *Teolog. Carmel.*, l. p., tract. 7, *De vis.*, disp. 3, dub. 2, par. 3. ³ Cant. 1, 16.

na, como Médico cura, como Maestro enseña». Á Nabucodonosor castigó, y á los ninivitas intimó por el Profeta Jonás la sentencia de su destrucción, y todo para que se corrigiesen. De lo cual espantado el mismo Santo, dice: «¡Oh maravillosa cosa, y muy nueva! El pregón del Profeta que amenazaba muerte á los ninivitas les fué causa de vida. Por el mismo caso que se pronunció la sentencia, ella misma se invalidó. Al contrario de otros jueces, los cuales hacen averiguación de la causa, para que su sentencia sea válida y firme: mas en Dios el pronunciar la sentencia la hace inválida: porque si no la pronunciara, no la oyeran los pecadores; y si no la oyeran, no hicieran penitencia, y no haciendo penitencia, no se escaparían del castigo y pena». De suerte que aun grandes castigos en esta vida, rigores y amenazas, suelen ser efectos de una inmensa Clemencia de Dios y deseo de perdonarnos y curar las llagas de nuestras almas; porque, como dice Salviano ¹, «así como los excelentes y diestros médicos y cirujanos aplican á diferentes enfermedades diverso modo de curar, y á unos dan medicamentos dulces y á otros amargos; á unos les abrasan con cauterios, á otros les regalan con unturas; á unos cortan rigurosamente con hierro las carnes, á otros sólo derraman aceites blandamente, y con tan diferentes curas buscan una misma salud, así Dios Nuestro Señor, cuando con plagas terribles nos reprime, nos cura con contrarios, y rigurosas secciones; cuando nos alienta con prosperidades, nos consuela como con aceite y confortativos, y por diversos medios nos quiere llevar á una misma salvación. Suele también corregir la blandura á muchos esclavos que no les aprovecharon los castigos; y á los que no sujetaron los azotes, rinden los beneficios; y á algunos muchachos contumaces que las amenazas y castigos no

1 Salvian., lib. 6, *De Prov.*

los hacen bien criados, con las caricias muchas veces vienen á ser obedientes».

CAPÍTULO IV

La Hermosura de la Gracia y Santidad está en Dios substancialmente. Trátase de la Santidad divina.

I

Sobre la hermosura de la virtud, que tanto admiraron los filósofos, celebran los Santos la hermosura de la Gracia y Santidad, que realza á la misma virtud á un sér sobrenatural y divino; y así hace más ventajas á la hermosura natural de la virtud que hay del cielo á la tierra; porque la gracia es la mayor belleza de las criaturas, y tal, que si se viera como es en sí, no cupiera el alma de gozo y admiración; antes, como dijo Cristo á Santa Brígida ¹, no la pudiera sufrir uno si no fue milagrosamente confortado. Pues esta Hermosura ², ¿cómo puede dejar de estar en Dios substancial y eminentísimamente, pues toda la belleza de la gracia y santidad es por ser un rayo y participación de la naturaleza divina? ¿Cuál será Dios, pues es la misma gracia esencial y la santidad substancial? Porque si por ser la gracia criada un accidente, que con modo singular es participación de Dios, es tan hermosa, ¿cómo será Dios, pues es la misma substancia y esencia de la santidad, y la fuente de la misma gracia? Admiró tanto á la Esposa la belleza que por esta parte tenía su divino Esposo, que exclamó diciendo ³: «Tú eres Hermoso, Amado mío». Declaró estas palabras el Caldeo, leyendo: «¡Cuán hermosa es la Majestad de tu Santidad!» atribuyendo á la Santidad divina, no sólo Hermosura, sino Majestad, porque

1 S. Bríg., lib. 2, *Revelat.*, cap. 18. 2 V. Curs., Teolog. Carmel., l. p., tract. 2, *De vis.*, disp. 3, dub. 2, par. 3. 3 Cant. 1, 16.

no hay en Dios cosa mayor ni más bella. ¡Oh, quién pudiera decir: cuán Hermoso es nuestro Criador, por ser el Santo de los Santos! que si bien todos sus atributos son admirables y le hacen Hermosísimo, éste de la Santidad con mucha particularidad significa toda Pureza y Hermosura. Y sin él (como pondera San Gregorio Nacianceno) fuera sin provecho la divinidad imperfecta y menoscabada, y así dice ¹: «Qué utilidad hubiera de la divinidad imperfecta? ¿Y qué divinidad fuera la imperfecta? ¿Y cómo fuera perfecta, en la cual se deseara algo para su perfección? Y sin duda se deseara si careciese de santidad». Porque es la santidad como el complemento de las perfecciones divinas; porque todas, sin suma santidad, no fueran sacrosantas ni tan dignas de la religión y culto sacro y religioso que á un Dios Santísimo se debe. Mas con sola su Santidad infinita y esencial sería Dios venerado, y sacrosanto y estimabilísimo; y así es tan grande este atributo, como se nos da á entender en una de las admirables visiones que tuvo San Juan Evangelista ². Vió que estaban delante del Trono de Dios cuatro soberanos espíritus de los más sublimes, todos llenos de ojos por todas partes, aclamando á Dios por Santo, repitiendo de día y de noche estas palabras: «Santo, Santo, Santo», para dar á entender lo mucho que se admiraban desta Hermosura de la Santidad divina, que por ser tan inmensa se hacían ojos para verla, y no les parecían bastantes aunque todos ellos fueran ojos, ni se daban por satisfechos, porque no cabiéndoles en su capacidad el gozo que sentían, prorrumpían en aquellas voces y aclamación de la Santidad de Dios.

Este mismo pasmo de la Hermosura de la Santidad divina tenían otros serafines que vió el Profeta Isaías, los cuales de la misma manera aclamaban: «Santo, Santo,

¹ Nazianz., orat., 34.

² Apoc., 4.

Santo»; pero en lo demás estaban con mucha diferencia de los pasados, porque los espíritus que vió San Juan estaban llenos de ojos; los serafines de Isaías no; antes se tapaban los ojos con dos alas, de modo que no podían ver el rostro de Dios; mas con otras dos alas que tenían junto al corazón estaban volando, teniéndolas extendidas. Toda esta diferencia viene á parar en una misma admiración de la Santidad del Criador, así en el quererla contemplar los unos con tantos ojos, como en el darse los otros por vencidos con cubrir su vista; porque es tan admirable, que para satisfacer su deseo quisieran un millón de ojos; para alcanzar su comprensión, todos los ojos del mundo son como si no fuesen. Mas lo que el entendimiento no basta para comprender, la voluntad se desahoga en amar; y así aquellos altos serafines explayaban las alas de la voluntad, aunque encogían las del entendimiento; enseñándonos en esto cómo hemos de procurar más el amor desta Hermosura divina que presumir su comprensión.

Fuera desto, nos enseñaban estos soberanos espíritus cómo hemos de aspirar á la Santidad divina, procurando imitarla, que con ser el atributo celebrado por más alto y más digno de Dios, es al que nos convida con su imitación; y así dijo ¹: «Sed santos, porque yo soy Santo». No nos exhorta á ser poderosos, porque Él es omnipotente; no á estudiar, porque Él es sabio; no á vivir mucho, porque Él es eterno, sino sólo á ser santos, porque es Santo. Por esto los serafines de Isaías estaban anhelando con el corazón é hipando con la boca, por la Santidad divina; y los espíritus que vió San Juan se hacían ojos para mirarse con todos ellos en el clarísimo espejo de toda Santidad.

Tiene esta gloria de ser Santo Dios grande excelencia, porque es tan única del Sér divino, que no se puede co-

¹ Lev., 11.

municar á naturaleza alguna, si no es elevándola á orden sobrenatural y divino. De manera que pudiendo ser un hombre fuerte, y un angel invisible, y un querubín sabio, y un serafín incorruptible é inmortal, quedándose en su propia naturaleza sin elevarse á grado superior, no puede ser Santo sin que le ensalcen y saquen de su baja, levantándole á un orden divino. Aun en el mismo Dios, dijo San Ambrosio, no hay cosa mayor que ser Santo. Por eso los serafines y querubines para alabarle, le aclaman de Santo. «Y nosotros también, dice San Ambrosio, no hallamos cosa más preciosa de que podamos alabar á Dios, sino es llamarle Santo; y cualquier otra cosa menos es que Dios, menos es que el Señor»¹. Lucifer serafín era; pero después de caído de la gracia y haber perdido el amor de Dios, le llama la Sagrada Escritura *querubín*, porque el nombre de serafín denota el ardor del amor divino: el de querubín significa eminencia en ciencia. Pues en un demonio bien puede haber que sea muy científico, ingenioso, sabio, no que ame á Dios y sea santo. Cualquier otro título puede haber en la criatura dentro de su esfera natural; el de santo no, sino que esté realizada sobre sí misma en un orden divinísimo, por lo cual no anduvo largo Santo Tomás en decir que «era mejor ser justo que ser hombre»; porque no digo mejor que ser hombre, sino que es mejor que ser ángel, considerada su naturaleza; ni digo sólo mejor que ser hombre ángel, sino mejor que si les hiciera Dios al hombre y ángel inmensos, impasibles, inmutables y omnipotentes, si no fuesen justos y santos.

¹ Ambr., libr. 3 *De Spir. Sanct.*, 18.

II

Para entender este atributo divino se ha de suponer lo que es la Santidad, según San Dionisio, el cual dice¹ que es «una pureza libre de todo pecado, totalmente perfecta, y por todas partes immaculada». Pues esta pureza tiene Dios por su misma esencia y substancia; porque si las criaturas la participan por allegarse á Dios por amor, claro está que en Dios está la fuente y forma de toda santidad. Y así es tan grande su sacrosanta impecabilidad (como considera un devoto), que por ningún caso, ni en algún acontecimiento puede hacer cosa contra razón, ni una mínima imperfección, ni tener un movimiento desordenado, aunque más ocasión le den las criaturas, ni aunque más con las abominaciones y pecados que hacen le dan en los ojos (cosa tan contraria á su pureza y santidad), nada le moverá á hacer cosa desordenada, ni alterarse de nada; con ser tantas y tan grandes las ofensas y pecados que contra Él se hacen, tantos los enojos que le dan, tantas las descortesías que con Él usan los hombres, nunca tiene por ello ni un movimiento descompuesto, ni una cólera demasiada, ni un átomo de rencor, ni malquerer que exceda un punto de la razón. El querer con suma y sapientísima justicia castigar lo malo para purificarlo y limpiarlo, eso sí; pero otro celo que no sea de justicia santa y pura, ni cosa que huela á rencor, ni hacer un mínimo desorden, ni le hay, ni le puede haber en este Señor. De suerte que ningunos agravios que le hagan le alteran á que haga cosa indebida; y ningunos bienes que le quisieran ó pudieran hacer los hombres, los ángeles, ó todas las criaturas, ningún deleite, ninguna oferta ó comodidad

¹ Dionys., c. 21. *De Divin. nomín.*

que le pudieran dar, nada le moverá ni puede mover que haga cosa imperfecta ó indecente. De manera que si, por posible ó imposible, le viniera algún acrecentamiento al Sér que tiene y á la Majestad divina gloria y grandeza más de la que posee, porque hiciera una mínima imperfección, ni la hiciera ni la pudiera hacer; y aunque le dieran de nuevo el ser Dios, ó le dieran más divinidad de la que tiene (si algo deso fuera posible, que no lo es), ó si el tener la gloria y bienaventuranza que tiene dependiera de hacer una mínima cosa contra razón, de tal suerte que, á no hacerla, le pudieran privar de su divinidad (que todos son imposibles), ni eso ni otra cosa imaginable le pudiera mover á que hiciera una mínima falta. No sólo el darle bienes, pero ni el afligirle con males le pudiera mover á ello; y aunque fuera capaz de padecer algún mal, ó todos los males y penas del infierno, y todas las posibles por su omnipotencia, y con todas pudiera ser afligido si no se rendía á hacer una acción la más mínima contra razón y justicia, antes tomara el padecerlo todo (si ser pudiera) que hacer cosa mal hecha. ¡Oh rara impecabilidad, que ni el darle la gloria, ni el quitársela, ni el infierno, ni bien, ni mal alguno, pudiera blandear aquella voluntad divina para que haga cosa desordenada! Pues ¿cómo le quejas de que te da pocos bienes en esta vida? ¿cómo de la falta de salud? ¿No ves que es murmurar secretamente de su Majestad divina, y acusar á la misma justicia, y calumniar á la misma razón, de la cual no se puede apartar Dios? De aquí parece aprendió San Pablo cuando dijo que no había cosa alguna en este mundo que le pudiese á él mover á hacer un pecado y dejar la caridad, ni aun el darle la gloria porque lo hiciese, ni el echarle en lo profundo del infierno si no lo hacía, que eso quiere decir: «No nos apartará de la caridad criatura alguna, ni la altura (esto es, el cielo),

ni el profundo (esto es, el infierno)»; de aquí, pues, lo aprendió, desta pureza é impecabilidad divina. ¡Oh dicha grande la nuestra, tener tal Dios, tal Dueño y tal Señor, que por ninguna parte que le consideren, ni por males que le hagan, ni por bienes que le den, por ninguno hará un desorden. Pues siendo este Señor nuestro Padre, que nos comunicó el sér con su aliento, y siendo nosotros sus imágenes y semejanzas vivas que nos pintó Él de su mano, y nos retrató, ¿cómo es que con todo eso no nos parezcamos á tan perfecto Padre, sino que somos un abismo de pecados, y un manantial de vicios, pecando de todos modos? No hay cosa en nosotros con que no pequemos, con los ojos, con los oídos, con la lengua, con las manos, con los pies, comiendo y bebiendo, hablando, estando, andando y de todas maneras. ¡Gran miseria la nuestra, y suma esclavitud al pecado! Pero consuélase la criatura, que si en ella están todos los males, su Dios está lleno de todos los bienes, que se los comunicará, y limpiará algún día de tanta miseria; cuya santidad y pureza es tal, que respecto della todas nuestras santidades son (según dijo el Profeta) como paños sucios y hediondos. Considérense las virtudes heroicas de los Anacoretas, las virtudes y amor de los Mártires, las vidas santas y puras de tantas almas como Dios ha criado, la santidad y pureza de los nueve coros de los Ángeles, y en ellos el de los Serafines, que están abrasados, penetrados y casi convertidos en santidad, en pureza, en amor y en perfección; la pureza de la Virgen Santísima, que excede con grandes quilates á todos ellos en santidad y virtud; y lo que más es, la santidad criada de la Humanidad de Cristo nuestro bien, tan rara, tan sin igual: con todo eso, esa santidad toda y toda la que la omnipotencia de Dios puede criar, es una pequeñita gota de agua respecto de aquel mar inmenso é

infinito de santidad que hay en Dios y en su Sér divino. Por eso con gran razón y misterio nos da á entender el mismo Señor que se precia más de su santidad que de otra perfección ó atributo (aunque todos son infinitos), pues el motete que quiere le canten los ángeles siempre es *Santo, Santo, Santo*. Donde es mucho de notar que nunca varían la letra, habiendo tanto en que remudar, y no le cantan sabio, rico, omnipotente, hermoso, entendido, ú otros infinitos loores que tiene, sino Santo y más Santo; para significarnos lo mucho que hay de santidad en Él, pues por toda su eternidad habrá que decirle Santo, Santo, y lo mucho que se precia de serlo, deseando que nos corramos nosotros de que teniendo un Padre tan santo no procuremos mucho serlo, como nuestro Padre lo es, y aprendamos á preciarnos, no de fuertes, no de sabios, no de ricos, sino de santos.

III

Llámase Dios Santo de muchas maneras, por ser su esencia el fundamento y raíz de toda santidad y pureza; también porque es Dios el objeto de toda santidad, pues por la semejanza, amor, junta y unión con Dios, son santos todos los que lo son, ángeles y hombres; fuera desto, porque es Dios la regla y forma de toda rectitud, y Él es la ley eterna en cuya conformación consiste la santidad; finalmente, se dice y es Dios Santo y Santísimo, formal y substancialmente, por ser la suma pureza, la suma impecabilidad, el sumo ajustamiento á toda razón y ley eterna, ó, por mejor decir, á sí mismo, esto es, por ser Él quien es, conviene á saber, el mismo Dios; porque la forma de la santidad es la pureza, y la mayor pureza de afecto es el amor de Dios; porque es llegarse á aquello que es en sumo grado purísimo. Por lo cual, como Dios sea el amor de sí

mismo más cabal que puede ser, es la mayor santidad que es posible ni imaginable; y porque se ama infinitamente, es infinita su Santidad. Con razón el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, tiene en su mismo nombre incluído el título de Santo, en el cual notó San Ambrosio¹ que está una gran particularidad, que «su nombre es la gloria de Dios, porque así se alaba el Padre, y así se alaba el Hijo, como se nombra el Espíritu Santo». Quiere decir, que lo que es simple nombre del Espíritu Santo, es alabanza y encomio en las otras dos Personas divinas. Esta misma Santidad tiene Dios en todas sus obras, conforme á lo que dijo el Profeta²: «Justo es el Señor en todos sus caminos, y Santo en todas sus obras». Porque como no hizo criatura ni hace obra alguna que no sea por su gloria y amándose á sí mismo, viene á ser que en todas las criaturas y en todas sus obras sea Santo y Santísimo, pues las ajusta todas á la rectitud de la ley eterna, que es Él mismo; porque su santísima voluntad tan perfectamente quiere, y su omnipotencia tan perfectamente obra, cuan perfectamente conoce su Sabiduría y dicta su Justicia que se debe obrar. Ni es menos perfecta la ejecución de sus obras que cabal el dictamen de su prudencia. Ni su voluntad abraza menos el bien que su entendimiento le comprende. De aquí es que gusta infinitamente de toda rectitud y justicia, y detesta infinitamente á todo pecado; porque como tiene un inmenso amor á la virtud, tiene también un inmenso odio al vicio, y como ama necesariamente á su bondad aborrece necesariamente á la culpa, que es la contraria, y así la hace castigar con sumo rigor el amor infinito que tiene á la pureza, á la rectitud, á la inocencia y á toda justicia. Bien se echa de ver esta infinita Santidad de Dios por el infinito odio que tiene al pecado, pues siendo Dios la suma suavidad y bon-

1 Ambros., supra.

2 Psal. 144.

dad, le castiga tan severamente, que priva al que está en pecado mortal de un bien infinito, que es la posesión del mismo Dios; condénale á tormentos infinitos en cuanto á la eternidad dellos; y aunque uno tuviese merecimientos infinitos en número, no reparara en condenarle á fuego eterno por sólo un pecado mortal que hiciese; y sobre todo quiso que muriese su Hijo (cuya vida era de infinita estimación) por el pecado del hombre. Muy al revés lo hacen los hombres, bebiéndose los pecados como agua, como dice la Escritura; y si la falta está en el amigo, aunque sea contra justicia la disimulan; si en sí propios, la excusan de mil modos. Mas la suma Santidad de Dios no se aparta un punto de la razón, ni su inmensa pureza de la justicia.

A tan Santo Dios reverenciamos con pureza y santidad; Templo suyo es este mundo; Sagrario suyo es nuestra alma; en todas partes le tengamos reverencia, y en nuestro corazón guardemos limpieza. Miremos á todo este universo como santificado con la presencia de un Dios tan puro y santo, no permitiendo inmundicia de afecto donde descansa la suma pureza. Al que es Santo de los Santos reverenciamos con santidad, con reverencia y atención, con corazón puro, con ánimo humilde, con devoción atenta. Sólo para que sirviesen unos mancebos al Rey de los caldeos se aseaban, purificaban y hermoseaban largo tiempo. Para gozar de un Dios Omnipotente y Santísimo, para amarle, ¿qué limpieza de corazón, qué pureza de alma me bastará? ¡Oh Santo Dios, Santo de los Santos! pues sois toda Santidad, porque os amáis, dadme que os ame, concededme la Santidad de vuestro amor, que ni ame á criatura más que á Vos, ni fuera de Vos, y que á Vos os ame por lo que sois, por vuestras infinitas perfecciones, porque sois el Santo de los Santos, procurando imitar vuestra infinita Santidad huyendo de toda culpa, por mínima que sea y

ejercitando toda virtud, por dificultosa que la sienta. ¡Oh Dios mío, espejo de pureza, ejemplar de toda impecabilidad, dechado de toda rectitud, forma y norte de toda caridad! ¡Quién tuviera para serviros la santidad de todos los santos Serafines que os están aclamando por Santo! ¡Oh Santísimo Dios, que sois Santo, y Santo, y Santo, y todo Santo! ¡Quién fuera santo y más santo para amaros! ¡Quién fuera puro y más puro para gozaros! ¡Oh, quién tuviera la pureza de las Vírgenes, la paciencia de los Mártires, el celo de los Doctores, la penitencia de los Confesores, la fe de los Profetas, la esperanza de los Patriarcas, la caridad de los Apóstoles, la pureza de los Ángeles, la santidad de las más encumbradas Jerarquías, para adoraros por mi Dios, para amaros como á mi Padre, para serviros como á mi Señor! ¡Oh gran Dios! ¡Oh purísimo Dios! ¡Oh Santísimo Dios! ¿Qué es lo que oigo que me exhortáis, que sea santo como Vos sois Santo? ¿Cómo mi vileza podrá imitar vuestra pureza? ¿Cómo el que más peca se podrá hacer semejante con el que más se ajustó á la ley de toda razón y virtud? ¿Cómo el pecador de pecadores podrá parecerse al Santo de los Santos? ¿Es posible, Señor, que esto queráis? ¿que cosa tan dificultosa me mandéis, y tan imposible á las fuerzas de mi naturaleza pecadora, y flaca, y deleznable, y corrupta? Pero, Señor, es á vuestra gracia posible lo que á mi naturaleza imposible. Levantadme Vos de mi miseria á la esperanza de vuestra misericordia, de mi malicia á la semejanza de vuestra impecabilidad, y de mis pecados á la imitación de vuestra Santidad. Concededme esta gracia, Dios mío, por vuestra gran misericordia, por vuestro grande amor, por vuestra infinita Santidad.

CAPÍTULO V

Cómo á Dios por su Hermosura le compete el Señorío del mundo y Potestad sobre todas las cosas. Trátase del dominio divino.

I

Por todas partes es hermoso nuestro Dios, á todas vistas es hermosísimo el Criador de toda hermosura; porque ni le falta propiedad, ni condición de lo hermoso, ni desea tampoco género de hermosura. Todas las lindezas y perfecciones juntas están en Él; si tiene hermosura la sabiduría, en Él se halla todo saber; si agrada la virtud, en Él resplandece toda rectitud y bondad: si la gracia es la cosa más hermosa de las criaturas, Él es fuente de la misma gracia y la Santidad por esencia; y así, pues no le falta hermosura, no le falta privilegio della, principalmente aquel tan celebrado de algunos sabios, y ejercitado de muchos políticos, y advertido en las Sagradas Letras, que dan á lo hermoso por merecedor de reinar; por lo cual es tan famoso aquel dicho de Eurípides, que alega Porfirio en su introducción ¹, que la hermosura de Príamo fué digna del Imperio. También dijo Latino Pacato, hablando con el emperador Teodosio ²: «Tu virtud mereció el Imperio, pero la forma de tu rostro dió su voto á la virtud; ésta sirvió para que fuese conveniente hacerte Príncipe; aquélla para que fuese decente». De la misma manera dijo Plinio á Trajano ³: «La estatura dispuesta del cuerpo, lo decente de la cabeza, la dignidad del rostro, bien de lejos mostraban quién era el Príncipe». Y Claudiano celebró del capitán general Estilicón ⁴: «El resplandor fogoso de un excelente rostro prometía cuál era el capitán». No sólo con palabras,

1 Porfir., Isagog. 2 Latin. Pacat., in Paneg. Teodosio.
3 Plin. in Paneg. Trajan. 4 Claud., de Estilicone.

sino con obras, mostraron muchas gentes que la hermosura era título justificado para reinar ¹. Onesicrito y Diodoro Sículo ² escriben que los que habitan junto á Cathea, cuando alzaban alguno por rey, que era por elección, no por sucesión, escogían el más hermoso de todos. Lo mismo escriben Estrabón ³ y Aristóteles ⁴ de los de Etiopía, que cuando elegían rey, era el más hermoso. Pomponio Mela ⁵ atribuye esta costumbre á los Automolos: y al grande capitán Nicias le hizo tanta disonancia ver á un hombre muy hermoso que era esclavo, que le dió luego libertad, como escribe Plutarco ⁶, pareciéndole indigna cosa que sirviese quien debía reinar. Parece siguieron estas gentes en su modo de elegir á la naturaleza, que hizo al rey de las abejas la más hermosa y dispuesta de todas, como advierte San Ambrosio y San Basilio, el cual dice ⁷: «La que se aventaja á las demás en grandeza, en forma y mansedumbre, alcanza de la naturaleza el principado sobre todas». Y así, aconseja Virgilio ⁸ que «cuando hay dos reyes de las abejas que pelean entre sí, se ha de dejar vivo al más hermoso, y matar al otro». Por esto algunos jurisconsultos resuelven que, en caso de duda, se ha de elegir para emperador y príncipe el más hermoso. Y llegando esto á particularizar en la naturaleza divina, David da por bien empleado el Reino é Imperio de Dios por su hermosura: y así le dice «que con su belleza y hermosura reine é impere». Y en otro Salmo canta ⁹: «El Señor reinó, vistióse de hermosura»; significando acompañar á su divina Hermosura su Reino y Dominio en todas las cosas. ¡Oh gran Dios, cuán digno sois del imperio de mil mundos, pues vuestra

1 Apud. Strab., lib. 16. 2 Diog., lib. 17. 3 Strab., lib. 17.
4 Arist., lib. 4. *Polit.*, c. 4. 5 Mel., lib. 3.
6 Plutarc., in Nicia. 7 Basil., in Hexam., hom. 81.
8 Virgil., Georg. Cepol., *De Imp. milit., delig.*, in 10 conc.
9 Psal. 44.

Hermosura es sobre mil hermosuras! ¡Cuán digno sois de ser Señor de todo por dominio, pues sois Señor de los corazones por vuestro agrado! ¡Oh cuán digno sois de vuestra omnipotencia, pues la hermosea tanta perfección de atributos! Gózome que haya sido necesidad lo que fuera acierto de mi elección, pues por vuestra Hermosura merecíais ser monarca del mundo. Yo os diera mi voto para que fuérades mi Señor, mi Rey, mi Dios, si no lo fuérades; pero dóime mil parabienes que lo seáis por vuestra naturaleza, que como es la misma razón, no privó á vuestra Hermosura del Imperio y Potencia que se le debían.

II

Es, pues, el Dominio y el Poder divino, al paso de su Hermosura, todo infinito; y empezando por la jurisdicción de su Señorío, se extiende á toda la naturaleza, así irracional como racional, corpórea y espiritual, sobre los mayores Reyes y Monarcas, y los mismos coros de los Ángeles, á cuanto hay y puede haber; por eso se dice Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Todo está sujeto á Dios, hasta las criaturas incapaces de razón y sentido sienten su imperio, conforme á lo que dice San Jerónimo ¹: «Todas las criaturas sienten á su Criador, no según el error de los herejes, que pensaron tenían todas las cosas ánima, sino por la Majestad de su Autor, para con quien las mismas cosas insensibles son sensibles»; esto es: para su obediencia y sujeción. Por eso se dice que el mar y los vientos obedecían al Señor, que en todas partes impera y á todas las cosas manda; y así nadie puede salir de su jurisdicción y distrito, ni huir de su poder. Por eso dice el mismo Señor por el Profeta Amós ²: «No se escapará ninguno; los que huyeren, si bajaren al infierno, de allí los sacaré mi mano; y

¹ S. Hieron., in Matth., 8. ² Amos, c. 9.

si subieren hasta el cielo, de allí los derribaré; y si se escondieren en la cumbre del Carmelo, de allí buscándolos los arrebataré; y si se encubrieren de mis ojos en lo profundo del mar, allí mandaré á una serpiente y los morde-rá; y si fueren cautivos con sus enemigos, allí mandaré á la espada y los matará». No hay lugar adónde huir de quien en todo lugar manda, y á quien los brutos y peñas obedecen; y quien no tiene igual que le pueda detener, no hay otro Dios que le pueda hacer punta; porque, como dijo el Eclesiástico ¹, «uno es el Criador, Altísimo, Omnipotente, y Rey poderoso, y muy tremendo, asentado sobre su Trono Dios Dominador». ¡Oh gran Poder que en todo puede, que hasta las criaturas irracionales la obedecen! Este es imperio que se extiende á todos. ¡Oh cuán ridícula fué la Potencia de los emperadores asirios y romanos! porque á ninguno obedecieron los elementos, antes unos murieron quemados vivos, otros anegados, otros sepultados vivos, otros de pestilencia. Á Valente no reverenció el fuego, acometiéndole vivo hasta resolverle en ceniza. Y ningún respeto tuvo la tierra al emperador Zenón ², pues dando voces que le abriesen el sepulcro en que estaba cerrado, se hizo sorda. Ni acató tampoco la agua á Federico I, que le sepultó en sus olas. Y más pudieron que Sís y Antíoco unas viles sabandijuelas. El Señorío divino solamente no excluye nada, sino se extiende á todos tiempos, lugares, personas, y todas las cosas. Puede vedar lo que quisiere, mandar lo que se le antojare, y de todos sus consejos podrá ponernos precepto. Ni fuera tiranía en despedazarnos sin otro fin más que por su gusto.

Allégase á esto que la jurisdicción divina es tan inmediata á todas las cosas, que aunque las gobierne por causas segundas, asiste su potestad y presencia á todas. De

¹ Eccles., 1. ² Fulg., lib. 9.

suerte que ninguna puede obrar cosa á que no coopere ó la permita. En lo cual hay una grande diferencia entre el gobierno humano y el divino, de la cual maravillado Lactancio, dice ¹: «Gobierna Dios al mundo como un gobernador á su provincia, cuyos ministros, alcaldes y alguaciles nadie los llamará sus compañeros, aunque por ellos se rija la república; y pueden hacer muchas cosas sin mandato ni voluntad del Príncipe, porque lo puede él ignorar; que es propio de los hombres no poder saber todo. Pero Dios, Gobernador del mundo y Presidente del universo, que sabe todas las cosas y nada está cerrado á sus divinos ojos, sólo tiene la potestad, junto con su Hijo, de todas las cosas, y los ángeles no tienen más parte que la necesidad de obedecer». Esta tan total jurisdicción y dominio de Dios es mucho más que la que tiene un Rey en sus esclavos, porque es Dios Señor absoluto de todo, para hacer de las cosas cuanto quisiere, no sólo para abrasarlo y consumirlo, sino para aniquilar si se le antojase. El derecho que tiene para tan supremo poder es, no por haberse hallado el mundo sin dueño, no por haberlo recibido de otro, no por haberlo heredado, no por haberlo comprado en algún barato, sino por haberle dado sér y criádo. Este título es tan grande, que no se puede imaginar mayor; porque ¿qué mayor derecho que aquel que se funda en la dependencia necesaria y sujeción esencial?

III

Cuanto más sujeta está una cosa á otra, y más depende della, tanto mayor dominio y derecho tiene ésta en lo que le está sujeta; pues como la dependencia que la criatura tiene del Criador es suma y esencialísima, es también sumo el dominio que tiene el Criador en la criatura, por ra-

¹ Lactan., l. 2., c. 17.

zón de haberla criado; y si el alfarero tiene dominio en los vasos que hace de barro y labra, para hacerlos como quisiere y quebrarlos cuando se le antojare, mucho más podrá hacer Dios lo que quisiere de las criaturas que hace de nada. Por esto en la Sagrada Escritura no se da luego á Dios el nombre de Señor, sino después que acabó de fabricar el mundo enteramente. Á esto se llega que no sólo dependen las cosas necesariamente de Dios para recibir su sér en la Creación, sino también para conservarles en su duración, que es menester que las esté Dios sustentando continuamente para que no se resuelvan en nada; porque así como no basta para que el sol ilustre al mundo que esparza en él una vez sus rayos, sino los está continuamente esparciendo para sustentar su claridad, así también es necesario que esté Dios continuamente sustentando el sér que una vez dió á las criaturas; y si no lo hiciera así, al punto se resolverían en nada; pues ¿qué mayor derecho ni dominio se puede imaginar que éste que con tanta facilidad pueda aniquilar lo que quisiere? De manera que una tan grande maravilla como criar el mundo, la repite Dios continuamente en la conservación. Por lo cual dice San Crisóstomo ¹: «Dios contiene todas las cosas que se están cayendo de suyo y precipitando al no sér: ni es menos conservar al mundo que hacerle, antes, si hemos de decir alguna cosa que cause maravilla, es más; porque en el hacer las cosas se produjeron sus esencias, pero en conservarlas se detienen las cosas que están hechas que no se vuelvan en nada». Esta conservación de las cosas declaran los Padres con varias semejanzas: porque, según San Dionisio, es como el fundamento que sustenta el edificio y la basa en que carga una columna; porque, quitado el cimiento, se caerá la casa; y quitada la basa, no estará

¹ Chrysost., hom. in ep. ad Hebr.

en pie la columna. Según San Anselmo, es como quien tiene suspensa una cosa, que si la dejase caería en un profundo pozo; porque Dios á las cosas que sacó del abismo de la nada, y las levantó al sér, las detiene para que no tornen á caer en la profundidad del no sér. Según San Agustín, es como quien da leña á un horno, que si no lo está continuando, se apagará el fuego, ó como á la corriente de un río han de fomentar siempre sus fuentes. Según otros Santos, es como quien está atando y apretando una cosa, que si se dejase á su naturaleza, se desaparecería y desharía. A todas estas comparaciones excede la necesidad que tienen las criaturas que las sustente Dios; porque si no fuera porque les está dando continuo sér, se caerían luego de su estado y se desharían, resolviéndose en la misma nada. No es posible ni imaginable mayor dependencia que las cosas tienen de Dios, ni por consiguiénte mayor dominio que el que Dios tiene en ellas; pues ni ser pueden, ni obrar sin dependencia suya; porque aun para pestañear, para menear un dedo, tenemos necesidad de Dios, y no lo podemos hacer sin su ayuda. Fuera desto, somos de Dios, por ser Él nuestro último fin, al cual estamos ordenados en todo cuanto somos, y la dependencia del fin no es menor que la de la causa eficiente; y así somos de Dios por muchos títulos, por cuantos dependemos dél; y dependemos tanto de Dios, por ser nuestro fin, que no fuéramos si no se moviera por este fin la divina Omnipotencia cuando obra. A los animales de que nos servimos no criamos nosotros; pero por haber sido el hombre el fin dellos, pues para él se criaron, están sujetos á su dominio. ¡Cuán debida será la sujeción que debemos á Dios! ¡Cuán doblada servidumbre le debemos, pues no sólo somos criados para Él, sino por Él mismo! De Dios recibimos sér, y para Dios solamente. Demás desto,

somos de Cristo por otro título gloriosísimo, de habernos comprado con su sangre y librándonos de la cautividad del pecado, del demonio y de la muerte, que era esclavitud intolerable y eterna; mas á costa de su sangre nos libértó, y quedamos suyos por nuevos títulos, y obligados á darle alguna satisfacción de tan grande beneficio, y recompensarle con nuestro agradecimiento algo de lo infinito que le debemos por sus penas.

Por tantos títulos como estos es Dios nuestro Rey y Señor, y nosotros sus esclavos; y ni por el menor sólo le podemos satisfacer, ni pagar de cien mil uno de lo que le debemos. ¿Qué no le debemos por el título de ser criados por Él? Pues le debemos cuanto somos y cuanto es el mundo, que también le hizo por nosotros. Debemos manos, pies, vista, oído, entendimiento, memoria, voluntad libre, y todos nuestros miembros, sentidos y potencias. Si á un ciego le curara un médico de suerte que le diera vista, y á un manco le restituyera un cirujano la mano cortada, no supiera qué hacerse con su bienhechor quien hubiese recibido tales beneficios. ¿Qué deberemos á Dios por habernos dado vista, y con ella los demás sentidos y manos, juntamente con todas las demás partes debidas á la constitución humana, interiores y exteriores? Pues por la conservación, ¿cuánta obligación tenemos de servirle, pues repite cada momento, y millones de veces, lo que hizo en la creación una vez? Por cierto, nada hacemos en darnos á Él de voluntad, pues de necesidad somos suyos; y pues Él se nos dió, y nos dió, no haremos mucho en darnos á Él del todo. Demos siquiera lo que somos al que nos dió más de lo que somos. Bien dijo San Bernardo ¹: «Cuando hubiere dado á Dios todo cuanto soy y puedo, ¿por ventura no es todo esto lo que una estrella en comparación del

¹ S. Bernar., ser. De Quadruplici debito.

sol, una gota respecto del río, una piedrezuela comparada con un monte, y un granito cotejado con el montón? No tengo sino dos minutos, y esos pequeñísimos, que son cuerpo y alma; ó, por mejor decir, no tengo sino uno, que es mi voluntad. ¿Pues por qué no la daré yo, y entregaré á la voluntad de quien, siendo tan grande, previno con tan grandes beneficios? ¿al que con todo lo que es compró á todo cuanto soy? Por su Hermosura divina estábamos obligados de adorar á Dios. Por ser sus esclavos también, y por haber recibido dél tan grandes beneficios, ¿qué le deberemos? Gocémonos de estar sujetos á tan digno Señor. Alegrémonos de estar necesitados con tantos beneficios á amar á tan gran Hermosura. Humillémonos á aquel gran Poder, de quien estamos pendientes más que la luz lo está del sol. Conformémonos con lo que hace quien es nuestro Dueño y Señor por tantos títulos, y cuyos somos por tantas obligaciones. No es nada riguroso cuanto manda, aunque pudiera mandar todo rigor sin ir contra razón y justicia en nada, pues le basta por mil razones cualquier querer suyo, aunque fuese de aniquilarnos ó hacernos pedazos; pero Él es tan bueno, que lo que quiere es lo que nos está bien; Él es la suma suavidad, que no permite mal si no es porque sabe volverle en bien. Consolémonos con que somos de Aquel que puede todo, que sabrá mirar por los suyos, pues no le falta buena voluntad ni grande poder. No nos quejemos de quien da tanto á todos y no debe nada á nadie.

Esta es singular prerrogativa del Dominio de Dios, que ni debe ni puede deber de justicia, cosa alguna; porque esencialmente es la criatura de Dios, y es imposible salir de su dominio y dejar de ser suya; y así, cuanto tiene la criatura es de Dios, y lo mismo es de cuanto la deben, lo cual puede Dios dar á quien quisiere y hacer que nadie se

lo pague, extinguiendo totalmente el derecho que en aquello pudiera uno tener; y si puede Dios quitar el derecho y justicia que tiene una criatura con otra, es por ser todo suyo; y así no puede Él tener obligación de justicia á ninguno, sino sólo de fidelidad, cuando Él porque quiso prometió algo; y pues el Criador tiene en su dominio todo el derecho de la criatura, no puede deber cosa á criatura alguna en razón de justicia. Con esto se junta que no puede la criatura dar ni ofrecer cosa que no sea de Dios. Por lo cual dijo Hierocles ¹: «No honras á Dios cuando le das algo, sino cuando te haces digno de recibir dél». Y cuanto hay bueno en nuestras obras, así naturales como sobrenaturales, todo es de Dios; Él da fuerzas á la naturaleza, Él las conserva, Él concurre con ellas; dános juntamente la gracia que no nos es debida para obrar sobrenaturalmente con ella; y es tan grande su bondad, que quiere pagar lo que con sus dones tenemos. Finalmente, pues depende todo nuestro sér, hacer y obrar de Dios, y esto sea el fundamento de la obligación de justicia, no puede ninguna cosa obligar á Dios; pues dejando, como pudiera, de darnos sér, pereciera, aniquilados nosotros, toda obligación que nos tuviera. ¡Oh grandeza del dominio absoluto de Dios! que aunque no premiara á ningún Santo, á nadie hará agravio, y aunque aniquilara á todos, no hacía á alguno injusticia; y aunque despedazara á un inocente y le echara en los infiernos por una eternidad, no se podía dar queja justa de Dios, ni le haría injuria; pero es Dios de tan grande suavidad y bondad, que no usa de tan suma potestad sino para hacer bien; y pudiendo libremente aniquilar á los justos, sufre y sustenta á los pecadores. Tan lejos está de hacer mal á los que le sirven, que aun á los que le ofenden hace grandes bienes, y Él no

¹ Hierocles, in Carm. Pitag.

recibe alguno de alguien; porque á la fuente, ¿qué le importa que uno beba de su arroyo? y al sol, ¿qué útil le viene que uno vea con su luz y se caliente á sus rayos? Tan grande Señor es Dios, que no puede recibir de nadie, porque todo es suyo lo que le dan, y el que da nada le da.

IV

Es grande maravilla que para este grande Dominio y Majestad divina no ha menester Dios aparato; basta sólo su Sér, basta sólo su Hermosura, de la cual se puede decir con verdad lo que dijo Carneades, que era reino sin guarda, porque sin arqueros ni otra milicia ó aparato de las criaturas, está por sí misma autorizada; porque en su presencia las columnas del cielo se estremecen y tiemblan, y el cielo y los cielos de los cielos, los abismos, toda la tierra y todas las cosas que hay en ella se conmueven de pavor, y sólo con mirarlas las hace estremecer de temor. Con todo eso, más para bien de las criaturas que para autoridad suya, es admirable la grandeza de la Corte celestial, porque millones de espíritus soberanos asisten á Dios, le sirven y reverencian; los Arcángeles se le arrodillan, los Principados se le sujetan, los Tronos se le rinden, los Querubines se le humillan, y los más sublimes Serafines se postran y tiemblan de su grandeza. Todas estas criaturas son levantadísimas, tan excelentes, que una sola vale más que todo lo visible deste mundo, y más estando en gracia y coronadas con coronas de gloria. Esta es la grandeza de Dios, que se sirve de reyes. Por suma majestad se tenía la de los reyes Caldeos, por tener en su corte algunos reyes; mas Dios no tiene en su Corte quien no sea Rey, y tan gran Señor, que pueda cuanto quiere, como dice San Anselmo; y si un sólo espíritu soberano se

viera cómo está en la gloria, pasmara su belleza y majestad: ¿cuál será toda la Corte y Casa de Dios, que está llena de ciudadanos y criados tan hermosos y autorizados; toda llena de Reyes coronados, que todos los Emperadores asirios, persas y romanos no llegaron á la grandeza y resplandor que uno sólo tiene? Esther, de sólo ver la grandeza y majestad del rey Asuero, quedó desmayada; ¿cuál será la celestial majestad de un ángel del Cielo, pues un hombre de la tierra la pudo mostrar tan grande? ¿Y cuál será la del Señor de hombres y ángeles, Rey del Cielo y de la tierra? ¡Oh gran Dios! ¡oh Rey de reyes y Señor de los señores! Venero tu estupenda Majestad, pues tiemblan delante de ti aquellos que sólo con su presencia hicieron estremecer á grandes capitanes, y varones, y pueblos, y ejércitos enteros. Sólo un ángel que se apareció á Josué le veneró tanto, que se descalzó para estar en su presencia; otro que se apareció á San Juan le hizo estremecer y caer en el suelo de pavor y espanto; otro que bajó al monte Sinaí, fué con tan grande majestad, que hizo estremecer á todas las doce tribus de Israel con todos sus reales. ¿Cuál será aquella Majestad á quien reverencian innumerables espíritus de grande gloria y autoridad, y de tan gran esfuerzo, que uno sólo bastará para acabar en un día con un millón de hombres? Esta es grandeza de Dios, esta autoridad, esto dominio soberano, aunque todo lo dicho no es nada respecto de lo que es en sí.

V

Sobre todo esto, es de grande admiración que con tanta autoridad, y criados, y poder, no está la Majestad hinchada; no insolente ni soberbia, aunque más se ve adorada y respetada, sino apacibilísima, afable, blanda y tra-

table, que el más humilde hombre, y el más desechado le puede hablar, tratar y comunicar á cualquiera hora del día y de la noche, porque está presente, junto á cada uno de nosotros, y dentro, y más íntimo en cada uno que una persona en sí misma, y esto sin necesidad de porteros ni de valedores, sino que antes Él está rogando, inspirando que le hablen y que le quieran volver á mirar: y para esto no hay necesidad de saber lenguaje cortés ni de si se le ha decir *Señor* ó *Alteza*, sino que gusta que le llamen como cada uno quisiere. ¡Oh, cuán inefable es la afabilidad y llaneza de nuestro gran Dios! pues siendo Él á quien tiemblan las columnas del Cielo, á quien millones de espíritus adoran y reverencian en el Cielo, á quien se debe toda adoración y veneración, toda atención, toda asistencia, y que con suma razón pudiera obligarnos á que todas las horas y momentos, de noche y de día, siempre estuviéramos de rodillas en su presencia, adorándole como á nuestro Dios y Señor (pues es cierto y de fe que estamos delante dél), como lo hacían aquellos venerables Ancianos que vió San Juan, que quitaban sus coronas y con todo respeto estaban descubiertas sus cabezas, adorándole y reverenciándole. Pudiera, pues, Su Majestad obligarnos á eso, y sería muy debido á su grandeza, y debíamos hacerlo, y no respirar un punto sin ocuparnos en su adoración y servicio; con todo eso, es tanta su afabilidad y llaneza, que se anda aquí entre nosotros, como si no fuese el que es, sin aparato, sin ruido, y se está en nuestros rincones, en nuestros aposentillos y chozuelas, sin pedirnos le asistamos con pompa, y sin obligarnos á estar postrados en su presencia, sino que, como si fuera uno de nosotros, se está acomodando con nuestra bajeza y compañía; y es tan llano, que nos deja (estando Él delante) reír, hablar, y que nos sentemos delante dél, y que hagamos otras mil

acciones á sus ojos, que no las hiciéramos delante de un mediano Señor del mundo. ¿Qué Rey de la tierra hay que consintiera que en su presencia hiciéramos las cosas que nos permite Dios hacer delante de sus ojos?

¿Pues qué diré de aquella suma apacibilidad con que se allana á hacer todas las acciones humildes que hacen las criaturas, dando su concurso y meneándoles las manos para que las hagan, y poniendo su mano en ellas? ¿Qué es esto sino un casi hacerlas Él? Pues así lo hace, concurriendo con la mano divina de su concurso á todas las acciones humildes y menudas que hace la gente más ordinaria.

¡Bendito seáis, Señor, por tal bondad; bendito seáis por tal afabilidad! la cual especialmente usáis con los hombres, que no sólo os dignáis de abatirlos á obras tan humildes con ellos, pero las realizáis tanto, que hechas por vuestro amor del que está en gracia, no halláis cosa con que podáis pagarlo sino con daros á Vos mismo á poseer de la criatura en una eterna bienaventuranza, y os solazáis de estar en los justos, y tenéis vuestras delicias con el más pequeñito, y desechado, y más miserable enfermo de un hospital, si guarda vuestra ley, y Vos muy contento estaréis con él, aunque estuviese tan asqueroso que huyesen dél sus hermanos. ¿Cómo se compadece tanta afabilidad con tan supremo Dominio? ¿tanta llaneza con tan soberana Majestad? Señal es esta de una inmensa bondad, efecto es de un infinito amor. Exagérase mucho el tiernísimo afecto que tenía el rey Agesilao para con sus hijos, porque llegaba á jugar con ellos los juegos que suelen usar los niños, corriendo con ellos á los caballitos, y haciendo casitas de arena. Viendo esto un hombre muy mirado, quedó maravillado que un Rey tan valeroso y prudente se abatiese á cosas tan pueriles y bajas. Mas entendiendo el Rey esta admiración, le dijo: «No te espantes, porque esta es la

fuerza del amor». ¡Oh grandeza del amor divino, cómo debía exceder su fineza á la de todas las criaturas! Y así no hay que admirarnos de cosa tan maravillosa como que un Señor infinitamente Sabio, Omnipotente, Dios de los ejércitos, se humille á tener correspondencia tan familiar con los hombres, supuesto que los ama. Lo que es de maravillar es que ame tanto á quien tan poco lo merece.

ALERE FLAMMAM
VERITATI
CAPÍTULO VI

Del Poder de Dios, que acompaña al Dominio debido á su infinita Hermosura. Trátase de la Omnipotencia divina.

I

El imperio que merece la Hermosura divina ha de ser en todo perfecto, y cabal en todas sus partes, como lo es su Hermosura; y como un perfecto Imperio no sólo debe tener grande dominio, sino también grande potencia, ya que hemos dicho de la grandeza del Dominio divino, digamos ahora algo del poder de su Omnipotencia. Por eso David, cuando habló del reino de Dios, no sólo dice que se vistió de hermosura, sino también de fortaleza, juntando la potencia con la beldad y decencia, y así dice ¹: «El Señor reinó, vistió hermosura, vestido está de fortaleza». Y luego trae á la memoria grandes efectos de la Omnipotencia divina, añadiendo: «Estableció la redondez de la tierra», que es argumento de su inmenso Poder. Y otra vez que le celebra por Rey y por Hermoso, le alaba luego de su fortaleza, llamándole muy poderoso, diciendo ²: «Cíñete con tu espada, ¡oh Poderosísimo!» Allégase á esto lo que algunos filósofos dijeron, que la primera Hermosura era madre de todas las cosas, las cuales no pudieron ser sino por la Omnipotencia divina. Favorece lo mismo el dicho de

1 Psal. 92. 2 Psal. 44.

Carneades cuando llamó á la hermosura Reino sin guarda de soldados, por el poder que por sí misma tiene, sin necesidad de fuerza extrínseca. También Sócrates y Platón señalaron por condición de la verdadera hermosura no participar de otra, sino que della participen luz, resplandor y belleza las demás cosas, siendo fuente y manantial dellas, lo cual hace Dios por la grandeza de su Poder, con el cual pudo comunicarse á las criaturas; y así no podemos dejar de tratar deste atributo divino, tan conjunto y propio de la Hermosura de su soberano Sér.

Esta gloria de ser Dios Omnipotente es tan grande, que apenas hay otro renombre de Dios más repetido y celebrado en la Sagrada Escritura, donde á cada paso le dan los Profetas título de Omnipotente; porque así como al sér se sigue el obrar, y el obrar se hace por medio del poder, es fuerza que á un Sér infinito ha de acompañar un infinito Poder, y que una Esencia inmensa tenga una Potencia proporcionada, sin límite ni tasa, y que á una Naturaleza tan admirable como la divina se le llegue un Poder tan maravilloso como es la Omnipotencia; porque sin duda es este divino atributo maravillosísimo y estupendo, así en la substancia como en el modo.

Consideremos primero lo que puede Dios, y después diremos de la manera que lo puede, que es de igual admiración. Todo, pues, cuanto quisiere puede Dios hacer; esto es, cuanto es posible, cuantas fábricas, cuantas especies de naturalezas, cuantos mundos puede el entendimiento humano imaginar, el angélico concebir, y aun el divino conocer. ¿A qué cosas no se extiende nuestro entendimiento? ¿Cuántos pensamientos caben en él de cosas factibles? ¿Qué cosas tan maravillosas no puede concebir? Y mucho más puede un ángel, y más infinitamente Dios: Pues toda esta infinidad se sujeta á su poder; porque con ser su

fuerza del amor». ¡Oh grandeza del amor divino, cómo debía exceder su fineza á la de todas las criaturas! Y así no hay que admirarnos de cosa tan maravillosa como que un Señor infinitamente Sabio, Omnipotente, Dios de los ejércitos, se humille á tener correspondencia tan familiar con los hombres, supuesto que los ama. Lo que es de maravillar es que ame tanto á quien tan poco lo merece.

ALERE FLAMMAM
VERITATI CAPÍTULO VI

Del Poder de Dios, que acompaña al Dominio debido á su infinita Hermosura. Trátase de la Omnipotencia divina.

I

El imperio que merece la Hermosura divina ha de ser en todo perfecto, y cabal en todas sus partes, como lo es su Hermosura; y como un perfecto Imperio no sólo debe tener grande dominio, sino también grande potencia, ya que hemos dicho de la grandeza del Dominio divino, digamos ahora algo del poder de su Omnipotencia. Por eso David, cuando habló del reino de Dios, no sólo dice que se vistió de hermosura, sino también de fortaleza, juntando la potencia con la beldad y decencia, y así dice ¹: «El Señor reinó, vistió hermosura, vestido está de fortaleza». Y luego trae á la memoria grandes efectos de la Omnipotencia divina, añadiendo: «Estableció la redondez de la tierra», que es argumento de su inmenso Poder. Y otra vez que le celebra por Rey y por Hermoso, le alaba luego de su fortaleza, llamándole muy poderoso, diciendo ²: «Cíñete con tu espada, ¡oh Poderosísimo!» Allégase á esto lo que algunos filósofos dijeron, que la primera Hermosura era madre de todas las cosas, las cuales no pudieron ser sino por la Omnipotencia divina. Favorece lo mismo el dicho de

1 Psal. 92. 2 Psal. 44.

Carneades cuando llamó á la hermosura Reino sin guarda de soldados, por el poder que por sí misma tiene, sin necesidad de fuerza extrínseca. También Sócrates y Platón señalaron por condición de la verdadera hermosura no participar de otra, sino que della participen luz, resplandor y belleza las demás cosas, siendo fuente y manantial dellas, lo cual hace Dios por la grandeza de su Poder, con el cual pudo comunicarse á las criaturas; y así no podemos dejar de tratar deste atributo divino, tan conjunto y propio de la Hermosura de su soberano Sér.

Esta gloria de ser Dios Omnipotente es tan grande, que apenas hay otro renombre de Dios más repetido y celebrado en la Sagrada Escritura, donde á cada paso le dan los Profetas título de Omnipotente; porque así como al sér se sigue el obrar, y el obrar se hace por medio del poder, es fuerza que á un Sér infinito ha de acompañar un infinito Poder, y que una Esencia inmensa tenga una Potencia proporcionada, sin límite ni tasa, y que á una Naturaleza tan admirable como la divina se le llegue un Poder tan maravilloso como es la Omnipotencia; porque sin duda es este divino atributo maravillosísimo y estupendo, así en la substancia como en el modo.

Consideremos primero lo que puede Dios, y después diremos de la manera que lo puede, que es de igual admiración. Todo, pues, cuanto quisiere puede Dios hacer; esto es, cuanto es posible, cuantas fábricas, cuantas especies de naturalezas, cuantos mundos puede el entendimiento humano imaginar, el angélico concebir, y aun el divino conocer. ¿A qué cosas no se extiende nuestro entendimiento? ¿Cuántos pensamientos caben en él de cosas factibles? ¿Qué cosas tan maravillosas no puede concebir? Y mucho más puede un ángel, y más infinitamente Dios: Pues toda esta infinidad se sujeta á su poder; porque con ser su

Sabiduría de tantas maneras infinita, se iguala con ella su Potencia; y tanto cuanto conoce Dios de las criaturas posibles, tanto puede criar, y eso en un momento, porque no ha menester tiempo ninguno para hacer lo que quiere.

II

Por cierto que aunque no pudiera hacer Dios más que este mundo, y más como le hizo de nada, que era para quedar atónitos de tan prodigioso poder; pero con la misma facilidad que hizo este universo pudiera hacer innumerables mundos más grandes y de más excelentes naturalezas, si quisiera. ¿A quién no pasma tan infinito poder? ¿Quién no se estremece de tan inmensa Majestad? Porque basta para temblar la potencia que muestra en la fábrica de sólo este universo en que estamos. ¿Quién no se maravilla de la grandeza de la tierra, de la anchura del mar, de la región dese aire tan extendida, de la máquina tan grande de los cuerpos celestes, respecto de los cuales la tierra es un punto, aunque en sí tan grande? Pues el elemento del aire, ¿cuán grande será? Pasma es considerar la grandeza de los cielos; porque si las estrellas, que nos parecen tan pequeñas, hay algunas mayores que todo el globo de la tierra más de cien veces doblado, ¿cuál será el mismo cielo donde ellas andan como unas sardinillas en medio del Océano?

Con ser este mundo tan grande y maravilloso, puede hacer Dios otros muchos, no sólo ciendoblado mayores, pero mil y cien mil veces más grandes en el todo y en sus partes, de modo que el sol fuese cien mil veces mayor que el deste mundo, y la luna y la tierra cien mil veces al doble, y los ángeles cien mil doblados más en número, y más llenos de perfección y gracias. ¡Oh grande Dios, qué cosas

tan grandes puedes hacer! Isaias dijo¹ «que los habitantes de la tierra eran como langostas». Y el Sabio dice² «que toda la redondez de la tierra es respecto de Dios como una gota de rocío». Por cierto que no es esto encasamiento, pues no sólo respecto del Criador, sino respecto de otra criatura que puede hacer Dios, no digo la tierra, sino todo este universo, será como una gota de agua; porque puede hacer Dios un mundo tan grande, que en su comparación no sea más todo este universo que un granito de mostaza. Pues si respecto de una criatura de Dios puede ser toda esta máquina de tierra y cielo cosa tan poca, ¿qué será respecto de la inmensidad del mismo Dios? Ni sólo puede hacer Dios mundos mayores que éste, sino diferentes en todo lo demás, con diversa traza, con diversas naturalezas, con diversos elementos.

Pues ¿qué diré de otras cosas que puede el Omnipotente hacer, aunque los entendimientos criados no acabaran de entender que eran posibles, como es la unión hipostática, milagro de milagros, prodigio de prodigios, y pasmo de pasmos? Porque, ¿á qué más puede llegar el poder de Dios que á hacerse Dios hombre, y á una criatura humana que sea Dios? Esta obra no alcanzaban los Serafines que fuese posible; pero ejecutó la Omnipotencia divina de hecho lo que el entender criado no pudo conocer factible. Tampoco podía el entendimiento humano alcanzar ni entender cómo el fuego corporal puede atormentar á una substancia espiritual; cómo puede un cuerpo estar con el modo con que está un espíritu invisible, incorporal é indivisiblemente, como está el cuerpo de Cristo en el Santísimo Sacramento. De suerte que puede Dios á todos los cielos, la tierra y la mar, poner en tanto espacio como es la punta de un alfiler. Al contrario, puede Dios multiplicar tanto la presen-

1 Isai., 40.

2 Sap., 11.

cia de un cuerpo, por mínimo que sea, que con una sola hormiga puede henchir cielos y tierra, y de un solo hombre formar grandes ejércitos. Más puede hacer Dios que pensar nuestro entendimiento que se puede hacer, y excede con la perfección de su poder al concepto de nuestro imaginar.

Ni es menor el poder de Dios para deshacer, que lo es para hacer: porque á todo este universo, que hizo tan firme, y tan estable, que ha más de cinco mil años que dura, le puede resolver, no digo en polvo, sino en nada en un momento; porque más fácil le fuera á Dios aniquilar cielos y tierra, que á un hombre le es respirar; y en un Ave María pudiera á millones de mundos más grandes que este hacerlos y deshacerlos cien mil veces; y con ser los espíritus angélicos naturalezas inmortales, con un soplo pudiera aniquilar á todos, aunque son millares de millares, y criar otros de nuevo. Humillémonos á tan grande Potencia: entendamos que no nos ha menester Dios, pues en un momento nos puede deshacer y criar otros que le alaben. Humillémonos á quien puede tanto: porque si sólo por su poder respetamos á los Príncipes y Reyes, aunque ellos han menester á los vasallos, ¿por qué no hemos de reverenciar y ponernos á los pies de su Omnipotencia, no teniendo Él necesidad de nosotros, y teniéndola nosotros extrema dél?

III

El modo del poder divino es también de estupenda maravilla: porque ni ha menester tiempo para hacer, porque en un momento puede criar infinitas especies de criaturas é infinitos cielos, ni ha menester poner trabajo alguno, por lo cual dice Isaiás ¹: «El señor que crió los términos de la

¹ Isai., 40.

tierra, no desmayará, ni trabajará», después de tantos mil años que ha que la sustenta con tres dedos. Ni tiene necesidad de ayuda; y así dice el mismo Dios ¹: «Yo soy el Señor que hago todas las cosas, el que extiende los cielos solo, el que establece la tierra, y ninguno está conmigo». Tampoco ha menester usar de instrumento, porque sin más que querer hace todo; y así figuraban á Dios los antiguos sin manos ni pies, en forma de una piedra cuadrada; porque ni ha menester pies ni manos para hacer lo que quiere, pues con sólo querer hará estremecer todo el mundo; ni tiene necesidad de materia, pues de nada puede hacer cuanto quiere. Bien admiró Teodoro esta maravilla de no tener Dios necesidad de nada para obrar; al contrario de los hombres que están necesitados de otros para sus personas y para sus obras; y así dice ²: «Todos los artífices tienen igual necesidad del tejedor, del zapatero y el sastre; y éstos mismos tienen necesidad de los labradores para el sustento y abrigo del cuerpo; y éstos del carpintero y del herrero que les hagan instrumentos á propósito; pero Dios no tiene necesidad alguna ni ha menester instrumentos ni materias, sino que lo que para otro artífice es instrumento, y materia, y tiempo, y trabajo, y arte, y diligencia, todo esto es para Dios su sola voluntad». El obrar sin materia es una tan grande maravilla, que no alcanzaron los filósofos cómo podía ser. Con lo cual no se puede estrechar el Poder divino; porque así como un arquitecto, si no tuviese necesidad de materiales, ni gastase tiempo, ni pusiese trabajo, pudiera edificar más y más casas sin término ni medida, también por no tener Dios necesidad de materia puede hacer infinitos mundos; y muestra ser su poder infinito, porque tanto es menester más poder para hacer una cosa, cuanto menos hay della; pues cuanto más lejos está

¹ Isai., 44.

² Teod., lib. 4. *De Grac. affect. cur.*

de ser, más necesidad tiene de potencia para hacerse; y como lo que es nada diste del ser cuanto se puede distar, ha menester una omnipotencia para llegar á ser. ¡Oh riquezas de Dios inagotables, pues tiene por sus tesoros á la misma nada, de donde puede dar cuanto quisiere y hacer lo que quisiera, sin disminuirse nada de su poder ni de su tener! ¿Cuán rico fuera el que, no teniendo nada, tuviese siempre que dar, sirviéndole la misma nada de recámara y de tesoro? Á esto no le podía faltar cosa, pues de la misma nada sacaba todas las cosas. Este rico es únicamente Dios, cuyo poder tiene llaves para descerrajar las cavernas profundas y el abismo del no ser, y sacar de allí, no sólo diamantes y esmeraldas, pero las estrellas y planetas; no sólo oro y plata, sino los mismos cielos; y siempre sus tesoros le quedan en la misma nada llenos. Siempre tiene que sacar de allí; siempre tiene que dar; siempre tiene que hacer; siempre tiene que poder. ¡Extraña maravilla, que de nada puede hacer un cuerpo tan grande como el sol, que tantas veces es de mayor grandeza que la tierra, y sin añadirle materia criada, pudiera de lo que le sobra en la nada, aumentarle de manera que fuese mayor que todo este mundo! Hacer de muy poco mucho, es gran maravilla; hacerlo de nada, ¿qué será? Si todo este mundo se hubiera hecho de no mayor materia que un garbanzo, fuera cosa de pasmo; pues haberse hecho de nada, ¿cuánta maravilla es? Por cierto más maravillosa cosa es poder hacer de nada un mosquito, que hacer un mundo de materia que estuviese ya hecha; y si hubiese un poder que de los elementos hiciese estrellas, y otro poder que de nada pudiese hacer sólo una arenita del mar, mayor fuera este poder, más maravilloso y raro; pero en el Poder divino todo se junta, que de nada puede hacer lo que quisiere, y unas cosas las puede convertir en otras, y dar de nuevo las formas que quisiere.

También resplandece gran potencia de Dios, no sólo en que puede hacer cosas tan grandes de nada, sino en la multitud dellas, porque las puede hacer todas á un mismo tiempo, y sustentarlas de por junto, sin embarazarse con unas por sustentar á otras. Grande poder es el que celebra de Dios el Profeta Isaías cuando, admirado, dice: «¿Quién es el que tiene colgada de tres dedos la grandeza de la tierra?» Por cierto, grande poder es este; pero juntamente pudiera criar millones de mundos mayores que éste mil veces, y todos tuviera suspensos y colgados de su omnipotente brazo, sin torcérsese ni inclinarle el peso de todos ellos; y esto todo lo puede sustentar sin cansarse jamás, no sólo por cien mil años, sino por toda una eternidad; y de hecho tendrá en el cielo, glorificando eternamente á tanta multitud de bienaventurados, ángeles y hombres, y tendrá encerrados en el infierno al innumerable número de condenados, donde serán atormentados años, y siglos, y eternidades enteras, sin ablandarse jamás el azote de la justicia divina.

IV

¡Oh gran poder de Dios, oh Dios Omnipotente y justísimo! ¿Quién no te temerá, pues puedes dar las penas cuan grandes quieres, y puedes continuarlas cuanto quieres, y quieres por tu gran justicia que sean para siempre? Temamos á este gran Señor, que es tan poderoso en ejecutar y tan justo en condenar. No nos espante el poder de los hombres, no la violencia de los tiranos, no la potencia de los príncipes, sino la Omnipotencia divina. Tomemos el consejo saludable que nos da el Salvador del mundo¹: «Avísosos, amigos míos, que no os espantéis de los que

¹ Luc., 12.

matan el cuerpo y después no tienen más que hacer. Yo os mostraré á quien habéis de temer; temed á aquel que, después de haber muerto á uno, tiene poder para echarle en el infierno. De verdad os digo que á éste temáis. ¿Cuán loco fuera el que temiera á un hombre que no tuviese más armas que un alfiler en la mano, y no temiese á uno que estuviese con una espada aguda y cargado de pistolas? No se podía imaginar mayor locura, si por temor de no ser picado con un alfiler, agraviasse uno al que estaba armado con tan acicalado acero y tantas bocas de fuego. Esto hace quien por respetos del mundo y temores humanos ofende á Dios; porque teme á los hombres, que no le pueden hacer mal de consideración, aunque le quiten la vida, y no teme á su Criador, que puede condenarle eternamente.

Mira que le sobra poder para hundirte, rayos tiene sobrados para ti, la tierra está pronta para vengar sus injurias cuando se lo mandare, y tragarse vivo al pecador; las estrellas se caerán de golpe para desmenuzar á quien ofendió á tan buen Señor, con sólo que sea su voluntad; pero el gran poder de Dios es que no ha menester ministros tan violentos, no ha menester tan gran poder para mostrar su Poder; con instrumentos muy flacos hará cuanto quiere; con un pelo, con un hilo, con un granito de uva, puede castigar sus agravios quitando la vida á quien quiere, como ha sucedido á algunos. Con blandura y suavidad puede mostrar su Omnipotencia.

Reconozcamos, pues, la Omnipotencia divina y temblemos de su Majestad. Agrademos á quien puede premiar sus servicios y castigar sus agravios. Temamos sólo al que puede todo, al que nos puede hacer más mal que todos.

Fuera de que, temiendo á Dios, podemos estar seguros de las demás criaturas, porque su poder puede enfrenar todo otro poder, no digo humano, sino de las potestades infernales, que no se pueden menear si Él no lo permite; y así, debemos tener gran satisfacción en que es Omnipotente el Señor á quien servimos; que nadie nos podrá hacer daño si Él no quiere, y no quiere si no es para mayor provecho nuestro. Pues á este gran Señor debemos temer, y á Él sólo. Debémosle temer, porque ninguno nos puede hacer tan grande mal como Él, cuando está enojado; y á Él sólo debemos temer, porque nadie nos podrá hacer mal cuando le tenemos contento. Tiene poder para hacer Él lo que quiere, y para que ningún otro haga lo que quiere, sino lo que fuere gusto suyo. Por este tan inmenso Poder de Dios, no sólo es para temer, sino también para consolar mucho. Por lo cual dijo Hierocles ¹: «Conviene que la naturaleza divina sea horrenda por su forma y saludable por su mansedumbre». No sólo usa Dios de su Omnipotencia para aterrar y castigar, sino para consolar y premiar; y sin duda son incomparablemente mayores las obras de su piedad y mansedumbre, que las de rigor y justicia. ¿Qué comparación puede haber con la obra de la Encarnación? Mayor omnipotencia mostró Dios en ella sola que en cuantas obras de severidad y castigo ha ejecutado en los pecadores. ¿Pues qué diré en la institución del Santísimo Sacramento, y tantos géneros de prodigios y maravillas como en esta obra maravillosísima se encierran, faltando allí la substancia de pan y de vino, hasta la materia primera, cosa que jamás se ha visto en el mundo semejante, sustentándose los accidentes sin substancia ni sujeto, sino estando por sí contra su misma naturaleza, poniéndose en lugar de la substancia del pan el Cuerpo de nuestro Re-

¹ Arist., orat. in *Prelag. Aeguum*.

dentor, y esto con un modo espiritual y admirable, estando todo en todas partes de la Hostia y esto totalmente, sin dependencia en las unas partes de las otras, ni del todo? Modo tan admirable y prodigioso de estar, que no se ha visto ni se verá otro semejante en la naturaleza. Pues la obra de la justificación é infusión de la gracia, ¿de cuánto poder es? Por cierto mayor que la creación del mundo, según San Agustín y Santo Tomás; pues por ella se eleva el alma sobre toda la naturaleza. También la obra de la glorificación es de suma omnipotencia, y en ella se eleva el entendimiento criado á ver cómo es en sí el Criador. No tiene comparación con la más mínima destas obras los mayores castigos de Dios, ni las plagas de Egipto, ni el diluvio de todo el universo, ni el incendio de Pentápolis, ni las penas todas del infierno se pueden comparar, en razón de omnipotencia, con la bienaventuranza que tendrá el alma del justo. Pues para padecer un espíritu no es menester la elevación que es necesaria para que vea y goce de Dios, y para esto le elevan á un grado sobrenatural y divino. ¡Oh inmenso Dios, cómo echo de ver que si vuestra naturaleza divina es de una omnipotencia horrenda para castigar, la tiene estupenda para premiar! Si vuestra Justicia aterra, vuestra Misericordia pasma; si vuestro rigor amedrenta, vuestra benignidad consuela; y aunque temo el rigor, espero vuestro favor; vuestra omnipotencia me encoge para que no os ofenda y disguste, y me alienta para que os sirva y reverencie, pues sois igualmente bueno y poderoso. Todo podéis hacer, y así no quedará el ayudarme por flaqueza. Espero en vuestra Bondad; consuélome con vuestra Omnipotencia, que podrá cumplir lo que vuestra Bondad me promete.

CAPÍTULO VII

Cómo la gracia que, según Aristóteles, acompaña á la hermosura, se halla en Dios. Trátase de la Misericordia divina.

I

Los filósofos que tratan del bien de la Hermosura celebran mucho la gracia que ordinariamente la acompaña, y es como vida de la misma hermosura, que en romance suelen también algunos llamar gallardía ó buen aire. En qué consista esta gracia hubo antiguamente grande controversia entre muchos filósofos académicos y los peripatéticos, porque Platón no dió distinción bastante entre una y otra; y así decían que eran una misma cosa la hermosura y la gracia, aunque significada con dos nombres; y suponiendo que una y otra estaba en Dios, decían que eran unos resplandores de la soberanía de Dios, unos rayos del Sol divino, que resplandecían en las cosas criadas. Por lo cual dijo Platón ¹ que quien admira y ama alguna cosa agraciada y hermosa, no la reverencia á ella, sino á Dios en ella. Mas Aristóteles no juzgó que eran una misma cosa, sino diversas, como lo dió á entender en el libro cuarto de los Morales, que dedicó á su hijo Nicómacho, donde pone distinción entre lo gracioso y lo hermoso ²; porque unas personas hay agraciadas que no llegan á ser hermosas: y así parece que es, que hay algunos que se dice tienen gracia, pero no hermosura. Esta misma distinción suponen los Poetas antiguos, que no fueron poco sabios, y así distinguieron de Venus á las Gracias, que era la diosa de la hermosura; pero diéronse las por compañeras, dando á entender que no eran una misma cosa, sino distintas; pero que estaban por la mayor

¹ Plat., apud Pícolo., *De instr. virt. grad.* 8, c. 37.

² Arist., in 4 Mor. Nicomac., c. 3.

dentor, y esto con un modo espiritual y admirable, estando todo en todas partes de la Hostia y esto totalmente, sin dependencia en las unas partes de las otras, ni del todo? Modo tan admirable y prodigioso de estar, que no se ha visto ni se verá otro semejante en la naturaleza. Pues la obra de la justificación é infusión de la gracia, ¿de cuánto poder es? Por cierto mayor que la creación del mundo, según San Agustín y Santo Tomás; pues por ella se eleva el alma sobre toda la naturaleza. También la obra de la glorificación es de suma omnipotencia, y en ella se eleva el entendimiento criado á ver cómo es en sí el Criador. No tiene comparación con la más mínima destas obras los mayores castigos de Dios, ni las plagas de Egipto, ni el diluvio de todo el universo, ni el incendio de Pentápolis, ni las penas todas del infierno se pueden comparar, en razón de omnipotencia, con la bienaventuranza que tendrá el alma del justo. Pues para padecer un espíritu no es menester la elevación que es necesaria para que vea y goce de Dios, y para esto le elevan á un grado sobrenatural y divino. ¡Oh inmenso Dios, cómo echo de ver que si vuestra naturaleza divina es de una omnipotencia horrenda para castigar, la tiene estupenda para premiar! Si vuestra Justicia aterra, vuestra Misericordia pasma; si vuestro rigor amedrenta, vuestra benignidad consuela; y aunque temo el rigor, espero vuestro favor; vuestra omnipotencia me encoge para que no os ofenda y disguste, y me alienta para que os sirva y reverencie, pues sois igualmente bueno y poderoso. Todo podéis hacer, y así no quedará el ayudarme por flaqueza. Espero en vuestra Bondad; consuélome con vuestra Omnipotencia, que podrá cumplir lo que vuestra Bondad me promete.

CAPÍTULO VII

Cómo la gracia que, según Aristóteles, acompaña á la hermosura, se halla en Dios. Trátase de la Misericordia divina.

I

Los filósofos que tratan del bien de la Hermosura celebran mucho la gracia que ordinariamente la acompaña, y es como vida de la misma hermosura, que en romance suelen también algunos llamar gallardía ó buen aire. En qué consista esta gracia hubo antiguamente grande controversia entre muchos filósofos académicos y los peripatéticos, porque Platón no dió distinción bastante entre una y otra; y así decían que eran una misma cosa la hermosura y la gracia, aunque significada con dos nombres; y suponiendo que una y otra estaba en Dios, decían que eran unos resplandores de la soberanía de Dios, unos rayos del Sol divino, que resplandecían en las cosas criadas. Por lo cual dijo Platón ¹ que quien admira y ama alguna cosa agraciada y hermosa, no la reverencia á ella, sino á Dios en ella. Mas Aristóteles no juzgó que eran una misma cosa, sino diversas, como lo dió á entender en el libro cuarto de los Morales, que dedicó á su hijo Nicómacho, donde pone distinción entre lo gracioso y lo hermoso ²; porque unas personas hay agraciadas que no llegan á ser hermosas: y así parece que es, que hay algunos que se dice tienen gracia, pero no hermosura. Esta misma distinción suponen los Poetas antiguos, que no fueron poco sabios, y así distinguieron de Venus á las Gracias, que era la diosa de la hermosura; pero diéronse las por compañeras, dando á entender que no eran una misma cosa, sino distintas; pero que estaban por la mayor

¹ Plat., apud Pícolo., *De instr. virt. grad.* 8, c. 37.

² Arist., in 4 Mor. Nicomac., c. 3.

parte juntas, de modo que la gracia seguía á la hermosura. Esta misma distinción parece confirmó David, suponiendo que una y otra había en Dios, cuando después de haber alabado al Rey del Cielo de hermoso, dice que se derramó en Él la gracia. Y así, ya que hemos tratado de la Hermosura divina, será necesario decir algo de la gracia de sus obras, que la acompaña. Para esto diremos primero en qué consiste esta gracia, y veremos cómo no está menos en Dios que su Hermosura inmensa.

Algunos que trataron exactísimamente esta materia, y fueron filósofos de grande erudición, y muy versados en la doctrina de Platón y Aristóteles, dicen ¹ que la gracia que sigue á la hermosura consiste en las obras y acciones, y es aquel donaire, aquella gallardía y perfección del obrar y hacer bien alguna acción, de que se suelen pagar mucho los hombres, y se prendan grandemente los corazones. Por esto definen á la gracia diciendo que es un resplandor exterior de la razón, y conveniente destreza en las acciones y modo de hacer alguna cosa, la cual es grande ornamento de la hermosura. Añaden que la gracia es propia de las cosas que son capaces de razón; mas la hermosura es común aun á las que carecen de alma y sentido. Llegando, pues, á averiguar en qué acción principalmente resplandezca la gracia, resuelven que en el habla; y así dice Pícolominio ²: «La gracia más viva, la más propia del hombre, la más poderosa, sale de la lengua y boca». La razón es, porque el habla es el instrumento más propio de la razón, por donde se ve más claramente el alma; y así dijo Sócrates á un mancebo ³: «Si quieres que te vea, háblame algo». Por esto mismo dijeron los antiguos que Mercurio, dios de la elocuencia, era el que era la guía ó el escudero

¹ Pícolomin., sup. Apulejum.

² Id. Pícol., c. 38.

³ Socrat., ap.

de las Gracias. Hallo que todo esto es conforme al santo rey David, cuando, alabando la Hermosura del Rey divino, le dice ¹: «Con tu Beldad y Hermosura embiste, anda prósperamente y reina». En la cual sentencia pasa de la Hermosura á las acciones y á la gallardía del obrar, para dar á entender la gracia que resplandee en esto; y porque singularmente consiste en las palabras, determina en esa parte la Gracia; y así le dijo: «Hermoso sobre los hijos de los hombres, la gracia se ha derramado en tus labios». Por la misma causa en los *Cantares* se alaban con particularidad los labios del Esposo, comparándolos por su gracia á las azucenas.

Veamos ahora cómo está en Dios tan perfecta la Gracia del obrar, como la Hermosura del Sér, y con particularidad en su Palabra y Verbo eterno, por el cual se han hecho las obras de mayor admiración, de mayor gracia y de mayor misericordia, que son las del misterio de la Redención que obró la Palabra de Dios encarnada. Y aun si miramos las procesiones divinas en la producción del Verbo, campea una hermosísima é infinita gracia en el modo tan admirable de tener Dios Hijo siendo virgen, de ser por un modo espiritualísimo y purísimo, de comunicarle toda su substancia, de ser su Imagen y Resplandor de sus infinitas perfecciones, al cual engendró tan lustrosa y gloriosamente, que fué entre resplandores de santidad. De suerte que en lo intrínseco del Sér divino, no sólo hay Hermosura en la naturaleza, sino Gracia en las producciones. Convenía que en esto también excediese Dios á las cosas criadas, cuya gracia es solamente extrínseca, que consiste en acciones exteriores; pero ésta tampoco falta en Dios, pues todas sus obras, aun las que hace en las criaturas, tienen todo primor, perfección y gracia; y porque no po-

¹ Psal. 44.

demostramos decir de todas, trataremos de las de su misericordia, que son las que exceden á las demás, y aun las comprenden. Por lo cual cantó David ¹: «Suave es el Señor, y sus misericordias son sobre todas sus obras». En las cuales palabras significa ser trascendental la misericordia á todas las obras divinas, por cuanto sobre todas está derramada y esparcida. Y así no sólo el perdón de los pecados y la redención del mundo son obras de misericordia, sino también la creación de los ángeles, la fábrica del mundo, y las mismas obras de justicia tienen mucho de misericordia. Por lo cual á todas, por lo que tienen deste atributo, se les añade particular gracia, pues á todos parece bien quien hace bien. Por esto vió San Juan en el *Apocalipsis* que al Trono de Dios estaba cercando el arco iris, que es señal de paz y misericordia ²: porque á todas las cosas comprende y abraza su piedad y liberalidad, y se extiende á mucho más que la justicia, significada en la piedra Sardio, á la cual se dice que era semejante el Señor.

II

Infinita es la grandeza de la bondad divina, que por hacer bien hizo el mundo, usando tan grande misericordia con lo que no era, que lo levantó al sér; y añadiendo mercedes á mercedes, ordenó á fin sobrenatural á las criaturas racionales, que no se le debía sino sólo el natural de sus esencias. Gran misericordia recibieron los ángeles y los hombres en ser criados sacándolos del no sér, al cual aborrece toda la naturaleza, porque es la suma imperfección y defecto de las cosas; pues nada se teme más que la muerte y el perecer; pero infinito mayor bien fué criarlos para una bienaventuranza sobrenatural, por la participa-

¹ Psal. 144. ² Apoc., 4.

ción de la naturaleza divina, que les comunicó, dándoles gracia en su misma creación, honrando con esta elevación de las principales criaturas á todas las demás que se hicieron por ellas, este mundo elemental para el hombre, el Cielo empíreo para hombres y ángeles. Todas estas misericordias hizo Dios con gran primor y perfección, sacando las obras que hizo perfectísimas, hermosísimas, y enriqueciéndolas de grandes dones; pero sobre todo donde mostró más primor y gracia fué en la obra de nuestra Redención, procediendo siempre de mucho á más, echando en esta obra el resto de su omnipotencia; la cual, como considerasen el Profeta Isaías y el Rey David, quedaron maravillados, y celebran la gracia y primor con que el Señor obra cosa tan dificultosa con el poder de su virtud infinita. Isaías dice ¹: «¿Quién es este que viene de Edón, tenidas sus vestiduras de bosra; éste el hermoso en su estola, que pisa y anda en la multitud de su fortaleza?» David dice: «Regocijose como gigante para correr el camino; su salida fué del cielo más alto, y su encuentro hasta lo sumo dél». Mucha merced fué criar á las cosas, sacándolas de la profundidad de la nada, y levantándolas á la cumbre del sér; pues infinitamente es mejor la esencia que recibieron, que la nada de donde salieron. Sobre este beneficio de la naturaleza es infinitamente mejor el de la gracia, con que fueron ordenadas á una bienaventuranza sobrenatural; pero á esta merced de la concesión de la gracia excede infinitamente el beneficio de su reparación, pues se hizo por el infinito bien de la Encarnación del Hijo de Dios, de donde no pudo pasar más adelante la omnipotencia divina para hacer obra mayor ni de más bondad; pues en ella fué tan bueno con el hombre, que se hizo hombre, honrando á nuestro linaje, y juntamente á todas las criaturas del mun-

¹ Isai., 63.

do universo; pues en Cristo se concedió á todas el supremo punto de honra á que pueden subir, y el supremo grado de sér que es comunicable. ¿Quién podrá declarar la fineza y primor con que se hizo esta obra, pues entregó Dios á su Hijo á la muerte porque no pereciera su enemigo? ¿Quién, considerando esto, no se queda atónito? ¿Quién puede detener las lágrimas con la memoria de tan regalada y tierna fineza? Pues se ve tan ardentemente amado, tan amorosamente apreciado y tan preciosamente estimado de un Señor omnipotente, que no tiene necesidad de nada, que le sobra todo, á quien sirven los ángeles, y quien en un punto pudiera criar infinitos hombres que le sirvieran mejor que Adán y todos sus descendientes. Mas con todo eso quiso por Adán, que le fué traidor, y por su linaje infamado, tomar forma de pecador y morir por él. No sé cómo, pensando esto, no quedamos pasmados, que dejando Dios de redimir los ángeles que cayeron y fueron de mejor naturaleza, no haya querido dejar perecer el linaje de un enemigo suyo, la más vil criatura de las capaces de razón.

Hay que considerar en esta obra de la Encarnación la grandeza della y su fruto; la grandeza es tal, que no la pudo hacer mayor el omnipotente brazo de Dios, pues por ella se hizo Dios hombre para redimir los hombres; tan á costa del mismo Dios, cuanto se humilló y padeció: lo cual aún se debe estimar más que la glorificación del linaje humano, pues la mínima humillación de la Divinidad es infinitamente más que el bien de todas las criaturas, porque todo su bien es nada respecto de la infinidad de la alteza divina: y no hay bien de la criatura, ni le habrá, ni le puede haber, que merezca que por él se abata la Majestad divina. Por cierto que en ninguna cosa se pudo echar de ver más la caridad de Dios que en darnos en la Encarnación su Hijo, y más para lo que nos le dió, para que se humi-

llase y muriese por nosotros. Por cierto no pudo hacer cosa mayor por nuestra salvación; porque aunque pudiera parecer mayor misericordia si absolutamente, y atropellando con lo que pedía su justicia rigurosa, nos perdonara graciosamente, sin querer, ni de nosotros, ni de otro por nosotros, satisfacción alguna; pero en realidad de verdad no fuera esto ni mayor favor ni misericordia más grande, porque es infinitamente más habernos dado su Hijo, que cualquier otro bien criado; y es más excelente este modo de salvarnos, con el cual se satisface cumplidamente á su justicia divina, y se muestra más su misericordia, pues no reparó en hacéndonosla á costa suya; y más es dar á uno lo que le cuesta mucho, que no lo que no le costó nada. Claro está que si un Rey por librar á un esclavo de la muerte se desnudara de su púrpura y consintiera le azotasen, fuera esto más que si con sólo su absoluto mandato y autoridad real le perdonase. Alabado seáis, Señor, de millones de ángeles, pues tan á costa vuestra quisisteis redimirme, pudiendo, sin descrédito vuestro, castigarme. No sólo hay que considerar en este estupendo favor de la Encarnación el humillarse Dios á ser hombre y morir por él, sino el levantar al hombre á ser Dios y asentarle en su mismo Trono divino para que sea el hombre adorado de todas las criaturas como verdadero Dios. Estas son dos finezas inefables de su infinita misericordia y bondad. Bastaba para asombrar á todo el mundo si un Rey temporal de todo él se vistiese de labrador y ejercitase las obras trabajosas de este oficio por librar de la muerte á algunos de sus vasallos y esclavos; pero si, fuera desto, aquel grande Monarca llamara á un rústico del campo, y le asentara en su mismo solio, y le coronara por rey, haciéndole igual á sí mismo, mandando que le hiciesen todos la misma honra que á su persona, y concediéndole igual imperio, fuera esto otro

gran prodigio de bondad; pero ¿qué tiene que ver con haber levantado el Criador del mundo á una criatura suya á su mismo cetro y majestad, honrando tanto al hombre, que quiera sea adorado por Dios? No hay palabras que puedan declarar esta fineza, ni aun conceptos que la comprendan. No hay cosa que más celen los Reyes que la singularidad de su cetro y potestad de su imperio; pues llegar á comunicar un Señor Omnipotente del mundo toda su autoridad y adoración á un hombre que es por su naturaleza la menos perfecta criatura de las capaces de razón, es una maravilla que asombra, y un asombro que pasma, y un pasmo sobre toda opinión y pensamiento. Considérese qué es Dios y qué es hombre: cuán infinita distancia hay de la alteza del uno á la bajeza del otro; pues ver al hombre tan bajo levantado á la alteza de Dios, á su honra, á su adoración, es para quedar atónitos de tan inefable favor y misericordia.

III

Llegando á los efectos y fruto desta admirable fineza, son tantos y de tan admirable misericordia, que sobrepujan todos nuestros deseos. ¡Cuán grande beneficio es el librarnos del pecado! El bien que fué esto no lo podrá conocer sino quien supiese cuán inmenso mal es el mismo pecado, y cuán imposible el remedio dél al que pecó, considerando sus fuerzas ó las de otras puras criaturas; porque el pecado es el mayor mal de los males, y tan grande mal, que es un infinito mal, por el cual no pudieran satisfacer cumplidamente todos los Santos y ángeles, aunque fuesen infinitos en número. De suerte que si se pusiese en una balanza el más mínimo pecado mortal de sólo pensamiento, y en otra todas las obras meritorias por pensamiento, palabra y obra que han hecho todos los hombres y ángeles, y aún

pueden hacer, pesara más un pe a'lo en razón de mal que toda esta junta de merecimientos en razón de bien, para satisfacer por el pecado, y fuera nada en comparación de lo que merece Dios ser servido. Mas como el pecado sea un inmenso agravio contra lo que es debido á la infinita Majestad de Dios, viene á tener una maldad infinita. Desto se sigue que todo pecado mortal, según ley ordinaria, es irremisible, si no fuera por la infinita satisfacción de Cristo; y así mirada sola su naturaleza, constituye al pecador en el último punto y término de desesperación, condenado *ipso facto* á eternas penas, sin esperanza de remedio. Por lo cual se dice muerte del alma; porque así como la muerte es irreparable y superior á todas las fuerzas de la naturaleza, que todas juntas no podrán restituir la vida una vez perdida, así también el pecado es sobre todas las fuerzas de los ángeles y hombres, es un mal irremediable de suyo, insuperable, inmenso. Pues deste daño tan tremendo nos libró Dios por un modo tan admirable y costosísimo, por la Encarnación y muerte de su Hijo; por la cual hizo tan fácil una cosa tan dificultosa como el salir de pecado, que con sólo un acto interior de amor de Dios se perdonaran á uno millones de pecados que tuviese, interiores y exteriores.

Otro grande fruto y efecto fué librarnos de la condenación eterna y penas del infierno, en que incurrieron Adán y sus hijos, porque fuera bastante bien librarnos de la infamia y asco de la culpa, aunque nos dejaran todas las penas; pero después de habernos librado de la ignominia de la culpa, librarnos juntamente de las terribísimas penas, es otro incomparable bien; porque si sacar á uno de un obscuro calabozo donde no había de ver en veinte años el sol ni otra luz alguna, se tendría por gran beneficio, ¿qué será librar de aquella horrenda cárcel del infierno, región de

obscuridad y tinieblas, donde por eternidad de eternidades se había de estar entre incomparables tormentos? Por cierto esta fué una infinita misericordia de Dios, por la cual le debemos dar mil gracias. Del siervo de Dios Hermano se lee que se llegó á un religioso de su convento, y díjole ¹: «Hermano, mira que siempre que dices este versículo ², *Bonitatem fecisti cum servo tuo, Domine*, fuera razón le rezases con grande devoción y afecto del corazón». No alcanzando el otro el fin por que se le daba aquel aviso, respondióle que no solamente cuando se decía aquel verso, sino todas las veces que uno se pone á rezar, debiera poner mucha devoción, y procurar hacer bien hecha una obra de suyo tan santa. Entonces, queriendo el varón de Dios declararse mejor, y mover al otro á que viniese á reconocerse y se animase á dar muy particulares gracias á Dios, añadió: «Debieras decir también con singularísima devoción y atención el versículo de otro Salmo, y es éste ³: *Quia misericordia tua magna est super me, et eruisti animam meam ex lacu inferiori*. Que fué decirle: «Atiende bien, que ésta es la bondad que Dios ha usado contigo: el haberte librado del profundo del infierno». Esta, por cierto, es una inefable caridad y misericordia infinita.

También fué particular bien del Hijo de Dios encarnado la admirable doctrina que nos enseñó, y los secretos celestiales que nos reveló; porque estando el mundo envuelto en tan grandes tinieblas, que no sólo se adoraban por dioses unos hombres á otros, pero á los brutos y á las piedras, tenía necesidad que les amaneciese alguna luz que les pusiese en orden: porque al paso desto erraban en otras infinitas cosas. Pues con la venida del Hijo de Dios al mundo tuvieron tan cumplido este beneficio, cuanto pu-

1 Sur. 7. Apr., in ejus vita, cap. 52.

3 Psal. 85, 13.

2 Psal. 118, 65.

dieran desear, sabiendo más altas verdades el más rudo que profesa la ley de Cristo, que alcanzaron los mayores filósofos. Otro incomparable beneficio fué el de sus santísimos ejemplos; porque no sólo quiso enseñarnos con palabras, sino con obras, haciéndolas de virtudes heroicas, nunca vistas del mundo, de humildad y penitencia muy desconocidas de los filósofos; con lo cual nos enseñó con mayor eficacia, y nos animó y allanó el camino de la virtud, yendo Él adelante y descubriéndonos una altísima perfección de vida; porque con este beneficio de la doctrina y ejemplo nos quitó grandes dificultades que padecía la virtud, porque lo que la hace más ardua es que las cosas espirituales no nos muevan, y las sensibles puedan mucho con nosotros; pues como la voluntad siga á la aprensión y estima de las cosas, con la poca que se tiene de la virtud, basta cualquier molestia para que se deje: porque las molestias, como son sensibles y naturales, se aprenden vivamente, y las finge doblado mayores que son, el amor propio engañado con el poco concepto que hace de lo eterno; porque no es tan poderosa la aprensión desto como la pena de la dificultad: al contrario es en las comodidades sensibles, que como son de la jurisdicción del sentido, las aprende vivísimamente; y aunque cuesten grandes dificultades, las vence la esperanza de alcanzar lo que se aprendió por gran bien, cuyo deseo disminuye la pesadumbre de su pretensión. Por esto la vida mundana, que es más trabajosa que la de la virtud, se hace á tantos más fácil: porque más atrae la aprensión del bien sensible, que aterra la penalidad de sus medios: al contrario, más suele espantar la dificultad de las obras de virtud, que alienta la estima de su honestidad y hermosura. Á este mal ocurrió el Hijo de Dios dándonos estima de la virtud con su doctrina y ablandando la dificultad de su ejecución con su ejemplo, propo-

niéndonos delante de los ojos un dechado sensible de toda perfección, lo cual es un singular fruto de su Encarnación.

¿Pues qué diré del fruto, que es hacernos hijos de Dios los que éramos enemigos suyos, y los que estábamos condenados al infierno hacernos herederos del Cielo? Bastaba por cierto librarnos del pecado; bastaba librarnos del infierno, para quedar perpetuamente agradecidos á Dios, sin hacernos más bien; y ya que se nos hiciese alguno, bastaba hacernos semejantes á los ángeles en su bienaventuranza natural. ¿Qué será el habernos aceptado Dios por hijos, y darnos parte de su reino y bienaventuranza sobrenatural? Este es un incomparable beneficio, así por el miserable estado de donde sale uno, como por la cumbre de alteza y felicidad á que es ensalzado; pues siendo enemigos de Dios, dignos de todo odio y desprecio, nos levantó á la dignidad más alta que puede caber en pura criatura, que es á la gracia y filiación divina, y la herencia de la gloria. Cotéjese un extremo con otro, y quedaremos pasmados de tan singular bien, pues de un extremo á otro hay una inmensa distancia, y aun distancias; porque del estado del pecado al de la naturaleza inocente, hay una infinita diferencia; y luego del estado de la naturaleza humana al estado de la felicidad natural de los ángeles, hay otra distancia incomparable. Pues de la naturaleza de ángel al estado de hijos de Dios, hay también otra como infinita distancia. Quien está en pecado mortal, aunque le den infinitas riquezas, infinitos imperios y honras, nunca llegará á la felicidad del que estuviese en el estado de la naturaleza pura y sin pecado; y el que está en éste, por más bienes naturales que tenga, salud, fuerzas, sabiduría, hermosura y gustos, nunca llegará á la perfección angélica. Ni el ángel en su estado natural, por más que crezca en sabiduría, ciencia y otras perfecciones, podrá llegar á la perfección del que está en

estado de gracia; y así hay tres grados como inmensos entre el abismo del pecado hasta la alteza de hijos de Dios, á que somos sublimados por el Hijo de Dios natural.

Otro inmenso fruto es el inagotable y perpetuo tesoro de los merecimientos de Cristo; porque este Señor de tal manera compuso el negocio de nuestra Redención, que no sólo por una vez nos perdonasen los pecados y alcanzásemos la gracia de hijos de Dios, sino millones de veces, si otras tantas la hubiésemos perdido. Lo cual es una clemencia y misericordia inestimable y nunca oída; porque ¿qué príncipe ha habido tan clemente que á un traidor le perdonara veinte veces un crimen *læse majestatis*? Ni ha habido padre tan amigo de perdonar á su hijo, que quisiese siempre perdonarle, aunque pusiese en el que le engendró las manos cincuenta ó cien veces. Pero esta es la gracia de la misericordia divina, por los méritos de Cristo, que al pecado (que de suyo era irremediable) ha hallado tan fácil el remedio y perdón del, que no sólo cien veces, sino mil, y aun infinitas veces le perdonará; y de tal manera dispuso el tesoro de los méritos de su Hijo, que nos aprovechen siempre, todas las veces que tuviésemos necesidad dellos para limpiarnos de nuestras culpas. Esta es, según Zacarías ¹, aquella fuente patente de la casa de Jacob, para que en ella se lave el pecador. Este es un beneficio inestimable; que si los ángeles que cayeron hubieran tenido tan gran dicha, que hubiesen visto sola una vez la puerta abierta para reconciliarse con Dios, lo agradecieran como un bien infinito. ¿Qué debemos nosotros hacer, pues nunca tenemos cerrada la puerta?

Á este beneficio se llega, que tenemos tan fácil la entrada y el camino, que muchas veces, sin dar un paso ni menear una mano, sólo por un acto de la voluntad inte-

1 Zach., 13.

rior de contrición y amor de Dios, le podamos gozar. Estupenda es esta misericordia de Dios; porque se pudiera tener por una merced infinita si después de cien años de asperísima penitencia pudiésemos llegar á participar deste bien; pero poder llegar, no digo de la noche á la mañana, sino en menos espacio de un Ave María, en cuanto se hace un acto de contrición, es una misericordia infinita. Fué esta una inefable suavidad de Cristo, que pudiendo pedir gran aparato de cosas muy arduas y dificultosas, no quiso, sino, cuando mucho, pidió unas ceremonias muy fáciles y ordinarias, en que instituyó sus Sacramentos, que son los caños por donde nos vienen estas aguas de salud.

IV

Cada uno destes frutos encierra innumerables bienes, que supo Dios en esta obra de tan gran misericordia comprender. ¡Tan admirable, tan graciosa fué! Á la cual añade grande gloria y gracia acompañarse de otros grandes atributos divinos que resplandecen en la misma obra; y lo que más es, el que parece más contrario á la misericordia, que es la justicia; porque no es posible obra de mayor justicia que porque no se falte un punto á ella, entregue Dios su Hijo á la muerte. Fué también la obra en que mostró más su Omnipotencia y su infinita sabiduría, hallando modo tan admirable en que volvió por su justicia y usó de su misericordia, queriendo hacerse el mismo Dios hombre y nacer para morir por el hombre, remediarle y darle ejemplo. Por lo cual dice San León ¹: «Tal nati-
vidad convenía á la virtud y sabiduría de Dios, que es Cristo, con la cual se acomodase á nosotros con la humildad, y en la divinidad excediese; porque si no fuera verdadero

¹ S. León, ser. 1 de Nativ.

Dios, no trajera el remedio, y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo. Ni menos mostró su amor, pues hizo obra de tanta fineza por el hombre, y tan finamente, que añadió al beneficio de la Encarnación el de la Pasión, y sobre éste el de la Eucaristía, que dándonos en comida para entrárenos en nuestro pecho, y humillándose cuanto se pudo humillar, para que los hombres que no le habían reconocido por su Majestad, le amasen y se llegasen á Él por su humildad».

Esta maravilla profetizó Isafas cuando dijo ¹: «En aquel día estará el monte de la casa de Dios preparado sobre la coronilla y cumbre de los montes, y todas las gentes correrán á él»; donde usa el Profeta desta palabra, *fluent*, que significa correr á lo bajo, como el agna que se va á lo profundo de los valles; y así, repara Galfrido, cómo dice que se resbalarán ó correrán como agua las gentes á un monte tan empinado como nos le pinta el Profeta; y responde que porque significa al Hijo de Dios, que humillado por nosotros en su Encarnación, Pasión, Muerte y el Sacramento de su cuerpo y sangre, se puso como valle humilde, siendo monte que está sobre los montes, sobre las cumbres de las más altas naturalezas, sobre las cabezas de los más encumbrados serafines, porque excede á toda perfección y gracia de las criaturas: «No suelen, dice, correr hacia arriba las cosas líquidas; pero este Monte, dispuesto sobre las cumbres de los montes, es también más humilde que todos los valles». Si quieres ver cómo es monte y juntamente valle, considera la majestad de su dignidad y la humildad de su dignación. Considera la alteza de lo que es Dios por la necesidad de su naturaleza, y la bajeza de lo que quiso ser por la voluntad de su amor. Considera que siendo tan alta la perfección del sér

¹ Isai., 2.

de Dios, tan infinita y tan sobre toda criatura, y sumamente más hermoso, más sin límite y más sin comparación que todas ellas, se dignó por tu amor de hacerse uno con la criatura y bajar de tan infinita altura á tan infinita bajeza. Y siendo Él sin cuerpo, y sin tasa, y sobre toda carne y sangre, sobre todo el elemento y corrupción, se quiso encerrar en un cuerpo de dos varas, sujetarse á ser compuesto de carne y sangre, y de elementos corruptibles; y no sólo eso, sino que en el vientre de su Madre se encerró en un pequeño cuerpecito, en lo cual hizo una altísima fineza; porque no fué como los demás hombres, que en el vientre de su madre son como unos brutillos, sin discurso, sin caudal, sin saber, entender, ni imaginar (y que aun después de nacidos en algunos años no son para ello); á los cuales poca ó ninguna pena les puede dar la falta de ver, oír, hablar, discurrir, y lo demás; no fué así, sino que desde el instante que encarnó fué de cabal talento y discurso. Pues pondera ahora lo que hizo Dios por ti, que aquel Sér sin límite ni tasa, y al fin divino y mayor que mil mundos, ese le encerró y tasó en el sér cortísimo y limitado de un hombre: y aún más hizo, que ese hombre, con todo su juicio y razón, le encerró y apretó más en el vientre de su Madre; y no se contentó con esto, sino que aun después se dejó atar y apretar más delante de Pilatos y de los inicuos jueces, poniéndose en las manos de los sayones para que le atasen y afligiesen á su gusto; y toda su vida fué un perpetuo andar apretado, afligido y atormentado, sin que tuviese un sólo día que no fuese padecer. Padeció en el vientre de su Madre, padeció en naciendo, padeció viviendo, padeció muriendo, dejándose para padecer en todo en manos de sus enemigos. ¡Oh amor singular! ¡oh vergüenza mía, ó, por mejor decir, poca vergüenza mía! ¿cómo tengo cara para considerar esto, y no

se me cae de vergüenza? Que rehuse yo, gusano bajísimo, entregarme ¡oh Criador mío! en tus manos de Padre y amigo de mi alma, y que no rehuses tú, Dios altísimo, entregarte en las de tus enemigos! ¡Que te sujetes tú á los hierros de los sayones, y no me sujete yo á los aciertos tuyos! ¡Tú sujeto á que hagan en ti desatinos, y yo no sujeto á que se haga tu voluntad en mí! ¿Pues qué mal me puede venir viniendo todo por tu mano? ¡Que te sujetes tú, Soberano Señor, al querer de Pilatos, y yo no al tuyo! ¡Que en treinta y tres años todo! sea pensar cómo me remediaras, salvaras y padecieras por mí, y que todo mi pensar sea cómo no padeceré, cómo descansaré, cómo haré mi gusto, y cómo pecaré! ¿Qué es esto, Señor? ¿qué locura es la mía? ¿hasta cuándo durarán mis desatinos? ¡Oh, con cuánta razón se dice Dios altísimo Monte, por la grandeza de su naturaleza, y profundísimo Valle, por el exceso de su misericordia, por la cual se quiso humillar tanto para levantarnos mucho! Bien se puede echar de ver cuán caídos estábamos, por lo infinito que se bajó el Altísimo para darnos la mano.

V

Esta es una grande deuda que debemos á nuestro Criador. Esta es una infinita gracia desta estupenda obra y beneficio de la Redención que la hiciese el mismo Dios por sí mismo, y no sólo por sí mismo, sino humillándose tanto como se humilló. ¿Qué agradecimiento, qué amor debemos á tan extraña fineza y caridad? ¿Qué pasmo nos debe causar vernos redimidos inmediatamente por un Dios Omnipotente y humillado por nosotros? Asombró á los antiguos la fineza de aquel esclavo de quien escribe Valerio Máximo¹ que, sabiendo querían matar á su amo,

¹ Lib., 6, cap. 8.

se puso los vestidos dél para que le matasen por su señor, como se hizo. ¡Oh gran fineza de Dios, que siendo un Señor omnipotente, se vistió de nuestra mortalidad para morir porque no muriesen sus esclavos! No hizo esta fineza un esclavo por su señor á quien debiese mucho, sino un Señor que no debe nada á nadie y todos deben á Él cuanto tienen y son. Pues este tan gran Señor del Cielo y tierra, no sólo por un esclavo suyo, sino del demonio, y traidor, y enemigo suyo, quiso, humillándose á tomar su forma, morir porque no muriese el hombre infame, y fementido, y sujeto á Satanás. ¿Qué mayor extremo de bondad? ¿qué mayor fineza? ¿qué amor más estupendo? ¿qué mayor asombro de caridad? Esto podremos echar de ver por el espanto que causó á los dos Santos Tobías verse librados por un ángel de sus males, cuando supieron que no era hombre, sino espíritu celestial, el que les hizo tanto bien. Consideremos, pues, la razón que tuvieron de espantarse, para que por ahí rastreemos cuál debe ser nuestro pasmo y agradecimiento para con un Dios que por sí nos redimió. Estando ciego Tobías y con necesidad que su hijo hiciese una jornada para cobrar una deuda antigua, no sabiendo el modo, se les ofreció un mozo bien dispuesto para acompañar al hijo de Tobías y cuidar dél. Hízolo tan bien, que en el camino le libró de la muerte, sacándole de un manifiesto peligro de la vida. Después le casó muy ricamente y á gusto suyo. Fué también él, por su persona á cobrar la deuda, y traje á Tobías, ya casado á su hijo, y muy rico, y con entera salud, y después de todo sanó de su ceguera al buen viejo, con que llenó al padre y al hijo y á toda su casa de alegría y contento. Ellos quedaron tan agradecidos, que no sabían qué hacerse con un hombre que les hizo tantos bienes. El darle la mitad de su hacienda lo tenían por muy poco. Pero cuando supieron que no era hom-

bre, sino Ángel del Señor, que se dignó de hacer por ellos tantas finezas, quedaron atónitos y sin pulsos, no sabiendo qué decirse ni qué hacerse, porque les parecía un caso increíble que un espíritu tan grande se dignase de tomar por ellos forma aparente de hombre, é hiciese oficio de criado, y llenase de tantos bienes. Esto juzgaban, como era así verdad, por un exceso de grande caridad y dignación, que vencía todo agradecimiento; y así quedaron postrados por tierra, atónitos de tal extremo de benevolencia. Miremos ahora nosotros cuánto excede á todo lo dicho la obra de nuestra Redención, así por la persona que la hizo, como por los males de que nos libró. No fué Ángel el que vino á redimirnos, sino el mismo Señor de los Ángeles, Dios Omnipotente y Criador de todo, el cual no tomó apariencia solamente de hombre, como San Rafael, sino la misma substancia y naturaleza humana, haciéndose verdadero hombre como nosotros; y no sólo nos libró de una ceguera de cuerpo, sino de la condenación eterna de alma y cuerpo; y lo que más es que mil penas del infierno, librónos de la culpa y de la infinita miseria del pecado, y nos llenó de riquezas, no como quiera, sino de los tesoros del Cielo y de su gracia, haciéndonos herederos de su propio reino. Por hacernos todos estos beneficios Dios, y no mereciéndonos, sino lo contrario, y que con rayos acabase con todo el género humano, porque le fué traidor y fementido, ¿qué le deberemos? Y que esto lo hiciese por sí mismo inmediatamente, ¿cómo no nos pasma y tiene atónitos? ¿cómo no nos deshacemos en amor y agradecimiento? ¿Pues qué, si consideramos que esto, no sólo lo hiciese por sí mismo, sino costándole tanto, humillándose, derramando su sangre y muriendo por nosotros? No sé cómo cabe pensar tan estúpida fineza y estar vivos. No sé cómo es posible acordarnos dello y no partiérsenos el corazón ó deshacerse en

ternura y amor. No sé cómo no se nos sale del pecho por irsenos tras un Benefactor tan fino. Querer Dios ser azotado, llagado y descarnado porque el hombre no fuese atormentado; querer morir crucificado porque el hombre no muriese, un extremo de amor es, y una tan estupenda fineza, que no se puede imaginar mayor. ¡Oh gran Dios, gran Amador de las almas! ¡qué bien mostrasteis lo mucho que nos amáis con lo mucho que padecisteis por nosotros! ¿Qué es ese pecho atravesado, esos pies clavados, esas manos horadadas con crueles clavos, sino otras tantas bocas que están jurando que me amáis? ¿Qué es ese rostro acardenalado y escupido, sino un testimonio cierto de lo mucho que me queréis? ¿Qué son esas espaldas llagadas, sino un indicio claro que me tenéis gran amor? ¿Qué son esas sienes y cabeza lastimadas con tan agudas espinas, sino un argumento evidente de que me queréis bien, pues por mi causa padecisteis tan grandes males? Creo, Señor, creo que me tenéis amor; no sea tan á costa vuestra el satisfacerme de vuestra infinita caridad.

Todo esto que hemos dicho de las finezas de Dios en querer padecer por nosotros, no es menos porque Dios en cuanto Dios no padeciese, sino en cuanto hombre; ni merece menos agradecimiento porque la Divinidad no sintiese algún tormento, sino sola la humanidad, porque fué una estupenda fineza de Dios, que ya que no pudo ni puede padecer ni sentir dolor en cuanto Dios, con todo eso hiciese todo lo que pudo de su parte (á nuestro modo de entender) para mostrar el deseo que tenía de padecer uniéndose tan íntimamente á la humanidad; como quien dice: Ya yo me pongo á ser capaz de penas, ya que no puedo padecer por ser Dios: pero en el modo que me es posible padeceré; y se dirá que Dios padece y que por mí no queda, pues me uno con quien lleva los golpes de los azotes y de toda la

Pasión, con que hago mío este padecer, deleitándome con este gusto, pues me falta el que me dieran los dolores de la Pasión; porque si hallara Dios ser posible algún modo de poder padecer en cuanto Dios, infaliblemente se dejara atormentar y penar, aún mucho más de lo que pasó en cuanto hombre (pues fuera más capaz para sufrir en cuanto Dios, si una vez pudiera penar), pero en el modo que es posible. Dios fué azotado, abofeteado y atormentado. ¡Oh amorosísimo Dios, oh amantísimo Señor! concédeme esta gracia, que te corresponda con amor, pues de tantas maneras me provocas y obligas á amarte. Téngate un amor leal y finísimo, pues de tantos modos has sido conmigo tan fino y amoroso. ¡Cuán inmensa fineza fué querer encarnar por mí! ¡Oh, cuán infinito extremo de amor fué, después de haber encarnado, querer morir por mí, sin ser necesario para redimirme! Pero ¿cómo llamaré lo tercero que á esto añadiré, que ni sé si lo llame fineza, ó extremo, ó embriaguez de amor, cuando después de todo esto te quisiste quedar en pan para mi sustento espiritual, y sacrificio continuo, que representase tantas veces al día tu Pasión y Muerte? ¿Qué fué esto sino querer continuamente estar muriendo por mí, querer dar tantas vidas, querer padecer tantas muertes, cuantas veces son las que se celebra el tremendo Sacrificio de la Misa? Por una vida que diste por mí, te debo infinitas vidas; por infinitas vidas que quisiste dar por mí, ¿qué te deberé? ¡Oh Hermosura divina, y cuántas gracias tienen tus obras, y más en especial esta de tan gran misericordia y amor, que me lleva el alma y corazón, y quisiera tener millones de almas y corazones con que reconocerla y amarte!

CAPÍTULO VIII

De la fineza con que encubrió Dios su Hermosura y los demás atributos y perfecciones divinas por amor nuestro.

I

Entre las finezas que hizo este hermosísimo Señor en la obra de nuestra Redención, es una muy grande encubrir su misma Hermosura y las demás perfecciones y grandezas de su infinito Sér con los contrarios dellas; y es razón que lo consideremos, porque parece fué tan gran fineza como si quisiera perder el ser Dios porque nosotros no pereciéramos; y ya que no pudo dejar las grandezas de su Sér, quisólas encubrir por nuestro amor. Y porque empecemos por la Hermosura, ¿á quién no pasma esto, siendo tanta su belleza, que alegra y hace bienaventurados los ángeles y hombres, que sólo el mirarla excita á que le amen? pues el que una vez hubiere visto cuán hermoso, agraciado y bello es, se perderá de amores por Él, se deshará, se derretirá y saldrá de sí; porque toda la hermosura de ángeles, de hombres, mujeres y criaturas es fealdad, y es nada delante de su Hermosura, y millones de veces hermosísima Hermosura. Pues este tal Señor se dejó afeardar el rostro, escupir, acardenalar y de tal manera desfigurar, que parecía un leproso, y más era semejante á un hombre borrado, que figura ni traza de persona. Por eso fué necesario que dijese Pilatos que era hombre al que mostraba al pueblo. Considera la grandeza del amor deste Señor tan hermoso en sí, y digno de ser amado, que quiere á las almas más que ellas á sí mismas, que es su deleite estar con ellas, que no hay en el mundo enamorado que así muera de amores como Él por cada una, que les dió cuanto tiene, hasta su Sér divino por gracia, y todo esto

sin merecerlo ellas, sino sólo porque las ama, y más las ama, y todo es amor, y siendo tanto el suyo para con los hombres; haciéndose hombre se sujetó á que le aborreciesen de muerte, con un odio tan grande, que (como dice San Bernardo) los mismos á quien sanó, dió vista, manos, pies, salud y vida, y llenó de millones de beneficios, esos mismos clamaron con el pueblo: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» Terrible odio y gran rencor, en pago de tanto amor: y en cierta manera es así nuestro desagradecimiento, y le pagamos tan mal, que le crucificamos cada día con nuestros pecados. ¡Oh Señor! no lo permitáis más en nosotros, por quien Vos sois.

¿Qué diré de su soberanía y señorío independiente, que no ha menester á nadie; de suerte que ni ángeles, ni hombres, ni las criaturas todas, no le pueden hacer algún bien en su sér, ni las ha menester para nada? Con ser eso así, se sujetó por ti á tener necesidad de todas, y se bajó á que la tierra le sustentase, el aire le diese la respiración, el agua le diese de beber, el fuego le calentase, el sol le alumbrase, y se sujetó á que si alguno no le daba de comer, padecía hambre. Aquel Señor que siempre está haciendo bien á toda criatura, de todas maneras y á todas horas, cuando Él está ayudando á los elementos, á los cielos y á toda criatura que hagan sus obras y dándoles el sér y el obrar, y derramando misericordia en vivientes y no vivientes, con todo eso, en viéndole hecho hombre, todos parece se aunaron á darle penas y le faltaron en la mejor ocasión y en la mayor aflicción, que fué su muerte; pues de los vivientes, los amigos le dejaron; los que le acompañaban huyeron dél; los discípulos le desampararon, y uno le negó; el brazo eclesiástico le aborreció de muerte; los pontífices y sacerdotes le echaron de sí; el brazo secular le condenó; el Rey le echó de sí por loco; el Presidente le

condenó; toda la justicia (ó injusticia), magistrados y pueblo, no paró hasta quitarle la vida. De los no vivientes, el fuego no le calentó, pues estuvo toda la noche helado, atado en un patio, sin abrigo. El agua no le refrigeró, ni en su mayor sed; clamando que la tenía, no hubo una gota para Él. La tierra parece no le quería sustentar inmediatamente, y así le levantaron della en el aire. El aire le faltó con su respiración, y así hubo de expirar. Los cielos se oscurecieron, el sol negó su luz, el día se volvió noche; todo era temor y horror. Ninguna criatura, finalmente, ni elementos, ni cielos, ni sol, ni nadie le alegró con algo con que suelen alegrar á los vivientes. Este es el pago que le dan las criaturas á nuestro sumo y gran Dios, porque se hizo como una dellas, y porque se humanó á su bajeza por levantar á una á que fuese como Dios. Y Él es tan bueno, que aun todavía se muere por las almas de amores. Considera cómo siendo su vida eterna, sin fin, sin tasa, y que no depende de nadie, ni nadie se la puede quitar, se quiso sujetar á tener otro modo de vida humano y sujeto á poderse acabar por muchas causas, y la puso en manos de un inicuo juez y sayones para que se la quitasen cuando ellos quisiesen, y con la crueldad que quisiesen, dándoles licencia para ello el Dueño de la misma vida y de todas las vidas, sin el cual ni un punto puede nadie vivir; y no teniendo Él necesidad de sustento, manjar, ni vestido, ni de nada para vivir eternamente y en sí mismo, porque Él sólo es y lo tiene todo en sí, y vive una vida divina y bienaventurada, con suma igualdad y gozo, se sujetó á necesitar de un corto comer y vestir, y aun ése no le tenía, y se sujetó á vivir otra vida molestísima, calurosa, fría, penosa y llena de mil trabajos y miserias, y todo esto porque tuvieses la vida eterna, porque estabas privado della para siempre. Mira esto que hizo Dios por ti, como si tú fueras algo y Él

no fuera nada, y como si Él te hubiera menester para que le diceses alguna cosa. Siendo también este Señor tan rico y liberal, que muere por dar, quiso de tal manera empobrecerse siendo hombre por ti, que ni aun donde reclinar la cabeza tuvo (como Él mismo dijo), ni muchas veces que llegar á la boca, sino que padecía grandes hambres y sedes; y no padecía también poco tormento viendo tantos necesitados, hambrientos, rotos, enfermos y desnudos, y que su Humanidad santísima no tenía con qué remediarlos, que en un corazón piadoso y liberal como el suyo es de suma pena (y no convenía hacer con cada uno un milagro). ¡Bendita sea tal pobreza, que bien consagrada está y honrada en Cristo, para que la amemos y nos avergoncemos de nuestras demasías!

II

¿Quién no queda atónito, cómo siendo Dios tan grande, y estando tan admirablemente en todas las cosas, y tan inmenso, y tan infinito, que es mayor que todo el mundo (porque todo él y muchos mundos más que hubiera cabían dentro de su inmensidad, y sobrara para otros infinitos que hubiera, no estando limitado á estar sólo en esta tierra, provincia, ciudad, casa ó lugar, porque en todas las criaturas está presente, y todas las ocupa ancha y espaciosamente), con todo eso se quiso atar, determinar y encerrar en un cuerpecito humano y en una casita corta y pobre? Y no teniendo necesidad de pasos ni de cansarse para estar en todo el mundo, quiso limitarse á andar lo que pudiese, y que cada paso le costase sudor y trabajo, como le costó, y se cansó tantas veces buscando al hombre cuando más huía dél, y se sujetó á ver por ojos humanos como tú, y á oír, oler y tocar por los otros sentidos; y al fin, á tener las ope-

raciones cortas, corruptibles y terrenas que tú. Considera esto despacio, y mira lo que le debes; mira cuánto te ama, y cánsate ya de ofenderle, siquiera porque es traición y maldad ofender á quien tanto debes. ¿Pues á quién no maravilla cómo tuvo su omnipotencia encubierta y como atada? porque siendo así que todo lo que quiso hizo en el cielo y en la tierra, y todo lo que quiere hará, sin que haya criatura ni ángel que se lo pueda estorbar, porque sus manos no pueden estar atadas, ni nadie se las pudo atar para que hiciese lo que quisiese, con todo eso, este omnipotente Señor quiso dejarse atar hasta no poderse rebullir, clavado en una cruz, donde ni aun la sangre que tenía sobre los ojos podía quitarse, ni tomar un alivio, ni hacer acción alguna, que parece se desnudó de su omnipotencia y se quedó sin nada más que un puro y desamparado padecer. Maravilémonos también de su santísima justicia, pues no haciendo agravio á nadie, ni pudiéndole hacer, por ser la suma bondad, consintió tantos agravios, tantos atrevimientos, tantas injusticias sin causa, sin testigos verdaderos, sin substanciar nada, sin oír las partes, sin más razón que querer ejecutar su saña, su odio y mala voluntad. Pongamos asimismo los ojos en su infinita misericordia, que es sobre todas sus obras tan grande con los pecadores más perdidos, que muere porque le quieran recibir, y desea con infinito amor usar con ellos de piedad. Fué con todo eso tan mal pagada, que en toda su Pasión y Muerte no se usó con Él ni un rastro de misericordia, ni un alivio de sus penas, sino todo fué ejecutar furoros y cuantas crueldades se les antojaba; y cuando Pilatos parece que deseaba usar alguna misericordia con Él y le mostró tan maltratado al pueblo para que se lastimasen dél, clamaban todos: «¡Quita, quita, quítanos ese hombre de delante! crucifícale; no haya misericordia con él». Pues, Señor

mío, de los infinitos tesoros que habíais derramado de misericordias entre aquella gente, dando vidas y salud, sanando cojos, tullidos, mancos, ciegos y calenturientos, y dándoles de comer á los cuatro y cinco mil hombres, ¿es posible que no hubiese quedado un poco de misericordia en ellos para con Vos, y que quisisteis sufrir eso tan á secas, y que sólo para nosotros hayan sido las misericordias y los bienes, y para Vos las penas y el padecer?

Demás desto, con ser tan grande la Sabiduría de Dios que todos los ángeles y querubines, y todas las criaturas, son ignorantes delante dél, y ser tanta, que todo cuanto hay que saber en el mundo, y en todo lo criado, todo lo comprende y todo lo sabe, se quiso sujetar á juicios de hombres, á ser tenido por ignorante, por loco y sin juicio, como lo pensó Herodes, y á que tuviesen tan bajo concepto dél, que le tuviesen por menos que á Barrabás. ¿Á quién no pasma esto en un Dios Impecable, Purísimo, Santísimo y el Santo de los Santos? Y que siendo esta la alabanza que los ángeles y serafines le cantan en el Cielo, *Santo, Santo, y más Santo*, como la cosa de que más se precia, consintió ser tenido por el más mal hombre de aquella república, por peor que Barrabás, por tan malo, que les pareció no bastaba por sus delitos molerle á cocas, puntapiés y azotes, sino le ponían también en una cruz y le quitaban la vida. ¡Oh humildad estupenda del Criador! que siendo implicación que Él pecase, porque ni por todos los bienes, ni por el ser Dios que le pudiesen dar, no haría cosa torcida, ni por todos los males del infierno (si fuera capaz) tampoco la hiciera; al fin como impecable, y ordenado en toda justicia por esencia; con todo eso, en haciéndose Hombre, consintió ser tenido por un desordenado, por un pecador revoltoso del pueblo, por un glotón y bebedor, como se lo daban en cara á sus discípulos los ju-

díos. ¡Bendita sea tal paciencia! Sufrá yo, Señor, algo por vuestro amor, pues tal sufristeis Vos por el mío.

CAPÍTULO IX

Cómo Dios emplea todos sus atributos y perfecciones en bien de los hombres.

Para obligarnos con más estrecho título á amar á nuestro Criador y reverenciarle por sus infinitas perfecciones, hemos de considerar que no sólo es digno de ser amado por su inmensa Hermosura y la excelencia de sus divinos atributos, sino también porque todos ellos los emplea en nuestro bien: porque así como el Hijo de Dios encubrió en su Pasión sus divinas perfecciones, así las ejerció también en beneficio nuestro. La eternidad, la omnipotencia, la inmensidad, la sabiduría, la inmutabilidad, la bondad, la misericordia, la justicia, la santidad, la infinidad, la independencia de otro, todo nos está bien, todo lo emplea en nuestro bien: y cuantas perfecciones y bienes tiene Dios, tantos bienes y provechos tenemos. Si consideramos la eternidad, ¡qué presto la empleó este hermosísimo Señor, amándonos sin principio alguno, antes que fuéramos desde una eterna duración! ¡Oh felicidad nuestra, que tanto antes que naciósemos somos amados de un Señor omnipotente, que ni fué Dios antes que fuese nuestro amador!

Si consideramos la omnipotencia, ¡cuán bien empleada está en nuestro bien, habiéndonos criado de nada, sustentándonos en sus brazos, habiendo hecho el mundo por nosotros, y en él tantos prodigios de su poder, obrando la obra de la Encarnación y la estupenda maravilla del Santísimo Sacramento! No pudo tirar más la barra el Poder divino que llegar á hacerse Dios Hombre, y el hombre

Dios. En esto consumió todo el esfuerzo de su potencia, que no pudo pasar más adelante.

Si consideramos la inmensidad, ¡cuán bien nos está que esté Dios en todas partes, pues donde quiera puede oír nuestras oraciones, pues donde quiera estamos con Él y le podemos hablar sin intervención de tercero, sin dilación de mensajero! ¡Oh cuánta dicha es que donde quiera que vamos tenemos á Dios al lado que nos pueda ayudar! ¡Oh cuánta felicidad es tener siempre presente á quien nos ha de premiar nuestros servicios, que por relación sin nuestra no podrá ser engañado! Suerte grande es tener tan cerca á quien debemos reverenciar, no descuidándonos en desdecir en nada de lo que debemos hacer.

Si consideramos la sabiduría infinita de Dios, toda ella nos es provechosísima; porque no puede errar en conocer lo que nos está bien, ni puede engañarse en lo que hace, ni engañar en lo que dice. Nadie puede mentir á Dios, ni informarle siniestramente de un justo. Grande suerte es tener tan prudente Señor, tan sabio Gobernador. ¡Oh, qué bien nos estuvo tener á un Dios sapientísimo, que supo hallar tal medio en nuestros males, que sacase dellos provecho cuando estábamos desesperados de remedio! ¡Oh cuánto bien nos sucedió por la suma Sabiduría, que dispuso que encarnase una Persona divina, para que se endiosase la naturaleza humana; que trazó cómo muriese el Inmortal, porque tuviese vida eterna el mortal!

Si consideramos la inmutabilidad del Sér divino, ¿qué cosa nos puede estar mejor que quien tiene tanta inclinación de hacernos bien, no pueda trocar de condición? ¿Qué cosa más provechosa que tengamos un Juez que no se apasione, un Rey que no se nos mude, un Padre que nunca enferme, un Ayudador que nunca desmaye, un Bienhechor que no se canse, un Bien que no se corrompa?

II

Si consideramos la bondad y misericordia de Dios, ¿qué fuera de nosotros si no fuera Dios tal cual es, tan bueno, tan manso, tan misericordioso? Verdaderamente tenemos un Dios cual le habíamos menester, que aun desagradándole nos hace bien, é injuriándole, no sólo nos sufre, sino mira por nosotros; que por más que le ofendamos, siempre está dispuesto al perdón; que mereciendo nosotros ser aniquilados ó hundidos en mil infiernos por haberle sido tan desobedientes, nos levanta sobre las estrellas y ensalza para que reinemos en el cielo. Tal bondad de Dios habíamos menester, que aun con tanta malicia nuestra no se menoscaba.

Si consideramos su justicia, ¿quién pudiera vivir en el mundo si no hubiera temor de Dios, el cual se debe á la justicia divina? porque si no castigara Dios las maldades tan severamente, no fuera temido. Son innumerables los pecados que quita la severidad divina. Demás desto, es gran consuelo que la injusticia que nos hacen los hombres la ha de deshacer Dios, que como Juez supremo y justísimo ha de juzgar á los jueces inicuos. Es también gran consuelo que no sólo es Dios Juez severo para reprimir y castigar los malos, sino también Señor justo para remunerar los buenos; que no sólo tiene espada para herir, sino palma para honrar y laurel para coronar. No dejará servicio sin paga, ni merecimiento sin galardón, ni obra virtuosa sin premio colmado.

Si consideramos su santidad, ¡cuán inexplicable gozo es vivir con un Dios tan santo! ¡Cuán gran consuelo es que vive dentro de nosotros tan venerando y sacrosanto Señor, que no puede hacer culpa, que no puede obrar por

pasión ni hacer cosa que desdiga, que siempre obra con suma rectitud, que es espejo de toda pureza y perfección, que no desea sino lo bueno, que no le agrada obra que no sea de virtud!

Si consideramos la infinidad é independencia de Dios, ¿qué otra cosa podíamos desear en un Señor tan bueno y liberal, que puede dar cuanto quiere sin límite ni tasa, sino que no haya otro que lo pueda deshacer? En un Dios tan dadivoso, ¿qué otra cosa nos puede estar mejor, sino que no haya quien le vaya á la mano, y que tenga infinito que dar? Un Dios tan misericordioso bien es que sea absoluto, que nadie pueda revocar el perdón que diere. ¿Cómo, si Dios no fuera independiente y de infinito Sér, se atreviera á tal extremo de amor, como fué encarnar por una criatura tan vil como el hombre, y siendo imposible querer padecer por un condenado al infierno; y siendo inmortal querer morir por un esclavo suyo? Este exceso, ¿cómo podía hacer si no fuese de infinita Bondad y Señor absoluto de sus acciones, é independiente de todo?

Si consideramos todas las demás perfecciones divinas, todas son utilidades nuestras, todo Dios nos está bien, todo el Sér divino nos es interesado, todo cuanto es Dios nos es provechoso. Las criaturas por su naturaleza son todas hechas para el Criador; pero el Criador por su bondad todo se hizo para el bien de las criaturas, empleándose en su provecho. Gózome, Señor, de que seáis quien sois, porque lo seáis Vos, y huélgome que todo seáis para mí tan bueno. Por un sólo atributo vuestro, un sólo rayo de vuestra hermosura, ¿cuánto os debo amar? Doblád mi corazón, Dios mío; doblad mi amor para que os ame por lo que sois y por lo que me dais, porque sois digno de ser amado por vuestras perfecciones, y porque sin ser yo digno me amáis con todas ellas.

CAPÍTULO X

Con ser Dios tan infinitamente perfecto, se nos propone que le imitemos.

I

El amor que hemos de tener á Dios, no sólo ha de ser tierno con deseos, sino eficaz con obras; no sólo devoto en los afectos, sino ejecutivo en los efectos, procurando imitar á quien deseamos amar; y así, aunque es Dios infinitamente santo y perfecto, se nos propone por dechado de nuestra perfección. Por eso dijo Pitágoras «que el fin de la vida era hacerse semejante á Dios». Conforme á esto, dijo Apuleyo: «Bienaventurado aquel que en cuanto alcanzan sus fuerzas es semejante á Dios, perfecto, no doblado, puro y apartado desta vida humana». Vergüenza de los cristianos es que no obremos mejor que sintieron los gentiles; que ya que somos hijos de Dios, no le imitemos como Padre, pues aun los paganos dijeron que se había de imitar como ejemplar de toda perfección. Ni tuvieron este sentimiento sólo los que pensaron que los dioses eran como los hombres, sino los que juzgaron de la Divinidad altísimamente, como los platónicos; y así dice Platón¹: «El mal rodea y se llega necesariamente á esta naturaleza mortal, y á este lugar bajo de la tierra: por lo cual hemos de forcejar por huir de aquí. La fuga será hacerse semejante á Dios». Jamblico, gran discípulo deste filósofo, dice: «Al sabio llamamos imitador de Dios, y juzgamos que sigue á Dios». No dijeron los filósofos esto porque conocieron menos ni alcanzasen (como verdaderamente no alcanzaron) tanto de las perfecciones divinas como los cristianos; porque lo mismo enseñan los Padres de la Iglesia, y

Plat., in Philæbo.

Orígenes dice¹: «El sumo bien del hombre es hacerse semejante á Dios en cuanto es posible». Pero ¿qué entendimiento de serafin conoce mejor las grandezas divinas que nuestro Redentor? Pues Él nos exhorta con toda claridad, y nos manda en su Evangelio esta misma imitación, y con toda perfección, cuando dijo²: «Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto». El mismo Señor en el *Levitico* nos manda que le imitemos en lo sumo que hay en Él que imitar, que es su Santidad; y así dice³: «Sed santos como yo soy Santo». Bendita sea vuestra dignación ¡oh Dios omnipotente y Majestad inmensa! que queréis que un gusarapillo como yo aspire á vuestra perfección, y que tome por dechado de mi vida á vuestra Impecabilidad, Pureza y Santidad. Pero ¿cómo, Señor, os podré imitar? yo corruptible, vos Impasible; yo corpóreo, vos Espiritual; yo flaco, vos Omnipotente; yo deleznable, vos Inmutable; yo pobre, vos Señor de todo. Ayudad con vuestra gracia mi poquedad y flaqueza para que imite lo que vos más queréis, que es lo que más estimáis en vuestras perfecciones, que es ser santo, puro, impecable, lleno de todas virtudes; y goce la honra que queréis que tenga, haciéndome vuestro semejante y celestial, aunque soy de tierra, procurando imitar vuestras obras.

El modo cómo se hará esta semejanza, aun en la obra de suma omnipotencia, que es la creación, lo dice San Juan Crisóstomo por estas palabras⁴: «¿Hasta cuándo andamos arrastrados y cosidos á la tierra como gusanos, y nos revolcamos en el lodo? Dios formó nuestro cuerpo de la tierra para que le llevemos al Cielo, no para que por él abatamos al ánima á la tierra. Terrestre es el cuerpo, mas si quisieres, celestial se hará. Mira cuánta honra nos ha

1 Origen., in Periarch., 6. 2 Matth., 5. 3 Levit., 11, 44, et 19, 2.

4 Chrysost., homil. 15 ad Thimot. t. 4, fol. 552. p. 2.

hecho Dios habiéndonos prometido este poder. Dios te dice: Yo hice el cielo y la tierra; pues yo te doy semejante poder, que de la tierra hagas cielo; tú lo puedes hacer. De Dios se dice que es el que hace todas las cosas y las traspasa; pues esta misma potestad dió á los hombres ¹: de la manera que un amorosísimo padre, y excelente en el arte del pintar, no quiere para sí solo esta gloria, pero hace que la tenga también su hijo, enseñándole el mismo primor y destreza de su arte. Dice, pues, Dios: Yo hice el cuerpo hermoso; yo te doy á ti un oficio más aventajado: haz tú al alma hermosa. Yo dije: Produzca la tierra yerba, y todos los árboles frutales. Di tú también: Produzca esta tierra su fruto, y producirá cuanto quisieres trabajar. Yo hago el estío y niebla, doy esfuerzo al trueno, y crío al espíritu, formé al dragón y me burlo dél, esto es, del demonio, y no tuve envidia de que tú también tuvieses semejante poder: búrlate tú de la misma manera, si quieres, porque puedes como á un pájaro cazarle. Yo hago nacer al sol sobre los buenos y los malos ²: imita esto tú, y comunica tus bienes á buenos y á malos. Yo sufro injurias, y á mis enemigos hago bien: imita lo mismo, porque puedes hacerlo. Yo el bien que hago es sin tener la mira en algún interés ó paga: haz tú lo mismo y no hagas los beneficios para que te los agradezcan y te los paguen. Yo encendí luminarias en el cielo: enciéndelas tú más resplandecientes y claras que las estrellas, porque puedes; y á aquellos que andan errados, enciende en ellos la luz de la verdad: mayor beneficio es que me conozcan, que es que miren al sol: no puedes hacer al hombre, pero puedes hacerle justo y agradable á su Criador. Yo hice la substancia, pero tú prepara el propósito: mira cuánto te amo, que te doy potestad de hacer cosas mayores». Esto es de San Crisóstomo.

1 Dan., 2. 2 Matth., 5.

II

La más perfecta semejanza de Dios se viene á reducir á la perfección de la caridad, amándole ardientemente por sí mismo. Lo primero, porque el amor transforma al que ama en la persona amada; porque tiene virtud de asemejar, como advierte Platón; y así, quien ama á Dios perfecta y puramente, se hace semejante á Él. Lo segundo, porque aunque esto tiene todo amor, hay en la caridad otra razón particular; porque á ella la acompaña siempre la gracia habitual, la cual es una altísima participación de la naturaleza divina, con que el alma se hace tan semejante á Dios, que se endiosa y se sublima á un orden divino que traspasa toda perfección y grandeza de la naturaleza criada y posible. Lo tercero, porque el mismo amor de Dios es santidad, y Dios amándose á sí es santísimo. Por lo cual, quien quiere cumplir y ejecutar lo que nos manda el mismo Dios, que seamos santos como Él lo es, le debe amar como Él también se ama; y quien quiere satisfacer al precepto de Cristo, de que seamos perfectos como lo es nuestro Padre Celestial, imitándole en su altísima perfección, no ha de cumplirlo con otra cosa más que con amar á Dios perfectísimamente, esto es, por ser quien es, sin respeto ni consideración á otra cosa; de modo que ni á sí mismo se ha de amar, sino sólo por Dios: lo cual, cuanto es más debido, tanto es menos practicado; y cuanto más puesto en razón, menos cumplido. Por esto dijo San Bernardo aquella notable sentencia: «Que había muchos que padecían tormentos por Cristo, pero pocos los que se aman perfectamente á sí mismos por Cristo». En el sentido destas palabras está la declaración de la pureza de amor con que debemos amar á Dios; pero no son fáciles de entender. Y

á la venerable Beatriz de Nazaret, hija en profesión y espíritu del mismo San Bernardo ¹, la parecieron tan dificultosas, que dos días enteros gastó en considerar cómo podía ser que el amarse á sí mismo fuese cosa mayor que el padecer tormentos por Cristo. Mas reparaba que supuesto que es cosa natural á todos, así buenos como malos, el amarse, tenía particular misterio aquello que notó San Bernardo, añadiendo por Cristo. Viendo, pues, la sierva de Dios que por discurso no alcanzaba á saber el sentido verdadero de aquella sentencia, se acogió á la oración, pidiendo á Nuestro Señor se la declarase. Oyóla el Señor, y en una admirable visión se lo dió á entender, porque arrebatada en éxtasis vió á toda la máquina del universo, que como un globo tenía debajo de los pies; y sobre él estaba puramente Dios, de suerte que venía ella á estar entre Dios y el mundo. Al mundo tenía debajo de sí, á Dios sobre sí en quien estaba toda transformada. Aquí entendió el sentido de las palabras referidas, que es que lo sumo de la perfección y semejanza de Dios es cuando uno no tiene sobre su cabeza sino á Dios únicamente, y á todo lo demás del mundo debajo de los pies, no haciendo aprecio dello más que si no fuera, sólo teniendo amor y estima de Dios, no de otra cosa ni de sí mismo. De suerte que ni el amor natural de sí mismo le tiene tanto naturalmente cuanto sobrenaturalmente, amándose únicamente por Dios, saliendo del número de las criaturas en cuanto al amarse á sí por sí, y traspasándose á un orden divinísimo y participación del Criador, amándole tanto á Él, que ni aun á sí se ama sino por Él, sin otro respeto de bien ni de mal.

Pues este amor y perfección es de pocos, porque si bien hay muchos que hacen grandes penitencias y padecen grandes tormentos por Cristo, esto lo hacen (aunque san-

¹ Apud Chrys. Henr. in vita B. Beatric. de Nazareth, cap. 48.

tamente) con algún respeto á utilidad ó bien propio, aunque loable, por satisfacer por sus pecados, ó por librarse de alguna tentación, ó por alcanzar de Dios alguna merced, ó por no condenarse. Esto todo es de grande provecho y digno de alabarse: pero puédesse hacer sin aquella gran pureza y fineza de caridad de Dios, y hacerlo más por temor que por amor; y más que esto es cuando un alma está tan transformada (digámoslo así) en Dios, que toda es amor, toda aspira á Dios y desprecia sumamente todos los bienes del mundo, aborreciéndose tanto á sí, que no tiene ánimo para amarse, si no es forzada del amor de Dios, con el cual sólo se ama perfectamente, porque se ama con el modo más alto que hay de amar, pues es el mismo amor de Dios, en comparación del cual todo otro amor de sí es muy corto, y muchas veces equivale al odio. De manera, que todas las fuerzas de nuestros afectos las ha de ocupar Dios, sin quedar otra afición, ni estima, ni amor. Esto será imitar á Dios, teniendo el mismo sentimiento de su Hijo Cristo Jesús, como nos amonesta San Pablo cuando nos exhorta á que sintamos lo mismo que Jesucristo, que siendo Dios y en todo igual al Padre se anonadó y como se deshizo, tomando forma de siervo, hecho semejante á los hombres, y obedeció hasta morir en una cruz. Pues para imitar á Dios hemos de tener semejante sentimiento, que así como el Verbo eterno, siendo Dios por el amor que nos tuvo se anonadó y como se deshizo, haciéndose hombre, de tal manera que parece no se acordó que era Dios, no haciendo caso de su divinidad, para dejar por eso de padecer y humillarse por los hombres; de la misma manera debe el hombre hacer, amando á su Criador; y de tal manera se ha de transformar en Dios por amor, como si ya no fuera hombre, sino que en él estuviera desvanecida y aniquilada la naturaleza de hombre, mirando tan poco por

las comodidades de la vida humana como si no fuera hombre, y mirando tanto por la gloria de Dios como si fuera el mismo Dios, gozándose del truco que hace tan ganancioso de dejarse á sí por Dios. Esto, por cierto, debemos á su grandeza, á su infinitad, á su inmensidad, á su eternidad, á su sabiduría, á su justicia, á su bondad, á su misericordia, á su santidad, á su hermosura, á su simplicidad, en que contiene suma variedad de perfecciones, y á su estupenda unidad, que se compadece con la trinidad de Personas; pues porque es trino es más uno y menos compuesto que cuantas simplicidades simplicísimas, cuantas unidades unísimas, cuantas purezas purísimas, cuantos espíritus espiritualísimos hay. ¡Oh Señor, y cuán justo es que os ame por quien sois, tan entera, tan llena, tan perfectamente, que no me quede amor para amar otra cosa, y si la amare, sea por vos! Todo lo demás tenga debajo de los pies, y no haya cosa que tenga sobre la cabeza sino á vos, ni adore sino á vos, ni ame sino por vos, ni desee sino en vos, y con esto imite vuestra pureza y santidad, dándoos mi corazón, mi afecto y mi deseo.

Aqueste amor de Dios y entrega de todo nuestro afecto, y deseo, y alma, ha de pasar á las obras; y así dice San Agustín ¹: «Aquello mismo que Dios redimió en ti, le ofrece, esto es, tu ánima. Y si preguntas ¿cómo á mi alma, que Él tiene en su potestad, le ofreceré? yo te respondo que con las costumbres santas, con los pensamientos castos, con obras fructuosas, apartándote del mal y convirtiéndote al bien, condenando al vicio, amando á Dios, queriendo bien al prójimo, usando de misericordia con los necesitados, pues nosotros lo fuimos, y bien miserables, antes que fuésemos redimidos; perdonando á los que nos ofenden, pues todos nosotros estuvimos en pecado y ofensa de Dios;

¹ Aug. serm. 7 de Temp., et 3 de Nativ., t. 10, pág. 577.

hollando á la soberbia, pues por soberbia cayó el primer hombre; echando de nosotros la envidia, porque por envidia engañó el demonio al género humano. Pues como esto sea así, levantad vuestros ánimos, y no haya alguno, ora sea esclavo, ora libre, ora noble, que no ofrezca á Dios su voto y deseo de su corazón, y le ponga en ejecución. Cosa digna de lástima sería si no ofreciéramos á Dios alguna cosa nuestra, pues ofreció el mismo Dios su ánima y vida por nosotros, por los cuales, Él que es eterno recibió carne mortal; y así, cualquiera que tuviere contra otro algún enojo, perdónele por amor de Dios, y con esto ofrece su deseo. Si alguno tiene larga costumbre de ser lascivo, vuelva en sí, sacuda de sí su inmundicia por la compunción, clame con el corazón al Señor en el secreto de la oración: ¡Píadosísimo Señor y misericordiosísimo Dios! básteme lo que hasta aquí he pecado y lo que te he menospreciado, lo que he satisfecho á la hediondez de mi carne; ya de aquí adelante prometo convertirme de mi maldad. Cuando esto hiciere, también ha ofrecido su deseo. Si tiene envidia á su hermano y no se deleita con su felicidad y lo bien que hizo alguna cosa, prometa tratar antes de hacer buenas obras que tener semejante emulación; y cuando hiciere esto, también ha ofrecido su deseo y voto. Si alguno tiene á cargo un homicidio, determine en su corazón hacer penitencia dél. Vengue en sí mismo su mala conciencia. Señálese él la penalidad y tiempo de su penitencia, y tormento con que se ha de afligir; y al ánimo lleno de ponzoña que la confusión de la sangre de su prójimo hirió, atórméntele con ayunos y humildad; que si esto hiciere, también ha ofrecido su deseo y voto. Si acaso alguno tiene costumbre de murmurar diciendo mal de lo que hacen otros, sin mirarse á sí, prometa á Dios en su corazón, y diga: Hasta aquí murmuré de otros sin poner

en mí los ojos; y siendo yo el más miserable de todos, tenía á los otros por cuitados; basta lo que ha pecado hasta aquí mi lengua; ya determino enmendarme. Ves aquí también que quien esto hiciere, ofrece á Dios su deseo y afecto. Si alguno echa de ver que es cruel, prometa á Dios tener compasión. Si es soberbio, prometa humildad. Si es amigo de beber, prometa sobriedad. Si agraviare al anciano, pídale perdón; y si él le agraviare, perdónele sin que se lo pida. Si esto hiciéredes, ofrecéis á Dios un voto muy agradable, y como remuneráis á Cristo. Esto es de San Agustín; en las cuales palabras nos enseña que al amor de Dios han de acompañar santas obras; que no basta el afecto devoto, sino el propósito eficaz y el conato de tener siempre más pureza de vida, más santidad en las obras. No debe hacer menos quien sirve á un Dios tan puro, quien imita á un Dios tan santo, quien ama á un Dios tan puro, santo, perfecto, inmenso, eterno, sabio, justo, bueno, omnipotente y hermoso.

CAPÍTULO XI

El gran deseo que hemos de tener de ver á Dios por ser tan Hermoso.

I
La prueba del amor dijo un filósofo que eran los deseos; y así los Santos que verdaderamente amaron á Dios, desearon también con grandes ansias verle; porque la misma grandeza de su infinita Hermosura, que les obligó á amarle, esa misma les insta y estimula para que deseen gozarle y poseerle, acabando de ver cómo es, descubierta y claramente, sin velo ni cortina alguna, lo que aun encubierto admiran. Estos deseos de ver á Dios son tan debidos, que entre los derechos de justicia que tiene el Cria-

dor para con las criaturas, puso Santa Brígida el deberle que le deseemos: «Justicia es, dice ¹, que sea deseado sobre todas las cosas que se pueden desear y que se han de desear». La Esposa santa, después de haber hecho una recapitulación de todas las hermosuras de su Esposo, concluye diciendo que es «todo para desear». San Jerónimo traslada: «Todo es de codicia». El Hebreo lee: «Todo Él es deseos». Como si dijera: es tan hermoso Dios, que no sólo es amable, y deseable, ni sólo se le debe un deseo, sino los deseos de cuantas cosas deseables hay, porque no hay en Él cosa que no sea para desear y apetecer, y encierra fuera de eso en sí cuantas cosas apetecibles hay. Por lo cual leyó Vatablo: «Tanto cuanto es son cosas apetecibles». Viene bien esto con el discurso que acababa de hacer la Esposa de las principales perfecciones divinas con que daba las señas de su Amado, hallando en cada una mil razones porque ha de ser deseado: «Mi Amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre mil»; blanco es por la pureza de su santidad, colorado por el incendio de su caridad, escogido por la singularidad de su infinito Sér, en que sobrepuja á la perfección de todas las cosas criadas y por criar. «Su cabeza es oro bonísimo, sus cabellos como los cogollos de las palmas, negros como un cuervo»; porque su sabiduría es más preciosa que el oro, sus pensamientos más altos que las cumbres más subidas, pero oscuros á nosotros por los arcanos, misterios y secretos de su providencia. «Sus ojos son como de palomas lavadas con leche sobre los arroyos de las aguas», por la pureza de su intención, pues mira siempre por nuestro bien, sin tener respeto á interés ni provecho propio. «Sus mejillas como los cuadros sembrados de aromas», por la fecundidad suavísima de sus afectos, que se suelen descu-

¹ S. Brígida, lib. 8, c. 48.

en mí los ojos; y siendo yo el más miserable de todos, tenía á los otros por cuitados; basta lo que ha pecado hasta aquí mi lengua; ya determino enmendarme. Ves aquí también que quien esto hiciere, ofrece á Dios su deseo y afecto. Si alguno echa de ver que es cruel, prometa á Dios tener compasión. Si es soberbio, prometa humildad. Si es amigo de beber, prometa sobriedad. Si agraviare al anciano, pídale perdón; y si él le agraviare, perdónele sin que se lo pida. Si esto hiciéredes, ofrecéis á Dios un voto muy agradable, y como remuneráis á Cristo. Esto es de San Agustín; en las cuales palabras nos enseña que al amor de Dios han de acompañar santas obras; que no basta el afecto devoto, sino el propósito eficaz y el conato de tener siempre más pureza de vida, más santidad en las obras. No debe hacer menos quien sirve á un Dios tan puro, quien imita á un Dios tan santo, quien ama á un Dios tan puro, santo, perfecto, inmenso, eterno, sabio, justo, bueno, omnipotente y hermoso.

CAPÍTULO XI

El gran deseo que hemos de tener de ver á Dios por ser tan Hermoso.

I
La prueba del amor dijo un filósofo que eran los deseos; y así los Santos que verdaderamente amaron á Dios, desearon también con grandes ansias verle; porque la misma grandeza de su infinita Hermosura, que les obligó á amarle, esa misma les insta y estimula para que deseen gozarle y poseerle, acabando de ver cómo es, descubierta y claramente, sin velo ni cortina alguna, lo que aun encubierto admiran. Estos deseos de ver á Dios son tan debidos, que entre los derechos de justicia que tiene el Cria-

dor para con las criaturas, puso Santa Brígida el deberle que le deseemos: «Justicia es, dice ¹, que sea deseado sobre todas las cosas que se pueden desear y que se han de desear». La Esposa santa, después de haber hecho una recapitulación de todas las hermosuras de su Esposo, concluye diciendo que es «todo para desear». San Jerónimo traslada: «Todo es de codicia». El Hebreo lee: «Todo Él es deseos». Como si dijera: es tan hermoso Dios, que no sólo es amable, y deseable, ni sólo se le debe un deseo, sino los deseos de cuantas cosas deseables hay, porque no hay en Él cosa que no sea para desear y apetecer, y encierra fuera de eso en sí cuantas cosas apetecibles hay. Por lo cual leyó Vatablo: «Tanto cuanto es son cosas apetecibles». Viene bien esto con el discurso que acababa de hacer la Esposa de las principales perfecciones divinas con que daba las señas de su Amado, hallando en cada una mil razones porque ha de ser deseado: «Mi Amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre mil»; blanco es por la pureza de su santidad, colorado por el incendio de su caridad, escogido por la singularidad de su infinito Sér, en que sobrepuja á la perfección de todas las cosas criadas y por criar. «Su cabeza es oro bonísimo, sus cabellos como los cogollos de las palmas, negros como un cuervo»; porque su sabiduría es más preciosa que el oro, sus pensamientos más altos que las cumbres más subidas, pero oscuros á nosotros por los arcanos, misterios y secretos de su providencia. «Sus ojos son como de palomas lavadas con leche sobre los arroyos de las aguas», por la pureza de su intención, pues mira siempre por nuestro bien, sin tener respeto á interés ni provecho propio. «Sus mejillas como los cuadros sembrados de aromas», por la fecundidad suavísima de sus afectos, que se suelen descu-

¹ S. Brígida, lib. 8, c. 48.

brir en el semblante y mejillas, principalmente el enojo y compasión, y así significan las mejillas la justicia y misericordia de Dios, que están sembradas en todas sus obras, y el mundo está lleno dellas. «Sus labios como azucenas que destilan la mirra primera», por la veracidad divina, porque es Dios de infinita verdad, y la verdad de suyo es más hermosa y suave que la azucena, aunque amarga á los malos más que la mirra. «Sus manos son de oro, hechas al torno, llenas de jacintos», por su gran omnipotencia para hacer lo que quiere, y su liberalidad para dar cuanto quiere, pues sus riquezas son sobre el oro y todas las piedras preciosas. «Su vientre es de marfil distinto con zafiros», por su inmensa bondad y la constancia de sus amorosas entrañas para hacernos bien y enriquecernos de sus celestiales dones. «Sus muslos como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro», por su divina inmutabilidad é inmensidad, que es el fundamento de todas las cosas. «Su aspecto ó estatura, como el Líbano escogido, como de cedro», por la alteza de su perfección, que no tiene término ni límite. «Su cuello ó garganta suavísima», por su gran afabilidad, blando, amoroso y dulcísimo trato. Por cada una destas gracias y cada uno destes atributos merece ser amado, deseado y buscado. Todo Dios es deseable, todo de codicia, todo deseos, porque todos los deseos debemos emplear en Él. Por su santidad merece ser amado, por su caridad merece ser deseado, por su sabiduría merece ser estimado, por su providencia merece ser obedecido, por su buena voluntad merece ser querido, por su justicia merece ser temido, por su misericordia merece ser alabado, por su verdad merece ser creído, por su omnipotencia merece ser respetado, por su liberalidad merece ser servido, por su bondad merece ser apetecido, por su inmensidad merece ser admirado, por su inmutabilidad

merece ser buscado, por su alteza merece ser adorado, por su afabilidad merece ser tratado. Por todas estas perfecciones y cada una dellas merece ser deseado, porque todo es para desear. Los antiguos Padres se estaban deshaciendo en deseos porque viniese el Hijo de Dios á hacerse Hombre sólo por ser este medio para llegar á ver su divinidad; por eso le llamaban el deseado de las gentes¹, el deseo de los collados eternos². ¡Cuán digna de desear será la gloria de su divinidad!

II

Los Santos que hicieron algún concepto de su Hermosura divina, se deshacían en ansias y deseos de verlo, y así canta el Salmista³: Deséate mi alma, Dios mío, como un ciervo jadeando y abrasándose de calor desea las fuentes de agua. Sed tiene mi alma por ti, Dios fuerte y vivo. ¡Oh, cuándo llegaré y apareceré delante del rostro de Dios! Mis lágrimas de día y de noche me sirvieron de pan, mientras se me dice⁴: ¿Dónde está tu Dios? San Pablo, abrasándose con el mismo deseo⁵, confiesa de sí que deseaba deshacerse y estar con Cristo. Las ansias que tenía San Agustín de ver á Dios, bien las declara en sus escritos. En una parte dice⁶: «Lumbre mía, véote ahora, pero como por espejo y enigma: ¿cuándo te veré cara á cara? ¿Cuándo vendrá el día de regocijo y alegría en el cual entre en el lugar del Tabernáculo admirable hasta la casa de Dios, para que vea al que me ve cara á cara y se satisfaga mi deseo? ¡Oh fuente de vida, oh vena de aguas vivas! ¿cuándo llegaré á las aguas de tu dulzura? fuente de vida, hártame; sediento estoy, Señor; tengo gran sed

1 Gen., 41.

2 Agæi., 1.

3 Psal. 41.

4 Psal. 62.

5 Philip., I.

6 S. August., in soliloq.

de Dios vivo. ¿Piensas que veré aquel día, aquel día que hizo el Señor para que nos alegremos y regocijemos en él! ¡Oh día clarísimo y hermoso en que oiré la voz del regocijo, en que oiga: Entra en el goce de tu Señor, fuera del cual no hay gozo! ¿Cuándo entraré en ti para ver á mi Señor, que habita en ti? Iré y veré esta gran visión. ¿Qué es lo que me detiene? Ay de mí, que se me ha alargado mi destierro! ¡Ay de mí mientras se me dice: ¿Dónde está tu Dios? mientras se me dice: Aguarda y torna á aguardar! y ahora, ¿qué es lo que aguardo? ¿Por ventura no eres tú Señor, Dios mío? La fuerza deste deseo de ver la Hermosura del Criador se puede bien echar de ver por lo que pasó en la fervorosa virgen D.^a Sancha Carrillo, cuando la reveló Nuestro Señor que dentro de un año moriría; porque pareciéndole tiempo muy largo, empezó á llorar con grandes suspiros y gemidos, y exclamando con grande ternura decía ¹: «¡Oh desdichada de mí! ¿qué paciencia me bastará para sufrir un año de tardanza? ¿cómo podré vivir tanto tiempo sin ver al que es mi vida? Hasta ahora entretuve todos mis deseos y ansias, pensando que se me habían de cumplir más presto, esperando que había de ser cada día; pero ahora que sé que se me ha dilatado tanto tiempo, ¿qué consuelo puede tener mi alma, sino es que el Señor y Dios mío, compadeciéndose de mi aflicción y tristeza, abrevie los días de mi destierro? ¡Oh cárcel, oh mazmorra, oh vida, qué largo martirio que me eres! ¡Oh mar de infinitos bienes! ¿cuándo me veré anegada en lo profundo de tus dulcedumbres? ¡Oh, si volase este tiempo! ¡Oh, si las horas corrieran con más prisa, para que llegara luego aquella hora deseada, en la cual, desamparando mi alma este valle de lágrimas, volará al Cielo para que descanse en la sombra de aquel Señor á quien ama!» No es

¹ Roa. lib. 2, *sua vita*; vide c. 5. *De Purg.*

de maravillar que se mostrase esta sierva de Dios tan afligida por las muchas ansias que tenía de ver á su Dios, que tanto se le dilataba; pues San Buenaventura dice que la pena que causa este deseo es intolerable cuando se tarda su cumplimiento. Por lo mismo llamó San Basilio á las ansias de ver á Dios ¹, «intolerable aguijón de deseo». No dejó de sentir esto Santa Teresa de Jesús, cuando decía que se estaba muriendo continuamente de que no la mataba el afecto y deseo de ver á Cristo. San Crisóstomo compara el dolor que tienen los Santos de la vista de su Criador á los dolores de parto, y así dice ²: «Ellos estaban como reventando todos los días con dolores de parto, deseando estar libres desta vida y caminar á su patria, y nosotros hacemos lo contrario: aquellos Padres se daban prisa, y San Pablo gemía también por esto».

Muy debido es que deseemos con todos nuestros deseos al que es todo para desear, y hace cierto género de agravio á la Hermosura divina quien no la desea mucho ver: porque parece desprecio no estimar muchísimo lo que es infinitamente precioso; y si se enojó Dios con los de Israel porque no hicieron caso de la tierra prometida, la cual llamó tierra deseable, castigándolos por eso con rigurosas penas, con más razón se puede enojar con los que no desean ver su divinidad, que es toda deseable. No sé dónde está la codicia de los hombres, pues no desean al que es todo tesoro y riquezas infinitas. No sé dónde está el apetito humano, pues no desea al que es todos los gozos y deleites. No sé dónde está nuestra ambición, pues no pretende la corona de gloria y el reino de los Cielos, que se alcanzará con la vista del Criador. No sé dónde está toda curiosidad, pues no desea ver con claridad lo que ahora admira

¹ S. Basil., in Reg., fusi disp.

² S. Chrysost., hom. 24. in epist. ad Heb., c. 4.

en oscuridad y enigma. Todo cuanto hemos dicho de la Hermosura de Dios y sus divinas perfecciones, y cuanto se puede decir, y cuanto se puede concebir y conocer en esta vida, no es más, según el Apóstol San Pablo, que un enigma respecto de lo que es en sí. Esto nos ha de dar ansias de ver declarada tan inmensa Hermosura, en cuya comparación tantas hermosuras, tantas perfecciones, tantos bienes, no es más que una oscura sombra y cifra intrincada; y si por lo que alcanzamos en oscuridad y enigma es Dios tan amable, por lo que es en sí, ¿cuán deseable será, y cuánta insensibilidad será no desearle ver y gozar? ¿y quién se puede tener dichoso sin la posesión de este sumo Bien? San Agustín dice ¹: «El ver á Dios es vista de tanta hermosura, y tan digna de ser apetecida, que sin ella, aunque uno estuviera sobrado de todos los demás bienes, no duda Plotino de decir que es desdichadísimo». Si un gentil juzgó esto, ¿qué deben sentir los cristianos? Si el infiel calificó por desdicha no estar viendo á Dios, el Santo lo tiene por tormento. Y por esto se llamó San Pablo desdichado hombre.

III

Por cierto que es muy justo lo que afirman algunos Doctores, que en el purgatorio se ha de pagar la negligencia de no haber tenido en esta vida deseos de ver á Dios. Añaden que algunas ánimas que no tienen que purgar por pecados graves, están detenidas de entrar en el Cielo, padeciendo esta gran pena que es de daño, y también de sentido, por el dolor que de allí resulta por no ver á su Dios; porque es pena tan grande, que hablando della un Doctor, exclama ²: «¡Oh daño inexplicable, y á los mismos

¹ S. August., l. 10, *De civit Dei*, c. 16.
Teresa, lib. 1, cap. 17, n. 10.

² Elías á Sancta

espíritus intolerable! Con mucha verdad se llama esta pena de daño, pues no sólo trae todos los momentos un dolor inmenso, sino también daño. El daño es tal, que no se puede estimar con cuantas cosas hay criadas en el universo, ni se igualará la pérdida de todas con él, porque es muy cierto axioma entre los filósofos que de lo finito á lo infinito no hay proporción; porque así como ver y gozar de Dios por un instante no tiene comparación con la posesión y señorío de todo el mundo y cuantas criaturas en él hay, así también el daño de estar uno privado de Dios por un sólo momento es tan grande, que se puede comparar con la privación de todas las criaturas y pérdida de todo el mundo; de lo cual se sigue que hemos de hacer menos caso de toda la pérdida del mundo, que de carecer por un momento de la vista de Dios. Según esto, entienden algunos aquella sentencia de Jesucristo: ¿qué le aprovecha al hombre ganar á todo el universo mundo, si padece detrimento de su alma? esto es: ¿qué le aprovechará adquirir todo el mundo, si por un sólo momento viene á tener dilación de su salvación? Un daño tanto es más grande, cuanto quita más de bienes; porque la pena de mil ducados, mayor es que la de ciento; y la de diez mil, mayor que la de mil; y la de un millón, que la de diez mil; y más que todas estas la de un cuento de millones y de todos los tesoros del mundo: ¿pues cuál será la pena de la privación de Dios, aunque sea por poco tiempo, pues en él sólo se priva de un bien, que es todos los bienes y hermosuras? Priva de todo lo que se ha de ver allí, y allí, como dice San Agustín ¹, «hemos de ver una vista cual ni los ojos vieron, ni el oído percibió, ni vino en corazón de hombre. Una vista excelentísima, que sobrepuje á todas las hermosuras de la tierra, del oro, plata, selvas y campos, la hermosura del mar y del aire, la

¹ S. August., tract. 4, in Epist. S. Joan.

hermosura del sol y la luna, la hermosura de las estrellas, la hermosura de los ángeles, aventajándose á todas las cosas, porque por Dios son hermosas todas».

Por esto con mucha razón el carecer, aunque sea por breve tiempo, de la posesión y vista del sumo Bien, lo sienten las almas por grande mal, tanto mayor, cuanto más conocen de Dios, libres ya de la ignorancia desta vida; con lo cual va con más ímpetu su deseo buscando á su centro, y las mismas almas que en esta vida no se movían á desear la vista divina, desembarazadas ya de la carga del cuerpo anhelan con todas las fuerzas de su voluntad y afectos por gozar y ver á su Criador. Porque así como un halcón cuando está con su capirote, aunque vuele junto á él la caza, se está sosegado y quieto, porque no la echa de ver; pero si le descubren, quitado el capirote, cuando ya tiene libre la vista, y ve (aunque sea bien de lejos) una garza, luego se arroja tras ella, sin reparar, que está preso, y forceja por volar tras ella, aunque sea tronchándose los piés, ó llevando tras sí el brazo del cazador, así también el alma, mientras está cubierta con el velo de su carne, no se afana por ir tras su Criador, por lo poco que dél conoce; mas en teniendo libre su vista intelectual, sin el impedimento del cuerpo, anhela con todas sus fuerzas por volar á su Dios; y el estar detenida lo tiene por un tormento intolerable, y es tan grande, que muchos juzgan no hay otro mayor. El venerable Enrique Susón introduce á los del purgatorio, que están diciendo¹: «El menor tormento deste lugar es más cruel que los dolores que mártir alguno ha padecido en el mundo; y una hora aquí parece más larga que cien años en la tierra. ¡Ay! ¡ay! que somos aquí asados, damos voces, y pedimos ayuda. Pero lo que mayor dolor nos causa es, que

¹ Henric. Susón. Dialog., c. 21

somos detenidos tanto tiempo, careciendo de la dulcísima vista del rostro divino; esto apremia á nuestra alma, corazón y sentido con un peso intolerable». Bastantemente se declara con esto el gran dolor que causa no ver desde luego al sumo Bien, que es todo para desear; y la misma razón lo dice, porque, como nota San Gregorio¹, «todo deseo se convierte en pena, si no se cumple luego lo que se apetece, pues no sabe ser paciente el deseo, porque está escrito: La misma celeridad es espaciosa á la codicia, y al ánimo que desea, nada se le hace aprisa. Y así, como dijese el Profeta: «Delante de ti está todo mi deseo», luego añade: «Y mi gemido no se te ha escondido». Son compañeros el deseo diferido y el dolor aumentado; y al paso que desea uno, á ese paso padece. Pues como Dios sea sumamente deseable, quien le desea como debe, no puede dejar de padecer mucho tardándose en gozarle: y es justa pena que quien faltó en vida en estimar y desear cosa tan digna de estimación y de deseos, pague en la otra su descuido ó menosprecio, con la pena que se sigue al deseo de lo que no quiso desear.

IV

El cardenal Belarmino, tratando del purgatorio², no tiene por improbable que fuera de los lugares ordinarios donde padecen las ánimas, hay otro en el cual no tengan otra pena sino la de daño, en carecer de la visión Beatífica. Lo cual sintieron San Gregorio, el Venerable Beda y otros autores, y sería más probable si se entiende, no de la pena de daño puro, sino de la pena del daño acompañada con el sentimiento y dolor grande que nace del conocimiento del mismo daño; la cual pena no tanto se ha de decir sa-

¹ S. Gregor., in Psal. 37. ² Bellarm., 1. 2, *De Purg.*, c. 7.

tisfacción, cuanto satispación, en cuanto Dios ordena aquella dilación para que tengan aquel dolor, la cual dilación no la causan las almas, ni la toman por su elección y gusto; y el tormento que della resulta padecen con proporción á su negligencia y tibieza. Esto se puede confirmar con muchas revelaciones; y dejando las que traen San Gregorio, Beda y Dionisio Cartusiano, testifica Blosio ¹ que reveló la Virgen Santísima á Santa Brígida, que el ánima de un ermitaño muy perfecto se había detenido, no entrando luego en el Cielo, porque no había tenido en su muerte perfecto deseo de llegar á ver á su Criador, y por esta causa se detuvo en el purgatorio de deseos, adonde dijo no había otra pena, sino el deseo sólo de llegar á Dios; pero esto ya es pena y dolor muy grande, no solamente daño.

CAPÍTULO XII

El amor que mostraron algunos Santos tener á Dios por su infinita Perfección y Hermosura.

La grandeza del amor que debemos tener á un Dios tan infinitamente Hermoso y tan infinitas veces Perfecto y Perfectísimo, debía ser con un afecto infinitamente ardiente y fervoroso, y más que infinitas veces grande. Pero ya que la flaqueza de nuestra naturaleza no es capaz desta infinitud, diremos algo de lo mucho á que levantó la gracia á algunos Santos, para que en ellos, como dechado, procuremos tomar alguna forma del fervor con que puede amar á su Criador la criatura, ayudada de su gracia. Oyó un día San Agustín una voz del Cielo, en que le preguntaba Cristo Nuestro Señor: «Agustín, ¿tienes amor?» Respondió: «Tú sabes, Señor, que yo te quiero». «Pues dime, siervo mío, ¿qué tanto me amas?» Respondió el Santo: «Señor, si

¹ Blos., c. 13, *Monil. Spir.*

todos los huesos de mi cuerpo fuesen candeleros de oro, y toda la sangre de mis venas fuese preciosísimo bálsamo, todo lo gastara y encendiera delante de ti en sacrificio de alabanza y reconocimiento». Tornó á replicarle la voz: «Dime, ¿hicieras más que eso?» «Señor (dice), si todas las venas de mi cuerpo fueran vendas y lazos de oro, con todas ellas te atara á mi corazón, y me enlazara contigo, para nunca poder apartarme de ti». «Agustín (le dice el Señor), poco es ese amor; más es lo que me debes, y mayor amor quiero de ti». «¡Oh Rey de gloria! (dijo entonces) si fuera acaso posible que trocáramos sér, y que tú fueras Agustino y yo fuera Dios, como tú ahora lo eres, yo dejara de ser Dios y me volviera Agustino, para que ¡Dios mío! fueras lo que eres ahora». «Ese sí (dice) es verdadero amor» ¹. Pregunta semejante hizo el mismo Señor á una doncella sierva suya, y no una, sino muchas veces se lo tornó á preguntar, pidiendo siempre más amor, y ella siempre aumentaba las respuestas con significación de su mayor afecto, hasta que se le partió de amor el corazón por medio en el pecho. Es mucho de reparar en tantas pregun-

¹ Á no pocos teólogos han parecido excesivos en demasía estos encarecimientos del amor de Dios. Porque sobre ser absurdo el suponer que en una criatura que dista infinitamente de la naturaleza divina, y que, por tanto, no tiene con ella ningún linaje de proporción, pueda ser ó considerarse como Dios, aun en este supuesto habríamos de convenir en que la tal criatura, conociéndose perfectamente á sí misma y hallando en sí una bondad infinita, había de amarse necesariamente sobre todas las cosas, sin que pudiese amar á otro que no fuese ella misma, ó por amor de ella misma. En este caso, tampoco podría comunicar ó conmutar con otro su Divinidad, que es de suyo inmutable é incommunicable extrínsecamente. En verdad, ni en las obras de San Agustín, ni en ninguno de sus primeros historiadores, se encuentran tales palabras ó encarecimientos del amor divino, como tampoco nada que haya podido prestarles fundamento. Los autores que las citan, aunque algunos de ellos muy respetables, son muy posteriores á la época en que vivió el Santo Obispo de Hipona.—(Nota del editor.)

tas de si le aman, como hace el Señor á sus siervos. Y estando en este mundo Cristo, también preguntó á San Pedro tres veces, una tras otra, si le amaba. La causa es por lo mucho que se huelga le amemos, saboreándose en oírlo de nuestra boca, y provocándonos á mayores finezas y más encendidos afectos. También se escribe que el incendio de amor de Dios con que ardía el corazón de San Felipe Neri le hizo que no le cupiese en el pecho, y así le tuvo toda su vida levantado.

Cuando hablaban de Dios delante del Beato Luis Gonzaga, se enternecía de manera que en el mismo semblante lo mostraba; y esto en todo lugar y en todo tiempo. Una vez, estando comiendo en el refitorio, oyendo leer unas sentencias del amor divino, se sintió encender súbitamente como un fuego, que no pudo pasar adelante con la comida, hinchado el pecho, el rostro como una llama, y los ojos derramando lágrimas. Del Beato Estanislao Kostka se cuenta en su vida que eran tan grandes las consolaciones y gustos espirituales que el Señor infundía en aquella bendita alma, y el fuego de amor divino con que la abrasaba era tan encendido y fervoroso, que algunas veces venía á desmayarse y desfallecer, y era necesario con lienzos mojados y agua fresca, refrescarle el pecho, por el gran fuego que sentía en él.

Sobre todo esto fué lo que sucedió á Santa Catalina de Sena ¹, que de puro amor á Dios enfermó y dió consigo en una cama, sin serle posible levantarse della. Á esta sazón pedía con encendidísimos deseos al Señor que la sacase desta vida; pero como entendiese que no era su santísima voluntad hacerle por entonces esta merced, le suplicó que se dignase concederle otra; conviene á saber: que la hiciese participante de los dolores que su Majestad había pade-

¹ Sur. 29 April., in vita S. Cather.

cido el tiempo que vivió entre los hombres. Otorgóla el Señor esta gracia, y la afligió gravísimamente, como suele á sus muy regalados hijos; y como al paso que iban creciendo las aflicciones y dolores del cuerpo y corazón, al mismo, y mucho más se aumentase el amor de su dulce Esposo Jesús, subió éste á tan súbito punto, que no pudiendo sufrir la flaqueza humana la vehemencia de tanto amor, reventó de alto á bajo el corazón de la virgen, y se le acabó la vida, y estuvo cuatro horas muerta. En este tiempo la enseñaron los gozos de que gozan los bienaventurados en la gloria, y las penas á que por sus pecados están condenados los pecadores en el purgatorio é infierno, las cuales dijo después eran tan intolerables, que si los hombres las viesan, escogerían primero la muerte muchas veces que padecer la menor parte dellas por un día. Pasadas las cuatro horas, quiso el Señor que volviese á esta vida mortal, para que por una parte avisase á los hombres de su peligro, y por otra los ayudase á escaparse dél. Recibió la Santa tal pena de verse privada de aquellos tan soberanos y divinos gozos, y otra vez rodeada de tantas miserias, que gastó tres días con sus noches en un continuo llanto.

Del amor divino de San Ignacio, nuestro Padre, no parece se puede decir más, sino que ocho días enteros le tuvo como muerto. Dél dijeron los comisarios apostólicos de Gregorio XV que encendió en su corazón tan pura caridad para con Dios, y la conservó siempre, que desterró totalmente de sí su propio amor. Dijo una vez que, si le dieran á escoger, quería más vivir con incertidumbre de su bienaventuranza y servir entre tanto á Dios, antes que morir con certeza de su gloria, y que juzgaba que le sería más dificultoso y de mayor tormento oír blasfemar contra el nombre de Dios, que padecer las penas del infierno, si Dios le enviara allá. Finalmente, se abrasaba en tan ex-

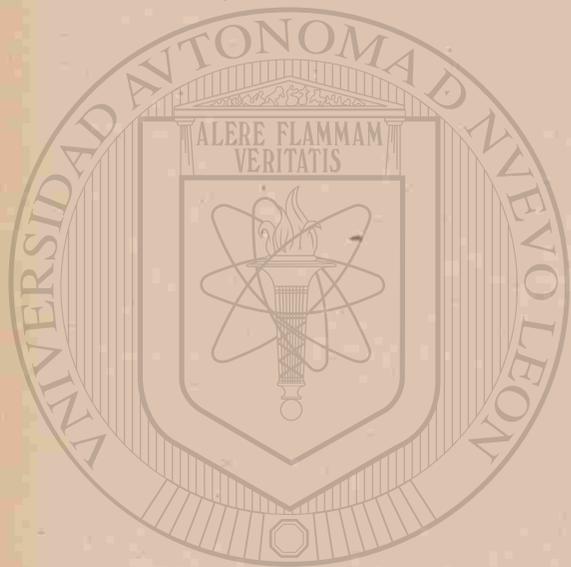
cesivo amor de Dios, que todo el día le estaba deseando, y no pensaba, ni hablaba, ni codiciaba otra cosa sino agradarle y cumplir su voluntad. Todo entero se entregaba á Él; á Él sólo se había determinado de seguir, aunque por eso se quedase sin el Cielo y la tierra. Todo su pensar, su hablar, su obrar, refería á Dios, como á su fin, y lo consagraba á su Majestad, y su gloria, y honra, y en su boca traía siempre como por divisa propia: «Á mayor gloria de Dios». De aquí le nacía aquel gran gozo de espíritu de que este siervo de Dios estaba lleno, aquella serenidad que siempre mostraba en el rostro, aquella paz interior de su alma.

Últimamente, para consuelo de todos, quiero decir lo que sucedió al santo Fr. Gil ¹, el cual dijo una vez á San Buenaventura, que era Ministro general de la Orden de San Francisco: «Muchas gracias os dió el Señor á vosotros los letrados con que le podáis servir y alabar; mas nosotros, ignorantes é idiotas, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podemos hacer para agradar á Dios?» Respondió San Buenaventura: «Si Nuestro Señor no diera otra gracia al hombre sino que le pudiese amar, bastara esa para que le hiciera mayores servicios que por todas las otras juntas». Dijo el santo Fr. Gil: «¿Y puede un idiota amar tanto á Dios Nuestro Señor como un letrado?» «Puede (dijo San Buenaventura) una vejezuela simple amar más á Nuestro Señor que un maestro de Teología». Levantóse luego el santo Fr. Gil con mucho fervor, y fuese á la huerta, á la parte que caía hacia la ciudad, y con muy grandes voces decía: «Vejezuela pobre, idiota y simple, ama á tu Señor y Redentor Jesucristo, y podrás ser mayor que Fr. Buenaventura»; y quedó arrobado en éxtasis como solía, sin moverse de aquel lugar por tres horas. Consolé-

¹ Chron. Minor., l. p., lib. 7, c. 14.

monos con que podemos amar á Dios, aunque nos falte todo. Sin grandes especulaciones, sin grande ingenio, con pura voluntad, puede estar con nosotros la caridad de Dios. Alentémonos á amar con fervor á Aquel que no podemos conocer con estudio. Sepamos querer á quien nuestra sabiduría no puede comprender. Todo lo que hicieron por su amor los Santos, es poco respecto de su Hermosura; todo nada comparado con lo que Dios es en sí y es para nosotros; porque ama Dios más á sólo un justo, que cuantos justos y Santos hay y habrá en el Cielo y la tierra que aman á Dios. ¿Á quién no pasma que amando tanto los bienaventurados á Dios, y los Santos de la tierra, que á algunos se les partió el corazón de puro amor, otros quedaron sin pulsos ni sentidos, con todo eso ame Dios más á un hombre miserable, que todos los hombres y ángeles aman al mismo Dios? Esto nos ha de obligar mucho para emplear millones de vidas en servir á tan Omnipotente Señor, y ocupar mil corazones en amar tan amable Padre, tan infinita Hermosura.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EJERCICIO

DE

AFECTUOSO AMOR DE DIOS

POR LOS GOZOS Y COMPLACENCIAS

DE SUS DIVINAS PERFECCIONES

todas las finezas y extremos que han hecho los Santos por amor de Dios y los que deben hacer por su infinita Hermosura y Perfección infinitamente amable, son muy cortos, y quedan muy inferiores á la amabilidad que merece; y así debemos suplir con afectos y deseos lo que falta á nuestras obras, principalmente, pues la substancia del amor está en el alma y en la voluntad. Y pues el amar no es otra cosa que querer bien para otro, debemos ejercitar esta buena voluntad y afecto para con Dios, gozándonos de sus infinitos bienes, pues no podemos querer á Dios cosa mejor de lo que El se tiene; y así, el bien mayor que podemos quererle no puede ser deseando que El le adquiera y venga á tener, pues ya lo tiene, sino por afectos de complacencia, y gozo, y congratulación de que ya tenga, y posea, y goce cuanto se podía desear para su perfección, felicidad y bienaventuranza; porque El es cuanto tiene en

sí, Él es total, absoluta é infinitamente perfecto, y es su infinita y sobreesencial Perfección, su Sabiduría, su Omnipotencia, su Bondad, su Justicia, su Inmensidad, su Santidad, su Caridad. Por esto, como dice Dionisio Cartusiano¹, es un excelentísimo, principalísimo y purísimo afecto de amor de Dios gozarse y alegrarse de todas estas cosas, y darle con gran alegría el parabién de todas muy entrañablemente, y de todo corazón. Por lo cual pondré aquí algunas afectuosas congratulaciones ó complacencias de las perfecciones divinas con que sustentemos este afecto puro del amor de Dios; advirtiendo que, para mayor cumplimiento de la caridad, no nos hemos de contentar con eso; porque como Dios por razón de sus infinitas perfecciones se deba honrar, temer y reverenciar, pertenece al amor divino que quien ama á Dios le respete sobre todas las cosas, y con todo su corazón y entrañas le tema, y le honre, y desee que todos los hombres y ángeles le veneren, adoren y alaben; y aquí tienen lugar los deseos, y cuanto está en mano de uno lo ha de procurar con sus oraciones, obras y trabajos, cooperando á ello con sus palabras y ejemplo. Despues desto, como sea una misma la caridad con que amamos á Dios y á los hombres; como hemos de desear estar con Dios, contemplarle, gozarle y unirnos con Él inseparable y eternamente, eso mismo hemos de desear á nuestros prójimos, y procurarlo cuanto alcanzaren nuestras fuerzas. Demás desto, como el amor conforma las voluntades de los que se aman, debe el que ama á Dios conformar su querer con el querer divino, no queriendo otra cosa sino lo que Dios quiere. De aquí viene que quien ama á Dios ha de obedecer en todo á los preceptos divinos, ejercitando todas las virtudes que nos mandan y aborreciendo los vicios que nos vedan. De todas estas cosas pon-

1 *In inflammatorio divini amoris*, art. 17.

dré también algunos afectos amorosos, pero principalmente los gozos que podemos tener de las perfecciones divinas.

Pídote primero, Dios mío, perdón de que, siendo yo tan indigno, tome tus alabanzas en mi boca; porque á lo que no me atreviera considerando tu grandeza, me da alas la consideración de tu bondad. Esto te suplico yo, pecador, como te lo suplicó tu siervo Agustino¹ «Perdóname, Señor mío, perdóname, y ten misericordia de mí; perdona mi ignorancia y mi mucha imperfección; no me quieras desechas como á temerario porque me atreva á hablarte siendo tu siervo; ojalá lo fuera yo bueno, y no malo, y tan sin provecho; y por eso soy muy malo, pues alabo, bendigo y adoro á mi Dios Todopoderoso, terrible y en gran manera digno de ser temido, sin dolor de corazón, y sin grande abundancia de lágrimas, y sin la reverencia debida y temor á tal Señor. Porque si los ángeles que te adoran y alaban tiemblan llenos de maravillosa alegría, ¿cómo cuando yo, pecador, estoy delante de ti, y te digo alabanzas, no teme mi corazón, mi semblante no se muda, y mis labios no rehilan, ni se me erizan los cabellos? ¿Cómo derramando lágrimas no lloro sin cesar delante de ti? Quiero, mas no puedo, porque no sé lo que deseo. De aquí es que me admiro mucho cuando con los ojos de la fe te considero tan tremendo. Mas ¿quién podrá hacer esto sin el favor de tu gracia? pues toda nuestra salud está puesta en tu gran misericordia. ¡Oh miserable de mí, y qué miserable está mi alma, pues no se asombra y espanta cuando está delante de su Dios y canta sus alabanzas! ¡Oh miserable de mí! ¿cómo se ha endurecido mi corazón, que mis ojos no vierten ríos de lágrimas, mientras el siervo habla con su Señor, el hombre con Dios, y la criatura con el Criador, el que fué hecho de barro con el que todo lo hizo

1 Oración sacada de San Agustín.

de nada? Vedme aquí, Señor, puesto delante de ti: ¿cómo no tiemblo de tu grandeza ni me asombro de tu majestad? Tú eres rico en misericordia, largo en premios; dame de tus dones para que te sirva con ellos, porque no te podemos servir ni agradar si no es con tu ayuda. Atraviesa mis carnes con tu santo temor. ¡Ojalá así te temiera mi alma pecadora, como temió aquel santo varón que dijo: «Siempre temí á Dios, como unas ondas hinchadas que venían sobre mí». ¡Dios mío! dador de todos los bienes, dame entre tus alabanzas una fuente de lágrimas, acompañada con pureza de corazón y alegría de mi alma, para que, amándote perfectamente y alabándote dignamente, sienta, guste y sepa con el paladar de mi corazón cuán dulce y suave eres, como está escrito: «Gustad, y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varón á quien en este valle de lágrimas en que le pusiste, das la mano, y en Él hizo escala en su corazón para llegar á ti. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; alabarán en los siglos de los siglos. Amén».

I

Gozo y Complacencia de la Hermosura divina.

Gózome, Dios mío, de tus infinitas perfecciones, de las cuales quisiera gozarme infinito; y si fuera menester comprar cada una á precio de mi vida y sangre, y todo mi ser, mil vidas diera porque no te faltara la menor de todas, si hubiese en ellas menor, y no fuesen todas grandes, todas sumas, todas infinitas. Mil veces quisiera ser aniquilado antes que te faltase bien alguno de los que posees. Gózome de tu infinita Hermosura, que encierra todas las perfecciones. Gózome que seas tan Hermoso, que sólo con tu

vista hagas bienaventurados á todos tus santos ángeles. Doy el parabién á las criaturas todas, que tengan tan hermoso Autor, que es fuente de todas sus hermosuras. Dóite á ti mismo el parabién, que tengas naturaleza tan perfecta, esencia tan bella, ser tan hermoso. Tú eres, Dios mío, la Hermosura esencial en ti, y la ejemplar de todo lo criado. Tu resplandor, Dios mío, no tiene límite, tu luz no tiene fin, tu gracia no tiene término, tu perfección no tiene límite, tu hermosura carece de medida; ¿qué mucho que los ángeles santos, aunque te ven, te deseen ver? Eres luz pura sin mezcla de tinieblas, eres perfección sin falta, y belleza sin lunar. Tus perfecciones tienen infinita proporción, y tu hermosura infinitas perfecciones y bellezas. Por ti están hermoseados los cielos con estrellas, y las estrellas con claridad y resplandor. Por ti luce la luna, y por ti alumbrá el sol, cuya claridad, aunque alegre á todo el mundo, no es sino oscuridad en comparación de la tuya. Por ti los campos se adornan con yerbas, plantas y árboles, y las yerbas con verdor, las plantas con flores y los árboles con frutos. Por ti saben los Querubines, por ti aman los Serafines, por ti pueden las Dominaciones, por ti son hermoseados los Ángeles; mas tú eres lo hermoso de todos y lo florido de todas las esencias; tú eres la flor de las naturalezas, la gracia de todo lo criado, la idea de todo lo especioso, la rosa de todo lo vistoso, lo primer de todo lo agradable, la imán de todo lo amoroso, la nata de todo lo sabroso. ¿Qué cosa más lúcida que tu sabiduría? ¿qué cosa más clara que tu verdad? ¿qué cosa más resplandeciente que tu majestad? ¿qué cosa más cándida que tu santidad? ¿qué cosa más hermosa que tu bondad? ¿qué cosa más bella que tu esencia? Dame que á ti sólo ame, de ti sólo guste, á ti sólo admire, en ti sólo descansa, por ti sólo anhele, á ti sólo busque y desee conocer y saber.

II

Gozo del Sér perfectísimo de Dios.

Regocijome, Dios mio, de la grandeza de tu Sér increado, independiente, perfectísimo sobre toda esencia y substancia; porque es plenitud de toda entidad, piélagos de toda perfección, manantial de todas las criaturas, idea de toda bondad. Gózome de tu infinita nobleza, que no procede de nadie, y de la cual proceden todas las cosas. Dóite el parabién, que no tienes necesidad de criatura, y que tengan todas las criaturas tanta necesidad de ti, que les eres más necesario que ellas lo son á sí mismas. Sin ti nada fué ni pudo ser antes que fué. El alma se me alegra de que seas tan rico que tú sólo te bastas á ti mismo para que seas bienaventurado y sobres para hacer bienaventurados á los espíritus más altos y llenar de bendiciones á toda criatura. El corazón se me dilata en pensar sólo que no debes nada á nadie, que tú sólo tienes sér esencial, verdadero y eterno por sí mismo. Las demás cosas tienen un sér defectible y participado, y que les puede faltar; tú sólo le tienes de ti mismo, inmutable y sempiterno. El sér de todo este universo es en tu comparación una gota de rocío, un polvito de la tierra, un átomo del aire. La alteza de las nubes, la profundidad del mar, la anchura de los cielos, no es más que un indivisible respecto de tu inmensidad. El espíritu se me alegra de que eres tal que nada se puede imaginar mayor, y que eres mayor de lo que se puede pensar. Tu sér es tan bueno, que tiene cuanto es mejor ser que no ser. Dóime mil parabienes, que recibí sér de tal Sér. Gózome que mi Dios sea tal que no le pueda desear mejor. Dame, Bien mío, que no desee otra cosa

sino á ti, y que pues eres tan gran Sér, independiente de todo, que me humille á ti y quiera depender de ti. ¡Oh, cómo hasta los mismos huesos se me regocijan que no tengas necesidad de mí, y que es tal de quien tengo yo suma necesidad! Regocijome que no dependas de nadie; pero si dependieras de mí, mil pedazos me dejara hacer porque tú fueras, mil muertes padeciera porque tú vivieras, mil esclavitudes padeciera porque tú reinaras, mil aniquilaciones sufriera porque tú fueras ensalzado. Y si tú no fueras, no quisiera yo reinar, ni vivir, ni ser. Bien sé que no puede ser que faltes, pues tu Sér es necesario y esencial, sin el cual ni otra cosa fuera ni pudiera ser: pero esta buena voluntad te ofrezco, que porque tú fueras, millones de veces dejara yo de ser. Regocijome en el alma que seas, y que seas sumo, bonísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, fortísimo, incomprendible y estable, invisible que todo lo ves, inmutable que todo lo mudas, inmortal sin término, inmenso sin medida, que no hay lugar que te abraze, inestimable, inefable, inescrutable, inmovible, aunque todo lo mueves, investigable, inenarrable, terrible, digno de ser temido, honrado y reverenciado; nunca nuevo, nunca envejecido, y todo lo renuevas; siempre obras, y estás quieto; recoges, y no tienes necesidad; llevas todas las cosas sin peso; todas las hinchas sin estar encerrado en ellas, y todas las crías, amparas, sustentas y perficionas. Ampárame á mí y perficióname.

III

Gozo de la felicísima Vida de Dios.

El corazón se me llena de contento, Dios mío, de ver que no viviste antes que fueses bienaventurado y dichoso; porque viviendo desde la eternidad, eres también desde

toda la eternidad bienaventurado, sin haberse interrumpido, ni turbado, ni menoscabado un punto tu eterna felicidad y continuo gozo. Lo mismo es en ti vivir que gozar de tu suma dicha, y gloria, y bienaventurada vida. Tú eres la misma esencia de tu vida y de tu felicidad: tu Sér es vivir, y tu vivir entender, y tu entender es amar, y tu amar es gozar, y tu gozar es tu Sér, y tu Sér es todo sér. ¡Oh admirable Divinidad, cuán admirable vida tienes! Toda está llena de gozos que no te costaron trabajo, llena de gusto sin contrapeso de peligros, llena de suavidad sin riesgo de penas, llena de bienes sin experiencia de algún mal. Todo eres dulzura, todo paz, todo descanso, todo gusto, todo vida, todo bien, y todo bienaventuranza, todo vida bienaventurada y beatificadora, y todo vida mía. Con razón te engrandecen tus Escrituras con llamarte Dios vivo, porque respecto de tu vida, cualquier otra vida no lo parece, y sin la tuya nada vive. Tu vida es verdadera y vitalísima, vida causadora de todas las vidas. Vivid, vivid, Dios mío, pues me importa á mí más que el vivir, impórtame el sér, impórtame el alma, impórtame el cuerpo, impórtame la salvación. Vivid, vivid, vida mía, pues me importa tu vida más que la mía y de todas las criaturas. Huélgome, y el corazón se me salta de placer, que tengas por esencia y necesidad de tu Sér lo que debía ser deseo de todo sér y diligencia de todas las naturalezas. Huélgome que por esencia tengas el vivir eternamente, pues por tu vida debíamos dar todas las nuestras, que della dependen. ¡Viva, viva Dios tan bueno! y todos los ángeles digan: Viva. Aclámenle todas las naturalezas. Decid, elementos, decid: Viva Dios tan poderoso. Decid, plantas y prados, decid: Viva Dios tan suave. Decid, peces; decid, aves; decid, animales, decid: Viva Dios tan sabio. Decid, cielos; decid, estrellas; decid, planetas: Viva Dios tan hermoso. Decid, hombres, decid:

Viva Dios tan misericordioso. Decid, espíritus soberanos, decid á voces, decid: Viva Dios tan grandioso, viva Dios tan liberal, viva Dios tan inmenso. Decid á una, elementos, plantas, peces, aves, animales, cielos, hombres y ángeles, decid: Viva Dios tan bueno, viva Dios tan admirable, viva Dios vivo, viva Dios eterno, viva Dios bienaventurado, viva un Dios que es causa de todas las vidas. Dél procede toda vida de la naturaleza, dél mana toda vida de gracia, dél sale toda vida de gloria. Viva Dios, en quien viven todas las vidas. ¡Oh clarísima fuente de vida, cuya redundancia vital es una infinita plenitud de todo vivir! ¡Oh Dios mío, y vida mía! hermosea la vida de mi naturaleza con la vida de tu gracia, y á la vida de gracia perficónala en mí con la vida de gloria; resucita mi espíritu, vivifica siempre mi alma con tus dones y gracias, para que viva sólo para ti y en ti.

IV

Gozo de la Sabiduría y Verdad divina.

El alma se baña toda de alegría, que seas, Dios mío, tan sabio, que no ignores nada, pues no podrás errar en escoger lo que me estuviere bien. Tú sabes cuanto es y puede ser. Todo tú eres entendimiento agudísimo que comprendes todo; tú eres todo ojos lucidísimos que lo ves todo; tú eres todo luz clarísima que lo descubres todo. No hay fin de tu ciencia, ni número de tu sabiduría, ni medida de tu providencia, ni esfera de tu vista. Gócese el mundo, que tiene Rey tan sabio y Gobernador tan prudente, que lo sabe todo. Infinitas cosas conoces, Dios mío, sin confundirte con alguna; tú sabes todo sin enseñártelo nadie; comprendes todo sin haberlo inquirido. Desde una eternidad conoces lo que ha de ser después de millones de años,

como si lo tuvieras presente. Gózome que sabiendo tanto, nada se te pueda olvidar. Gócese tus siervos, que siempre estarán en tu memoria sus servicios. Gócese, que sus buenas obras siempre las tienes presentes. Gócese, que no se te esconde nada de cuanto bien hicieren. Gócese los afligidos, que cuando te invocan tú les oyes, y antes que te invoquen sabes su trabajo. Tú sin deliberar aciertas, sin discurrir comprendes, sin preguntar estás cierto. Todo cuanto eres estás lleno de noticias, resplandeciendo con ideas y echando rayos de verdades y razones. Tú alumbras los más sabios querubines, y esparces por todos los coros de los ángeles los resplandores de tu ciencia. Tú sabes convertir los males en bienes, y confundir la soberbia de los sabios con la humildad de los simples. Dáme, sapientísimo Dios, que me sepa salvar, que te sepa conocer, y que sepa amarte. Dáme que siga tu doctrina, pues es toda de verdad. Gózome, Dios mío, que por tu Sabiduría no puedas engañarte, y por tu Bondad no puedas engañarme. Tú eres verdadero en el Sér, pues no puedes faltar; verdadero en el hablar, pues no puedes engañar; verdadero en el obrar, pues todo puedes ejecutar cuanto prometes á los tuyos. Tú eres Verdad en tu vida, Verdad en tu doctrina, Verdad en tu justicia. Cuanto quieres ejecutas, cuanto dices sabes, y eres cuanto se puede decir de bueno, de hermoso, de perfecto, de sabio, de verdadero. Dáme que entienda tu doctrina, imite tu verdad y ame tu Hermosura.

V

Gozo de la Bondad divina.

Todo mi espíritu se regocija, Dios mío, cuando te considero tan Bueno; porque eres Bueno en el Sér, Bueno en el querer, y Bueno en el obrar. Tan bueno eres, que no se

puede pensar cosa mejor, y eres mejor de lo que se puede pensar. Bueno y mejor eres por tu naturaleza, Bueno y mejor por tu voluntad, Bueno y mejor por tus obras. Dóite mil parabienes que tengas por naturaleza una infinita Bondad, que tu esencia es perfectísima, tan buena que no tiene mal y que no le falta bien; tan buena, que le sobra bien para llenar las criaturas de bienes. No hay bondad que de ti no mane, ni bien que de ti no venga. Dóite la norabuena, que no puedas querer mal; que lo que es en las criaturas virtud, en ti es naturaleza. Gózome que tu voluntad sea siempre de mi bien. Gózome que tus obras sean beneficios míos. Por esto eres tan Bueno, que en tu comparación nada se puede decir bueno. Perfecto eres por tu naturaleza, Impecable en tu voluntad, Benéfico en tus obras. Dáme que agradezca tus beneficios, corresponda á tu voluntad y reverencie tu Sér. Dáme que, pues eres sólo Bueno, á ti sólo ame. ¿Para quién se hizo el amor sino para la bondad? ¡Oh quién tuviera un amor infinito para amar tu infinita bondad! Señor mío, si un punto fueras menos bueno, ¿qué fuera de nosotros? ¿Cómo nos pudieras sufrir? Dáme que, pues eres tan bueno, no sufra yo en mí malicia con que ofenda tus ojos. Y pues la grandeza de tu Bondad rebosa en lo criado, dáme que como criatura tuya participe yo della. Naturaleza es de la fuente derramar sus aguas, y del sol esparcir sus rayos. Gózome que mucho más se comunica tu Bondad, que resplandece para todos, y redunda en bien de todos.

VI

Gozo de la Omnipotencia divina.

Dóime mil parabienes que tengo un Dios que lo puede todo, y, lo que más es, que puede como lo quiere. Gózome;

Señor mío, que seas todo poderoso en hacer lo que quieres, y en el modo como lo haces. Gran maravilla fué hacer todo este mundo: pero el hacerle de nada fué nueva maravilla. Gózome que no sólo tengas facultad, sino facilidad de hacer lo que quieres. Gózome que para hacerme bien no te ha de costar trabajo, ni has menester ayuda, ni instrumento, ni tiempo. ¡Oh cuán dichosa es tu Bondad, pues tiene tan á la mano todo poder! ¡Oh cuán bien empleado está tanto poder en una infinita Bondad! ¡Dichosos nosotros que tenemos tal Dios, que ni le falta voluntad de hacernos bien, ni le faltan fuerzas! ¡Dichosas criaturas que tenemos tal Criador, que tiene Sabiduría infinita para no poder errar, y tiene Bondad inmensa para querernos todo bien, y tiene Omnipotencia para poderlo obrar! Gózome que te sea tan fácil hacer los cielos como formar una telaraña. Huélgome que con tres dedos sustentas la redondez de la tierra; que con sólo decir, hiciste el firmamento; que puedas sacar de la nada las más ricas de tus criaturas; que no te cueste dar más que el querer. Dóite mil parabienes, porque en mí bien lo empleas. Ruégote, Dios mío, por tu gran Omnipotencia, que me des poder para sujetar mis pasiones, para señorearme de mí mismo, para rendir mi apetito á la razón, para poderte servir. Dame facultad, y dame facilidad para agradarte en todo; y ya que no puedo hacer mucho por ti, que pueda padecer y sepa sufrir.

DIRECCIÓN GENERAL DE BUENAS VIRTUDES

VII

Gozo de la Unidad de Dios.

¡Oh Rey mío y Dios poderosísimo! ¡cómo me huelgo que no tengas igual, que seas uno, pues así eres más precioso, y así eres mayor! porque no fueras mejor que todo, si hubiera otro Dios tan bueno; ya dejaras de poder todo, si

otro pudiera tanto como tú; ya no fueras Señor de todo, si hubieras de cumplir con otro y admitirle á tu lado. Gózome, Señor, que seas un Dios, porque con eso eres Dios, pues con eso eres Omnipotente, eres Señor de todo, eres lo mejor de todo. Estoy tan regocijado de que tengas esta gloria, que me indigno contra tus ángeles apóstatas que te la quisieron usurpar, y detesto su soberbia y su deseo presuntuoso de querer ser tus iguales. De todo corazón afirmo, Dios mío, que si me alzarán todas las criaturas por su Rey y señor, si me levantaran por Dios, y aunque tu omnipotencia no me pudiera castigar, lo rehusara más que la muerte. Pedazos me dejara hacer antes que permitir me hicieran igual á ti. Mil coronas me quitara de la cabeza y las arrojara á tus pies. Mi corona sólo eres tú; tú sólo eres mi gloria, mi gozo, mi grandeza. De que seas Dios me lleno de contento, y de que seas único me baño de gozo. Sed, Rey mío, en hora buena Dios; sed, Dios mío, en hora buena uno. Regocijome que no tengo á quien acudir sino á ti. Huélgome que no tengo con quién cumplir sino contigo. Gózome que no tengo con quién partir mi corazón, sino dártelo todo entero á ti. Tú eres á quien debo amar sobre todas las cosas, porque eres sobre todas, pues á nadie tienes por igual. ¡Oh qué gran trabajo fuera para mí, si hubiera otro Dios, en no poderte dar enteramente mi amor! Recíbele ahora, Dios mío, únicamente, pues eres único Dios mío, y Criador mío, y Rey mío, y Esposo mío. Dame que pues no hay embarazo para amarte sobre todo, que lo haga así. Gózome que fuera de ti no hay Señor á quien temer, ni Rey omnipotente á quien acudir, ni Dios á quien amar. Tú eres el blanco donde miran todas las cosas, el centro adonde caminan, el fin último para que se hicieron; tú me seas siempre blanco de mis deseos, centro de mi corazón, fin de todo cuanto soy.

VIII

Gozo de la Simplicidad divina.

¡Oh cuánto gozo llena mi corazón, Dios mío y Hermosura del Cielo, que no sólo carezcas de comparación por no tener semejante, sino también de composición, por no tener partes! Gózome que no sólo seas único, sino unísimo, y que se añada á la corona de tu unidad la gloria de tu simplicidad, por la cual tienes aquel sumo privilegio de toda perfección, que nada se te pueda quitar, y nada se te pueda añadir, pues tienes por tu misma naturaleza cuanto podía desear tu voluntad; aumentándose esta gloria de tener todo con tenerlo tan unido, que es una misma cosa. Gózome que goces de todo bien sin contrapeso de embarazo, ni de carga, ni de multitud. Sólo tu Sér simplicísimo vale más que millones de esencias. ¡Oh, cómo me regocijo que nada puedes temer y nada puedes desear! Por ser Simple no tienes que temer disminución, y por ser Perfectísimo no tienes que desear aumento. Dóite el parabién que siendo uno seas todas las cosas, y que tu simplicísima Unidad encierre toda multitud de bien. En ti todo es Uno, todo Perfecto, todo es Dios, todo es todas las cosas, y cada una de tus perfecciones es todas. ¡Oh, qué segura tienes tu hacienda! ¡Qué estable tienes tu Sér! De lo cual se me alegra el espíritu, que en una pieza, esto es, en sólo tu naturaleza tienes todas tus riquezas y perfecciones, y esa, como no tuvo principio, tampoco tendrá fin; y como nadie la hizo, nadie la deshará; y como nadie la compuso, nadie la desmembrará. ¡Oh cuán inmensa es tu virtud, pues es tan unida, que siendo tú Uno y siendo simplicísimo, eres todos los bienes y todas las perfecciones! Dame que no me divi-

da yo por las criaturas, que recoja todas mis potencias para servirte, que una todos mis afectos para amarte con todas las fuerzas de mi alma. Dame que me hagas un espíritu contigo, y no quiera, ni desee, ni ame sino á ti sólo, Dios uno, que eres todo.

IX

Gozo de la infinidad de Dios.

Todas mis potencias se gozan, Dios mío, de que seas infinito, porque como nadie te hizo, ninguno te limitó. Gózome que no tiene número tu sabiduría, ni medida tu grandeza, ni peso tus riquezas, ni raya tu omnipotencia, ni término tu caridad, ni tasa tu bondad, ni límite tu misericordia, ni lugar tu inmensidad, ni tiempo tu eternidad. Regocijome de que tu grandeza sobrepuje los cielos, tu vida á los tiempos, tu perfección los pensamientos, tu liberalidad las esperanzas, tu bienaventuranza los deseos, tu bondad á todo amor. ¡Oh, cómo me regocijo que sea tanto lo que es tan bueno! Sea enhorabuena que sea muchísimo lo que es bonísimo. ¡Oh qué buena es tu bondad! Razón es que lo que es tan bueno sea tan grande. Dicha nuestra es que tan buenas propiedades sean infinitas. Ventura nuestra es que tu poder sea omnipotente, pues en nuestro bien lo empleas. Felicidad nuestra es que tu naturaleza sea inmensa, para que en todas partes te hallemos. Dicha nuestra es que tu misericordia sea infinita, porque no desesperemos. Bien nuestro es que tu liberalidad sea inagotable, para que siempre esperemos. Dóite el parabién, Dios mío, que todo eres infinito, y dóisele á todas las criaturas que tienen un Dios como le habían menester, infinitamente Sabio, infinitamente Poderoso, infinitamente Bueno, infinitamente Misericordioso, infinitamente Liberal, infinitamente Hermoso.

¡Oh, quién te pudiera infinitamente servir, infinitamente amar, infinitamente admirar, infinitamente respetar!

X

Gozo de la Bienaventuranza de Dios.

Gózome, Dios mío, y quisiera gozarme infinito, de que goces una bienaventuranza infinita, fuente y origen de toda Bienaventuranza. Gózome sobre todo gozo de que tengas en sólo tu naturaleza una inmensa posesión de todo cuanto hay bueno, deseable, hermoso y deleitable. Gózome de que goces las inmensas riquezas y tesoros de tus divinas perfecciones. Gózome que lo mismo sea en ti ser, que ser bueno, y lo mismo ser bueno que ser bienaventurado. Gózome que manes en soberanas riquezas, que estés lleno de hermosuras, y perfecciones, y bienes. Gózome del gozo que tienes contemplando tu divina esencia, deleitándote infinitamente en su vista admirabilísima y en el teatro de sus maravillas incomprensibles, sino es á ti sólo. Gózome de la suavidad, y dulzura, y dicha que gozas por ti mismo, sin necesidad de otra cosa. Gózome que tú sólo eres el que se puede gloriarse de sí mismo, porque tú sólo tienes de ti mismo ser Señor, ser Sabio, ser Justo, ser Hermoso, ser Poderoso, ser Bueno, ser Santo, y tienes cuantas razones hay de gloriarse. Gózome que te puedes gloriarse de todas tus glorias, y virtudes, y bienes, porque nadie te las dió, á nadie se las debes, de ti tienes por sumas riquezas la suficiencia de ti mismo, por grandes deleites el gozo de tu vista, por poder la omnipotencia, por fama las alabanzas que te son debidas. Gózome que te veas infinitamente perfecto, riquísimo, hermosísimo, altísimo, Señor de todo, y aventajado á todo infinitamente. De todo esto me huelgo tanto, que porque tú no lo dejaras de gozar un día pade-

ciera yo eternamente los tormentos de todos los mártires, y el mismo fuego del infierno. Tanto como esto me huelgo de tu Bienaventuranza. Suplícote que me libres á mí de mi miseria; líbrame de culpas, que estas solas tengo por miserias. Dáme que me conozca á mí, y conociéndome no me atribuya á mí gloria alguna, sino toda la dé á ti, cuya es.

XI

Gozo de la Santidad divina.

Mi alma y mi espíritu están llenos de júbilo y gozo de ver, Dios mío, que eres el Santo de los santos. Infinito me alegro que esté en tan puras manos una omnipotencia que no la usarás para mal. Gózome, Dios mío, de tu sacrosanta impecabilidad, que ni quieras ni puedas hacer cosa mal hecha; no hay en ti afecto desordenado; no tienes amor que no sea muy justificado. Todo eres justicia, todo caridad, todo bondad. ¡Oh, qué bien están una infinita sabiduría, poder, majestad y gloria, en quien no se podrá envanecer con nada! Tú eres Señor de las virtudes, tú resplandesces con rayos lucidísimos de Inocencia y Santidad, tú eres más Puro que la luz, más Justo que toda justicia, más Santo que todos los santos. Gózome de todas las glorias de tu divinidad, pero sobre todo me regocijo desta, que seas en ti Inmaculado, Impecable, Justo, Bueno, Santo y Santísimo. Á tus Serafines vió Isaías que no celebraban otra grandeza tuya, sino que eres Santo, Santo y Santo: porque verdaderamente eres Santo, y más Santo, y Santísimo. Alábente por esto los ángeles. Muy digno eres de gloria por tu Sabiduría, dignísimo por tu Poder, y grandísimamente digno por tu Santidad. Dame que imite esta gloria tuya, que no quepa en mi corazón pecado, que no tenga

acción menos compuesta, que no permita afecto desordenado, que no siga mi amor propio. Tú eres Espejo de inocencia, Luz de toda virtud, Sol de justicia, Resplandor de santidad, Crisol de pureza, Fuego de caridad. Dáme que te tema como á Justo, respete como á Santo, obedezca como á Señor, oiga como á Sabio, imite como á Perfecto, ame como á Hermoso, atienda como á Pródigo, invoque como á Misericordioso, admire como á Grande, siga como á Luz, mire como á Idea de toda virtud, Ejemplar de toda perfección, Dechado de toda justicia. Dáme que tus purísimos ojos no vean en mí cosa que te ofenda, no halle en mí tu pureza alguna inmundicia, ni tu santidad culpa, ni tu bondad malicia, ni tu virtud vicio, ni tu inocencia pecado, ni tu amor desagradecimiento; y yo halle siempre en ti misericordia, y caridad, y entrañas de Padre.

XII

Gozo de la Libertad de la voluntad divina.

Es para mí, Dios mío, sobre todo gozo y contento, que tengas esta corona única de tu divinidad, que tu santísima voluntad sirva de razón sobre toda razón, que no debas reconocer á nadie, que todos deban obedecerte á ti. Gran gloria de tu Sér, que sea lo mismo quererlo tú, que estar puesto en razón. Tu querer es equidad, es justicia, es razón, es sabiduría, es regla de toda rectitud, y medida de la razón. Gózome que sea en el Criador tan santo y seguro lo que en la criatura es muy peligroso. ¿Qué cosa de más riesgo, ni de más daño, ni de mayor malicia entre los hombres, que la propia voluntad? Pero no hay cosa más segura, ni más saludable, ni más santa que tu propia voluntad, Dios mío. ¡Oh qué bien empleada está en ti esta suma libertad de querer, y toda propiedad de vo-

luntad, pues la empleas necesariamente en querer lo bueno, y libremente en querer mi bien! ¡Oh qué buen empleo de tu voluntad es que te ames á ti mismo, que eres solo bueno y bonísimo por eminencia! Gózome desto sobre toda alegría. El corazón se me dilata con acordarme que te amas cuanto mereces ser amado: porque como veo la infinita amabilidad de tu Sér, y que no pueden todas las criaturas presentes, ni futuras, ni posibles, llegar á amarte como mereces, desahógaseme el corazón con saber que tú te amas como debes ser amado, y yo deseo. Dóite el parabién, y dóimele á mí, que tu amor se iguale á tu amabilidad. Ámate Dios en hora buena conforme eres, y ámete yo conforme puedo. Dóite el parabién de tan buena voluntad, y dóisele á todos los hombres que la tuviste tan buena para con ellos, que por su bien hiciste tan estupendas finezas. ¡Oh qué buena voluntad de querer salvar los hombres y encarnar por ellos! ¡Oh qué buena voluntad de dárselos en comida, sustentándonos con tu propia carne y sangre! Por esto te doy mil gracias; dóite mil parabienes que quieras siempre tan bien, y que quieras tanto nuestro bien. Gózome de tanta bondad, de tan buena voluntad; y gózome de tu poder, pues con sólo querer haces lo que quieres. ¡Oh gran felicidad, que no obres más haciendo que queriendo, porque no tienes otro modo de hacer, sino es el querer! Gózome que tengas tan poderosa voluntad, tan libre, tan señora, tan buena en sí y tan buena para mí. Dame que la cumpla en todo por sólo ser tu gusto, no por provecho mío. Tu gusto sea todo mi deseo, mi amor, mi voluntad y mi gusto.

XIII

Gozo de la Providencia divina.

No es mucho, Dios mío, que me alegre con la providencia que tienes de tus criaturas, pues me está á mí tan bien que gobierne al mundo quien es tan sabio, tan poderoso, tan bueno. ¿Qué nos puede faltar estando en mano de quien nos quiere tanto, el hacer todo bien, para lo cual no le falta poder, ni podrá errar en hacernos el bien que nos conviene? ¿Qué más podemos desear, pues nos tiene tan buena voluntad quien tiene todo poder? Gran dicha nuestra es que quien tiene tan sanas entrañas sea omnipotente, y sumamente sabio para acertar y poder hacernos el bien que desea. Gózome, Dios mío, deste bien mío y y desta gloria tuya, aunque más me regocijo de tu gloria que de mi provecho. Gloria tuya es el cuidado que tienes de quien no has menester. Gloria tuya es poder hacer todo, y saberlo disponer. Gran blasón de tu Majestad es cuidar tanto de lo que es tan poco como el hombre. Gózome de tu infinita Sabiduría, con que miras por todos los hijos de Adán, cuidando tanto de uno, como si él fuera solo en el mundo. Gózome de tu infinita Omnipotencia, con que ayudas á todos sin cansarte con la multitud, empleándola tanto en uno, como si la ejercitaras en todos. Gózome de tu infinita Bondad, que á todos quieres bien sin excluir á ninguno; y como te movió á que entregaras á tu Hijo para que muriera por todos, también le entregaras por cada uno. Gózome que sea tanta tu capacidad, que de ninguno te puedas olvidar, y con todos no te puedas embarazar, y con ninguno ni con todos te puedas cansar. Hazme este favor, que pues cuidas tanto de mí, que descuide yo. Dáme que cuide todo de servirte solamente, que

respete tu providencia, que tema tu justicia, que espere en tu misericordia, ame á tu bondad, me regocije de tu omnipotencia, admire tu sabiduría y agradezca tu cuidado.

XIV

Gozo de la Justicia divina.

¡Cuáles son tus grandezas, Dios mío, que la misma Justicia que en ti temo, esa misma la amo y adoro! Gózome infinito que seas Justísimo: porque ¿qué fuera de mí, si el temor de tu Rectitud no me hubiera reprimido? ¡Triste de mí, si no hubiera visto ejecutada en tantos la pena de sus pecados! Hubiera yo, sin duda, pecado mucho más. ¡Triste de mí, si no supiera que se han condenado tantos! porque yo me condenara con el poco temor que te tuviera. Y así, Dios mío, no es mucho que me goce de tu Justicia, por lo bien que me ha estado, pues por el temor della alcanzaré tu misericordia. Pero por lo bien que te está á ti se me llena el corazón de alegría: porque viéndote Justo, te veo amador infinitamente de lo bueno, y del castigo de nuestras maldades: conozco tu infinita Santidad y Pureza; pues por eso castigas lo malo, porque amas lo bueno. El infinito amor que tienes á la virtud te hace aborrecer tanto los vicios. Gózome, pues, de tu suma Rectitud, y Pureza y Santidad. Gózome también que tu Majestad sea satisfecha y vengada de sus injuriosos con la pena que merecen. Huélgome que al desorden de la culpa repare el orden de tu Justicia. ¿Qué mayor gozo que ordene la Rectitud divina lo que desordenó la maldad humana? Orden grande es que quien contra tu santísima voluntad quiso por su voluntad propia tomar placeres ilícitos, que ese mismo, contra su propia voluntad, reciba de la tuya justísimos tormentos. Y así me gozo de tu Justicia, como tan ordenadora de las

cosas y remediadora de los males. Pídate, Dios mío, que esta tu Justicia, de que me gozo, la tema también y tiemble de tus juicios. Concédeme que yo la ayude satisfaciéndote con penitencias por los agravios que te he hecho. Dáme que haga justicia en mí con gran rigor y aspereza, para que alcance tu misericordia y temple tu ira.

XV
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
Gozo de la Misericordia divina.

¡Oh grande Dios y grande Bienhechor de los hombres! Si con tu severidad y enojo aún nos eres provechosísimo, ¿qué será con tu misericordia y piedad? Si de que seas Justo, Recto y Severo me regocijo, ¿cuánto se debe alegrar el alma que seas Misericordioso, Suave y Benigno? ¡Oh Dios afabilísimo, y cuán proporcionada es la infinidad de tu misericordia con la profundidad de mi miseria! Con menos, ¿qué fuera de mí? Misericordioso eres infinitamente, y todo es menester para sufrirme. Gózome, Señor, de la gloria que tienes por ser gran perdonador, venciendo con tu bondad nuestra malicia. No fuera creíble sino de tu infinita suavidad, que perdones tan fácilmente á tus injuriadores. ¿Es posible que con sólo que se arrepientan de corazón te olvides de todas sus insolencias? ¿que sólo con que tengan contrición de sus pecados por sólo un instante, les perdones eternos tormentos que debían padecer en los infiernos? Tal Dios habíamos menester para que no pereciéramos todos. Alábente los ángeles por tanta suavidad; alabémoste y regocijémonos los hombres por tan estupenda bondad. ¡Oh piadosísimas entrañas, llenas de dulzura y suavidad! no me cabe el corazón en el pecho de puro contento, viendo que tengo siempre tal refugio. Si otro fueras, suavísimo Dios mío, ¿quién no desesperara? Pero

viéndote tan manso y con tan buenas entrañas, ¿quién no confiará? Cada día perdonas, cada día disimulas, cada día nos haces bien, por más que te ofendamos. ¿Quién sino tú pudiera tener tal paciencia y tal benevolencia? Bastaba, Señor, perdonarnos y no hacernos mal para que fuese una estupenda misericordia la que usas con nosotros; ¿qué será el hacernos sobre todo eso tanto bien como si te hubiéramos obligado mucho? ¿Cómo no nos hemos de regocijar con tan buen Dios? ¿Cómo no hemos de esperar de tan misericordioso Padre? Confío, Señor, que siempre harás conmigo este buen oficio, que me has de amar más que nadie, cuidar de mí más que Padre, ampararme más que Patrón, y hácerme mercedes más que Rey. Concédeme que te reverencie como á señor, obedezca como á padre, y madre, y todo mi amparo, y mi bien. Oye, Dios mío; oye, lumbre de mis ojos; oye lo que pido, y dáme lo que he de pedir para que me oigas. Si me despreciases, perezco; si apartares de mí los ojos, muero; si los vuelves á mí, vivo; si mirares mis culpas, apenas bastarán los tormentos del infierno; si con tu acostumbrada piedad pusieres en mí los ojos, podrásme mudar en mejor. ¿Qué mal no soy yo, y qué bien no eres tú? ¿Qué mal no soy yo, criatura corruptible, y qué bien no eres tú, Criador y Reparador fortísimo de la tierra? Caí de tu mano por mi culpa; poderoso Artífice eres para volverme á mi verdadera figura. Castígame con misericordia, y no me castigues con ira. Aparta de mí lo que aborreciste en mí; no veas en mí cosa que no sea conforme á tu voluntad.

XVI

Gozo de la Caridad divina.

¿Qué gozo mayor, Dios mío, que saber que nos amas? ¿Qué bien más grande que éste, que nos quiera bien un Señor tan grande? ¡Oh suma dicha de los hombres, ser amados de su Dios, y más con tales extremos! Gózome, Dios mío, que sea tan infinita tu bondad, que redunde en un infinito amor, con que abrazas á todas tus criaturas, y especialmente á los hombres. ¡Oh qué dicha nuestra ser amados de un Dios que quiso morir por nosotros y hacer tales extremos por nuestra causa, cuantos no debía hacer mayores por sí! ¡Oh prodigio de la caridad divina, que no se contentó con perdonar á sus enemigos, sino que les hizo tantos bienes como si fueran sus propios hijos ó muy estrechos amigos! Pero ¿qué digo como si fueran hijos ó amigos? pues les hizo sus hijos y admitió por amigos, y esto á costa de su sangre y vida, y levantando á un sér divinísimo, intelectualísimo y espiritualísimo á los que eran bestiales y materiales. No pudo llegar á más su caridad que á convertir al enemigo en amigo, al esclavo en hijo, al condenado al infierno en heredero del Cielo. ¡Oh qué bien me está tu amor, pues cede en tanto bien mío! ¡Oh incendio de la caridad divina, qué poderoso eres para consumir la materia más rebelde y convertir en ti lo que está más lejos de ti, hasta tu mismo contrario! Los fuegos de la tierra, aunque son tan eficaces, tienen materia que les resista, y no la pueden convertir en sí; y al agua, que es su contraria, sólo la consumirán, mas no la hacen arder ni la unen á sí. Omnipotente es el fuego consumidor del amor divino; no hay materia que le resista, y al mayor contrario suyo

le reduce á que sea su amigo y le une consigo, y como si le convirtiese en sí, le hace como él. Gran afecto de un encendido amor fué la Encarnación del Verbo, por la cual el hombre se hizo Dios, uniendo una persona divina á la naturaleza humana, su enemiga. ¡Oh gran eficacia de amor, la cual no paró ahí, sino que por la comunión del cuerpo del Hijo de Dios quiso unir á sí todos los fieles! ¡Oh dicha grande, que el hombre llegue á unirse con su Dios hasta ser un espíritu y un cuerpo con Él! ¡Oh amor ardiente, tan probado con tantas finezas, probado con beneficios, y probado con paciencia pues para hacernos tantos bienes quiso padecer horrendos males. ¡Oh quién respondiera á tan fino amor con otro amor, á tales beneficios con agradecimiento! Dáme, amor mío, que te ame, porque me amas. Dáme que te ame, porque me haces bien. Dáme que te ame, porque me sufres mis desagradecimientos. Dáme que te ame, por lo que padeciste por mí; y dáme que te ame, por ser quien eres, Hermoso, y Bueno sobre todo.

XVII

Gozo de la Excelencia y Majestad divina.

Mil júbilos de contento llenan mi pecho, Dios mío, porque eres tan grande, tan excelente, tan perfecto, que toda la máquina del mundo sea en tu comparación infinitamente menos que es una gota respecto de todo el mar. Tú excedes infinitamente á todas las cosas en perfección, nobleza, felicidad y bondad. No sé cómo me atrevo á hablar contigo viéndote tan grande; y no sé cómo puedo dejar de hacerlo viéndote tan bueno; que si eres tremendo, eres suave; y si eres altísimo, también eres afabilísimo. No tienes, Dios mío, igual, ni aun semejante, si no es con mucho menoscabo y desigualdad. Gózome que seas mayor que

toda alabanza, mayor que todo encarecimiento, mayor que todo concepto, y mayor que cuanto se puede pensar; mayor que toda reverencia, adoración, culto y religión. Tú eres Deidad sobre toda veneración, Majestad sobre toda gloria, Sér sobre toda esencia. Gózome que seas tan grande, que no pueda criatura alguna humillarse tan profundamente como merece la alteza de tu Sér: tú eres grande y más que grandísimo, santo y más que santísimo, hermoso y más que hermosísimo. No sólo eres Hermoso, Sabio, Bueno, Poderoso, sino Sobrehermoso, Sobresabio, Sobrebuono, Sobrepoderoso y Sobretudo. Tu grandeza sube infinitamente sobre las más altas coronas de todas las naturalezas; infinitamente dista tu alteza de los más altos Serafines. Gózome de tan estupenda Majestad; porque eres grandísimo, excelentísimo, altísimo, eminentísimo, preciosísimo, perfectísimo, y de todas maneras infinito, y, para decirlo así, infinitísimo. En tu acatamiento tiemblan las columnas del mundo, se estremecen las Potestades del Cielo, se humillan los Tronos, se postran los Querubines, y tienen por gran gloria que pises sus alas. Millares de millares son los criados de tu casa; el Cielo tienes por Trono, á la tierra por peana de tus pies. Todo este universo es un estrecho Templo tuyo, donde no cabes, ni en inmensos mundos se puede estrechar tu grandeza; que si más hubiera, más llenaras, y sólo cabes en ti mismo. Gózome desta gloria tuya, desta alteza y excelencia de tu Sér. Dáme que me humille á tu inmensa Majestad, y adore tu grandeza con afecto y amor.

XVIII

Gozo del Dominio divino.

Con sumo gozo de mi corazón te aclamo, Dios mío, por Rey y Señor mío. Gózome de tu Reino eterno, y regocíjome

de tu Dominio universal. Gózome que seas mi Señor, y gózome que sea yo tu esclavo. ¡Oh qué contento, y contentísimo estoy con un amo tan bueno, tan afable, tan liberal, tan misericordioso! Gran gloria de las criaturas es tener tan alto y nobilísimo Rey, y tan liberal, y piadoso. Gózome, Dios mío, que seas Señor de todo, que á nadie puedas deber, que todos te deban, aun aquello por lo que les haces mercedes. Tuyo es todo, y pudiste sin qué ni para qué, sólo por tu gusto, aniquilar el mundo, y echar en los infiernos á las más altas jerarquías de ángeles, sin haber ellas pecado, ni dado ocasión para esto, porque tu poder es absoluto, y puedes hacer lo que quisieres de todo; antes debían tener los hombres por suma honra que porque se cumpliese tu gusto, les despedazases. Gózome que eres tan gran Señor, que todos y en todo deben hacer tu santísima voluntad, aunque les estuviese mal; pero no les puede estar mal lo que hace Aquel que todo cuanto hace es por nuestro bien. ¡Oh qué gozo ser tan amoroso un Señor que tenemos tan absoluto y poderoso, que tan lejos está de usar de su poder para hacernos alguna tiranía! Porque injuria, ni agravio, ni injusticia no puede hacer el que por hacernos regalo nos sustenta con su carne y sangre propia. Tan lejos está de afligirnos, que quiso Él morir porque nosotros fuéramos bienaventurados ¡Oh qué Rey tan amoroso! ¡Oh qué Señor tan suave, que siendo todo suyo, nos quiso comprar con el precio infinito de su sangre, y debiéndole nosotros nuestros merecimientos y los suyos, Él nos premia tan liberalmente como si nos debiera la vida! Gózome que un Señor tan señor, tan independiente y tan absoluto, sea tan afable, que nos haga tantos favores como si nos hubiera menester, como si pretendiera de nosotros su divinidad, ó como si fuera esclavo nuestro. ¿Cómo no me regocijaré de tan estupenda bondad y con tan afable majestad? ¿Qué

mucho, Dios mío, que te aclame por Rey, pues lo eres por tu naturaleza, y si no lo fueras, por tu bondad te alzáramos por nuestro Emperador y Señor? Concédeme esta merced, que te sirva bien, pues eres tan buen Amo, y que te sea fidelísimo esclavo, pues eres amorosísimo Rey.

XIX

Gozo de la Incomprensibilidad del Sér divino.

La luz del sol alegra á los hombres, y la Luz divina deleita á los ángeles que desean mirarla, aunque no la comprenden. Gózome, Dios mío, que sea tan resplandeciente tu luz, que no haya capacidad en las criaturas para hacer comprensión della. Excedes, Dios mío, todo concepto y entendimiento criado, para el cual el exceso de tu luz equivale á oscuridad. De puro claro no eres visto, de muy resplandeciente no eres observado. No hay ciencia que te conozca; porque si la ciencia es conocer las cosas por sus causas, de quien no tiene causa alguna, ¿cómo puede haber ciencia? Eres tan grande y admirable, que no sólo tu inmensidad, sino tu simplicidad, causa pasmo á los más despiertos ingenios. ¿Cómo puede comprenderse que sea lo mismo en ti el ser que el querer, y lo mismo sea el querer que el obrar, y esto siendo tu querer libre, y tu ser necesario? ¡Oh Señor, y con cuánta razón dijo el Profeta que habitas una luz inaccesible, en la cual con ser tan resplandeciente te escondes, y con ser el sol te oscureces! Tan claro eres, Dios mío, tan hermoso, tan resplandeciente, que ni por la comparación del sol, ni de otra claridad, se puede explicar la tuya. Porque hacer concepto de ti por lo que es el sol, y millones de soles más claros y resplandecientes que éste que admiramos, aún fuera quedarnos á oscuras, y mejor serás conocido diciendo lo que no eres,

que diciendo lo que eres conforme al concepto que de ti podemos hacer, por lo más hermoso, y claro, y perfecto de las criaturas. Decir que eres más claro que el sol, más hermoso que los cielos, más dulce que la miel, no será más que si dijéramos que eres más claro que las tinieblas, más hermoso que un monstruo, más dulce que los ajenos: porque en comparación de lo que eres, todo el concepto que podemos hacer de una inmensa luz se queda en un nublado, y todo el concepto que podemos hacer de una infinita Hermosura se queda en fealdad, y todo el concepto que podemos hacer de un mar de dulzura se queda en desabrimiento y amargura: porque tu luz, tu belleza, tu dulzura es sobre todo concepto y comprensión; pues tu Sér es sobreesencial, y sobresubstancial, y todo el concepto de toda otra esencia y substancia queda infinitamente inferior á la tuya. Pues desta tu grandeza te doy mil parabienes, y alabanzas, y honras, y glorias. Gloríome de tener un Dios que por grande es incomprendible, y por incomprendible, más amable. Gózome, Dios mío, que seas tal, que aun ignorado merezcas todo nuestro amor, toda alabanza, toda honra, toda gloria y toda bendición. Dáme que te alabe, y engrandezca, y sirva, y honre, y ame cuanto pueda.

XX

Gozo de la Inmutabilidad divina.

No hay contento criado para mí, Dios mío y Bien mío, como entender que eres Inmutable, pues tu infinita Hermosura no se podrá marchitar, ni tu Bienaventuranza disminuir, ni tu Santidad menoscabar, ni tu Omnipotencia flaquear, ni tu Amor enfriar, ni tu buena Voluntad mudarse. Gózome que siempre seas el mismo, pues eres lo mejor

que puede ser. Huélgome que en nada puedas crecer, porque tienes todo aumento y mejoría; y que en nada puedas menoscabarte, pues eres inmutable. ¡Oh qué inefable gozo es para mí que no se pueda mudar la buena voluntad que tienes inclinada á hacer bien, á perdonar pecadores, á oír nuestros ruegos, á remediar miserias! Démonos mil parabienes los hombres, que un Dios que há más de cinco mil años que hemos experimentado misericordiosísimo, pacientísimo, liberalísimo, amorosísimo, no se nos mudará. Regocijense los ángeles, que aquella infinita Hermosura que les hace bienaventurados, y los llena de gozos, y dulzura, y dicha, cuya vista sola les es toda su bienaventuranza, y en la cual desean siempre mirar, no se les puede quitar, ni en un punto descaecer, ni perder su flor. Déñse el parabién todas las criaturas, que aquel Señor de quien dependen sus substancias, no depende de accidentes. Siempre es el mismo, siempre uno, siempre sumo, siempre perfecto, siempre infinito. Dóite el parabién, Dios mío, deste singular privilegio de tu naturaleza, que nunca puedas mudarte, ni seas capaz de tener menos ni de tener más, pues lo tienes por ti mismo todo. Otros atributos tuyos puedes comunicar á tus criaturas, porque si eres Sabio, hiciste otros sabios; si Santo, á muchos concediste ser santos; si Bueno, por tu gracia lo son otros; si Poderoso, diste á muchos grandes fuerzas. Pero ¿qué criatura pudo ser inmutable? antes como es propia de tu infinita naturaleza la gloria de la inmutabilidad, así es propio de toda naturaleza criada la mudanza ó movimiento. Gózome, pues, deste gloriosísimo privilegio de tu Sér, y pídotte que me concedas por lo menos que no sea instable en servirte, ni variable en amarte, y que esta sola mudanza sienta en mí, que siempre crezca en tu servicio, y me mejore con tu gracia, y me adelante en tu amor, y me mude en otro, de

pecador en justo, y santo, y amador tuyo; y pues en ti nada se envejece ni cansa, que me renueve yo en tu gracia, sin cansarme jamás de servirte.

XXI

Gozo de la Eternidad de Dios.

Regocijense los ángeles, gócese todas las criaturas racionales de que su Dios es Eterno, que no puede faltar á quien aman y el que las ama, que no puede morir quien las da inmortalidad. Alégrense todos los afligidos y perseguidos por justicia, que quien les ha de consolar y premiar no puede perecer. Todo el mundo se goce porque su Rey vive y vivirá eternamente. Gózome, Dios mío, que seas Dios vivo, porque tu divinidad no sabe de muerte, ni supo de no sér, siempre fué, y siempre será; siempre vivió, y siempre vivirá; nunca empezó, y nunca acabará; nunca nació, y nunca morirá. Tu Eternidad comprende todos tiempos, encierra todos siglos, y es más allá de toda duración. Gózome que te deba, Dios mío, sumo respeto por ser tan antiguo, que siempre fuiste; y suma estimación por ser tan seguro, que siempre serás. Cosa tan preciosa, eterna había de ser. Más estimo, Dios mío, que seas eterno, que tener yo cuantas vidas tienen los hombres y ángeles; y si todas ellas tuviera yo, las diera porque no faltaras de ser un cuarto de hora. Y así me baño todo de alegría que tengas por tu naturaleza lo que yo te procurara con pérdida de mi naturaleza y vida, y millones de vidas que tuviera. ¡Oh cómo me regocija que no nos pueda suceder tan gran desgracia, como faltar al mundo tan sabio Gobernador y amoroso Padre como tú eres! Cuando contemplo á cada uno de tus atributos, se me alegra el alma, que ninguno puede faltar, sino que está tan seguro, que ha de ser eternamente.

¡Qué gran dicha es que el oráculo que tenemos en tu Sabiduría divina nunca ha de cesar, ni el ayuda que tenemos en tu Omnipotencia, ni las riquezas que tenemos en tu Bondad! Gózome que tantos gozos y bienes no corran peligro. Gózome, Dios mío, que pues eres tan bueno en ti y tan provechoso á todos, seas Inmortal y Eterno, que has de reinar por todos los siglos de los siglos. Dáme que te sirva ahora en tiempo, para que merezca tu eterno Reino. Dáme que muera ahora por amor tuyo, para que viva siempre en tu gozo eterno. Dáme que aparte mi corazón de todas las cosas temporales, y las ponga únicamente en las eternas.

XXII

Gozo de la Inmensidad divina.

Es para mí, Dios mío, un gozo inefable que seas inmenso, porque estando en todas partes, siempre te hallaré. ¡Oh suma dicha, que donle quiera que estuviere, siempre me ve, y me oye, y me sustenta el que es el amor de mi alma, mi querido, mi amado, mi Rey, mi Padre, mi Esposo, mi Bien, y, para decirlo en una palabra, mi Dios! ¡Oh qué gran felicidad, que no he menester dar un paso para llegar adonde está mi Dios y mi amor! Gózome, Dios mío, deste gozo mío y desta gloria tuya, que de ninguna parte puedas faltar, que estás donde quiera. ¡Oh cómo me afligiera, Dios mío, si estuvieras en algún lugar distante de mí! ¡Cómo te fuera á buscar, aunque estuvieras millones de leguas lejos! Pues el toparte tan cerca, ¿qué contento me será? Gózome, y regójome, y alégrome desta felicidad mía y grandeza tuya. Cercano estás para ayudarme, vecino para oírme, y dentro de mí para sustentarme, haciéndome mil bienes. ¿Cómo puedes dejar de oírme cuando

pidas lo que tú deseas darme, y por ventura ya me estás dando? Gózome que por estar conmigo no harás falta en otras partes, pues en todas estás todo, aunque no cabes en todas, pues tu grandeza se dilata sobre el sol y la luna, traspasa el firmamento, sube sobre el cielo empíreo, y se dilata de estotra parte del mundo. Pues ¿dónde podré ir, Bien mío, que no te tope, pues aun adonde no puedo ir, allí estás? ¡Oh qué precioso atributo es este de la inmensidad para los que te aman, y provechoso para los que te temen! Quien te ama te hallará en todas partes, y á quien no te teme hallará en todas. Porque ¿dónde puede huir el pecador de ti, pues donde quiera que vaya allí te topará? Baje á las entrañas de la tierra, allí está Dios; suba sobre las estrellas, allí encontrará á su Juez; navegue los mares, nunca se apartará de su Criador; vuele por los aires, y en las mismas plumas de los vientos le hallará sentado. Ningún pecador se puede ausentar de ti, y tú no te puedes ausentar de quien te sirve. Dáme que te tema, dáme que te ame, dáme que te sirva, y dáme que te goce y que esté contigo en la gloria de la patria, pues no te apartas aun en este destierro de mí.

XXIII

Gozo y admiración de los atributos divinos en general.

Gózome, Señor mío, de cuanto eres, aunque no conozco quien eres; porque eres tal, que á cierra ojos te podemos amar. No sé quién eres, pero sé que eres vida mía, sabiduría infinita, poder omnipotente, bondad inmensa, justicia rectísima, misericordia suavísima; de todo lo cual me gozo y gozaré, de cuanto sé de ti y cuanto no sé; que aunque no sé quién eres, sé que eres todo bien; y como

dijo un devoto ¹: «Eres Dios, eres quien eres, gloria mía». ¿Quién puede definir tu grandeza? ¿Quién puede describir tu poder? ¿Quién puede delinear tu hermosura? ¿Quién puede referir tu bondad? ¿Quién puede explicar tu esencia? ¿Quién puede celebrar tu piedad? ¿Quién puede pregonar tu justicia? Nadie puede comprender todo esto, y todos podemos aprovecharnos desto. No puedo definir tu grandeza, y puedo adorar tu inmensidad. No puedo describir tu poder, y puedo valerme de tu omnipotencia. No puedo delinear tu hermosura, y puedo amar tu belleza. No puedo explicar tu esencia, y puedo venerar tu sér. No puedo celebrar tu piedad, y puedo abrazar tu misericordia. No puedo pregonar tu justicia, y puedo temer tu rectitud. Ayúdanos, Dios mío, en lo que podemos, para que veamos lo que no podemos. ¿Quién en esta vida puede definirte, dulce Dios mío? No eres tanto para definido como para amado. No eres tanto para explicado como para alabado. No eres tanto para referido como para obedecido. Yo te adore, y otro te explique. Yo te alabe, y otro te refiera. Yo te obedezca, y otro te describa. No quiero explicarte, sino adorarte. No quiero describirte, sino alabarte. No quiero definirte, sino amarte. Quien menos te entiende, mejor te entiende. Quien menos presume, más te alcanza. Quien menos piensa de sí, más altamente piensa de Dios. Quiero no saber nada, y quiero saber á Dios. Quiero entender que no entiendo nada, y quiero atender á Dios. No puede bastar todo el mundo á describir al Autor del mundo. ¿Qué es todo lo criado en tu presencia? ¿Qué es todo poder con tu poder? ¿Qué es todo saber con tu saber? ¿Qué es todo sér con tu sér? Nada pesa delante de Dios, nada puede contra Dios; nada sabe opuesto á Dios, todo es nada comparado á Dios. ¿De quién depende toda hermosu-

¹ Episc. Trascal.

ra? De tu Hermosura. ¿De quién depende todo sér? De tu Sér. ¿De quién depende toda sabiduría? De tu Sabiduría. ¿De quién depende todo poder? De tu Poder. Los cielos son pequeños para comprenderte. La tierra es corta para hospedarte. Lo criado no basta para abarcarte. El Cielo te conoce por su Criador, el mundo por su Hacedor, el infierno por su Señor. Los Ángeles te sirven, los Arcángeles te respetan, los Tronos te honran, las Dominaciones te adoran, las Potestades te temen, los Serafines te aman, los Querubines te reverencian, los Santos te glorifican, las almas te buscan, los elementos te obedecen, los demonios te tiemblan. De tu luz huyen las tinieblas, de tu verdad huyen las mentiras, de tu bondad huyen las maldades, de tu caridad huyen las iras, de tu amor huyen las tibiezas. Tu prudencia todo lo gobierna, tu poder todo lo obra, tu hermosura todo lo ilustra, tu discreción todo lo sazona, tu sér todo lo vivifica, tu grandeza todo lo llena, tu liberalidad todo lo beneficia, tu piedad todo lo remedia, tu querer es obrar, tu mandar ejecutar, y tu gozo es amar. Eres fuerte con agrado, grande sin embarazo, bueno sin defecto, piadoso sin flaqueza, poderoso sin vanidad, blando sin indignidad, justiciero sin crueldad. Todo es tan bueno en Dios, que nada hay mejor en Dios, ni nada tan bueno como Dios. No es mejor tu justicia que tu misericordia; ni mayor tu bondad que tu sabiduría; ni tu Sér que tu poder. Todo es todo en Dios, y todo es uno en Dios, y no hay parte dividida en Dios. ¿Cómo á este Sér no busca mi sér? ¿Cómo á este Amor no busca mi amor? ¿Cómo á esta dicha no aspiro? ¿Cómo este bien no granjeo? ¿Cómo á esta gloria no anhele? Lágrimas de sangre lloren mi maldad, sangre del corazón llore mi olvido. El corazón deshecho llore mi daño. Quiero, Dios mío, esconderme para hallarté. Quiero dejarme para buscarte. Quiero perseguirme para

seguirte. Quiero negarme para confesarte. Quiero morir á mí para vivir á Dios. Quiero vivir en Dios para morir en mí. ¡Oh bondad admirable! ¡Grandeza incomprensible! ¡Poder formidable! ¡Hermosura amable! ¡Justicia terrible! ¡Piedad inefable! ¿Quién te deja de amar, Hermoso mío? ¿Quién te deja de servir, Dios mío? ¿Quién te deja de adorar, Dios mío? Porque no te conocen, no te reconocen; porque no te tratan, no te aman; porque no te gustan, no te buscan. Criaturas, buscad al Criador; amantes, amad al Amor; almas, servid al Señor; mundo, adora á tu Hacedor. Lloremos, criaturas, nuestro desamor; lloremos nuestro desvío, lloremos nuestro desagradecimiento. Tú, Dios mío, nos llamas, y nosotros nos vamos; tú nos buscas, y nosotros nos escondemos; tú nos amas, y nosotros te desdeñamos. Mi corazón, yo te doy mi corazón; mi amor, recibe mi amor; mi bien, seas tú mi bien. En mí quiero que te amen todos, y yo quiero amarte en todos. Á nadie quiero para mí, á todos los quiero para Dios. Todos los aborrezco para mí, á todos los amo para Dios. ¡Oh gran Dios mío, qué dulce entenderte es amarte! ¡qué suave admirarte es obedecerte! ¡qué útil explicarte es reverenciarte! ¡qué sabio definirte es servirtel! Explicar á Dios es imposible. Amar á Dios es posible. Describir á Dios es imposible. Obedecer á Dios es posible. Comprender á Dios no es posible. Morir de amor por Dios es posible. Muera yo por Dios, y viva en Dios, y nunca cese de agradar y adorar á Dios, Bien y Amparo mío, Honra mía y Gloria de mi alma.

XXIV

Gozo de la Trinidad de las Personas divinas.

Con sumo contento estoy de que no te comprenda, Dios mío, sino que seas mayor que todo nuestro concepto.

Gózome que no pueda alcanzar cómo eres; conténtome con sólo admirarte, y entender que así había de ser quien es Dios perfectísimo. ¡Oh cuál serás, Dios mío, en ti, pues lo que conozco de ti sólo por sombras y fe, me hace pasmar por una parte, y por otra regocijar con un grande contento! Gózome que sea tan infinita tu bondad, que se comunique cuanto es. Alégrome que cuanto tiene el Padre comunique al Hijo, y que cuanto tiene el Hijo y Padre comuniquen al Espíritu Santo. Gózome que esté tan en su punto el amor que el Padre y el Hijo se tienen, que no sólo les haga uno por el afecto, sino una misma cosa por la realidad. ¡Oh admirable maravilla, que sea Dios Trino siendo Uno! ¡Oh veneranda Trinidad, cómo me gozo de tu incomprensibilidad! Tal debía ser tan grande Dios, que excediese todo pensamiento, toda admiración y pasmo. Adórote, Trinidad Santísima, veneranda y admirable, que eres infinita Sabiduría, inmensa Caridad, omnipotente Poder, y Gozo inefable. Tú posees en ti la plenitud y colmo de toda bienaventuranza. Cuanto es amable y deseable, tú lo encierras en ti con una perfección infinita. En ti está una comunicación llena y una unión inseparable. Tú te eres á ti misma gloria, y nobleza, y suficiencia, y bienaventuranza, y tú eres á tus criaturas también gloria, y bienaventuranza, y felicidad consumada. Tú eres suma Majestad, suma Luz, sumo Resplandor que llenas todo, lo conservas todo y lo gobiernas todo. Tú fuiste ante todas las cosas, y serás siempre. Tú estás en todo, y estás fuera de todo, y estás sobre todo. Tú eres el blanco de nuestra esperanza, y la esperanza de nuestros deseos. Tú nos serás reino, y posesión, y gloria, y bienaventuranza eterna. Creo de ti lo que me enseña la Iglesia, y gózome de lo que me enseña, tan admirable todo y maravillosísimo. Gózome de que eres mi gozo, y de todos los Santos. Gózome de que te he de gozar eternamen-

te. Dáme ahora que te sirva con lágrimas y penitencia de mis pecados, con que purifique mi alma y boca, para poder alabarte. ¡Oh suma Trinidad, una Virtud, indivisa Majestad, Dios nuestro, Dios Todopoderoso! confieso y alábole yo el menor de tus siervos y el más pequeño de tu Iglesia. Confieso y glorificote con debido sacrificio de alabanza, como sé, y puedo, y has querido dar á este pequeño. Y porque me faltan dones exteriores que pueda ofrecerte, oírezo lleno de gozo, de todo corazón, con fe no fingida, y conciencia pura, los deseos de alabarte que en mí hay por tu misericordia. Creo, pues, en ti, Rey y Señor del cielo y de la tierra, de todo corazón; y con mi boca te confieso Padre é Hijo y Espíritu Santo, Trino en Personas, y Uno en substancia, Dios verdadero y Todopoderoso, de una simple, incorpórea, invisible, inmensa naturaleza, que no tienes en ti cosa superior, menor ni mayor, sino que eres de todas maneras perfecto sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin calidad, eterno sin tiempo, vida sin muerte, fuerte sin flaqueza, verdadero sin mentira, presente en todo lugar sin ocuparle, hinchas todas las cosas sin extensión, acudiendo á ellas sin contradicción, á todas las pasas sin moverte, y estás dentro dellas, y no fijo. Críaslas sin necesidad, gobiérnaslas sin trabajo, y dáslas principio sin ellas tenerle, háceslas mudables sin mudarte. En bondad sumo, en sabiduría inestimable, en consejos terrible, en juicios justo, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en obras santo, en misericordias rico, para los delinquentes pacientísimo, siempre uno mismo, eterno, y sempiterno, inmortal é inmutable: á quien ni el espacio ensancha, ni la estrechura del lugar es angosta, ni lugar alguno estrecha, ni la voluntad, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes le turban, ni las alegres le halagan. Á quien ni quita el olvido, ni pone la memoria, ni las cosas pasadas pasan, ni

sucedan las que están por venir. Á quien ni da el origen principio, ni el tiempo y sucesos fin, sino que vives eternamente ante todos los siglos, y en los siglos, por todos los siglos, y tienes alabanza perpetua, eterna gloria, suma potestad, y singular honra, perpetuo imperio, y reino sin fin, por infinitos, infatigables é inmortales siglos de los siglos. Amén.

XXV

Gozo y alabanza de la Persona del Padre Eterno.

Gózome, Padre de las lumbres y de misericordias, por tu infinitad y potencia. Alábole por tu misericordia y liberalidad inmensa. Engrandézcame los ángeles por tu inefable bondad, que no pudo contenerse sin comunicarse todo cuanto es. ¡Oh cuán infinitamente eres bueno, pues infinitamente te comunicas! Tu bondad, como es tan perfecta, no pudo dejar de ser fecunda, y así produjiste otro semejante á ti, Hijo tuyo Unigénito al cual engendraste entre resplandores de santidad, tan bello, tan hermoso, tan perfecto como tú; resplandor é imagen tuya, luz de luz, y Dios verdadero de Dios verdadero. Tú, que diste virtud á la tierra para producir las plantas, y á las plantas para llevar frutos, y á los frutos para brotar en otros árboles semejantes; y á los animales haces fecundos para que críen hijos, ¿cómo podías ser estéril siendo Autor de toda fecundidad, perfección y hermosura? ¿Cómo podías ser menos, sino que siendo infinitamente bueno y perfecto, habías de ser también infinitamente fecundo, con un Hijo infinitamente perfecto y bello? Dóite mil parabienes por el Hijo que tienes, y dóite infinitas gracias, pues amándole tanto como á ti mismo, le entregaste á la muerte por mí. Gózome que en tu Hijo tengas compañía de tu bienaventuranza,

en quien se llene tu inmenso amor. Gózome del amor, de la suavidad, de la dulzura, del agrado, del purísimo deleite, de la eterna felicidad que gozas con tu Hijo. Agradecidísimo te estoy que estando tan contento, tan dichoso, tan rico, tan bienaventurado con tu Unigénito, por ser tu semejante, con todo eso quisieses que se hiciese semejante á mí, porque me estaba bien; y que aquel á quien engendraste eternamente, naciese temporalmente para que muriese por mí. Dános que te agradezcamos este amor y fineza más que de Padre. Dános que te reverenciamos como á tal, y te reconozcamos como bienechor. Tú que eres principio de toda paternidad, concédenos que seamos hijos tuyos, que pues nos diste tu Hijo natural, nos recibas por adoptivos.

XXVI

Gozo de la Persona del Hijo de Dios.

¿Qué cosa me debe más alegrar que tener por Hermano al que es Hijo de Dios, al Unigénito del Rey de los reyes y Señor de los señores? Gózome, Verbo Eterno, que procedas de tan buen Padre, tan Perfecto y Santo. Regocíjome que seas perfectísimo retrato de su substancia y dechado á toda criatura. Tú eres sabiduría engendrada, razón increada, omnipotente palabra, resplandor de gloria, candor de la luz eterna, carácter de la substancia paterna. Tú eres suma virtud, primera potestad, espejo sin mancha, hermosura inmensa, fuente de sabiduría. Gózome que te ame el Padre como lo merece tu infinita Bondad. Gózome que entre ti y tu Padre hay todas las razones de quererse, hay semejanza cumplida, dilección mutua, unidad en la naturaleza, identidad, comunicación, hermosura, bondad, conformidad y generación. Gózome del infinito amor, y

suavidad, y regalo con que estás en el seno de tu amoroso Padre; y gózome de la infinita caridad con que por amor de tus esclavos descendiste de los Cielos á tomar forma de esclavo. Gózome, Redentor mío, del infinito celo que tuviste de la gloria de Dios, pues por mirar por su honra quisiste ser afrentado. ¡Oh alegría de los cielos, cuánto te debe amar tu Padre, y cuánto te deben servir los hombres, y cuánto te deben alabar los querubines, pues siendo la gloria de los ángeles, quisiste ser el oprobio de los hombres, para que tu Padre fuese honrado! Siendo Sabiduría infinita, quisiste que te tuviesen por necio y sin juicio. Siendo el brazo de Dios omnipotente, quisiste ser tratado como flaco. Siendo Dios, te humillaste más que un gusanillo. Siendo Hermosura divina, quisiste ser afeado hasta que desconociesen tu rostro humano. Siendo gozo y felicidad eterna, quisiste padecer todo género de penas y atrocísimos tormentos. Siendo vida verdadera, quisiste morir una mortálima muerte. ¡Oh cuánto te debe tu Padre, pues miraste tanto por su honra, y cuánto te deben los hombres, pues hiciste tanto por su bien! Concédenos que aprendamos de ti á reverenciar á tu Padre, y celar su honra, aunque fuese á costa de mil vidas. Concédenos que te seamos agradecidos, correspondiendo á tantas finezas de amor con un amor muy fino, y á tan buenas obras, siquiera con afecto verdadero. Alámente por todo los ángeles, honrente los serafines, sírvante los hombres. ¡Oh Hijo de Dios, cuánto te debemos, que también nos quisiste hacer hijos de tan buen Padre, mereciéndonos la adopción divina! Bandita sea tu bondad, que á los que éramos esclavos de Satanás nos ensalzaste á ser hijos del Altísimo, herederos del reino de los Cielos, y hermanos tuyos. Dános que tengamos espíritu de hijos, y con obediencia y amor respetemos á tu Padre, y le sirvamos.

XXVII

Gozo de la Persona del Espíritu Santo.

¡Cuánto me consuelo, oh Espíritu divino, de tener tal consolador como tú, porque todo eres amor, todo suavidad, todo consuelo, todo gozo, todo dulzura, todo liberalidad, y todo dón! Por ti se aman el Padre y el Hijo, y tú procedes de entrambos con inefable caridad. Tú eres de uno y otro ternísimo amor, abrazo regaladísimo, ósculo dulcísimo, vínculo indisoluble. Tú eres tranquilidad infinita, paz serenísima, unión cumplida, consuelo de los tristes, dón del Altísimo, raudal de celestiales deleites, río caudaloso de gracias, mar de dulzuras. Tú eres Padre de los pobres, luz de los corazones, dador de las gracias, dulcísimo huésped de las almas, suavísimo refrigerio. Gózome de cuanto eres, por ser en ti infinitamente bueno, y para nosotros infinitamente benigno y bienhechor. Tú, como Amor infinito, triunfas de la omnipotencia de Dios, é hiciste que el Padre nos diese á su Hijo para nuestro remedio, y que el Hijo se humillase por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz. Tú obraste la Encarnación del Verbo, y santificaste á su Madre. Tú hiciste que quien era Dios y vida eterna, muriese por nosotros. Tú, no contento con eso, vienes á las almas de los hombres para santificarlas y habitar en ellas, llenándolas de tus dones. Gózome desta inmensa benignidad, y suavidad infinita, y caridad inopinable. Por ti participamos de la naturaleza divina y somos elevados sobre toda naturaleza criada: por ti somos queridos de Dios, y amigos suyos: por ti somos prohijados del Altísimo, y nos das espíritu de hijos de Dios. Tú escoges á las almas santas por esposas. Tú haces templos de los pechos de los justos,

donde habitas con gran gusto y consuelo nuestro. Tú llenas de virtudes sobrenaturales y dones divinos á los Santos. Tú les acuerdas los consejos de nuestro Redentor. Tú les enseñas las verdades del Cielo. Tú les consuelas en los trabajos. Tú pides por ellos con gemidos inenarrables, causándoles los deseos, gemidos y ansias con que ellos piden. Tú, finalmente, serás glorificador de las almas, gloria de los Confesores, palma de los Mártires, guirnalda de las Vírgenes, corona de todos los Santos, gozo de todos los Bienaventurados. Gózome, Señor, de lo que eres y serás para mí. Dáme, pues eres Amor de Dios, que ame solamente á Dios tan bueno, que tiene tal amor. Dáme que oiga tus inspiraciones, que admita tus consejos, que siga tu luz, que te hospede con limpieza, que triunfe de mis vicios, que destruya mi amor propio, para que viva solamente en mí el amor de mi Criador, y goce su gloria por toda una eternidad.

XXVIII

Invocación de las tres Personas divinas, sacada de San Agustín¹.

Por ti suspiro, á ti llamo bienaventurada, y bendita, y gloriosa, una Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Dios, Señor, Consolador, Amor, Gracia, Comunicación, Engendrador, Engendrado, y Regenerador, verdadera Lumbre, Lumbre de verdad, y verdadera Iluminación; Fuente, Río y Riego de todas las cosas. Por uno son todas las cosas, de quien, y por quien, y en quien viven, viviente por ti solo, y vivificador de todas. A ti invoco, bienaventurada Trinidad, para que vengas, y habites en mí, y me hagas Templo digno de tu gloria. Ruego al Padre por el Hijo, ruego al Hijo por el Padre, ruego al Espíritu Santo por el Padre y por el

¹ August., in suspiriis.

Hijo, que todos los vicios se alejen de mí, y todas las virtudes en mí se planten. Dios inmenso, de quien, por quien y en quien todas las cosas visibles é invisibles tienen sér, que tus obras rodeas por defuera y llenas por de dentro, por encima las riges, debajo las sustentas. Mira por mí, que soy obra de tus manos, que espero en ti, y sólo confío en tu misericordia. Guárdame aquí, y en todo lugar, ahora, y siempre, interior y exteriormente, cerca y alrededor, de manera que no hallen entrada ni lugar en mí las asechanzas de mis enemigos. Tú eres Dios, y no hay otro fuera de ti, ni arriba en el Cielo, ni abajo en la tierra. Señor, que obras cosas tan grandes y maravillosas; Dios mío, vida mía, fortaleza y alabanza mía, á ti se debe alabanza, á ti honra é himnos, á ti todos los Ángeles, y Cielos, y todas las Potestades cantan himnos y alabanzas. Alábetes, Señor, aquellos soberanos ciudadanos, magnífica y honrosamente. Alábetes el hombre, que es gran parte de tus criaturas: y yo también, hombrecillo pecador, con grande ansia te deseo alabar y amar con sumo amor. Dígnate, pues, de que yo te alabe; da luz á mi corazón, palabras á mi boca, para que él medite tu gloria, y mi lengua cante todo el día tus alabanzas. Mas porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador, y yo tengo manchados mis labios, suppílicate que limpies mi corazón de todo lo que le mancha y afea. Santificame, Santificador omnipotente, interior y exteriormente, y hazme digno de que te alabe. Recibe benigna y afablemente de mano de mi corazón, y del amor de mi alma, recibe el sacrificio de mis labios, y sea agradable á tus ojos, y suba á ti. Tu santa memoria y tu beatísima dulzura tome posesión en toda mi alma y la arrebatte al amor de las cosas eternas. Pase, Señor, de las cosas visibles á las invisibles; de las terrenas á las celestiales; de las temporales á las eternas; pase y vea una visión mara-

villosa. ¡Oh eterna verdad! ¡Oh verdadera caridad! tú eres mi Dios, á ti suspiro de día y de noche, tú sólo eres blanco de mi deseo, á ti deseo llegar, que con tu poder nos hiciste de nada, y estando perdidos por nuestra culpa, por tu piedad y bondad nos hallaste. Ruégote no permitas seamos ingratos á tan grandes beneficios é indignos de tan grandes misericordias. A ti ruego, pido y suplico que aumentes en mí la Fe, la Esperanza y Caridad. Haz, Señor, por tu gracia, que seamos firmes en la Fe, y eficaces en la obra, para que por Fe recta y obras condignas della, lleguemos por tu misericordia á la vida eterna, para que viendo tu gloria como es en sí, adoremos tu Majestad. Gloria sea al Padre que nos crió, gloria al Hijo que nos redimió, gloria al Espíritu Santo que nos santificó. Gloria sea á la Suma Trinidad, cuyas obras son inseparables, cuyo imperio permanece para siempre. Á ti se debe alabanza, á ti himno, á ti se debe toda honra, virtud y fortaleza, que eres mi Dios en los siglos de los siglos. Amén.

XXIX

Deseos de la honra y gloria de Dios, y bien de los prójimos.

Dios mío, Hermosura infinita, cuanto me gozo de las infinitas perfecciones que posees, tanto deseo que las conozcan los hombres y te engrandezcan por ellas. Deseo con ansias del alma, y quisiera que el corazón se me abrasara y consumiera de deseos de verte honrado, glorificado, servido y amado de todos los hombres y ángeles. ¡Oh, si pudiera convertir yo los granos de arena de la mar y las hojas de los campos en hombres santísimos que te sirvieran más que San Juan Bautista! ¡Oh, si pudiera convertir los átomos del aire en abrasados Serafines que te honraran, alabaran y amaran! ¡Oh, si pudiera convertir las estre-

llas del cielo en almas tan santas como la Reina de los mismos Cielos, la Virgen Santísima, que tú criaste para suma gloria tuya! ¡Oh quién pudiera convertir los granos de arena, las hojas del campo, los átomos del aire y las estrellas del cielo en voluntades tan ardientes, tan santas, tan dignas, como es la voluntad del alma de mi Redentor Jesucristo, para que con todas ellas fueras honrado! ¡Oh quién te honrara cuanto puedes con toda tu omnipotencia hacer que te honren! ¡Oh quién padeciera, oh quién muriera mil veces, oh quién fuera despedazado, porque tu nombre fuera ensalzado! ¡Oh, si cuantos puntos tiene la cantidad de todos los cuerpos criados y posibles se convirtieran en bocas que publicaran tus grandezas, todo fuera desigual á ellas! ¡Oh, si todos los instantes que encierran los años pasados y por venir se convirtieran en eternidades, en las cuales te alabara y engrandeciera con otras tantas lenguas, todo me pareciera y sería poco! Todo esto deseo, Dios mío, y quisiera desear más. Quisiera hacer por honrarte cuanto es posible, y quisiera desearlo más que lo deseo. Recibe mi voluntad y ansias, hermosísimo Dios, y ya que no puedo yo con cosa criada satisfacer á mis deseos, huélgome que tú te amas como mereces ser amado, y que tu Hijo te honró como mereces ser honrado.

Criador y Amor mío, ¡quién hiciera que todas tus criaturas te amaran! Basta que criaste las almas para que yo las desee todo bien. Cosa que te toque á ti, ¿cómo no la he de estimar yo? ¿cómo no tengo de sentir se pierda? Hechuras tuyas son: ¿cómo no tengo de mirarlas por más que propias? Imágenes tuyas son: ¿cómo no tengo de desear no se deslustren? ¡Oh quién pudiera hacer que todos los hombres del mundo te adoraran y sirvieran! ¡Oh quién pudiera salvar á todos los hijos de Adán, aunque me costara cada uno mil vidas! Almas que te pueden glorificar mucho,

¿cómo no lloro de que se malogren? Almas que te pueden engrandecer y alabar por una eternidad, asíjome en el alma que no te den cuanta gloria pueden. Por almas que compró Jesús con su sangre daré yo la mía de mil amores. ¡Oh quién viese que todo el mundo te adorase, que todas las gentes te conociesen, que todas las naciones te sirviesen, que todos los pueblos te honrasen, que todos los hombres te amasen más que los Serafines! mil vidas diera yo por esto, mil honras, mil imperios, mil mundos. No digo yo por las almas de todos los hombres, sino por una sola que no se perdiese, no me hartara yo de morir y de padecer por su remedio. Recibe, Dios mío, mi deseo; y lo que deseo por otros haz que lo procure en mí. Si por la salvación de un extraño padeciera yo todo tormento, padezca por la mía algunos, haciendo penitencia de mis culpas.

XXX

Deseos del cumplimiento de la Voluntad divina.

Amor mío, y Bien mío, pues me amas y tienes tan buena voluntad, que porque yo viviese tú moriste, deseo ardientemente que se cumpla. Voluntad de un Dios tan bueno, ¿cómo nos puede estar mal? Voluntad de un Señor que tal hizo, que dió la vida porque no muriesen sus esclavos, ¿cómo no tengo de desear con ansias del corazón que se cumpla en mí? ¡Oh Señor, y cómo deseo que se haga cuanto quieres, pues no puedes querer mal! ¡Cómo me puedo quejar de padecer algún mal, pues Dios lo da, y lo da por bien y para bien! Por cierto que aunque nos estuviera mal alguna cosa, la habíamos de llevar y sufrir por quererlo tú, que eres Dios de suma Majestad y Autoridad. Pero siendo para nuestro bien, ¿qué mucho hacemos? Cúmplase, por cierto, Dios mío, tu voluntad en mí, aunque me

cueste mucho; que pues el padecer por mí quien no debía padecer nada, me estuvo tan bien que me valió la vida, no es mucho que padezca yo, y me estará bien el padecer también. Pero demos que no fueras de tan soberana Majestad y Grandeza como eres, y que no nos estuviera bien el padecer algo; basta que me ames y que yo te ame, para que quiera lo que tú quieres y me conforme en todo con tu gusto. Por cierto, Señor, que aunque pudieras errar, que habíamos de seguir lo que tú quieres, por sólo la autoridad tuya. Pero siendo Sabiduría infinita, que necesariamente aciertas, ¿qué mucho hacemos? Cúmplase, por cierto, tu voluntad en todo, y cumplámosla en la observancia de todos tus preceptos. Dáme gracia para que no falte, ni en una tilde, de todo cuanto me mandaste. Esto te suplico y oro con tu siervo Agustino.

ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Tú, Señor, que moras en las alturas, y miras las cosas humildes en el Cielo y en la tierra; á ti del profundo das voces mi alma pecadora, á ti gime, por ti suspira por su bien; no apartes la presencia de tus oídos de sus sollozos y clamores; óyela como oíste á la Cananea, y ten misericordia della, como la tuviste de la mujer pecadora; óyela por la gracia de tu benignidad. Ruégote que la oigas por aquella hora en que dijiste á tu Padre: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», cuando, inclinada la cabeza, le entregaste tu alma gloriosa: por aquella hora te suplico me oigas, y tengas misericordia de mi alma. No haya en mí (te ruego) ardor, ni deseo de carne, sino que habite en mí el amor de la castidad hermosísima, sea espacioso en oír tu palabra, presuroso para cumplirla, solícito en tu temor, perfecto en tu amor, constante en tu fe, y en tu amor y del

prójimo fervoroso. No me quemé con el fuego del aborrecimiento, ni con la ponzoña de la envidia me consuma. Inspira en mí siempre buenas obras; haz que las haga, y persuádeme á que te ame. Dáme fuerzas para tenerte, guárdame para que no te pierda. No entre ni se detenga en mi casa (que debe ser tu morada) el pie de la soberbia, ni de la gula, ni de la concupiscencia de la carne, ni la avaricia, ni la envidia, ni la ira, ni la tristeza, ni la vanagloria. Sólo te pido una profunda humildad, pues dijiste: «¿En quién descansaré sino es en el humilde y pacífico?» Dáme una profunda humildad, con la cual se humille la altivez de la carne y de la soberbia que me ahogan. Dáme una abstinencia medida, que tenga á raya la demasiada glotonería que me combate. Dáme castidad de corazón, que me haga limpio y casto; y da que no me revuelque en la gula sucia de la carne. Dáme un gran amor de la caridad, con el cual se apague el vicio de la envidia. Dáme paciencia para sufrir, para que la cruel bestia de la envidia desfallezca vencida. Dáme esperanza del gozo eterno, con la cual la melancolía y amargura se mitigue.

Concédeme que mi alma se satisfaga interiormente de la buena obra, y eche la vanagloria fuera de mí; no haya en mí jactancia. Dáme, Señor, tener justicia en todas las cosas y tener templanza perpetua, y hazme sencillo y prudente, para que con sencillez viva una vida santa, y prudentemente huya el mal, para que pueda entender los engaños de la astucia y embustes del demonio, porque no me engañe con especie de bien y pueda discernir con razón, y prevenir lo bueno que he de hacer y lo malo que he de huir. Hazme también blando, apacible, pacífico, modesto, manso, sin ficción, unánime con todos los buenos, y en las vigiliias, ayunos y oraciones, constantemente esforzado. Dáme también mansedumbre, y moderación, y que ha-

blando moderadamente alcance el silencio, diciendo lo que conviene y callando lo que se ha de callar. Concédeme, Señor, que te guarde una fe pura y limpia, sin algún error, que haga obras dignas conforme á esta fe, y que no manche la fe pura con la mala obra. Dáme que á ti, que creyendo confieso por bueno, no te niegue viviendo mal; y que á ti, á quien hablo con grande fe, no te ofenda con obras de infiel. Haz, Señor, te ruego, que me conserve en un santo propósito, siguiendo la justicia, y quiera la castidad amando la misericordia y la verdad; que aborrezca la mentira, que no piense ni hable cosa falsa, que sin cesar te tema, que te quiera y te ame, que guarde tus mandamientos, que tenga paz con todos sin engaño, y reduzca á ella sin ficción á los disordos; que ofrezca á todos un amor sin fingimiento, que á nadie escandalice, que á nadie me prefiera, sino que me juzgue por menor que todos; que no resista á los Príncipes y potentados cristianos; que les obedezca, reverencie y honre, no por temor de su poder, sino por ti ¡oh altísimo Señor! que obedezca y ame á los más ancianos, y les ofrezca gracia de verdadero amor, á los iguales muestre hermandad, á los menores sufra, y que con igualdad de ánimo lleve los trabajos y peligros; que reverencie al padre, al amigo quiera como á mi alma, y ame al prójimo como á mí mismo, aprovechando á todos; que á ninguno ofenda, ni dañe, ni calumnie, ni sea contrario á nadie, ni tropiezo para que caiga; que no juzgue á nadie, ni quite su honra, á nadie injurie, ni murmure de vida ajena, á nadie aseche, ni mire como vive, sino que sólo cuide y sea solícito de mí, que en ninguna manera dé mal por mal; que no me acuerde de las injurias, ni de ningún modo las vengue; antes haciendo bien, venza la malicia con la bondad, bendiga y diga bendiciones al que maldice, y ame al enemigo como amigo; que sufra los menospre-

cios, afrentas y agravios de los airados, sin hablar palabra ni satisfacerme; que me olvide presto de las injurias y perdone al que me ofendiere, estando aparejado siempre para perdonar; que no desee cosa ajena, ni la tome con ocasión ni sin ella, y de mis bienes reparta misericordiosamente á los que los han menester; que tenga en mi casa por ti (que me redimiste) al hambriento, y le sustente; al sediento dé de beber, reciba al peregrino, vista al desnudo, visite al enfermo, busque al que está en la cárcel, consuele al triste, y me compadezca con el afligido y atribulado, que me haya misericordiosamente con el necesitado, parta la comida y el vestido con el pobre, abraza al mendigo, conserve y tenga al doméstico, ame al peregrino, redima al cautivo, sustente al extranjero, ampare al huérfano, favorezca á la viuda, acuda al oprimido, dé socorro al desamparado, deshaga las juntas de la maldad. Que declare tus preceptos, Señor, y tus documentos con celo santo, para que crean y oigan diligentemente, y los busquen con solitud, los enseñe con prudencia, los ejercite con diligencia y los cumpla con gran puntualidad, y esté siempre humilde en tu presencia para que me levante y no caiga; sea desembarazado, no oprimido; suba, y no descienda; porque la carne con quien vivo siempre quiere llevarme al pecado, y ser conmigo coronada, mas no quiere pelear conmigo.

XXXI

Deseos de ver á Dios, sacados de San Agustín ¹.

Dios mío, dulcísimo, benignísimo, amantísimo, preciosísimo, deseadísimos, amabilísimo y hermosísimo, ¿cuándo te veré? ¿cuándo pareceré delante de tu rostro? ¿cuándo me hartaré de tu hermosura? ¿cuándo me sacarás desta

¹ S. August., libello suspiriorum, invento in Vaticana, anno 1618.

cárcel oscura y tenebrosa para que confiese tu nombre? ¿cuándo pasaré á aquella maravillosa y hermosísima casa tuya, adonde siempre suena voz de alegría y regocijo en las moradas de los justos? Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; en los siglos de los siglos te alabarán. ¿Quién me dará plumas como de paloma, y volaré, y descansaré? Ninguna cosa hay tan dulce para mí como estar con mi Señor. Bueno es para mí estar asido á mi Dios. Concédeme, Señor, mientras estoy en estos miembros flacos, que me llegue á ti para fortalecerme, como está escrito: El que se llega á Dios, un espíritu se hace con él. Ruégote me des plumas de contemplación, con las cuales vuele á lo alto adonde estás. Y porque todo lo siniestro va hacia bajo, ten mi alma de tu mano para que no se despeñe á lo profundo del negro y oscuro valle; porque interponiéndose la sombra de la tierra, no se aparte de mí el verdadero Sol de justicia, y le estorbe la niebla cubierta de oscuridades, para mirar las cosas altas, y por eso camine hacia la diestra á los gozos de la paz, y al muy sereno y deleitable estado de luz. Ten mi corazón de tu mano, porque sin ti no se levanta á las cosas más altas; allí deseo ir, donde reina la suma paz y resplandece una perpetua tranquilidad. Ten, Señor y rige mi espíritu, y haz dél á tu voluntad; para que siendo tú su guía, suba á aquella región de paz, para que allí siquiera con el pensamiento te toque á ti, que eres suma Sabiduría, que estás sobre todas las cosas, que las trasciendes y todas las gobiernas. Mas hay muchas que hacen ruido para espantar mi alma cuando va volando á ti. Callen, Señor, por tu mandado todas las cosas; guarde mi misma alma silencio, pase todas las cosas criadas, pase de sí, y llegue á ti, y en ti solo, Criador de todas las cosas, ponga los ojos de la Fe, que eres Criador del cielo y de la tierra; á ti suspire, á ti atienda, en ti medite, en ti

contemple, á ti ponga delante de sus ojos, y traiga en su corazón verdadero y sumo bien, y gozo sin fin. Muchas contemplaciones hay, con las cuales el alma que te ama maravillosamente se sustenta; pero en ninguna dellas se deleita y descansa tanto mi alma como en ti, y cuando piensa sólo en ti, y te contempla. ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura! ¡qué maravillosamente inspiras los corazones de tus amados! ¡Cuán admirable es la suavidad de tu amor, con el cual se perfeccionan aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna cosa buscan, ni desean pensar fuera de ti! Dichosos aquellos cuya esperanza eres tú solo, y todo ejercicio es orar á ti colgados de tus ojos. Bienaventurado el que se sienta solitario, y calla, y está en vela, guardándose continuamente de día y de noche, para que aun estando en este frágil cuerpecillo, pueda en alguna manera gustar de su dulzura. Ruégote, por aquellas saludables llagas que padeciste en la cruz por nuestra salud, de donde manó aquella preciosa sangre con que fuimos redimidos, que hieras esta mi alma pecadora, por la cual también te dignaste de morir; hiérela con una saeta encendida y poderosísima de tu excesiva caridad; que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos. Tú eres saeta escogida y cuchillo agudísimo, que puede penetrar con tu poder al duro escudo del corazón humano. Traspasa mi corazón con la saeta de tu amor, para que te diga mi alma: Herido estoy de ti, corriendo de la llaga copiosísimas lágrimas de día y de noche. Ruégote, Señor, que hieras este durísimo corazón con la piadosa y fuerte mano de tu amor, y con tu poderosa virtud penetra lo más íntimo dél, y así saca agua abundante de mi cabeza, y de mis ojos una verdadera fuente de lágrimas, que continuamente corra del grande afecto y deseo de tu vista hermosísima, para

que lloro de día y de noche, no recibiendo en esta vida presente consuelo alguno, hasta que en el tálamo celestial merezca ver á mi amado y hermosísimo Esposo, Dios y Señor mío, y viendo allí tu rostro glorioso, admirable y hermosísimo, lleno de toda dulzura, adore humilde tu Majestad con aquello que escogiste, y allí, lleno de inefable y celestial regocijo, dé voces con los que te aman, diciendo: Ya veo lo que deseaba, ya tengo lo que esperaba, ya poseo mi tesoro, porque estoy en los Cielos, junto con aquel Señor que estando en la tierra con todas mis fuerzas amé, á quien abracé con toda caridad, y á quien con todo amor me allegué, al mismo alabo, bendigo y adoro, que vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

XXXII

Deseos santos de Dios, sacados principalmente del venerable Tomás de Kempis.

¡Oh Dios de mi corazón! tú solo eres el que satisfaces mi alma con la multitud de tus bienes; tú eres mi esperanza y dulzura: tú mi salud y vida; tú todo mi deseo y consuelo; por ti suspira mi corazón, y mis ojos tengo puestos solamente en ti; pero en balde hace fuerza mi alma para llegar á ti, si tú no la llevares; porque no te podemos nosotros buscar si tú no nos buscas y no nos inspirares santos deseos. Desmayado está á quien tú no ilustrares y enciendes con el calor de tu luz eterna; entonces empieza á fervorizarse el alma en vivos deseos de ver tu claridad. ¡Oh ardor del Sol verdadero, cuán grande calor causas en el que te ama! Tú deshaces las tinieblas de la tristeza, y el trabajo conviertes en gozo, la pena mudas en alegría, y la aflicción en gran consuelo. Tú eres suave medicina de los tristes, farol resplandeciente de los que yerran; ilumí-

name tú, Señor, en este valle de lágrimas, hasta que me amanezca tu luz eterna. ¡Oh cuán dulce será tu vista, pues con sola tu memoria siente el alma tan grande consuelo! ¡Oh cuán de buena gana me privaré de toda alegría de la tierra y renunciaré á todo gusto de los sentidos, para que merezca ser recreado con tan suave dulcedumbre! A ti suspiro y á ti aspiro, Dios mío: faltan á mi alma los pulsos por irse tras ti. Mi corazón anhela por tu Hermosura, y tengo hastío de cuanto veo en la tierra. No me agrada consolación ni deleite humano, ni hallo remedio de mi dolor, si no es que mi corazón esté unido contigo. ¿Qué me pueden aprovechar las cosas visibles y cuantos bienes hay en la tierra, si me apartan de ti, que eres sumo Bien y Señor de los cielos? Las riquezas y haberes del mundo no pueden hartar mi corazón. Tú sólo, Dios mío, apagas la sed de mi alma; tú sólo eres mi deseo, á ti quiero unirme, en quien topo todas las cosas. No codicio nada fuera de ti, nada quiero más que á ti. Tú eres mi Dios y todas las cosas; en ti está todo bien; tú sólo bastas para todos; tú obras todo en nosotros; tú eres todo en todos; á los que aman eres esposo, á los que temen dulzura; á los buenos padre, á los pobres riquezas, á los tristes consuelo, á los penitentes esperanza, á los justos premio. Tú eres el amado de mi corazón, el alma me cautivas, la voluntad me robas, todas mis potencias ocupas, mi espíritu te busca. ¡Oh, si me descubrieras tu rostro! ¡Oh, si me llegaras á ti, y me unieras íntimamente contigo, y me admitieras á tus brazos tan dulces y estrechos! Tú eres, Dios mío, Dios de mi corazón, Tesoro de mi alma, Paraíso de mi espíritu! ¡Oh cuán suave es tu olor, cuán preciosos aromas exhalas de tu suavidad! Delante de ti está todo mi deseo, y no se te esconden mis gemidos. ¡Oh, cuándo me has de consolar con tu presencia! ¡Cuándo me has de satisfacer y llenar de

tus bienes! ¿Cómo no me desahogo en tu amor? De lo profundo de mi alma suspiro por ti. ¡Oh Rey del Cielo, sumamente amable, todo para desear! ¿cuándo me llenarás de alegría con tu vista? ¿cuándo me darás á beber del raudal de tu deleite, oh fuente perenne de vida eterna? Muy triste me parece cuanto en ti no veo; tú eres mi descanso, y gloria, y contento; tú eres mi Dios, á quien amo, y en quien se regocijan mis huesos y mi carne. Dáme que te ame, que te desee, que te vea, y que te goce y alabe por eternidad de eternidades.

XXXIII

Afectos amorosos sacados por la mayor parte, de Santa Gertrudis.

¡Oh Amor y Dios mío, grandemente amado! ¡qué presto te encuentras con los que te buscan, y cuán dulce y amable eres á los que te hallan! Niño es, por cierto, quien no te ama, y sólo aprovecha quien se llega á ti y sin cansarse te está amando perpetuamente. ¡Oh, si tu dulcísima bendición me viniera, Amador eterno, para aprovecharme y agradarte de día en día y de virtud en virtud! ¡Oh Amado mío, si cogiera yo algún fruto de tu amor! No me basta, ¡oh dulce Amor! no me basta conocerte con el entendimiento, si no te amo con la voluntad. Ámote, Amor mío; deseóte, codiciote, apétezcote, y mil veces te deseo amar con un afecto inmenso y firme, que esté contigo inseparablemente, de modo que empiece ya á no vivir en mí, sino en ti. ¡Oh, si acabarás de manifestármelo, para que mi corazón se haga uno contigo! ¡Oh, si se me diese á gustar cuán grande es la dulzura de tu suavidad! ¡Oh, si estuviera tan lleno de tu amor, que ni un deseo tuviera de otra cosa, y á ti siempre deseará y por ti suspirará! Ea, dulce Amor mío; haz que te conozca y te prepare asiento en mi alma con toda santidad

y pureza. Recibe mi afecto, Amado mío, y recíbeme á mí como á cosa propia, que ya, si no es en ti, ni quisiera tener vida, ni espíritu, ni alma: á ti sólo entrego cuanto soy, mi entendimiento, mi voluntad, mis sentidos, y todas mis potencias, mi cuerpo, mi alma, mi espíritu. Con abrazo de amor me uno contigo. Dios mío no te dejaré, porque no me bastan tus dones, sino es que tenga á ti, que eres mi parte, mi patrimonio, mi esperanza. ¡Oh Amor mío, oh más que mi misma alma, Dios mío, oh vida mía, vida vivificadora! renuévame en ti y vivificame. ¡Oh eterno Amor, pues me diste sér, dáme en tu amor nuevo sér! ¡Oh Amor, oh vida de mi alma, que me redimiste! suple con tu caridad en mí cuanto me falta para llegarme á ti. ¡Oh Amor y Dios amantísimo! dáme que amándote, sólo viva para ti. ¡Oh Amor y Dios fidelísimo! dáme que con fidelidad te ame y con lealtad te sirva. ¡Oh Amor y Dios afabilísimo! dáme que todas las obras haga contigo y por ti. ¡Oh Amor y Dios bonísimo! dáme que no quiera otro bien más que amarte á ti. ¡Oh Amor, y mi Dios, y mi vida, y mi bien, y todas las cosas! dáme que no quiera otra cosa más que á ti, á ti sólo sirva, y ame, y desee, y alabe por perpetuas eternidades. Amén.

XXXIV

Deseos de Amor divino.

¡Oh alma mía! ¿qué haces que no amas al que te es más que tu alma, dándote vida mejor que la que tú das al cuerpo? ¿Por qué no amas á tu Amor y á tu Criador? ¡Oh voluntad mía! ¿por qué no te vas tras el sumo Bien, que te es todos los bienes? ¡Oh entendimiento mío! ¿por qué no admiras al que es Hermosura infinita? ¡Oh potencias y sentidos míos! ¿por qué no os empleáis en el servicio del que es todopoderoso y Señor omnipotente de Cielo y tierra?

¡Oh alma miserable! ¿por qué yerras tanto en tu amor, que no amas al que es amable sobre cuanto se puede amar? ¿Qué tienes? ¡Que ames á las criaturas, y no te mueras de amores por tu Criador! Mira que cuanta perfección y hermosura admiras ó amas en lo criado, todo está en su Autor, con más ventajas que hay del Cielo á la tierra. Sombra es, no la substancia; figura es, no la verdad; gota es, no el mar. ¿Cómo quieres apagar tu sed con tan poca agua? Aquel gran Señor de quien te olvidas, es sólo quien te puede hartar. Él sólo es quien te puede satisfacer, Él es fuente de todo bien, Él es mar dulce de toda perfección y suavidad. Cuanto hay de hermoso y bueno en las criaturas, destellos son que redundan desta fuente, arroyuelos son deste río, rayos son deste inmenso Sol de luz, que están engrandeciendo su bondad, predicando su sabiduría y mostrando su omnipotencia. ¡Oh miserable de mí! ¿qué bien hallas tan grande en las criaturas, que por él dejas al sumo Bien? Si te agrada la hermosura, mira que tu Dios es Belleza infinita, con cuya vista hermosísima se satisfacen los serafines, y en quien desean los ángeles mirar. Si buscas riquezas y tesoros, tu Dios es un infinito Tesoro; Él tiene todas las cosas en su mano, Él se te da por posesión y premio. Si quieres gusto, tu Dios es un Deleite infinito, que premia á los suyos con gozo eterno, y les da á beber del raudal de deleites y dulzuras. Si deseas honras y poder, tu Dios es toda Honra, que corona á sus siervos con gloria y honor. Si deseas sabiduría ó fortaleza, ó cualquier otro bien alguno, en Dios están todos los bienes, y todos infinitos. Él es el manantial de toda perfección, piélago de bondades, abismo de hermosuras. Él es luz sobre toda claridad, bondad sobre todo bien, perfección sobre todo lo perfecto, dulzura sobre toda suavidad, y una fuente perenne de donde manan toda claridad, y bien, y

perfección, y dulcedumbre de las criaturas. ¿Por qué amas, ánima mía, los bienes falsos, pudiendo amar al verdadero y sólido bien? ¿Por qué te contentas con una gota, pudiendo echarte á pechos en la fuente? ¿Por qué te quieres abrazar con la sombra, y apartas de ti la verdad y esencia de todo bien? No hallarás en las criaturas manjar de substancia; ninguna te puede llenar; busca á Dios que sólo te hartará, te llenará de bienes, y gozo, y bienaventuranza.

XXXV

De lo mismo.

Acaba ya de amar ¡oh ánima mía! á tu Dios y Señor, pues Él primero te amó, y con un amor infinito, y desde una eternidad, antes que fueses. ¿Quién piensas que te dió el sér? ¿Quién te dió cuerpo y fuerzas? ¿Quién hizo para ti la tierra, el cielo, el aire, el agua, el fuego, el sol, la luna, las estrellas, los campos, los animales, y cuantas cosas te sirven para vivir? Todas son obras muy hermosas de un Señor hermosísimo. Todos son beneficios de tu Criador, que para ti lo hizo todo, para que viendo las finezas con que te amó antes que fueras, le pagaras tú, aunque tarde, con tu amor. Mira que te crió á ti para sí, deseando hacerte heredera de su reino y gloria. El Cielo clama, la tierra da voces, los elementos pregonan, los vivientes publican, todas las naturalezas testifican lo mucho que te ama y lo mucho que Él es amable. Si no bastan tantos dichos y voces de las criaturas, sean testigos de su amor la Cruz, los clavos, las espinas, los azotes y la misma muerte, pues quiso morir por amor de ti. ¡Oh gran argumento de bondad! ¡Oh clara señal de amor! Aquel eterno Amador se dió todo cuanto es por ti, y por tener más que dar, se hizo hombre para dar por ti su sangre y alma. Ni quedó gota de san-

gre en sus venas, ni un pelo en su cabeza, que no diese por ti en el Sacramento de su cuerpo y sangre. ¿Qué falta á este Dios tan dadivoso, porque no le quieras amar? ¿qué más deseas en un Dios tan amador? ¿qué más codicias en un Señor de infinita hermosura y poder? Ámale cuanto puedes, y desea poder amarle infinito. Entrégate á Él cuanto eres y vales. Gran dureza será la de tu corazón si no amas al que es todo bien, al que no sólo te dió á ti todos los bienes que tienes, sino que padeció tantos males por librarte del mayor mal de los males. Ama á tu principio, ánima mía, busca á tu fin, y apetece á tu centro. Para Dios te criaron, á Dios sólo debes mirar, y en Él sólo descansar. Mira con qué ímpetu buscan los elementos su esfera; córrrete que no busques la tuya. Las piedras se van á la tierra, el fuego se sube en lo alto; no hay criatura que no busque su fin; no hay elemento que no busque con toda fuerza su centro, siendo también criatura. ¿Cómo sólo tú no buscas ni apeteces el tuyo, siendo el mismo Criador, siendo la Bondad por esencia, siendo Hermosura infinita, y siendo la perfecta Bienaventuranza, en quien sólo puedes descansar? Ámale con todo tu corazón, búscale con todas tus fuerzas.

XXXVI

Deseos y oración por el amor divino, pidiendo muchas lágrimas de amor, sacado de San Agustín.

Dulcísimo Dios mío, amantísimo, benignísimo, deseadísimo, amabilísimo, hermosísimo. Ruégote que infundas la abundancia de tu dulzura y caridad en mi pecho, para que no desee ni piense cosa de la tierra, ni de la carne, sino sólo á ti ame, y á ti sólo tenga en mi corazón y en mi boca. Escribe con tu dedo en mi alma la memoria dulce de tu

regalado nombre de Jesús, de manera que jamás se borre. Escribe en las tablas de mi corazón tu voluntad y tus santas leyes, para que á ti, Señor de inmensa dulzura, y á tus mandamientos, siempre y en todas partes, tenga delante de mis ojos. Enciende mi corazón en aquel fuego tuyo que enviaste á la tierra, y quisiste que ardiese grandemente, para que cada día con lágrimas de mis ojos te ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y corazón contrito. Dulce Dios, buen Jesús mío, así como lo deseo, así de todo corazón te lo suplico: dáme tu santo y casto amor, para que me llene, tenga y posea todo. Dáme, Señor, la señal de tu amor, que es una fuente perpetua de lágrimas, para que ellas sean testigos del amor que me tienes, ellas digan y muestren cuánto te ama mi alma, derritiéndose en lágrimas por la mucha dulzura de tu amor. Acuérdomme, poderoso Señor, de aquella santa mujer Ana que fué al Tabernáculo á rogarte la dieses un hijo, de quien dice la Escritura que después de su oración no se le mudó más el semblante de su rostro. Mas acordándome de tan gran virtud, de tan gran constancia, me atormenta mi dolor y se me cubre el rostro de vergüenza, porque me veo miserable estar abatido en una profunda bajeza. Vuelve, pues, tus ojos, y compadécete; porque si lloró con tantas ansias aquella mujer, y perseveró en su llanto la que buscaba un hijo, ¿cómo debe llorar y perseverar de día y de noche en su llanto el alma que busca y ama á Dios, y desea llegar á Él? ¿Cómo debe gemir y llorar quien busca á Dios de día y de noche, y ninguna otra cosa quiere amar sino á Cristo? Maravilla sin duda es que sus lágrimas no sean su pan de día y de noche. Vuelve, pues, á mí los ojos, y compadécete de mí, porque se han multiplicado los dolores de mi corazón. Dáme tu celestial consolación, y no quieras menospreciar el alma pecadora que te costó la vida. Ruégote que me des lágrimas

de corazón, que puedan romper las ataduras de mis culpas y tengan siempre mi alma llena de una celestial alegría. Háme venido también al pensamiento la devoción maravillosa de otra mujer santa, que con afecto piadoso te buscaba puesto en el sepulcro; la cual no se iba yéndose los Apóstoles, la cual en pie, y asentada, triste y dolorosa, por mucho tiempo, derramaba suspiros y lágrimas, y levantándose llorosa una y muchas veces hecha ojos, buscaba y escudriñaba los rincones y senos del monumento, por si acaso podía ver en él al que buscaba con tan fervoroso deseo: ya ciertamente había entrado una y otra vez, y visto el sepulcro; pero no bastaba para quien tanto amaba, porque la perseverancia es la virtud de la buena obra; y porque amó más que los demás, y amando lloró, y llorando buscó, y buscando perseveró, por eso mereció hallarte, verte y hablarte primero que todos; y no sólo esto, pero también ser la que primero llevó las nuevas á los Apóstoles de tu Resurrección, mandándosele tú, diciéndole amorosamente: «Ve y di á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán».

Pues si así lloró y perseveró en su llanto una mujer que buscaba al vivo entre los muertos, y que con la mano de la fe te tocaba, ¿cómo debe llorar y perseverar en su llanto el alma que con el corazón te cree, y con la boca te confiesa á ti Redentor suyo, que sabe estás asentado en el Cielo, y cree y confiesa con el corazón y con la boca que reinas en todo lugar? ¿De qué manera debe gemir y llorar quien te ama de todo corazón y desea verte con todo su deseo? ¡Oh solo refugio y única esperanza de los miserables, á quien nunca se pide sin esperanza de misericordia! Dáme esta gracia por ti y por tu santo nombre, que todas las veces que de ti pensare, de ti hablare, de ti escribiere, de ti leyere, de ti disputare, todas cuantas veces me acor-

dare de ti y estuviere delante de ti, y te ofreciere alabanzas, ruegos y sacrificios, otras tantas, desecho en lágrimas en tu presencia, dulce y abundantemente llore, de manera que de día y de noche mis lágrimas me sirvan de pan y sustento; y porque tú, Rey de gloria y Maestro de todas virtudes, nos enseñaste con tus palabras y ejemplo á gemir y llorar, diciendo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Tú lloraste á tu amigo Lázaro difunto, y también lloraste sobre la ciudad de Jerusalén, que había de ser destruída. Ruego, buen Jesús, por aquellas piadosísimas lágrimas, y por todas tus misericordias, con las cuales maravillosamente fuiste servido de socorrernos estando perdidos, que me des la gracia de lágrimas que tanto desea mi alma, pues no la puedo tener sin dárme la tú, sino por tu Santo Espíritu, que ablanda los corazones empedernidos de los pecadores y los compunge para que lloren. Dame gracia de lágrimas, como la diste á nuestros padres primeros, cuyos pasos debo seguir, para que me llore toda mi vida, como ellos se lloraron en la suya. Por los merecimientos y oraciones de aquellos que te agradaron y devotísimamente te sirvieron, ten misericordia de mí, miserabilísimo é indigno siervo tuyo, y dame este dón de lágrimas de día y de noche, para que las lágrimas me sean pan ordinario, y abrasado en el fuego de la compunción, sea hecho en tus ojos ¡Dios mío! un holocausto precioso, y todo sea sacrificado en la ara de mi corazón, y me recibas como pingüísimo sacrificio y holocausto en olor suave. Dáme, dulcísimo Señor, una fuente manantial y clara en que se lave muchas veces este holocausto sangriento: porque aunque es verdad que, ayudándome tu gracia, me he ofrecido todo á ti, en muchas cosas te ofendo cada día por mi mucha flaqueza. Dáme, pues, bendito y amable Señor, gracia de lágrimas, principalmente nacidas

de la mucha dulzura de tu amor y memoria de tus misericordias. Pon esta mesa á tu siervo en tu presencia, y déjala en mi poder para que me pueda hartar della cuando quisiere. Dáme por tu bondad y piedad que este Cáliz excelente y divino que embriaga, mate mi sed, para que mi espíritu anhele y suspire por ti, y mi alma se abra en tu amor, olvidándose la vanidad y miseria. Oye, Dios mío; oye, Lumbre de mis ojos; oye lo que te pido, y dáme que te pida lo que has de oír. Piadoso y apacible Señor, no te hagas para mí inexorable por mis pecados, mas usa de tu bondad. Recibe los ruegos de tu siervo, y da fin cumplido á mi petición y deseo, por los ruegos y merecimientos de la sacratísima Virgen María, Señora nuestra, que tanto lloró, y tan dulces lágrimas por toda su vida derramó por ti, Señor, sabiendo desde tu santa Encarnación lo que habías de padecer.

FIN



ÍNDICE

	Págs.
Á la Excelentísima Señora Doña Leonor María de Guzmán, condesa de Monterrey	5
LIBRO PRIMERO	
CAPÍTULO I.—Cómo Dios es incomprensible y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.....	9
CAP. II.—Cuán debido es procurar conocer á Dios, y formar algún alto concepto de su grandeza y hermosura...	16
CAP. III.—Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.....	27
CAP. IV.—El fundamento de la Hermosura divina es ser Dios de sí mismo, sin tener principio, por lo cual es infinito. Trátase de la infinidad de Dios.....	34
CAP. V.—La Hermosura de Dios es sobre todo género y concepto de la hermosura criada.....	45
CAP. VI.—Reglas de San Anselmo para conocer lo que es Dios; por donde se colige su infinita Hermosura.....	51
CAP. VII.—Cuán digno es Dios de ser amado por su Hermosura, para la cual fuimos criados.....	59
CAP. VIII.—De la primera condición de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que es la proporción de partes. Trátase de la simplicidad y unidad divina...	69
CAP. IX.—La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.....	77
CAP. X.—Otra condición de la hermosura, que es la integridad, está en la naturaleza divina. Trátase de la bondad natural de Dios.....	87
CAP. XI.—La condición de la hermosura, de tener conve-	

de la mucha dulzura de tu amor y memoria de tus misericordias. Pon esta mesa á tu siervo en tu presencia, y déjala en mi poder para que me pueda hartar della cuando quisiere. Dáme por tu bondad y piedad que este Cáliz excelente y divino que embriaga, mate mi sed, para que mi espíritu anhele y suspire por ti, y mi alma se abra en tu amor, olvidándose la vanidad y miseria. Oye, Dios mío; oye, Lumbre de mis ojos; oye lo que te pido, y dáme que te pida lo que has de oír. Piadoso y apacible Señor, no te hagas para mí inexorable por mis pecados, mas usa de tu bondad. Recibe los ruegos de tu siervo, y da fin cumplido á mi petición y deseo, por los ruegos y merecimientos de la sacratísima Virgen María, Señora nuestra, que tanto lloró, y tan dulces lágrimas por toda su vida derramó por ti, Señor, sabiendo desde tu santa Encarnación lo que habías de padecer.

FIN



ÍNDICE

	Págs.
Á la Excelentísima Señora Doña Leonor María de Guzmán, condesa de Monterrey	5

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.—Cómo Dios es incomprensible y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.....	9
CAP. II.—Cuán debido es procurar conocer á Dios, y formar algún alto concepto de su grandeza y hermosura...	16
CAP. III.—Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.....	27
CAP. IV.—El fundamento de la Hermosura divina es ser Dios de sí mismo, sin tener principio, por lo cual es infinito. Trátase de la infinidad de Dios.....	34
CAP. V.—La Hermosura de Dios es sobre todo género y concepto de la hermosura criada.....	45
CAP. VI.—Reglas de San Anselmo para conocer lo que es Dios; por donde se colige su infinita Hermosura.....	51
CAP. VII.—Cuán digno es Dios de ser amado por su Hermosura, para la cual fuimos criados.....	59
CAP. VIII.—De la primera condición de la Hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que es la proporción de partes. Trátase de la simplicidad y unidad divina...	69
CAP. IX.—La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.....	77
CAP. X.—Otra condición de la hermosura, que es la integridad, está en la naturaleza divina. Trátase de la bondad natural de Dios.....	87
CAP. XI.—La condición de la hermosura, de tener conve-	

	Págs.
nientes términos y competente grandeza, está en Dios con eminencia por su inmensidad, de la cual se trata...	93
CAP. XII.—Comiéntase á tratar de las condiciones de la hermosura que señalan los platónicos. Trátase aquí de la eternidad.....	105
CAP. XIII.—Otra condición de la hermosura, según Sócrates, de no tener mudanza, está en Dios por su inmutabilidad. Trátase deste atributo.....	118
CAP. XIV.—Cómo está en Dios la condición de la Hermosura, de no tener parte fea, sino ser en todo hermosísima.....	129
CAP. XV.—Únicamente está en Dios la condición de la hermosura de ser hermosa por sí misma, sin ornato y necesidad de otra cosa. Trátase de la gran excelencia de Dios, de ser suficiente y bastante á sí mismo.....	134
CAP. XVI.—Cómo está en Dios el resplandor y claridad que se requiere para lo hermoso. Trátase de cómo es luz y resplandece Dios en las criaturas.....	144
CAP. XVII.—Qué sintió San Dionisio Areopagita de la Hermosura divina.....	154

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.—Cuán hermoso es Dios por su infinita sabiduría.....	167
CAP. II.—Cuán hermoso es Dios por su infinita rectitud y justicia. Trátase deste atributo.....	164
CAP. III.—Con la eminencia que está en Dios la hermosura de la Virtud. Trátase de la suma Bondad moral de Dios, y su amor á los hombres.....	210
VI.—De la Liberalidad divina.....	225
VII.—De la Paciencia de Dios.....	231
VIII.—De la Clemencia divina.....	234
CAP. IV.—La Hermosura de la Gracia y Santidad está en Dios substancialmente. Trátase de la Santidad divina...	239
CAP. V.—Cómo á Dios por su Hermosura le compete el señorío del mundo y Potestad sobre todas las cosas. Trátase del dominio divino.....	250

	Págs.
CAP. VI.—Del Poder de Dios, que acompaña al dominio debido á su infinita Hermosura. Trátase de la Omnipotencia divina.....	264
CAP. VII.—Cómo la gracia que, según Aristóteles, acompaña á la hermosura, se halla en Dios. Trátase de la Misericordia divina.....	275
CAP. VIII.—De la fineza con que encubrió Dios su Hermosura y los demás atributos y perfecciones divinas por amor nuestro.....	296
CAP. IX.—Cómo Dios emplea todos sus atributos y perfecciones en bien de los hombres.....	302
CAP. X.—Con ser Dios tan infinitamente perfecto, se nos propone que le imitemos.....	306
CAP. XI.—El gran deseo que hemos de tener de ver á Dios por ser tan Hermoso.....	314
CAP. XII.—El amor que mostraron algunos Santos tener á Dios por su infinita Perfección y Hermosura.....	324
EJERCICIO de afectuoso amor de Dios por los gozos y complacencias de sus divinas perfecciones.....	331
I.—Gozo y complacencia de la Hermosura divina.....	334
II.—Gozo del Sér perfectísimo de Dios.....	336
III.—Gozo de la felicísima Vida de Dios.....	337
IV.—Gozo de la Sabiduría y Verdad divina.....	339
V.—Gozo de la Bondad divina.....	340
VI.—Gozo de la Omnipotencia divina.....	341
VII.—Gozo de la Unidad de Dios.....	342
VIII.—Gozo de la Simplicidad divina.....	344
IX.—Gozo de la Infinitud de Dios.....	345
X.—Gozo de la Bienaventuranza de Dios.....	346
XI.—Gozo de la Santidad divina.....	347
XII.—Gozo de la Libertad de la voluntad divina.....	348
XIII.—Gozo de la Providencia divina.....	350
XIV.—Gozo de la Justicia divina.....	351
XV.—Gozo de la Misericordia divina.....	352
XVI.—Gozo de la Caridad divina.....	354
XVII.—Gozo de la Excelencia y Majestad divina.....	355
XVIII.—Gozo del Dominio divino.....	356
XIX.—Gozo de la Incomprensibilidad del Sér divino.....	358

	<u>Págs.</u>
XX.—Gozo de la Inmutabilidad divina.....	359
XXI.—Gozo de la Eternidad de Dios.....	361
XXII.—Gozo de la Inmensidad divina.....	362
XXIII.—Gozo y admiración de los atributos divinos en general.....	363
XXIV.—Gozo de la Trinidad de las Personas divinas....	366
XXV.—Gozo y alabanza de la Persona del Padre Eterno...	369
XXVI.—Gozo de la Persona del Hijo de Dios.....	270
XXVII.—Gozo de la Persona del Espíritu Santo.....	372
XXVIII.—Invocación de las tres Personas divinas, sacada de San Agustín.....	373
XXIX.—Deseos de la honra y gloria de Dios, y bien de los prójimos.....	375
XXX.—Deseos del cumplimiento de la voluntad divina...	377
Oración de San Agustín.....	378
XXXI.—Deseos de ver á Dios, sacados de San Agustín....	381
XXXII.—Deseos santos de Dios, sacados principalmente del venerable Tomás de Kempis.....	384
XXXIII.—Afectos amorosos sacados por la mayor parte, de Santa Gertrudis.....	386
XXXIV.—Deseos de Amor divino.....	387
XXXV.—De lo mismo.....	389
XXXVI.—Deseos y oración por el Amor divino, pidiendo muchas lágrimas de amor, sacado de San Agustín.....	390

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EVO
TECA